

REVISTA CONSERVADORA DEL PENSAMIENTO CENTROAMERICANO

FEBRERO 1965

ELISEO PEREZ CADALSO

**APORTE DE CENTROAMERICA AL DESARROLLO
DEL SISTEMA CENTROAMERICANO**

DEXTER PERKINS

**EL CANAL, AMERICA LATINA Y LA SEGURIDAD
DE ESTADOS UNIDOS**

F. E. GUANDIQUE

**NICARAGUA Y LA INTEGRACION
CENTROAMERICANA**

L. G. CLARK

**NICARAGUA Y LA UNIVERSIDAD DE PENNSYLVANIA
FUTURO DE LA MEDICINA VETERINARIA
EN NICARAGUA**

MURRAY MORGAN

**KWASHIORKOR, EL OCULTO ASESINO DE
LOS NIÑOS CENTROAMERICANOS**

HELMUT LESSMANN

**INFLUENCIAS CLIMATOLOGICAS EN LA
ECONOMIA DE CENTRO AMERICA**

DAVID E. BELL

**LECCIONES SOBRE EL DESARROLLO RURAL
INTERNACIONAL**

MARIA ELENA RODRIGUEZ DE MAGIS

**MEXICO Y LAS CORRIENTES NACIONALISTAS
EN AMERICA LATINA**

ERNESTO CARDENAL

L E M P I R A

ALEJANDRO BARBERENA PEREZ

FUSILAMIENTO DE MARIANO SALAZAR

JORGE FIDEL DURON

LAS REPUBLICAS CENTROAMERICANAS

WILLIAM V. WELLS

EXPLORACIONES Y AVENTURAS EN HONDURAS

53

**NICARAGUA: 5 Córdobas
EXTRANJERO: 1 Dólar**

Revista

Conservadora

del Pensamiento Centroamericano

VOL. 10 — No. 53

FEBRERO, 1965

SEGUNDA EPOCA

SUMARIO

Página

- 1 Aporte de Centroamérica al Desarrollo del Sistema Interamericano
- 5 El Canal, América Latina y la seguridad de Estados Unidos
- 12 Nicaragua y la Integración Centroamericana vistas por un profano
- 17 Nicaragua y la Universidad de Pennsylvania - Futuro de la Medicina Veterinaria en Nicaragua
- 25 Kwashiorkor - el oculto asesino de los niños centroamericanos
- 30 Influencias Climatológicas en la Economía de Centro América
- 33 Lecciones que hemos aprendido sobre el desarrollo rural internacional
- 38 Lempira - poema - Ernesto Cardenal
- 41 Fusilamiento de Mariano Salazar
- 47 Las Repúblicas de Centroamérica
- 48 En pro y en contra de nuestra publicación.

SEPARATA

EXPLORACIONES Y AVENTURAS EN HONDURAS
- William V. Wells - 1857

DIRECTOR
JOAQUIN ZAVALA URTECHO

REDACTOR
ORLANDO CUADRA DOWNING

COLABORADORES
DE
ESTE
NUMERO

Eliseo Pérez Cadalso
Dexter Perkins
F E Guandique
L G Clark
Murray Morgan
Helmut Lessmann
David E Bell
María Elena Rodríguez
de Magis
Ernesto Cardenal
Alejandro Barberena Pérez
Jorge Fidel Durón

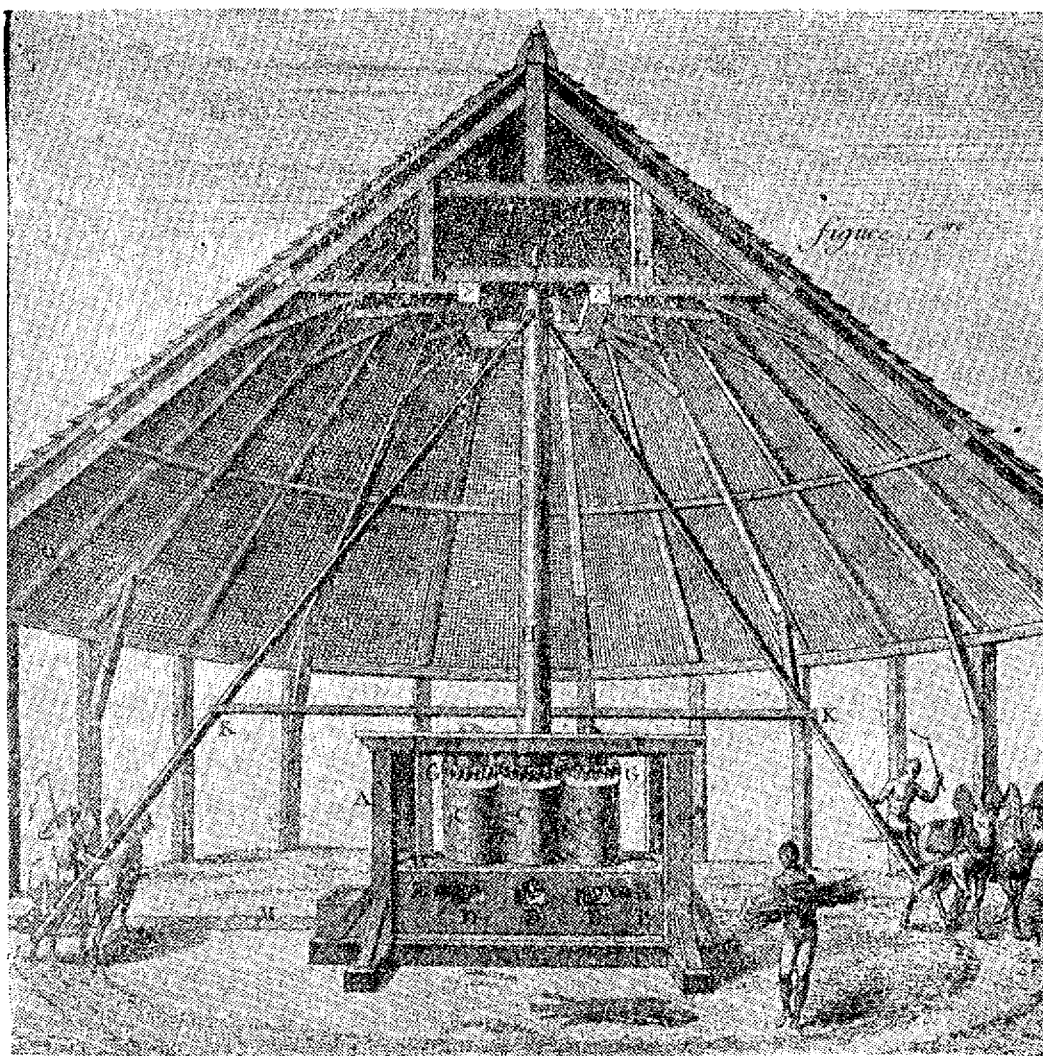
CREDITOS FOTOGRAFICOS:

Archivo del Doctor
L G Clark
Archivo de Revista
Conservadora

Prohibida la reproducción total
o parcial sin previa autoriza-
ción por escrito del Director

EDITADA
por
Publicidad de Nicaragua
APTDO 2108 TEL : 5049
en
EDITORIAL ALEMANA
Managua

LO QUE VA DE AYER A HOY



ESTE ERA POR LOS AÑOS DE 1760 A 1780 EL SISTEMA PRIMITIVO DE MOLER LA CAÑA DE AZUCAR. EL PRODUCTO RESULTANTE ADOLECIA DE LOS DEFECTOS DEL SISTEMA MISMO, EN CUANTO A LA HIGIENE, PUREZA Y CALIDAD.

AHORA CON LOS ADELANTOS DE LA TECNOLOGIA EN LA INDUSTRIA AZUCARERA — ADELANTOS QUE HAN SIDO INCORPORADOS EN EL INGENIO SAN ANTONIO — EL **AZUCAR SAN ANTONIO REFINADA** ES UN PRODUCTO QUE SE DISTINGUE POR SU BLANCURA, HIGIENE, PUREZA Y CALIDAD.
UN ORGULLO DE LA INDUSTRIA AZUCARERA CENTROAMERICANA.

PROGRESO...

Progreso es convertir las ideas en acción, las materias primas en productos terminados, las selvas en campos de agricultura.

Progreso es también dar viviendas a los que antes no las tenían, recoger los pequeños ahorros dispersos para formar con ellos una fuerza capaz de realizar proyectos de urbanizaciones y construcción de viviendas en gran escala. A esta forma de progreso han contribuido grandemente, tanto las personas que concibieron la idea y aportaron el capital, para hacer realidad a FINANCIERA DE LA VIVIENDA, como los miles de nicaragüenses que han depositado en ella su confianza y sus ahorros.

FINANCIERA DE LA VIVIENDA continúa haciendo realidad su promesa de más y mejores viviendas para los nicaragüenses.

Podemos llenar cualquier necesidad relacionada con su vivienda.

EDUARDO MONTEALEGRE C.
Presidente

LUIS CARRION MONTOYA
Gerente General



Dirección:

Edificio Palazzo - Frente al Parque Central

Capital y Reservas:

CINCO MILLONES DE CORDOBAS

— Fundada en Noviembre de 1955 —

YNSC



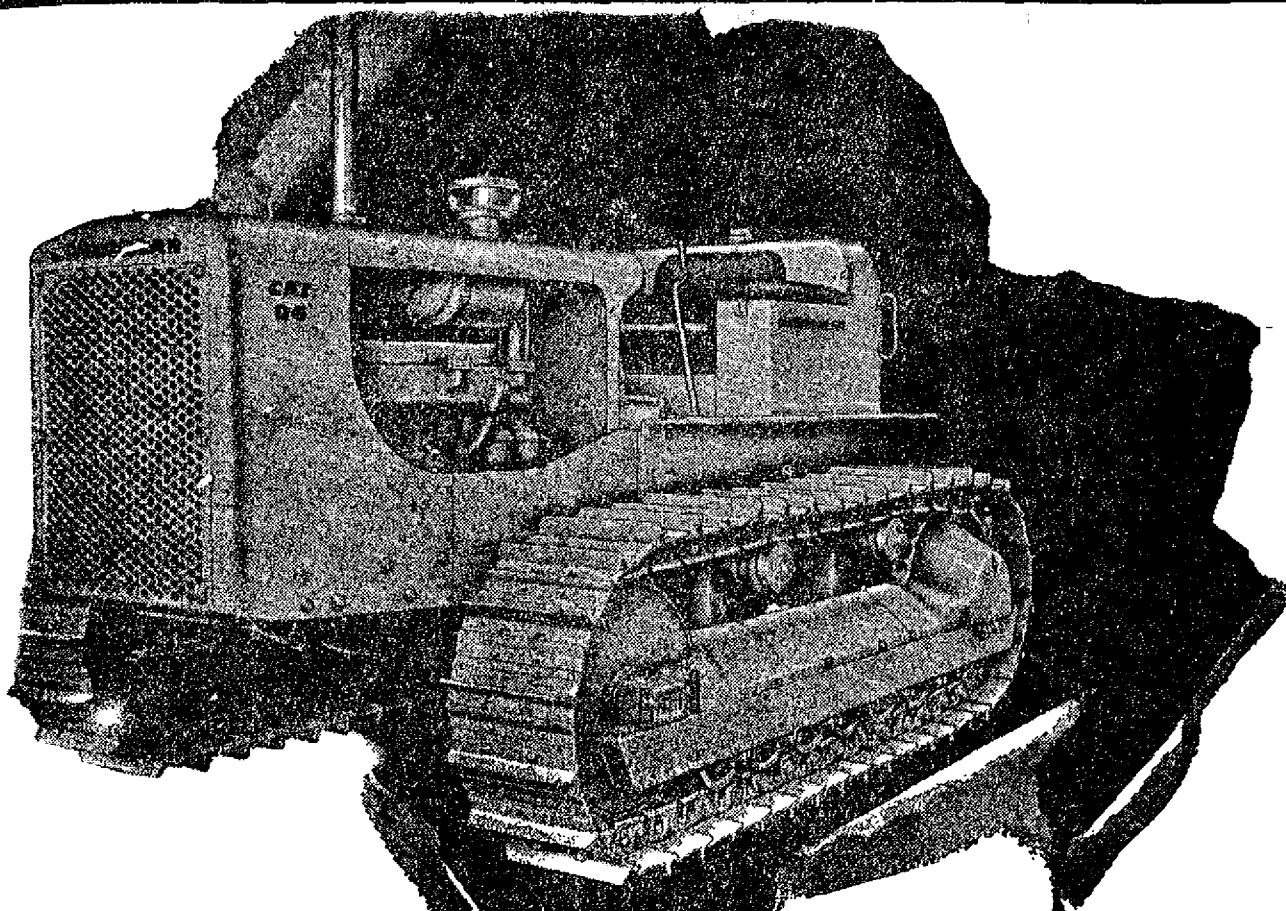
700 KCS
UNA VOZ DE LA CULTURA
NICARAGÜENSE

CUBRIENDO NICARAGUA
CON SU NUEVO EQUIPO
"AMPLIFACE"

BUSQUE PROGRAMACION DIARIA
EN "LA PRENSA"

SALVADOR CARDENAL A.
DIRECTOR

MANAGUA, D. N., NICARAGUA
Aptdo. 1929 — Tel. 72070



CATERPILLAR

TRACTOR CO

NICARAGUA MACHINERY CO
NICARAGUA

CASA COMERCIAL MATHEWS, S. A.
TEGUCIGALPA — SAN PEDRO SULA
HONDURAS

MACHINERY & TRACTORS LTD.
COSTA RICA



FABRICANTE DE INSECTICIDAS **SHELL**
DISTRIBUIDOR DE HERBICIDAS **DOW**
DISTRIBUIDOR DE FERTILIZANTES **ALBATROS**
DISTRIBUIDOR DE NITRATO **CHILENO**
DISTRIBUIDOR DE IMPLEMENTOS **BRILLION**
DISTRIBUIDOR DE IMPLEMENTOS **PLANET**
DISTRIBUIDOR DE EQUIPOS DE RIEGO **BAUER**

OFICINA PRINCIPAL

LEON - NIC.

TELS. - **3121 - 3122**

SUCURSALES:

MANAGUA

72197

CHINANDEGA

546

SEBACO

- 2 -

AGENCIAS EN TODOS LOS DEPARTAMENTOS

Industrias **DACAL**

AVE. CENTRAL SUR No. 516 • MANAGUA, NIC. • APTDO. 289 • TELS. 60-90 Y 72-277 • CABLE: DACAL

SU CONTRATISTA ESPECIALIZADO EN OBRAS CIVILES E INDUSTRIALES

GEMINA

UNA MODERNA EMPRESA HARINERA QUE REUNIENDO LA
TECNICA Y EXPERIENCIA DE GENERAL MILLS INC, Y EL
DINAMISMO DE INDUSTRIAS NACIONALES AGRICOLAS (INA)
PRODUCEN PARA EL PUEBLO NICARAGUENSE UNA MEJOR
HARINA ENRIQUECIDA CON MINERALES Y VITAMINAS.

PARA CENTROAMERICA Y PANAMA



GUATEMALA
6A Ave. 12-12 Zona 1
Tel.: 22144
GUATEMALA

SAN PEDRO SULA
Hotel Bolívar
Tel.: 15-04
TEGUCIGALPA
Edificio Hotel Marichal
Tel: 2-0151
HONDURAS

SAN SALVADOR
Edificio Dueñas
Tel.: 1225
EL SALVADOR

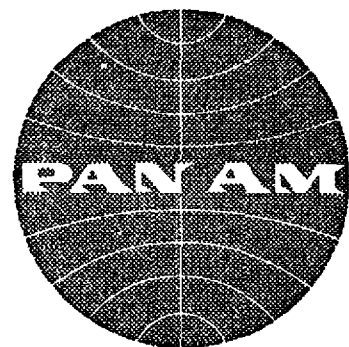
MANAGUA
Gran Hotel
Tel.: 2351
NICARAGUA

SAN JOSE
Calle 1a. Av. 1a.
Tel.: 4204
COSTA RICA

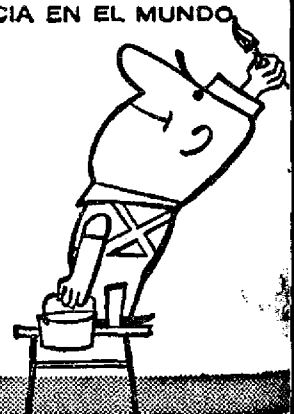
COLON
207 Front St.
PANAMA Tel.: Colón 71980
Hotel Panamá Hilton

PANAMA

PAN AM



LA LINEA AEREA DE MAYOR
EXPERIENCIA EN EL MUNDO



NUEVOS

BLUE JEANS

TEX Y RANCHEROS

FABRICADOS

CON

LEGITIMA

TELA

AMERICANA

SANFORIZADA

Y

CONFECCIONADOS

CON LA CALIDAD

DE

VENUS

BLUE JEANS TEX Y RANCHEROS

ESTILOS: TALLADO Y NORMAL

HECHO ESPECIALMENTE PARA

ALGODONEROS CAFETALEROS GANADEROS

INSECTICIDAS LIQUIDOS

INDUSTRIAS

QUEZALSA S. A.

SILVIO ARGÜELLO CARDENAL

DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS

PARA TODA CENTROAMERICA

**ASPERSIONADORA
Y
ESPARCIDORA DE POLVOS**

AVIONES DE FUMIGACION

CALL-AIR A-9

MOTOR LYCOMING 235 H.P.

DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS

SILVIO ARGÜELLO CARDENAL

PARA TODA CENTROAMERICA

Revista

Conservadora

del Pensamiento Centroamericano

Se llama Conservadora únicamente en el sentido de que no es antirreligiosa, ni anti-capitalista. Va en marcha hacia la Integración de Centroamérica y Panamá, por encima de las divisiones partidistas.

Aporte de Centroamérica al Desarrollo del Sistema Interamericano

ELISEO PEREZ CADALSO

Jurista Escritor Embajador de
Honduras en El Salvador

Quizás el único esfuerzo, en el quehacer jurídico de estas pequeñas Repúblicas, que se conoce más allá de las fronteras ístmicas, es la Corte de Justicia Centroamericana, primer Tribunal Internacional Judicial que el mundo tuvo, de cuyo seno emanaron sentencias memorables que han merecido el aplauso de los juristas más exigentes. Aquel Alto Tribunal fue creado mediante los Pactos de Washington de 1907, y en la Convención estatutaria que le dio vida se exaltaba la persona humana al rango de sujeto de Derecho Internacional Público, con capacidad suficiente para demandar a cualquier Estado miembro, existiendo varios casos de esta naturaleza, como elocuentes testimonios para la posteridad.

Pero los Pactos de Washington no solamente se contrajeron a crear esa gloriosa Corte, sino que conglobaron una serie de materias de apasionante interés. Para el caso, incluían una Convención encaminada a proteger los derechos de Obreros y Trabajadores, cuando todavía no se vislumbraba en el horizonte el enfoque del problema con criterio internacional, pues lo único que existía eran disposiciones de orden interno en algunos países europeos y en muy pocos de la América.

Otra innovación de gran alcance, por la inspiración humanitaria que la informa es la referente al *asilo a bordo de barcos mercantes*, que las Altas Partes instituyeron como consecuencia del clima de zozobra que ha engendrado siempre el remolino de la pasión sectaria.

Pero si bien es cierto que tales realizaciones constituyen justo orgullo para cualquier ciudadano ístmico, también es oportuno explicar que ellas no fueron el efecto de un azar afortunado sino la concreción de reiterados afanes colectivos a lo largo de un siglo de experiencias. Si el monumento jurídico de 1907 impresiona por su perfección y alcance, sus antecedentes causan asombro al investigador, pues ponen de relieve no sólo la capacidad creadora de sus autores, sino su cotidiana preocupación por conducir a la Nación Centroamericana hacia la meta de una vida feliz enmarcada en el Derecho.

Efectivamente, la Convención de Chinandega de 17 de Julio de 1842, suscrita por El Salvador, Nicaragua y Honduras, es un vivero de avanzadas concepciones. Al tiempo que crea una Dieta con un Consejo muy semejante al de modernas organizaciones internacionales, establece una Corte de Justicia precursora del Tribunal Centroamericano, creado en 1907.

Pero lo que más llama la atención es el Artículo 4º del mismo instrumento, cuyo texto reza

"Los estados confederados reconocen el principio de la no intervención en los negocios interiores de otros. Se comprometen a no decidir jamás sus cuestiones por las armas; a no admitir agregación de pueblos de ajena jurisdicción sin el expreso consentimiento de su soberanía; y consideran iguales en representación y derechos a los de la Antigua Unión, cuando se adhieran al presente pacto".

El principio de la no intervención fue preconizado por José Cecilio del Valle el 12 de Abril de 1823 en la Asamblea Nacional Constituyente de la Nación Mexicana, así.

"...Pero un Estado no debe mezclarse o tener intervención en el Gobierno de otro. En la Amé-

rica no debe imitarse la política injusta de la Europa. Que Chile se constituya como le parezca; que Guatemala elija el Gobierno que le convenga; que México forme la Constitución que le interese. Ni Chile tiene derecho para mezclarse en los asuntos de Guatemala, ni en Guatemala lo hay para introducirse en los de México, ni en México puede haberlo para intervenir en los de Chile y Guatemala. Si unos Estados quieren mezclarse en la administración de otros, la América será como la Europa, un caos de sangre, de muerte y de horror . . .”

Es bueno recalcar que esto sucedía ocho meses antes que el Presidente Monroe leyera ante el Congreso su trascendental mensaje, y que el primer Tratado en que se condena la intervención no vino a cristalizar sino hasta 1933, esto es, a noventa años de la Convención de Chinandega

El compromiso de no decidir sus cuestiones por medio de las armas venía establecido desde 1839 en un pacto que celebraron en la ciudad de San Vicente los Gobiernos de Honduras y El Salvador. Y, a partir de la Convención de Chinandega, se mantuvo como una permanente profesión de fe hasta culminar con el Tratado Americano de Soluciones Pacíficas, firmado en Bogotá en 1948.

En cuanto a la Institución del Arbitraje, son varias las Convenciones Centroamericanas que la contienen, y en el Pacto de Unión Provisional, suscrito por Guatemala, Costa Rica, Nicaragua, El Salvador y Honduras el 15 de Octubre de 1889, los Estados signatarios establecen en el Artículo 9 *que en ningún caso y por ningún motivo se harán la guerra, y caso de que entre ellos ocurriese alguna diferencia y no pudiesen avenirse no obstante la mediación del Ejecutivo Nacional, adoptarían precisa e ineludiblemente, el medio civilizador y humanitario del arbitraje*

Estamos, —insisto—, en Octubre de 1889, vale decir, seis meses antes de la recomendación sobre Arbitraje que en Abril de 1890 adoptaron nueve delegaciones en la ciudad de Washington, con ocasión de la Primera Conferencia Internacional Americana

En apoyo de este aserto, cedamos la palabra al ilustre tratadista argentino Luis A. Podestá Costa

“Correspondió a las Repúblicas Americanas asignar al arbitraje carácter institucional. En esta forma aparece el arbitraje en los tratados de unión, liga y confederación celebrados por Colombia desde 1822, con Perú, Chile, México, Buenos Aires y América Central, a fin de contrarrestar los propósitos de reconquista de la Santa Alianza; y, aunque ese régimen no llegó a implantarse, lo cierto es que en los países latinoamericanos el arbitraje fue fruto natural de la comunidad de origen, de los vínculos creados durante la lucha por la independencia y de los ideales comunes con que se constituyeron todos ellos. . . Los primeros tratados de arbitraje aparecen en 1880-83 por obra de El Salvador, que los estipula con Colombia, República Dominicana y Uruguay. . .”

Es notable asimismo el *principio de igualdad*, en representación y derechos, que consagra el Pacto de Chinandega, porque ahí está el fermento de la Convención sobre Deberes y Derechos de los Estados, suscrita en Montevideo en 1933

Aguas arriba en el tiempo, llegamos a Noviembre 6 de 1823, fecha en que la Asamblea Nacional Constituyente de las Provincias Unidas del Centro de América emite un trascendental Decreto de inspiración panamericanista en los términos siguientes

“La Asamblea Nacional Constituyente de las Provincias Unidas del Centro de América, penetra de que el interés grande y esencial de las Repúblicas del Nuevo Mundo consiste en mantener su independencia, paz y libertad, y que nada conducirá tanto a ese importante fin, como la reunión de todos los Estados independientes del Continente Americano, por medio de un Congreso de representantes, ha tenido a bien decretar y decreta: Que se excita a los cuerpos deliberantes de ambas Américas a una Conferencia General, debiendo reunirse sus diputados en el punto que ellos mismos se sirvan designar. El Supremo Poder Ejecutivo, al anunciar a las mismas potencias los deseos de estas provincias, propondrá a la alta consideración de todos los gobiernos los siguientes objetos: I. Representar unida a la gran familia americana. II. Garantizar la independencia y libertad de los Estados. III. Auxiliarlos. IV. Mantenerlos en paz. V. Resistir las invasiones del extranjero. VI. Revisar los tratados de las diferentes repúblicas, entre sí, y con el antiguo mundo. VII. Crear y sostener una competente marina. VIII. Hacer común el comercio a todos los Estados, arreglando el giro y los derechos. IX. Acordar medidas que la sabiduría de los representantes crea oportunas para la felicidad de los Estados .

Este Decreto, como se ve, antecedió en tres años al Congreso de Panamá convocado por el Libertador.

El inspirador de tal filosofía fue el mismo José Cecilio del Valle, quien, a fuer de precursor, escribió varios estudios de tanta profundidad y solidez que las generaciones posteriores lo han instalado en su sitial de Sabio. De uno de tales estudios, intitulado “Soñaba el Abad de San Pedro y Yo También Sé Soñar”, publicado en Febrero de 1822, entresucamos lo siguiente

"Oíd, americanos, mis deseos. Los inspira el amor a la América, que es vuestra cara patria y mi digna cuna.

Yo quisiera:

- 1. Que en la Provincia de Costa Rica o de León, se formase un Congreso General, más expectable que el de Viena, más importante que las dietas donde se combinan los intereses de los funcionarios y no los derechos de los pueblos:**
- 2. Que cada Provincia de una y otra América mandase para formarlo, sus Diputados o representantes con plenos poderes para los asuntos grandes que deben ser el objeto de su reunión:**
- 3. Que los Diputados llevasen el estado político, económico, militar y fiscal de sus provincias respectivas, para formar con la suma de todos el general de toda la América.**
- 4. Que unidos los Diputados y reconocidos sus poderes, se ocupasen en la resolución de este problema: Trazar el plan más útil para que ninguna Provincia de América sea presa de invasores externos, ni víctima de divisiones intestinas:**
- 5. Que resuelto este primer problema, trabajasen en la resolución del segundo: Formar el plan más eficaz para elevar las provincias de América al grado de riqueza y poder a que pueden subir:**
- 6. Que fijándose en estos objetos, formasen: 1º La Federación grande que debe unir a todos los Estados de América: 2º El plan económico que debe enriquecerlos.**
- 7. Que para llenar lo primero se celebrase el pacto solemne de socorrerse unos a otros todos los Estados, en las invasiones exteriores y divisiones intestinas; que se designase el contingente de hombres y dinero con que debiese contribuir cada uno al socorro del que fuese atacado o dividido; y que para alejar toda sospecha de opresión en el caso de guerra intestina, la fuerza que mandasen los demás Estados para sofocarla, se limitase únicamente a hacer que las diferencias se decidiesen pacíficamente por las Cortes respectivas de las Provincias divididas, y obligarlas a respetar la decisión de las Cortes.**
- 8. Que para lograr lo segundo se tomasen las medidas, y se formase el tratado general de comercio de todos los Estados de América, distinguiendo siempre con protección más liberal el giro recíproco de unos con otros, y procurando la creación y fomento de la Marina que necesita una parte del Globo separada por mares de las otras. Congregados para tratar estos asuntos los representantes de todas las potencias de América, qué espectáculo tan grande presentarían en un Congreso no visto jamás en los siglos, no formado nunca en el antiguo mundo, ni soñado antes en el nuevo! . .**

Se comenzaría a crear el sistema americano, o sea la colección ordenada de principios que deben formar la conducta política de la América, ahora que empieza a subir la escala que debe colocarla un día al lado de la Europa que tiene su sistema y ha sabido elevarse sobre todas las partes del Globo

La América será desde hoy mi ocupación exclusiva. América de día cuando escriba: América de noche cuando piense. El estudio más digno de un americano es la América".

Además de su ancha visión panamericanista, Valle se adelantó a su tiempo en otras esferas del conocimiento, tales como la Economía, la Estadística, el Derecho Político y en lo que más tarde vino a conocerse con el nombre de Sociología. Fue Ministro de Relaciones Exteriores e Interiores en el Imperio de Iturbide, y, caído éste, pasó a ocupar su puesto como Vice-Presidente de la Asamblea Nacional de México, habiendo contribuído decisivamente en la estructuración del Derecho Constitucional de la gran nación hermana, al decir de Felipe Tena Ramírez y de otros constitucionalistas mexicanos.

El pensamiento panamericanista de Valle fue aplaudido por sus contemporáneos, entre ellos Bernardo Monteagudo, quien, como representante de Bolívar, visitó Centroamérica en 1824, habiendo trabado fraternal amistad con varios de nuestros próceres.

Sabido es que a Morazán siempre le preocupó el fortalecimiento de la hermandad interamericana, siendo quizás el mejor testimonio de este aserto la nota que en 1829, siendo Presidente de la Federación, envió al Gobierno de México ofreciéndole su apoyo para echar a los invasores de ultramar que se habían apoderado del puerto de Veracruz y de otras plazas importantes. Tan hermoso gesto de nuestro Héroe fue agradecido por el Canciller Mexicano, don Lucas Alemán.

Centroamericano digno también de especial homenaje en estas páginas evocatorias es Antonio José de Irisarri, escritor, militar y diplomático, quien desde 1812 tuvo activa participación en la gesta libertadora de Chile, colaborando con San Martín y O'Higgins, por lo cual estos dos próceres, en atención a sus méritos y servicios, lo designaron Ministro del Interior y Relaciones Exteriores en 1818, tocándole firmar en nombre de Chile, el año 1819, el Pacto de Alianza con las Provincias Unidas del Río de la Plata, con el cual quedó sellada la Independencia del Perú. Más tarde pasó a Londres como Ministro Plenipotenciario de las nacientes Repúblicas, habiendo

tenido como Secretario de su Legación nada menos que a Andrés Bello. Y en esa oportunidad gestionó el traslado a Chile del sabio venezolano para que, con los fulgores de su genio, pudiese iluminar el camino de los nuevos patricios.

Cumplida esta gloriosa jornada, Irisarri pasa al Ecuador, habiendo fundado en Guayaquil, Quito y Pasto, sendas publicaciones de orientación. En 1845 entra triunfante con el General Mosquera a Bogotá, y tres años después, escribe el prólogo a la segunda edición de los "Principios de Derecho Internacional" del perinculto Andrés Bello. Años después, siendo Plenipotenciario de Centroamérica ante el Gobierno de Washington, publica un Plan de Alianza de los países Americanos donde quedan patentes su experiencia de patriota y su talento de estadista.

Cierto día del año 1827 hace su bautismo de fuego en Comayagua un soldado extraordinario cuya gloriosa carrera iba a causar el máximo estremecimiento en el alma del siglo diecinueve. Me refiero a Francisco Morazán, Centauro de la Federación, cuyo raudó corcel aún saca chispas en los empedrados de la Historia Centroamericana. Como gran iluminado, enseñaba, por donde iba pasando, el evangelio de la Unificación. Dicen que tenía de Bolívar el genio de estadista y la pasión por las bellas letras y por las mujeres, de San Martín, el fino tacto de la estrategia y el desinterés apostolar, de Washington, la voluntad de hierro y el espíritu organizador de Morelos, la espartana virtud del sacrificio, y de Artigas, la clara inteligencia y la estampa varonil. Pero nuestras jóvenes parcelas, a la sazón en el usufructo de su pubertad republicana, le desoyeron el mensaje y lo sacrificaron, como otrora ocurriera con Jesús. Y tal como en el Drama del Gólgota, no sabemos todavía si Morazán es más grande por su vida que por su muerte, pues ésta —la muerte—, fue el pedestal de su transfiguración, ya que, fenecida su ejecutoria física, alzóse de sus cenizas la hoguera de una mística perenne que nos ha venido iluminando y orientando en la noche del miedo y de las vacilaciones. A partir de entonces, un sentimiento de religiosa devoción nos integró en una sola voz y un solo pensamiento, y he ahí por qué, cayendo a veces y levantando siempre, llevamos adelante nuestra experiencia integradora, conscientes de que la gracia no está en no haber caído nunca sino en saber levantarse después de cada caída.

Con posterioridad a los pactos de Washington, hemos edificado otras hermosas realizaciones, siendo la más tangible y trascendental la Organización de Estados Centroamericanos (ODECA), entidad que, después de nueve años de actuaciones, se reestructura actualmente para mejor cumplir su cometido.

Somos una nación, o mejor, una familia, una gran familia que viene de una raíz común y mira hacia la misma estrella.

Instituciones y mecanismos que también actúan al servicio de la causa integradora, son la Secretaría de Integración Económica Centroamericana (SIECA), la Nomenclatura Arancelaria Uniforme Centroamericana (NAUCA), el Banco Centroamericano de Integración Económica, y otras por el estilo.

Es placentero saber que ya contamos con un Mercado Común Centroamericano y que el pueblo de los cinco Estados puede viajar libremente de uno a otro confín del Istmo, sin más documento que la Cédula de Identidad. Se reconoce la equivalencia de estudios y la validez de títulos profesionales y se ha establecido ya el cheque centroamericano, instrumento precursor de la futura moneda centroamericana.

Se planea, igualmente, la unificación del Servicio Exterior y de otros importantes renglones de nuestra vida económica, social y cultural. Y, al contrario de como hacían nuestros mayores, preconizando primeramente la unión política, creemos que ésta será una consecuencia de la unión en los demás aspectos, vale decir, que advendrá a su debido tiempo, por un proceso de maduración.

Durante los quince últimos años hemos reivindicado más de un siglo de trabajo y creemos que esta empresa quedará consumada en poco tiempo.

De este apasionante proceso constructivo son inseparables los nombres de esclarecidos juristas, como José Matos y Jorge García Granados; Salvador Rodríguez González, José Gustavo Guerrero y Francisco Martínez Suárez, Policarpo Bonilla y Carlos Alberto Uclés, Máximo H. Zepeda y José Madriz, Cleto González Víquez y Luis Anderson. Y ahora que Panamá proclama su deseo de viajar en nuestro barco, compartiendo los riesgos tras la búsqueda del dorado vello-cino, no podemos dejar de mencionar, como argonauta de la centroamericanidad, a Ricardo J. Alfaro, jurisconsulto de prestigio continental.

Si aceptamos, con un criterio psico-geográfico, que los hombres son ríos verticales, en función de vida, pasión y destino, Honduras es la cuenca hidrográfica de cuyo seno salieron Valle y Morazán, las dos grandes corrientes de la historia institucional centroamericana.

Valle es el pensamiento y Morazán la acción. Valle es la pluma que configura la idea y Morazán la espada que la pone en movimiento. Los centroamericanos no podemos, por lo tanto, apartarnos de los guiones sustantivos que esas vidas nos trazaron.

El Canal, América Latina y la seguridad de Estados Unidos

DEXTER PERKINS

Profesor de la Universidad
de Tulane

Abordo el asunto de la relación entre la seguridad nacional y la América Latina, porque me parece que hay muchas supersticiones y peculiaridades que deben ser destruidas en el curso de cualquier análisis histórico del problema. La historia de nuestra diplomacia en América Latina está llena de ejemplos que ponen de manifiesto cómo se apoderan del pensamiento popular vagas generalizaciones, que tienen después consecuencias en la política.

Si se reflexiona un solo momento acerca de la geografía del Nuevo Mundo, se verá que Monroe dio rienda suelta a la fantasía. Desde Buenos Aires hasta Nueva York, por mar (y no había otra manera de trasladarse de una a otra ciudad en 1823), hay 9,450 kilómetros. De Río de Janeiro a Nueva York hay 7,678 kilómetros. De Valparaíso a Nueva York hay 7,459 kilómetros. De Punta Arenas, en el Sur de Chile, a Nueva York, 9,595 kilómetros. ¿Puede, entonces, sostenerse seriamente, que el establecer en esos países regímenes diferentes en su forma al de los Estados Unidos, amenazaría seriamente a este país? ¿En qué sentido Chile, o Argentina, o Brasil, fueron peligrosos para nuestra paz y seguridad, bajo cualquier gobierno? ¿Cuál era, exactamente, el peligro temido? Supongamos (muy improbablemente) que esas regiones, cuya independencia había sido bien consolidada, fueran reconquistadas por España o, en el caso del Brasil, por Portugal. ¿Sería probable, o posible siquiera, que los regímenes así establecidos fueran capaces de aventurarse en empresas ambiciosas que pusieran en peligro los intereses nacionales de los Estados Unidos?

¿Pero cuál es la verdadera relación entre la Doctrina Monroe y la seguridad nacional? ¿No han sido involucradas consideraciones sobre la seguridad en la constante lealtad del pueblo de los Estados Unidos hacia las doctrinas de 1823? Al contestar esta pregunta, deben examinarse dos casos diversos. El primero es el grado en que existía la amenaza a los intereses de la seguridad de los Estados Unidos en el Nuevo Mundo y el segundo, hasta dónde se sentía la existencia de esa amenaza y hasta dónde ese senti-

miento llegaba a afectar en realidad la política.

No hay leyenda más persistente que la de que los países del Nuevo Mundo estaban en grave peligro de ser invadidos por las perversas naciones del Viejo Mundo y que la Doctrina Monroe los protegía de tal invasión. El corolario de esta leyenda es que, aunque los Estados Unidos estaban incapacitados para impedir eficazmente tal acción, cualquier acto hostil era evitado por el dominio británico de los mares. Ninguna de estas dos cosas es cierta.

Pero en el largo período desde la enunciación de la Doctrina hasta el fin del siglo, ¿de qué potencia europea era presumible que procediera un asalto a las libertades del nuevo continente? Hasta 1871 no existió una Alemania unificada y el poderío naval de Alemania no se había desarrollado antes que terminara el siglo. La monarquía austriaca se orientaba hacia el Este y tenía, además, numerosos problemas internos. El gran Estado ruso estaba preocupado, ya fuese por las naciones esclavas, al Sur, o por la expansión hacia el Oriente. Italia, que nunca fue una nación de primer orden, no pasó de ser durante una gran parte de este período una mera expresión geográfica. Durante casi todo ese tiempo, la única potencia que, en virtud de su poderío naval, podía desempeñar el papel de expansionista en el Nuevo Mundo era Francia, pero el que Francia tuviera ambiciones territoriales en el Nuevo Mundo, en el sentido literal de la palabra, no es nada probable.

De hecho, la única potencia que extendió su control sobre el territorio del Nuevo Mundo en el siglo XIX, fue, precisamente, la Gran Bretaña. Los ingleses se apoderaron de las islas Falkland (Malvinas), en 1833; extendieron su jurisdicción a lo que hoy es Honduras Británica (Belice); se anexaron las islas Bay y proclamaron un protectorado sobre los indios de la costa de la Mosquitia, entre 1823 y 1860. Y su propia interpretación de sus derechos en la Guayana Inglesa, y las reclamaciones que formularon sobre el territorio de esa región, dieron lugar a una grave controversia con los Estados Unidos, en 1895.

Por añadidura, reivindicaron como zona de interés británico la América Central, lo que llevó en 1850 a la negociación de un Tratado por el que cualquier futuro canal interoceánico se pondría bajo control bipartito. Ninguna de todas estas cosas, vista ahora en perspectiva, parece haber causado ningún daño esencial a los Estados Unidos. La pretensión del protectorado sobre los indios de la Mosquitia, fue abandonada; las reclamaciones territoriales sobre la frontera de la Guayana Inglesa se resolvieron por arbitraje; y uno de los actos más prudentes y más generosos de los gobernantes británicos fue el reconocer libremente, en 1900, el derecho exclusivo de los Estados Unidos sobre el dominio de un canal. No hay que guardar resentimientos sobre el pasado, pero el simple examen de los hechos demuestra cuán absurdo es creer que la Gran Bretaña era un Estado virtuoso mientras las naciones del continente europeo estaban saturadas de maldad y ambición.

Otro tanto puede decirse de un examen de las intenciones europeas con respecto a la América Latina hasta el período de la primera guerra mundial. El peligro para los intereses de la seguridad de los Estados Unidos no era grande, salvo quizá en el caso de México. Pero necesitamos examinar este tema de la seguridad desde otro punto de vista y preguntar, haciendo caso omiso de lo que nos enseña un conocimiento posterior, si los Estados Unidos "creyeron" que los intereses de su seguridad estaban involucrados en la evolución de la Doctrina Monroe.

Hablando en términos prácticos, la Doctrina Monroe era, en su mayor parte, una Doctrina del Caribe, aplicable a una parte relativamente restringida del mundo latinoamericano. Aquí es donde se invocaba con frecuencia, y aquí, puede afirmarse imparcialmente, era donde estaban comprometidos, a la larga, los intereses de seguridad de los Estados Unidos.

Sin embargo, al tratar este aspecto del problema, hay que hacer una observación preliminar. En las múltiples discusiones de la Doctrina Monroe durante la segunda mitad del siglo XIX y en las primeras décadas del siglo XX, es notable descubrir cuán poco se subrayaba, en general, el tema de la seguridad general. Sin duda, los ministerios de relaciones exteriores de todos los países se complacen en altisonantes generalizaciones, al desarrollar y al poner en ejecución su política. Pero este hecho es notoriamente cierto en la historia de la diplomacia americana. Una y otra vez, en las controversias que suscita, se hace hincapié en la ideología, más bien que en la seguridad. Los hombres de Estado norteamericanos han creído —y actuado con esta creencia— que la mejor manera de que la opinión pública norteamericana apoye sus intenciones es sosteniendo un principio moral. Procediendo así, a menudo han sobrepasado en mucho los límites de la

conveniencia. Y tal vez sea justo decir que restando importancia a la seguridad, han ayudado a formar una costumbre nacional que indebidamente subordina las necesidades de la defensa nacional a la aseveración de nobles principios morales.

Al analizar la doctrina del Caribe, sin embargo, hay que hacer una distinción: cuando se discute específicamente la cuestión del "canal", se hace evidente el relieve que se da a los intereses materiales de los Estados Unidos, y cuando en el debate se mezclan cuestiones colaterales, cambia el punto de vista. Veamos con algún detalle estas generalizaciones.

El Tratado Clayton-Bulwer de 1850 se basaba en el postulado de que un canal interoceánico estaría bajo los auspicios de los Estados Unidos y de la Gran Bretaña. Pero con el nuevo sentido de potencia que surgió con la guerra civil, el gobierno de los Estados Unidos empezó a hablar y actuar cada vez más, como si estuviera interesado en ejercer un control exclusivo sobre esa vía acuática. El primer gran debate sobre el problema ocurrió cuando Colombia otorgó a Ferdinand de Lesseps, la concesión para construir un canal a través del istmo de Panamá. Esa concesión levantó gran revuelo en los Estados Unidos. En el Congreso, en fecha tan temprana como la del 25 de Junio de 1879, el senador Ambrose Burnside, de Rhode Island (el desdichado comandante de la Unión en Fredericksburg), presentó inmediatamente una proposición en la que se declaraba que los Estados Unidos "no podían ver sin seria inquietud cualquier intento de las potencias europeas para establecer bajo su protección y dominio un canal navegable a través del istmo de Darién, y que tal acción por parte de cualquier otra potencia sólo podía ser considerada como manifestación de hostil disposición hacia los Estados Unidos". Burnside apoyó esta proposición con un discurso en el que declaró que la construcción de ese canal sería un peligro para nuestra paz y seguridad.

Este punto de vista encontró eco en numerosas personas, en conservadores como Edwin Lawrence Godkin, el director de "The Nation", y Thomas Bayard, quien más tarde fue Secretario de Estado de Cleveland. Y fue enérgicamente reiterado por el mismo Presidente Hayes en su informe anual del año 1879. "Un canal interoceánico", declaró el Presidente, "cambiará esencialmente las relaciones geográficas entre las playas del Atlántico y el Pacífico de los Estados Unidos y entre los Estados Unidos y el resto del mundo. Sería una gran vía pública entre nuestras playas del Atlántico y el Pacífico, y, virtualmente, una parte de la costa de los Estados Unidos. Nuestro simple interés comercial en él es mayor que el de los demás países, mientras que sus relaciones con nuestros poderío y nuestra prosperidad como na-

ción, con nuestros medios de defensa, con nuestra unidad, nuestra paz y seguridad, son asuntos de supremo interés para el pueblo de los Estados Unidos". Hubiera sido difícil ser más explícito.

Lo dicho por Hayes fue repetido como un eco durante el gobierno de Garfield y el de Arthur. Tanto el secretario James Blaine como el secretario Frederick T. Freylinghuyssen adoptaron el mismo punto de vista. Y, en 1889, el Senado aprobó una resolución por la que se estatuyó que "cualquier intervención de cualquier gobierno europeo en la construcción o control de cualquier canal navegable a través del istmo de Darién o a través de América Central" se juzgaría "con marcada desaprobación" y como "lesivo a los justos derechos e intereses de los Estados Unidos así como una amenaza a su bienestar".

Es difícil relacionar la controversia sobre las fronteras entre la Guayana Británica y Venezuela, en 1895, con la seguridad nacional, pues la pretensión del gobierno de los Estados Unidos a reivindicar un título de interés en esa frontera siempre me ha parecido una distintiva ampliación de la Doctrina Monroe, de ninguna manera necesaria al verdadero concepto de interés nacional. La posesión de cientos de kilómetros cuadrados de selvas inhabitadas en el corazón de América Latina era difícilmente, a mi modo de ver, un asunto de profunda preocupación para los Estados Unidos. Pero es interesante observar que, aunque el gobierno no llegó a hacer nada sobre el particular, algunas de las discusiones sobre esta cuestión derivaron hacia la posesión de la desembocadura del Orinoco, no sin relación con el control del Caribe. Este fue el punto de vista del senador Henry Cabot Lodge y también del senador Zachariah Chandler. Poco importaba que la Gran Bretaña ofreciera con frecuencia su asentimiento; en el calor de la disputa hubo una tentativa de relacionar la controversia con los intereses de la seguridad de los Estados Unidos.

Pero la cuestión del canal salió nuevamente a relucir y ocupó un lugar preferente al terminar el siglo. Y aquí, como casi todo el mundo sabe, surgió una verdadera cuestión de seguridad. El primer tratado Hay-Pauncefote, de 1900, proveía lo necesario para un canal interoceánico que, aunque construido por los Estados Unidos, debería estar al servicio de todas las naciones y el cual, hasta donde el texto del Tratado prevé, no debería ser fortificado y sí abierto a los buques de todas las banderas. Pero el Tratado chocó con la más enconada oposición, en la cual una de las más conspicuas figuras fue el entonces gobernador de Nueva York, Teodoro Roosevelt. Para este político, el control del canal era de vital importancia desde el punto de vista de nuestro poderío naval, así como desde el punto de vista de la

Doctrina Monroe. La oposición de Roosevelt y de otros obligó a John Hay a negociar un segundo Tratado en el que se admitía implícitamente el derecho de los Estados Unidos a manejar el canal y a fortificarlo.

En los años transcurridos entre el segundo Tratado Hay-Pauncefote y el estallido de la primera guerra mundial, parece cierto que la cuestión del canal fue en parte responsable de la creciente suspicacia de los Estados Unidos con respecto al Caribe. Esta suspicacia se puso de manifiesto cuando los ingleses y los alemanes bloquearon la costa de Venezuela, en 1902; y las consideraciones estratégicas tienen algo que ver con el corolario de Roosevelt a la Doctrina Monroe y con la afirmación del derecho de los Estados Unidos a intervenir, para evitar la intervención de otros. Si los Estados Unidos debían controlar la nueva vía naval interoceánica, era lógico también que controlaran los accesos a la misma y, aunque algunos historiadores, obsesionados con motivos económicos, atribuyen el origen de la extensión de la Doctrina a los banqueros, una interpretación más cuidadosa del repentino interés de los Estados Unidos en el ejercicio de su poder político en el Caribe encuéntrase en los intereses estratégicos que encierra. La prolongación de la autoridad norteamericana a las repúblicas de Haití, Santo Domingo y Nicaragua era, esencialmente, una política preventiva, y tuvo su desarrollo en la época en que la posibilidad de un cambio del poderío naval de Inglaterra a Alemania entró en los cálculos de los Estados Unidos.

Por el contrario, es significativo que con la derrota de Alemania, la política de los Estados Unidos en el Caribe se sometiera a una reconsideración. El poderío naval del Reich había sido destruido; no había ningún Estado europeo que pudiera ni siquiera desafiar la posición de los Estados Unidos en las aguas que controlan los accesos al canal, y este hecho explica por qué la Doctrina Monroe sufrió una revisión substancial en los últimos años de la década de 1920 y primeros de la de 1930. El corolario de Roosevelt fue abandonándose gradualmente. El llamado memorándum Clark sobre la Doctrina, escrito en 1928 y comunicado a los gobiernos de América Latina en 1930, desechaba explícitamente el principio de Roosevelt; el Senado de los Estados Unidos, al aprobar, en 1929, el pacto Kellogg-Briand, en una glosa anexa al instrumento de ratificación, tomó una posición similar; y, lo que es más importante aún, en la Conferencia de Montevideo de 1933, los Estados Unidos, bajo la dirección de Hull, firmaron un protocolo que declaraba que la intervención de una nación en los asuntos internos de otra, ipso facto, ilegal. Es interesante observar que este protocolo fue unánimemente ratificado por el Senado de los Estados Unidos. En 1937, como coro-

namiento de esta política, un senador de mucha experiencia llamó a la Doctrina "prácticamente anticuada" ("practically obsolete").

La aparición y el crecimiento del hitlerismo produjeron otro cambio en la actitud de los Estados Unidos con respecto a la seguridad del Nuevo Mundo. Puede ser, en este caso, como en los años inmediatamente anteriores a 1914, que cuando se reúna toda la prueba documental (si esto es posible) se encuentre que el dictador alemán estaba muy lejos de pensar en ninguna clase de acometida material directa contra la América Latina. Ahora parece más claro que su visión era limitada y que su preocupación por Europa era real y profunda. Pero es enteramente distinto decir, como lo han estado diciendo algunos de nuestros historiadores, que este genio del mal no ofrecía posibilidad alguna de amenaza para el Nuevo Mundo. En muchos respectos, podemos ahora ver las cosas, no con menor, sino con mayor claridad de lo que él las vio entonces.

Es muy comprensible, por lo tanto, que el gobierno de Roosevelt, con la visión de la situación internacional conjunta, tratara de realizar un acercamiento de América Latina a los Estados Unidos. El primer paso (y vale la pena hacer ver que esto sucedió cuando mucha gente aún veía la amenaza hitleriana con cierta complacencia), fue la visita del Presidente Roosevelt a Buenos Aires, en 1936. En la reunión a que concurrió allí, se firmó un convenio de consulta, en caso de que fuera amenazada la paz de las repúblicas americanas, y "en caso de una guerra internacional fuera de América". Además, se estatuyó que "cualquier acto susceptible de perturbar la paz en las Américas, afecta a todas y cada una de ellas, y justifica el proceso de consulta".

Sin embargo, esta declaración sólo fue el comienzo, pues no se constituyó ninguna organización para hacer efectivos estos altisonantes principios. El hueco se llenó en el Congreso de Lima de 1938 y para entonces, el peligro del nacionalismo era más reconocido. Por lo tanto, las naciones del Nuevo Mundo no solamente reafirmaron su solidaridad "en el caso de que la paz, la seguridad, o la integridad nacional de cualquier Estado americano" fueran amenazadas, sino que también convinieron en que, por iniciativa del ministro de Relaciones Exteriores de cualquiera de ellas, sus gobiernos se reunirían para considerar la posibilidad de una acción conjunta.

Los acontecimientos de 1940 llevaron aún más lejos el movimiento de acción común. La Conferencia de La Habana, en el verano de 1940, fue muy significativa. En una notable declaración, las naciones del Nuevo Mundo hicieron público que un ataque a cualquiera de ellas debía ser conside-

rado como un ataque a todas. Una segunda declaración establecía que "las Repúblicas Americanas considerarían cualquier traspaso o tentativa de traspaso de soberanía, jurisdicción, posesión, o de cualquier interés o control de cualquiera de estas regiones a otro Estado no americano, como contrario a los sentimientos americanos y a los principios y derechos de los Estados americanos para conservar su seguridad y su independencia política". Pero la conferencia fue más allá. Preparó un esquema de gobierno internacional en previsión de que fuese necesario ocupar alguno de los territorios que pudieran ser amenazados por Alemania. Y declaró que, en caso de extrema urgencia, cualquier Estado americano estaba autorizado para "actuar en la forma que requiriera su defensa o la defensa del continente". Esto, ciertamente, constituía un impresionante ejemplo de la solidaridad de los Estados del Nuevo Mundo.

Habían transcurrido algo más de dieciséis meses después de las declaraciones de la Conferencia de La Habana, cuando los Estados Unidos se vieron mezclados en la guerra contra Alemania y Japón. En el intervalo, el gobierno de los Estados Unidos se apresuró a concertar convenios con la mayor parte de las repúblicas latinoamericanas, con el ánimo de establecer bases en sus territorios, en caso de guerra. Algunas veces, el trato fue difícil. En muchos de los Estados afectados había un sentimiento latente antinorteamericano que fue preciso tomar en consideración. También hubo de tomarse en cuenta un celoso prurito por mantener la soberanía nacional. Pero se había logrado un progreso substancial antes de que los japoneses dejaran caer sus bombas en Pearl Harbor. Por ejemplo, ya en Abril de 1941, los Estados Unidos y México habían concertado un convenio, por el que se permitía a los aviones de los Estados Unidos aterrizar en los aeropuertos mexicanos y, en Noviembre, los puertos mexicanos fueron abiertos a la armada de los Estados Unidos. En el mismo mes, Brasil concertó un convenio semejante, acerca de los buques de guerra. Perú, Ecuador y Chile accedieron a demandas norteamericanas similares en el otoño de 1941. Incluso el gobierno panameño, que hasta fines de Octubre de 1941 estuvo en manos de un Presidente antinorteamericano, se unió a la lista, en Mayo de 1942.

Por añadidura, llegada la guerra los Estados Unidos recibieron muchas seguridades de apoyo de las repúblicas del Hemisferio Occidental. Todas ellas rompieron sus relaciones con las potencias del Eje, o les declararon la guerra. Sólo dos de ellas —Chile y Argentina— se mostraron remisas a dar uno y otro paso y sólo Argentina se mantuvo al margen, hasta que el conflicto estaba ya decidido, y su prolongada neutralidad facilitó una base para la intriga y espionaje nazi.

En varias circunstancias, algunas de las repúblicas fueron más lejos. Ecuador, por ejemplo, permitió a los Estados Unidos ocupar las islas Galápagos, proporcionando así una nueva base para la protección del Canal de Panamá. Brasil no solamente permitió el establecimiento de un servicio para el transporte de aviones entre su comba oriental y África, que desempeñó esencial papel en la campaña de África del Norte, de 1942-1943, sino que también envió fuerzas expedicionarias al frente italiano. México mandó aviones de combate a Filipinas. En un cuadro conjunto, la solidaridad de Occidente fue notable y es impresionante el contraste con la situación durante la primera guerra mundial, cuando Estados tan importantes como México, Chile, Venezuela y Argentina, permanecieron neutrales durante la contienda.

Tampoco debemos subestimar la importancia de la América Latina al proporcionar a los Estados Unidos importantes materiales estratégicos. Laurence Duggan, en su libro sobre "Las Américas", da una interesante lista de estos materiales, y de esa lista resulta que las naciones del Nuevo Mundo abastecieron a este país con toda su quinina (específico de importancia fundamental en la guerra del Lejano Oriente), toda su madera de balsa (muy valiosa para la fabricación de aeroplanos); todo su rotenon (poderoso insecticida); el 83 por ciento de su importación de cobre; el 77 por ciento de su fibra de manila; el 56 por ciento de su estaño; el 76.7 por ciento de su importación de vanadio y el 43.2 por ciento de su caucho crudo. Cada uno de estos materiales fue importante factor en el esfuerzo bélico.

El empeño de cooperación de los Estados del Nuevo Mundo durante la magna guerra de 1941-1945 ha continuado en el mundo posbélico. Las condiciones de seguridad que prevalecieron durante la contienda, afectaron la política de los Estados Unidos en los años siguientes. Ciertamente se echaron los cimientos para un nuevo modelo de seguridad en la conferencia que se efectuó en la ciudad de México, en el invierno de 1945. En ésta, el protocolo de Buenos Aires mencionado antes, se fortaleció con un nuevo convenio llamado Acta de Chapultepec. Por este pacto se declaró que un acto de agresión contra cualquiera de los Estados sería considerado como un acto de agresión contra todos, y se enumeraron las medidas con las que se apoyaría a la nación agredida. Estas medidas son: la retirada de los embajadores, la suspensión de relaciones económicas y el uso de fuerzas armadas.

El Acta de Chapultepec fue redactada en una situación de guerra, y, según el criterio de la delegación norteamericana, podría considerarse que sólo obligaba durante el período de guerra. Para no omitir requisito

alguno, fue necesario concertar un Tratado formal, lo que se hizo en 1947 mediante el Tratado interamericano de asistencia recíproca, de Río de Janeiro. Por este Tratado, ratificado sin oposición por el senado de los Estados Unidos, las partes contratantes convinieron, no solamente en emprender una acción común contra la agresión, sino en obligarse por el voto de dos terceras partes de los miembros, excepto en lo concerniente al uso de fuerzas armadas. El principio de seguridad colectiva, en este Tratado, se llevó más allá de lo que había hecho hasta entonces. Y, al requerir que los Estados Unidos se obligaran, mediante el voto de otras naciones, el Acta de Río va todavía más lejos que el pacto del Atlántico del Norte, de 1949.

Con el Pacto de Río, no obstante, llegamos a la culminación de la política de colaboración para el desarrollo de la seguridad americana. La cuestión que aún queda por considerar es si el curso de los últimos diez años no ha alterado radicalmente el aspecto del problema de seguridad y si no ha reducido inevitablemente la importancia de los Estados de América Latina, desde el punto de vista de la defensa nacional. El aspecto de la posible subversión de los gobiernos de América Latina quiero tratarlo en mi próximo ensayo. Estoy hablando, se entiende, teniendo en el pensamiento la invasión material del Nuevo Mundo. ¿No hemos vuelto, desde 1959, a una situación muy semejante a la que existía en los primeros años de nuestras relaciones con la América Latina, ahora que la acción armada contra un Estado americano es sumamente improbable? ¿Hay, en verdad, alguna otra región en que las perspectivas de tal acción sean más remotas?

Al tratar de los problemas de las relaciones con América Latina, debemos tomar en cuenta los cambios revolucionarios de la situación internacional que ha habido después de terminar la guerra. Si los Estados Unidos se vieran nuevamente envueltos en una contienda, ¿qué clase de guerra sería ésta? Por espantosa que sea la perspectiva, "podría" ser la guerra nuclear total. Pero, en esa guerra, la posición de nuestros "vecinos del Sur" carecería de importancia. Los golpes vendrían probablemente de bases muy alejadas de esa parte del mundo (esto, no obstante la actual actitud hostil de Cuba hacia los Estados Unidos), tal vez del polo, o de submarinos que disparan sus armas letales desde muchos kilómetros, mar afuera. ¿Y si la guerra fuera más limitada? Obviamente, la zona de máximo interés para nosotros es ahora Europa. Ahí existe el mayor conjunto técnico del mundo, exceptuados los Estados Unidos y, posiblemente, la Unión Soviética. Así encuéntrase un peligro de guerra, contra el que debemos tomar toda clase de precauciones. Pero, a menos que las ope-

raciones sean totales, deben limitarse. Y las operaciones limitadas, como un símbolo que surge de una amenaza a Europa, como una intimidación de lo que podría suceder si no se encuentra una salida, difícilmente arrastrarían al resto del Nuevo Mundo a las hostilidades directas. Por supuesto, hay otros puntos de fricción, además de Europa. Como sugiere el recuerdo del envío de tropas al Líbano, en 1957, puede presentarse una situación delicada en el Medio Oriente. Los bombardeos de Quemoy y Matsu, el irreconciliable y violento nacionalismo de los chinos comunistas, indican que la paz puede quebrantarse en el Lejano Oriente. Pero también en estos casos es difícil enfocar el papel de los Estados latinoamericanos. Por supuesto, no quisiera ser mal comprendido, pues de ningún modo pretendo que su simpatía no pueda sernos de utilidad. Sólo digo que, a juzgar por la situación actual, hay pocas razones para creer que podamos estar amenazados directamente desde la gran región del Sur.

Hay ciertos aspectos del problema que merecen especial mención. Uno de ellos es la cuestión de nuestras comunicaciones interoceánicas. Hemos visto cómo esta cuestión, precisamente, dio vida especial a las ideas de la Doctrina Monroe, y cómo alcanzaron la máxima vitalidad los principios de Monroe en la época en que la defensa del canal parecía presentar un posible problema de alta significación. En los días anteriores a 1914, las posibilidades del poderío alemán en el Caribe, aun cuando se exageraron mucho, ofrecían un argumento válido para ejercer una vigilancia especial. En los días de la segunda guerra mundial, el canal desempeñó un papel muy importante en el movimiento de nuestras operaciones navales. Pero desde entonces han sucedido muchas cosas. Llamo la atención de ustedes sobre un artículo muy significativo que apareció en "Foreign Affairs" de Abril de 1959: "El valor militar (del canal)", dicen sus autores, "se ha reducido, tanto por los adelantos de la técnica, como por los nuevos métodos estratégicos. A pesar de que aún facilita la eficiente disposición de la Armada, actualmente existe una flota de dos mares con portaaviones cuya manga y cubiertas diagonales son demasiado anchas para los estrechos. Sin subestimar la conveniencia y economía de las instalaciones del canal para el manejo de la carga voluminosa, el aumento de los medios de transporte continental por tierra y aire, proporciona una manera más eficaz de llenar las necesidades de una rápida movilización de tiempos de guerra. Las autopistas que permiten altas velocidades y los transportes aéreos militares y civiles de propulsión a chorro, unen las costas orientales y occidentales con rápidos servicios. Los oleoductos que transportan el petróleo a un costo equivalente al de los buques cisternas,

han reducido la importancia del tráfico entre las dos costas a través del canal. Además, el desarrollo industrial en la costa occidental, ha desviado los productos derivados del petróleo hacia el consumo local. A pesar de obstáculos evidentes, no es imposible que el océano Artico pueda, con el tiempo, proporcionar una vía estratégica alternativa, que acortará en cerca de 8,000 kilómetros los 18,000 que separan los puertos de Tokio y Londres".

De ninguna manera es esto todo lo que hay que decir. La protección del canal es ahora un asunto enteramente distinto de lo que fue durante la segunda guerra mundial. Cabe preguntarse si habría medidas capaces de garantizar su seguridad. Eminentes investigadores militares creen que no tiene defensa en una guerra total, y que, aun en una guerra limitada, sería más difícil que nunca defenderlo. Las fuerzas que hoy protegen la zona del canal, son esqueléticas. Los mismos militares parece que no les conceden importancia.

Volvamos el asunto al revés y llegaremos a la misma conclusión. Puesto que el canal ya no es de mayor importancia en acciones de guerra, no es probable, por lo mismo, que sea uno de los primeros blancos del enemigo. Hay otras formas de infligir perjuicios a esta nación, mucho más importantes que la interrupción de su tráfico interoceánico. Si en el futuro llegásemos a una guerra en gran escala, es probable que los objetivos del enemigo fuesen unos cuantos golpes rápidos a las grandes ciudades del país.

Los señores Travis y Watkins, en su artículo del "Foreign Affairs", deducen de los hechos apuntados que sería prudente poner el canal bajo el control de una comisión especial, bajo la égida de las Naciones Unidas. La opinión pública norteamericana, de ningún modo está ahora preparada para dar tal paso; la reciente conducta imprudente de algunos panameños sobreexcitados, no ha servido ciertamente para propiciar esa medida; las conclusiones de Travis y Watkins son más difíciles de aceptar que sus hipótesis. Pero es muy importante que comprendamos que la política de defensa de hace dos décadas, quizá sea algo completamente inoperante en el clima del decenio de 1960.

Hay otro aspecto de la cuestión de seguridad nacional que requiere consideración y en el cual un razonamiento anticuado estuvo de nuevo en juego. Al final de la guerra, los jefes militares de los Estados Unidos dieron gran importancia a la uniformidad de las fuerzas armadas de las repúblicas americanas. En Octubre de 1945, el Consejo de Defensa Interamericana recomendó a los gobiernos que "adoptaran como objetivo final la plena uniformidad del material de todas las unidades de las diversas fuerzas y de los

medios de producción"; que aseguran "la capacitación adecuada de los recursos humanos por medio de medidas tales como el servicio militar obligatorio, instrucción premilitar, formación de cuadros, etcétera", que adoptaran métodos de instrucción uniforme y que se instituyera el intercambio de oficiales y estudiantes.

En 1946, el Presidente Truman propuso al Congreso la ejecución de estas recomendaciones y la aprobación de una Ley de Cooperación Militar Interamericana. Esta ley no solamente habría hecho posible el mencionado intercambio de estudiantes, sino también la substitución por los modernos pertrechos norteamericanos, del armamento que en esa época tenían las naciones de la América Latina. La utilidad del rearme de los latinoamericanos al finalizar la guerra es algo que algunos de nosotros difícilmente podíamos comprender con exactitud. La proposición no encontró igual acogida en todas las repúblicas latinoamericanas: fue vista muy favorablemente por aquellos Estados en que los militares tenían el control del poder, y fue acogida con recelo en otras partes, no obstante la declaración del Presidente Truman de que sería necesario "guardarse de poner las armas en manos de cualquier grupo que pudiera usarlas en contra de los principios pacíficos y democráticos, a los que los Estados Unidos y otras naciones americanas se han adherido con tanta frecuencia". Afortunadamente, según mi punto de vista, el Congreso de los Estados Unidos dio poca importancia a la resolución sobre Cooperación Militar, y nunca fue promulgada como ley.

La historia de la asistencia militar a las naciones de América Latina confirma la sensatez de esta decisión. Ha habido ventas concertadas, a veces inocentemente, de pertrechos militares para una de estas naciones que han causado escozor en otras. Las posibilidades de una competencia insensata y peligrosa sólo se acentuarían con legislaciones como la propuesta por el Presidente. También había el peligro colateral de que creciera la influencia de las fuerzas armadas. Hay estados latinoamericanos donde, por ahora, el ejército puede ser un elemento necesario de estabilización; pero, en general, los Estados Unidos no tienen interés en aumentar la influencia de los militares en esta parte del mundo, o en estimular rivalidades latentes en las relaciones entre estas repúblicas. Además, este tráfico de pertrechos podría fácilmente hacer de los Estados Unidos un árbitro defestado en una carrera de armamentos americana, dar ocasión al espectáculo de ciudadanos norteamericanos muertos con armas enviadas por los Estados Unidos, e imponer una carga indebida en la economía de los países afectados. Es polí-

tica de los Estados Unidos reducir los armamentos por acuerdo internacional, y no fomentar su aumento.

Otra cosa son los convenios limitados, con los Estados latinoamericanos. Aunque, como he dicho, el carácter de la próxima guerra, si llega, puede muy bien ser enteramente distinto al de la última, la concesión de armas para propósitos concretos relacionados con la defensa del hemisferio, tales como la protección de la costa, la defensa marítima antisubmarina o las patrullas aéreas, parece una limitación bastante inocente. Tales concesiones se han otorgado hasta ahora a un número substancial de repúblicas. Puede obtenerse una perspectiva mucho más positiva de las misiones de entrenamiento, bien mediante el envío de oficiales norteamericanos a otros Estados de América, o bien de oficiales latinoamericanos a los Estados Unidos. Es cierto que el desaparecido Laurence Duggan, en su interesante libro "The Americas", veía con recelo tales contactos. Hablando de la casta militar latinoamericana, escribió en 1949: "Esta casta no cree ni puede creer en la democracia, aunque diga lo contrario, puesto que la verdadera democracia significaría la transformación de la sociedad que la selecciona y la apoya. Esta casta admira la tecnología de los Estados Unidos, pero desprecia la actitud antimilitarista de nuestro pueblo y la sujeción de nuestro ejército a las demandas de la opinión pública".

El punto de vista de Duggan merece respeto, pero no requiere, necesariamente, que se le acepte. No todos los militares latinoamericanos son del tipo descrito. Y aún más, tal vez no sea demasiado optimismo suponer que el contacto con los militares norteamericanos tenderá a aumentar su comprensión de las aspiraciones democráticas. Nada hay más impresionante que la actitud de la gran mayoría de los oficiales de nuestro ejército y de nuestra armada. No sólo están muy alejados de todo deseo de dominar en la política; no sólo están profundamente adheridos a los principios democráticos, sino que son, cada vez más, partidarios de las relaciones internacionales decorosas. Es muy posible, aunque no probable, por supuesto, que el aumento de contactos entre nuestros soldados y los de la América Latina, tenga consecuencias favorables y no desfavorables. Hay señales de que en la América Latina hay creciente disposición, por lo menos de una parte de la casta militar, reconocer su obligación de favorecer los procedimientos democráticos. En los últimos años, ha habido numerosos casos en que el ejército ha sostenido y vigorizado las fuerzas de la democracia. El contacto con nuestros soldados y marinos, a mi juicio, es probable que haga más bien que mal.

Nicaragua y la Integración Centroamericana vistas por un profano

F. E. GUANDIQUE
Abogado nicaragüense

Constantemente se habla en las esferas del Gobierno y en los periódicos, no sólo de intereses partidistas, sino principalmente de cuestiones relacionadas con la Integración Centroamericana. Se habla entre nosotros de la prosperidad nacional, del auge de los negocios, de la industrialización del país y de otros tantos tópicos semejantes, todo con gran entusiasmo, proclamando confianza, fe y esperanza. No cabe duda de que para hablar con buen éxito de esos problemas, se requiere poseer instrucción especializada, pero al mismo tiempo cabe observar que todos esos temas no pueden ser de consideración exclusiva de los técnicos, ni pueden afectar solo a determinado grupo de sabios, sino que atañen a todos, sin distinción de sexo, color ni raza. Todos tenemos que resolver los problemas de la vida, todos tenemos que enfrentarnos a un buen o mal Gobierno, o a un buen o mal Gobernante. Desde ese punto de vista, debería ser muy claro que, así como todos los habitantes de un país tenemos que estar interesados en las cuestiones de carácter general, también tenemos derecho de participar y opinar sobre las cosas públicas y tenemos que dar la pauta de todo Gobierno, al extremo de que si éste no nos gusta o no nos conviene, le negamos el voto y lo cambiamos. Así también en todos estos asuntos relacionados con la situación económica, todos debemos opinar y todos debemos expresar nuestras opiniones, sin permitir que tal cosa la absorba y decida en forma exclusiva y dogmática, un solo grupo, que bajo el pretexto de decirse técnicos, quieran asumir la sola dirección y pretendan ser los únicos que pueden dictar las reglas que deban seguirse. Por ese camino, estaríamos entrando en una dictadura, mucho más peligrosa que la dictadura pública, porque más fácilmente se somete a un hombre por la necesidad, que por la compulsión corporal. De seguir por esa vía, entraremos a la formación de castas y regresaremos a edades primitivas.

No se crea que soy enemigo de los técnicos, ni se piense que pretendo que no se les oiga. Lo que proclamo es que no los dejemos a ellos para que solos y exclusivamente den la solución de toda cuestión económica, sino que debemos dejarnos oír aunque seamos ignorantes en esa materia de finanzas públicas. Si el enfermo padece de un mal para poder ser curado debe decir como le sientan las medicinas y si le caen mal, no debe callar. El médico no puede llegar a experimentar cual medicina puede convenir o no al enfermo. El público no debe ser campo de experimentación, como hasta hoy lo ha venido siendo en nuestro

país. Voy a tratar de justificar mis palabras, y para ello presentaré los numerosos casos de fracaso y de incapacidad para resolver una necesidad nacional.

Comencemos por nuestra moneda. A principios del siglo, era extremadamente variable y los diferentes cambios se aprovechaban por quienes estaban en posición de predecir o saber las fluctuaciones. Levantaron así respetables fortunas. Después, bajo la ayuda americana, la moneda fue estable y cuando cesó aquella dirección, volvió a ser variable, enriqueciendo a unos cuantos y empobreciendo a los más. Después ha vuelto a buscar un canal de ficticia estabilidad, pero solo con la ayuda de entidades extranjeras. En el momento en que un Banco extranjero retire esa ayuda, nuestra moneda va al suelo, nuestros negocios se vuelven malos y todo el edificio nacional cae. En ese aspecto, debemos ser francos y reconocer que lo que hoy llamamos prosperidad, se asienta en el apoyo extranjero y sin él nuestra moneda bailarí a diario y nos destruiría.

Recordemos a este respecto, que los nicaragüenses, por sí solos tratamos de encontrar una solución a ese problema y todos sabemos que el Gobierno dictó más de cien leyes sobre control de cambios, sobre restricción de importaciones, sobre prohibición de negociar en moneda extranjera, etc, etc, etc, etc. Todos los años, teníamos que cambiar esas leyes, que dictar nuevos reglamentos, que prorrogar otras y aunque es verdad que algunos aprovecharon esa situación, ello no fue en interés general ni en beneficio público. Conclusión en este respecto, es que la estabilidad de que gozamos hoy en materia cambiaria, no es obra nuestra, sino por gracia de la dirección y ayuda extranjera.

Otro ejemplo. Hace muchos años que se introdujo en nuestra Constitución Política un Artículo permitiendo decretar un Estado de Emergencia Económica, con la suspensión de algunos derechos, entre otros los de la libre contratación y del libre comercio. Desde que aquella regla se insertó en la Constitución, no ha pasado un solo año, y son muchos y muy largos, sin que dejemos de utilizarla y de que nuestro Congreso, en forma rutinaria y sin darse cuenta de ello, dicte cada año, el Decreto declarando la existencia en Nicaragua de un Estado de Emergencia Económica. No resulta contradictorio para cualquier hombre razonable, que si el país, como dicen, está próspero, que si está floreciente, que si tiene gran pujanza económica, no

debería estar en Estado de Emergencia Económica, con la suspensión de las garantías constitucionales de la libre contratación y del libre comercio? Pues aunque sea duro creerlo, así es. Hay propaganda de que estamos florecientes, y sin embargo vivimos o estamos en Emergencia Económica. Además estamos leyendo a diario decretos declarando que hay escasez de maíz, de ganado, de arroz y de otros productos, es decir, declarando que hay hambre y para salvarnos, estamos sometidos a un régimen llamado de Emergencia Económica. En buen lenguaje, eso significaría fracaso financiero de cualquier Gobierno, pero aquí se le llama Prosperidad Económica.

Otro ejemplo. En Nicaragua se ha sentido por un lado, la necesidad de la vivienda, y por otro lado ha sido un hecho el esquilmo de los dueños de casas. En este párrafo no quiero referirme a si es o no, un buen éxito la existencia de un organismo fabricador de casas, sino solo al otro aspecto o sea al inquilinario. ¿Cual fue la solución que el Gobierno encontró a ese problema?, pues sencillamente llevó a cabo otro acto de dictadura legal, cual fue el de dictar una Ley de Inquilinato, que es ostensiblemente mala, anticuada, llena de errores y sobre todo que deja la solución del problema a Oficinas inoperantes, sin autoridad y a procedimientos judiciales que convierten en harapos los derechos del casero o del inquilino. Todos los años, nuestro Congreso Nacional en Sesión llena de gran solemnidad, pronuncia otro decreto diciendo que se prorroga por un año más la Ley de Inquilinato. Y hay que recordar que fue dictada, diciéndose que dentro del período de su vigencia, el Gobierno estudiaría y promulgaría una verdadera ley, regulando la materia del inquilinato. Y llevamos ya un cuarto de siglo, y nuestro Gobierno o mejor dicho sus hombres, han sido impotentes de concebir una buena ley de Inquilinato que sea estable, prefiriendo estar bajo un régimen de Emergencia Económica. Fácil hubiera sido hacer, como casi siempre lo han hecho, copiar la ley de algún otro país, pero se ha preferido otro método, primero porque es el de menor esfuerzo, y segundo porque mantiene el régimen de dictadura legal del país.

Otro ejemplo. Lo encontramos en el Distrito Nacional y en los Municipios. Es verdad que hoy las Oficinas tienen aire acondicionado, abanicos, alfombras color rojo, decorados, automóviles, etc, etc, etc, etc, pero en verdad la obra local no ha aumentado ni ha progresado en nada, absolutamente en nada. En Managua tenemos una pavimentación que fue iniciada hace cuarenta años y aún es más que incompleta y más que mala. Se hacen trochas de camino a las que se les da un cuarto de pulgada o algo de asfalto y ya se dice que es calle pavimentada. Hay calles estrechas, no hay edificios verdaderos de escuelas municipales, no hay verdaderos parques, es un hecho de que hay un mal servicio de limpieza pública, pero esto sólo en ciertos sectores de la ciudad. Es lastimoso el aspecto de la postería del alumbrado público, las aceras están llenas de hoyos y el transeúnte tiene que ir sorteando peligros. El Municipio no tiene ni una sola biblioteca pública, ni tiene edificios para ninguna escuela, no tiene vigilancia

sobre la enseñanza de su cargo, y no tiene ni un policía, ni una sola obra sanitaria y lo que es más, tiene el más pobre servicio de aguas negras. En cambio, colecta impuestos en escala que se calcula que es catorce y quince veces más elevado que lo que en igualdad de condiciones sobre el Estado. No hay detalle de cuanto se colecta por cada impuesto. Se venden los bienes y las acciones y no se informa al público. El Distrito Nacional es un Organismo más caro que el Gobierno mismo, pero enteramente inútil y de ningún beneficio para la ciudad. Insisto en que estoy hablando de la institución, y no de los hombres.

Respecto a los Municipios de las otras ciudades, basta acercarse a ellas para saber que no hacen nada, aunque tal vez colecten buenos impuestos. Todo ello quiere decir que esas Instituciones están trabajando mal y muy mal. Todos necesitan reforma y reorganización.

Otro ejemplo. No cabe duda de que han sido los técnicos quienes han preparado las leyes por las que económicamente nos están gobernando, y a ese respecto quiero decir que la materia tributaria es el más perfecto ejemplo de desorganización y de inoperancia para el servicio del público. Se dice que el sistema trabaja muy bien, porque se colecta un 30 o un 40 o un 50 o un 100 por ciento más que el año anterior, pero se calla que la tarifa tributaria, fue aumentada en un 80, un 100 y a veces un 200 y hasta un 300 por ciento más que antes, y se calla que los impuestos se pagan siempre por los mismos, pero a tarifas más altas. Las listas de contribuyentes no se publican. Las leyes fiscales han sido decretadas, siguiendo el pensamiento de que una dictadura económica es más fuerte y más efectiva que una dictadura corriente. De allí que el primer defecto que tiene es el de la centralización. El campesino de Matagalpa o Puerto Cabezas o el hacendado de aquellas regiones que quieran hacer algo y necesiten una boleta o una solvencia fiscal, tiene que esperar la consulta a Managua. Será que la Oficina Central no confía en sus empleados departamentales? Yo no lo imagino así. Ahora tomemos el caso de un habitante de Managua que algo necesita de esa Oficina. Llega allá, y es tan grande el número de empleados, que casi siempre tiene que perder una o dos horas, o uno y dos días, para saber quien es el empleado a que debe dirigirse, y si éste está en su escritorio (pues frecuentemente dicen que está en conferencia con el Jefe), le hace la solicitud y entonces para averiguar lo que desea, pone en movimiento inicial una cadena de empleados. Éste pide la declaración al otro, aquel al que sigue, pero mientras tanto, le han dicho al solicitante que espere un momento, que casi siempre se convierte en venga mañana. Al final se le dice que no han encontrado su declaración o que la van a estudiar y que regrese al día siguiente. La escena se repite día a día, hasta que alguien compadecido, trata de ayudarlo. Cuando ya están todos los papeles a mano, se le dice que van a resolver su caso y que regrese dentro de dos o tres días. Cuando vuelve le dicen que ya hay algo resuelto y que anda firmándose, pero ni le dicen qué es lo resuelto, ni nadie sabe y después de

semanas de penalidades le informan que ya la orden está en Tesorería, y que vaya a saber allá lo que resolvieron allí en la Oficina de Ingresos, no se lo dicen. Allá va nuestro buen amigo camino de Tesorería General, en donde muchas veces le contestan que no ha llegado la orden, pero que pueden recibirla más tarde y le agregan que si tiene algo por hacer, que vuelva mañana. Por fin encuentra que le han fijado una suma elevadísima, y en Tesorería le dicen que ellos no pueden hacer nada y que vaya a Ingresos. Va allá y entonces le dicen que allí nada se oye verbalmente, que tiene que hacerlo por escrito. Y nuestro hombre tiene que ir en busca de abogado o de algún amigo y la cadena vuelve a desarrollarse en esa forma, una y más veces con el resultado que no encuentra justicia y sí una gran injusticia, pues le sacan el dinero y tiene que pagar lo que no debe. Así se opera y sucede el aumento de lo que se cobra por impuestos. Una Oficina Fiscal no debe trabajar en esa forma, debe ser justa, debe atender al público, debe oír y debe fallar, no a escondidas, sino abiertamente y sobre todo, los Jefes no deben esconderse y adoptar medidas para que el público no los vea.

Dediquemos más palabras acerca como ve el hombre corriente a nuestros Bancos. Entre estos se habla de Economía Planificada y ese decir también lo acostumbran los funcionarios ejecutivos, pero en verdad no hay tal Economía Planificada ni dirigida, desde luego que los Bancos no son los que dirigen, sino sólo prestamistas exigiendo en garantía hasta diez y más veces por la suma que se les solicita. Que tengan reglas para otorgar sus préstamos no significa Economía dirigida ni planificada. Si un pequeño industrial o un carpintero u otro obrero busca ayuda, para mejorar su taller, no la encuentra. En general al pequeño agricultor no se le ayuda, porque no es propietario. Hace sólo pocos años el campo pertenecía a pequeños campesinos que allí vivían y trabajaban. Hoy pertenece a grandes terratenientes que viven en las ciudades. el campesino como pequeño propietario, es una especie que rápidamente va desapareciendo.

Otra manera de ver el problema que se deja esbozado es afirmar que económicamente en Nicaragua está desapareciendo rápidamente lo que se llama clase media. En el país existen unas pocas docenas de millonarios, otras más de ricos y el resto pobres que nada tienen y que se ganan la vida como obreros, peones, y dependientes, entre los cuales sobresalen los empleados públicos y los profesionales. De estos últimos buen número va a llenar filas entre los primeros para venir a tener un patrón y a depender económicamente de otros.

Todo eso podría remediarse si los industriales o agricultores forman verdadera unión, ya en forma de cooperativas reales y verdaderas, que estuvieren llenas del espíritu de unión, pero no lo hacen, a pesar de que tienen a la vista el ejemplo de los Comerciantes que han formado una Cámara que cada día va siendo más poderosa, hasta el extremo de que el Gobierno le ha dado el insólito privilegio de que cobre para su propio

beneficio, impuestos que montan a cifras crecidas. La Constitución de Nicaragua no permite que se cobren impuestos en favor de particulares, pero que vale la Constitución si se quiere tener gratos a los señores comerciantes?

Y volvamos a nuestro tema durante más de treinta años se ha gastado queriendo mejorar ese sistema y cada día empeora. Ahora hay anuncio que ya van a hacerlo y que están iniciando un catastro que vale quinientos millones de córdobas. Dios nos proteja. Ya tendremos mapas, planos, libros, cuadernos, etc., etc., etc., y ya irán nuestros oficiales de Catastro a tomar cursos de postgraduados a países extranjeros con gastos pagados. Todo eso demuestra, que los llamados técnicos han fracasado, y que el Gobierno no ha podido solucionar ninguno de esos casos.

Podría seguir enumerando más y más fracasos pero todos sabemos lo que sucede y basta por ahora recordar que nuestra administración de justicia tiene que ser reformada radicalmente, que somos un país en donde no hay jueces administrativos, de modo que si un funcionario hace algo malo, se tiene que incurrir en el colmo de lo indecible, de ir donde él mismo a pedirle que rectifique su error. no tenemos policía ni mucho menos policía judicial, pero en cambio tenemos todas las oficinas que están llenas de técnicos, que hacen o copian proyectos de todo y que en todo fracasan, pues nada arreglan.

En cuanto a la Justicia misma, no la tenemos ni sabemos lo que puede ser. No quiero hablar porque todos lo sabemos, del viciado sistema de como se nombran los Jueces y Magistrados. En general todos tienen sueldos insuficientes que los obliga a buscar otros menesteres que hacer y es doloroso ver a altos funcionarios del Poder Judicial sirviendo de empleados en algunas otras Oficinas, todo para aumentar sus entradas. Los vemos firmando contratos para hacer (copiar) proyectos de ley por lo que se les paga fuertes sumas que realmente sirven para someterlos a la obediencia de aquellas entidades. Fácil es comprender que si ellos más tarde tienen que conocer en casos de interés para sus empleadores, no se separan como deberían hacerlo, sino que entran a conocer del caso, pero ya sin libertad ni independencia.

Es frecuente oír decir que Nicaragua está en vías de un engrandecimiento industrial y que se encuentra en un magnífico desarrollo, sobre todo por la considerable producción de artículos de exportación tales como carne, algodón y café. Analicemos la situación y repito aquí, que al hacerlo no pretendo hacer estudio científico, al estilo de los grandes economistas del mundo, con teorías o con cuadros y estadísticas, que no tenemos, sino con hechos reales y positivos de nuestra vida comercial.

Comencemos por entender claramente que es lo que debe significar la frase de un país próspero, refiriéndose a Nicaragua. Debe entenderse como pros-

peridad que en Nicaragua haya 50 o 100 o 500 o 1 000 plantadores de algodón de un año a otro sean ricos y aun millonarios? o cuando nos encontramos con 100, 300 o 500 plantadores de café, que también se convierten en pocos días en hombres de dinero por la buena cosecha de café? o en 10, 40 o 60 exportadores de carne que reciben el pago de grandes sumas de dinero? Para contestar esas preguntas recordemos que Nicaragua tiene algo más de un millón y medio de habitantes y si todas las actividades del país, están dirigidas o basadas en los algodonereros, cafetaleros o carneros, podríamos decir que tal vez unos 1 000 o 1 500 son los que se hacen ricos pero nunca podríamos decir que ya todos los nicaragüenses somos ricos y prósperos. A mi entender la prosperidad de un país radica cuando los ciudadanos, digamos el 90 por ciento, o el 80 o el 75 por ciento, tienen trabajo constante, que llenan las necesidades de sus familias y aun sin hacerse ricos, economizan algo para enfrentarse a enfermedades o eventualidades. Un país en donde la mayoría de los habitantes esté en esas condiciones, será un país próspero, porque las familias buscarán para sus hijos mejor instrucción, mejor preparación, y cada vez habrá más y más ciudadanos preparados, pero no puede llamarse próspero un país en donde el *uno por ciento* de sus habitantes vive en la opulencia y el resto vive en estrecheces, en dificultades, con poca instrucción, sin sobresalir y tal vez con hambre.

La conclusión de lo que digo, es que no puede decirse que Nicaragua sea país próspero, tan solo por el hecho de que los algodonereros, los cafetaleros y los exportadores de carne reciban millones de córdobas por sus exportaciones, cuando hay hospitales llenos de indigentes, cuando las condiciones de vida del humilde es bajísima, y cuando los hombres no tienen donde trabajar al terminarse las cosechas.

Adelantando un poco en ese examen podemos decir que es verdad que estamos cultivando algodón, café y que producimos carne. Aceptamos esas afirmaciones como verdaderas, pero los habitantes de Nicaragua necesitan comer maíz, arroz, frijoles, y carne básicamente. Los tres primeros artículos se han dejado de cultivar en escala sustancial, y la última, por los precios de exportación a que se vende, es cara, de modo que para comer cualquiera de esos productos se necesitará, como en años anteriores, importarlos, no obstante de ser este país agrícola. La carne no se comerá por sus precios prohibitivos. La consecuencia, es que la desnutrición irá en aumento y si hoy ya son miles las personas que viven de la caridad internacional, y tienen que recibir víveres y hasta ropa del pueblo americano a través de Caritas, cada día aumentará ese número, y muy pronto estaremos en situación de que haya 20 o exagerando que haya 500 o 1 000, o 2 000 o 3 000 millonarios y el resto de la población estará recibiendo una limosna en forma de ayuda material para su propio comer. Esa limosna viene de los bolsillos americanos. Eso no es, ni puede ser la esperanza de un pueblo próspero. Por supuesto, un pueblo que no tiene cómo alimentarse por su propia mano, necesariamente tiene que buscar la mendicidad para curarse y

tiene que olvidarse de toda instrucción, pues el grito del estómago le hará olvidarse de todo elemento espiritual o moral. De seguir las cosas proclamándose como van, si aumentamos el número de millonarios y disminuimos la capacidad de producción propia de los otros, el destino de Nicaragua es feo y terrible. A mayor número de millonarios, la obra del comunismo avanzará sobre camino pavimentado y el destino del país será una república socialista más en América. Será eso un brillante porvenir? Se habla del progreso caminero y esto es lo único que en verdad es obra que debe alabarse. Si esos caminos fueron hechos con dinero americano como en gran parte lo han sido, o con dinero prestado, no tiene importancia porque allí está la obra, pero esa buena obra y esos beneficios rinden su mayor utilidad a los grandes terratenientes y esto por la razón de que no hay pequeños. De todos modos esos caminos, aunque algunos sean de mala calidad y aunque se haya empleado en ello sumas varias veces más de su valor, pero la obra está allí y debe reconocerse.

Por otra parte, se dice a menudo que estamos entrando al periodo de la industrialización, lo cual es otro grave error, pues la intención es que lleguemos a tener industrias para competir con Inglaterra, con Estados Unidos, con Alemania y otros países industrializados. No desarrollamos industria casera que si sería de gran utilidad, sino que deseamos tener industria pesada.

Veamos lo que sucede con la llamada industria nicaragüense. Todo lo que hacemos es a base de materia prima extranjera, lo cual quiere decir que en todo momento seremos siempre dependientes del exterior y no productores ni transformadores de nuestros propios productos. Veamos las llamadas industrias establecidas en Nicaragua. Industria Metalúrgica a base de hierro que necesariamente tiene que venir de otros países. una refinería de petróleo que también trae su su materia prima de otros países, bebidas de Coca-Cola, Pepsi-Cola, y similares, todas traen del exterior sus principales elementos, alambre, viene todo del exterior, abonos, tan sólo proporcionamos y no siempre, la materia inerte y así todo lo que aquí llamamos industria.

Por lo que hace a otros productos, como el cemento que es todo materia nicaragüense, lo que ha sucedido es que las leyes proteccionistas, lo han convertido en monopolio y se vende mucho más caro que el cemento importado, lo cual demuestra que podrá ser negocio para unos pocos, pero que no es de beneficio para el público. Las llamadas fábricas de ropa, son tan notoriamente productos extranjeros, que cuando han entrado en competencia con otros países, y especialmente con algún país vecino, se ven al borde de quiebras, demostración clara de la inutilidad de la industria de este país o inutilidad del sistema establecido por el Gobierno. Si en las propias telas, se levantara los impuestos proteccionistas y prohibitivos establecidos, ninguna tela fabricada en Nicaragua podría competir con la tela salvadoreña o guatemalteca, lo cual significa que éstas

industrias, así llamadas, existen porque el Gobierno las ha convertido en monopolios, y no porque sean industrias verdaderas de ningún beneficio para el público. En resumen no estamos preparados comercialmente, ni tenemos funcionarios que nos guíen en esa Integración: *queremos entrar con pie de igualdad con los otros países del Istmo que tienen mayores capitales, mayor consumo y sobre todo leyes adaptadas que les dan seguridad y respaldo*. Nuestro Gobierno no puede ayudar, pues él mismo tiene que recibir y pedir ayuda. Cada ayuda que viene es en forma de préstamo o sea carga para las generaciones futuras. Estamos comprometiendo y empobreciendo a nuestros hijos y a nuestros nietos.

En relación muy estrecha con lo antes dicho, tenemos dos cosas de mucha importancia que no debe olvidarse y que aún, son *hechos decretados bajo inspiración extranjera, una Ley de Protección y Estímulo al Desarrollo Industrial, pero la hemos usado mal, y muy mal*. Hemos otorgado todos esos privilegios aun a simples Fábricas de hielo, de sorbetes y muchas otras cosas, que realmente no implican ninguna ventaja al porvenir nicaragüense pero que han servido para favorecer a los beneficiados, pues al amparo de esas franquicias se han hecho muchas importaciones, libres de derechos aduaneros.

De igual modo, también se han excepcionado de derecho algunos productos bajo la etiqueta de que así se favorece a Nicaragua, pero inmediatamente después se sustituye esa franquicia con un impuesto de consumo que es igual al aduanero y un poco más. Resulta que el público siempre compra a precio igual que antes o mucho más caro y toda integración no reduce los costos de vida, sino que encarece. ¿Quién tiene el beneficio de todas esas leyes? El público no la tiene, pues sigue comprando a igual o mayor precio que antes y como aquí no estamos en investigación detectivesca, se queda sin contestar la pregunta de quien o quienes son los beneficiados.

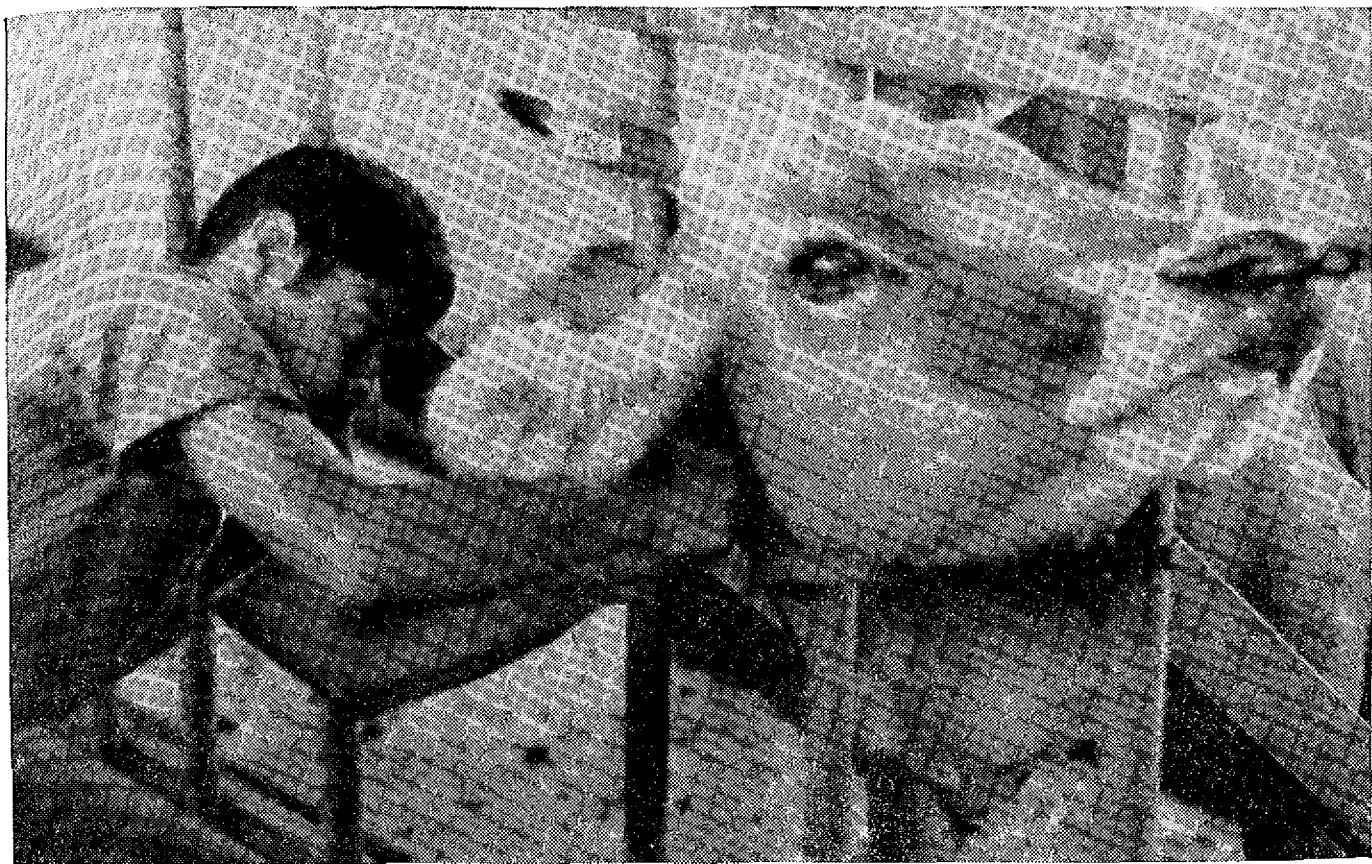
Lo que el público siente, lo que ve, lo que palpa es que nada, absolutamente nada de las leyes que se dictan, resultan o se traducen en beneficio público. La vida va aumentando día a día, los impuestos siguen cobrándose solo a una parte reducida de contribuyentes, siempre a tarifas más y más altas, lo cual llevará al país directamente a que quienes trabajan, irán reduciendo sus actividades creciendo el número de los que no trabajan, y los que gozan de privilegios, irán aumentando. Así se está provocando un desequilibrio social, que será de consecuencias ilimitadas e imprevisibles, porque vendrá a ser el grito del hambre, en medio de las riquezas de unos pocos. Hasta donde llegará ese grito del hambre? Podrá la fuerza detenerlo o conjurarlo?

Ya se que las conclusiones a que he llegado, no gustarán a muchos, pero tienen la virtud de ser una expresión clara de un sincero modo de apreciar y de ver las cosas. Naturalmente, como dije antes, yo no estoy interesado en discutir hombres, sino sólo en poner en evidencia cual es el modo de ver de quien como queda dicho al principio, no es ni financista, ni economista, ni prestamista, sino sólo lisa y simplemente un ciudadano que vive al lado del público, que oye la queja continua de todos y el grito de angustia que cada día va siendo más y más grande. Ese grito lo están oyendo algunos pocos y pretenden callarlo entregando porcentajes de sus ganancias, pero podrá esa parte mínima, sin una acción de todos, silenciar el hambre y el padecimiento de todo un año?, será necesario esperar doce largos meses para recibir una ayuda que solucione unos pocos de los profundos problemas de cada día? Lo dudo muchísimo, porque el problema no es de un poco de dinero sino es un problema hondo, que tendría que solucionarse con más seriedad, yendo al fondo de las cosas y de las necesidades, cooperando con el movimiento internacional, pero sin olvidarse que comemos arroz, maíz, frijoles y carne. No menciono la leche porque esa hay muchos cientos miles de nicaragüenses que no la conocen. Esa obra no es de particulares, sino del Gobierno y de sus hombres.

Este es pues un grito angustioso de la verdad y del porvenir. ¿Quién quiere oírlo y discutirlo?

En resumen, puede decirse que en Nicaragua hay material humano para convertirla en un país con estabilidad e independencia económica, pero todos esos elementos se están derivando al enriquecimiento de pocos y a la miseria de los demás. Quienes dirigen, están equivocándose, pero se equivocan mucho más, los que tienen necesidades y no se organizan, no discuten lo que necesitan y lo piden, sabiendo que al hacerlo es con derecho. Tal vez no lo hacen, porque ya estamos casi todos aprendiendo que carecemos de derechos y que cuando algo recibimos, es favor que nos liga al Juez, Magistrado, al Banquero o al funcionario que nos haya atendido.

En la forma que vamos puede llegar bien pronto el desastre para el país, un precio bajo internacional hará desistir a los algodóneros si el Convenio Internacional de café no se mantiene, nuestros plantadores estarán arruinados, una Tercera Guerra, una conmoción, una huelga aún inoperante, y la falta de lluvias, y muchos casos más, harán tambalear la economía del país que, a pesar de ir creciendo, lo hace sobre cimientos endeble. Sin embargo cuando esa hora llegue, volveremos a tender la mano y viviremos de la limosna internacional, pues ya para ello estamos recibiendo desde hoy el preciso entrenamiento.



Nicaragua y la Universidad de Pennsylvania

Futuro de la Medicina Veterinaria en Nicaragua

L. G. CLARK, D. V. M.

Doctor en Medicina Veterinaria. Jefe de
la Misión Científica de la Universidad de
Pennsylvania en Nicaragua

En la primavera de 1962, el Ministerio de Agricultura de Nicaragua, por medio del Doctor Ralph Deshon, Cónsul General de Philadelphia, invitó a la Escuela de Medicina Veterinaria de la Universidad de Pennsylvania para estudiar la epizootiología de la Leptospirosis en los animales salvajes y domésticos de Nicaragua. La Universidad aceptó gustosa la invitación y los estudios se comenzaron en Julio de aquel año para ser continuados hasta Julio de 1965. El apoyo financiero se ha obtenido, en gran parte, del Instituto Nacional de Salubridad, del Servicio de Salubridad Pública de los Estados Unidos, además del apoyo dado por la Universidad misma, así como del Ministerio de Agricultura de Nicaragua.

Al decidir venir al país, la Escuela de Medicina Veterinaria, tuvo varios objetivos en mente:

1.—Un estudio en el terreno y en el laboratorio de los aspectos epizootiológicos de la Leptospirosis, en realidad una continuación de estudios similares recientemente terminados en Pennsylvania.

2.—Una evaluación de las facilidades veterinarias existentes en Nicaragua, un cálculo de sus necesidades futuras, y el aporte que la Universidad podría prestar para corregir las deficiencias encontradas.

Al completarse dos años de estudio se ofrece un sumario de los descubrimientos realizados, así como un cálculo del futuro papel que la Universidad puede desempeñar en Nicaragua.

I LEPTOSPIROSIS

La Enfermedad. Métodos de estudio. Resultados.

La Leptospirosis es una enfermedad específica infecto-contagiosa causada por miembros del género bacteriano *Leptospira*, capaces de infectar a toda clase de mamíferos, así como a ciertos pájaros y reptiles. Más de 100 especies (serotipos) del género se sabe que existen, casi todos los cuales se han encontrado que infectan tanto al hombre como a sus animales domésticos. La enfermedad es mundial en su distribución, aunque su mayor incidencia se encuentra en las áreas tropicales y sub-tropicales.

El organismo causante es la *Leptospira*, bacteria bastante parecida a la espiroqueta causante de la sífilis, es un parásito obligado que sólo puede sobrevivir por muy cortos períodos fuera del mamífero que lo alberga. En la mayoría de los animales, el organismo tiende a localizarse en los riñones, de donde es arrojado en gran número, y por razón de ello, la orina y el agua contaminada constituyen los medios más importantes por los que la infección se trasmite de animal a animal.

Los síntomas clínicos de infección son extremadamente variables, desde casos fulminantes, fatales, a casos leves sin señales aparentes. Los casos típicos, especialmente en humanos, presentan síntomas muy similares a la influenza o meningitis viral, con fiebre, dolores musculares y marcada debilidad. El restablecimiento tiene lugar en un período de dos a cuatro semanas, y los efectos residuales no son frecuentes. En el ganado, los síntomas clínicos notados con mayor frecuencia son, aborto, pérdida de producción de leche, y ocasionalmente, la muerte. En las marranas los abortos son frecuentes. En los caballos, aparte de una reacción febril, una oftalmía periódica se cree sea el resultado más serio de la infección. En casi todas las especies de mamíferos, se sufren daños renales más o menos grandes, siendo el más común efecto posterior la nefritis intersticial crónica.

La diagnosis de la enfermedad está basada sobre pruebas serológicas del individuo afectado, llevadas a cabo durante y después de la fase aguda del ataque. La fiebre corrientemente aparece a los 4 ó 7 días después del contagio, y los anticuerpos visibles aparecen de los 7 a los 10 días del brote de la infección. El organismo infeccioso corrientemente, puede ser aislado, en un medio adecuado, de la sangre extraída durante la época febril. Del décimo al quinto día después de la infección, hasta en algunos casos, del 30 al 45, el organismo puede ser aislado en la orina.

El tratamiento de individuos afectados es extremadamente difícil porque el organismo infeccioso es apenas sensitivo a la terapia antibiótica *in vivo*. Al menos que el tratamiento se comience inmediatamente después de la infección, es posible que sea inefectivo y que el mal siga su curso natural. Las vacunas, usadas profilácticamente, son de gran utilidad en el control de la enfermedad en los animales domésticos, y en ciertas situaciones específicas han probado ser beneficiosas en casos de seres humanos: mineros de carbón en el Ja-

pón, trabajadores en los arrozales de Italia y España son vacunados rutinariamente.

ANIMALES FOCOS DE INFECCION

Otra particularidad de la Leptospirosis, y la que contribuye a las dificultades en relación al control de la enfermedad, es la tendencia de algunos animales infectados a tornarse en focos de infección. La rata de Noruega —*Rattus norvegicus*—, por ejemplo, se ha encontrado que alberga la *Leptospira icterohaemorrhagica*, el organismo responsable del mal de Weil en el hombre. Un ratón campestre alberga y disemina la *Leptospira grippotyphosa* en la Europa Central, siendo ese organismo la causa de la Fiebre del Lodo entre los trabajadores del campo en esa área. Numerosas otras especies de animales salvajes se han encontrado ser focos de infección de la Leptospirosis, sin duda alguna, muchas de ellas son capaces de transmitir la infección tanto a los hombres como a sus animales domésticos.

ESTUDIOS EN EL TERRENO

Con el objeto de estudiar la Leptospirosis en Nicaragua, nuestro proyecto fue dividido en estudios en el campo y estudios en el laboratorio. El grupo de campo consiste en un cazador y su asistente, un preparador de especímenes —pieles y cráneos de animales salvajes coleccionados— y un técnico para remover y preservar varios órganos. El cazador y su asistente coleccionan animales salvajes en sitios esogidos al azar en todas las áreas de Nicaragua. Los especímenes son cogidos vivos o tirados, son cultivados en el campo, y las pieles y los cráneos son preparados y rotulados para ser enviados al Museo Nacional de los Estados Unidos para su identificación. Los cultivos son llevados al Laboratorio para su examen e identificación, así como las muestras de sangre tomadas a los animales al tiempo de su captura.

ESTUDIOS EN EL LABORATORIO

El grupo de laboratorio consiste de un director del proyecto, un microbiólogo, un asistente de laboratorio y una secretaria. El trabajo de laboratorio consiste en el examen e identificación de los cultivos, en pruebas de muestras de sangre y la preparación de suministros y medios de cultivo para el grupo de campo. Además, el personal del Laboratorio recoge muestras de sangre de animales domésticos, y en ocasiones, de personas en el área donde el grupo de campo está en operaciones. Los especímenes que han de ser examinados en fecha posterior, tales como porciones intestinales de animales salvajes para investigaciones parasitológicas, son guardados en el laboratorio.

MUESTREO DE POBLACIONES DE ANIMALES

Nuestro proyecto tiene como objetivo el muestreo

de poblaciones representativas de animales domésticos para determinar qué tipos de Leptospirosis están presentes en estos animales nicaragüenses, y el examen de los animales salvajes para determinar qué especies sirven como focos de infección de leptospirosis y presenten

una amenaza a las personas y a los animales domésticos. Si de nuestros estudios surgen métodos de control prácticos y razonables, los tales serán propuestos. Un informe preliminar de los resultados obtenidos hasta la fecha se encuentra en los Cuadros I y II.

EXAMEN DEL CUADRO I

Un rápido examen del Cuadro I indicará que de 1,437 especímenes de animales salvajes estudiados, —comprendiendo 54 especies— solamente 16 de éstas se encontraron infectadas. De estas 16 especies, sólo 5 tenían proporciones de infección de suficiente magnitud como para justificar considerarles seriamente como focos de infección de Leptospirosis y, por lo tanto, peligros potenciales para el hombre y sus animales domésticos. Estas cinco especies son: *Didelphis marsupialis*, 13% infectados; *Philander opossum*, 18%; *Urocyon cinereoargenteus*, 29%; *Spilogale putorius*, 21%; y *Mephitis macroura*, 43%. Tal como se había anticipado por estudios previos (1, 2) los marsupiales, roedores y pequeños carnívoros fueron los grupos que mostraron mayores porcentajes de infección.

I					
SUMARIO DE ANIMALES SALVAJES					
ANIMAL	ATRA-PADOS	INFEC-TADOS	ANIMAL	ATRA-PADOS	INFEC-TADOS
<i>Didelphis marsupialis</i> zorro cola pelada	260	35	<i>Peromyscus mexicanus</i> ratón de venado	2	0
<i>Philander opossum</i> zorro 4 ojos	120	22	mexicano		
<i>Caluromys derbianus</i> comadreja	13	1	<i>Scotinomys teguina</i> ratón moreno	3	0
<i>Alouatta villosa</i> congo	32	0	de Alston	48	0
<i>Cebus capucinus</i> mono cariblanco	32	0	<i>Sigmodon hispidus</i> rata de algodón	125	0
<i>Ateles geoffroyi</i> tecote	51	0	<i>Rattus rattus</i> rata negra	2	0
<i>Tamandua tetradactyla</i> oso perico	11	0	<i>Mus musculus</i> ratón común casero	17	0
<i>Cyclopes didactylus</i> ceibita	2	0	<i>Coendou mexicanus</i> puerco espín	1	0
<i>Bradypus griseus</i> cúcula	24	1	<i>Agouti paca</i> guardatinaja	10	0
<i>Choloepes hoffmani</i> cúcula	16	1	<i>Dasyprocta punctata</i> guatusa	7	1
<i>Dasyprocta novemcinctus</i> cusuco	16	1	<i>Hoplomys gymnurus</i> rata espinosa	15	0
<i>Sylvilagus brasiliensis</i> conejo de monte	48	0	<i>Proechimys semispinosus</i> rata espinosa	3	0
<i>Sylvilagus floridanus</i> conejo cola blanca	31	0	<i>Canis latrans</i> coyote	27	8
<i>Sciurus variegatoides</i> ardilla variada	73	0	<i>Urocyon cinereoargenteus</i> gato coyotebo	8	2
<i>Sciurus deppei</i> ardilla de Deppé	1	0	<i>Procyon lotor</i> mapachín	7	0
<i>Sciurus richmondi</i> ardilla colorada	24	0	<i>Nasua narica</i> pisote	4	0
<i>Liomys salvini</i> ratón espinoso	80	0	<i>Potos flavus</i> cuyusa	3	0
<i>Heteromys desmarestianus</i> rata espinosa	13	0	<i>Bassaricyon gabbi</i> olingo	2	1
<i>Oryzomys palustris</i> rata arrocerá	33	0	<i>Mustela frenata</i> lince	2	0
<i>Oryzomys alfaroi</i> rata arrocerá de Alfaro	13	2	<i>Eira barbara</i> tayra	14	3
<i>Oryzomys fulvescens</i> ratón bodego	1	0	<i>Spilogale putorius</i> zorro manchado	99	43
<i>Oryzomys caliginosus</i> rata achocolatada	33	1	<i>Mephitis macroura</i> zorro encapuchado	5	1
<i>Nectomys alfaroi</i> rata de suampo	2	0	<i>Conepatus mesoleucus</i> zorro nariz de cerdo	2	0
<i>Tylomys nudicaudas</i> rata de árbol	1	0	<i>Lutra annectans</i> perro de agua	1	0
<i>Ototylomys phyllotis</i> ratón sedoso	1	0	<i>Felis pardalis</i> ocelote	1	0
<i>Nyctomys sumichrasti</i> rata vespéral	1	0	<i>Tapirus bairdii</i> danto	4	0
<i>Reithrodontomys fulvescens</i> ratón de cosecha	1	0	<i>Odocoileus virginianus</i> Venado cola blanca		
<i>Reithrodontomys mexicanus</i> ratón mexicano de cosecha	23	0			
<i>Peromyscus nudipes</i> ratón de venado pie desnudo	68	2			
				TOTALES	1,437
					125

(NOTA: El orden de presentación según Hall, E. R. y Kelson, R. R., Los Mamíferos de Norteamérica, Roland Press Co., N. Y. Título en inglés: The Mammals of North America)

EXAMEN DEL CUADRO II

El Cuadro II es una composición detallada de los animales salvajes que sirven como portadores y de las especies (serotipos) que se ha encontrado que ellos al-

bergan. Desde un punto de vista epizootológico, el Cuadro II es particularmente interesante, en que un número de los portadores constituyen nuevos récords

mundiales, esto, es, que nunca se les había considerado como portadores de Leptospirosis. Por ejemplo, *Philander opossum*, *Caluromys derbianus*, *Bradypus griseus*, *Choloepus hoffmanni*, *Oryzomys alfaroi*, *Oryzomys caliginosus*, *Peromyscus nudipes*, *Hoplomys gymnurus* y *Mustela frenata* son incluidos —por primera vez en esta publicación— como portadores de Leptospirosis.

Además, un buen número de los portadores conocidos se encontró que albergaban serotipos distintos de aquellos previamente reportados. *L. sarmin*, *L. pyrogenes* y *L. zanoni* en *Didelphis marsupialis*. De mayor interés y, quizás, lo más sorprendente, fue el hecho de haber aislado serotipos que previamente sólo eran conocidos en casos de seres humanos. El *Leptospira sarmin* (o *sarmini*) encontrado en *Didelphis marsupialis*, *Choloepus hoffmanni* y *Oryzomys caliginosus*, fue aislado por primera vez en un caso moderadamente severo de Leptospirosis sufrido por un individuo en el Sureste de Asia (3) y nunca se ha aislado de nuevo. *L. pyrogenes*, que nosotros hemos encontrado en *Didelphis marsupialis* y en *Philander opossum*, fue aislado por primera vez en un trabajador de una hacienda en Sumatra (3). Posteriormente, ha sido reportado en Italia, Japón, Malaya y Okinawa (5). *L. djasimin* (o *djasimini*), el que nosotros aislamos del *Philander opossum*, fue reportado la primera vez por Kotter en 1930 (4), habiendo sido realizado su aislamiento de un caso febril humano por medio de inoculación de un conejillo de India. Posteriores aislamientos procedentes de ratas (*Rattus bowersi*) fueron realizados en Malaya por Gordon-Smith y Broom (5). *L. sentot* (*sentoti*) extraído del *Philander opossum* fue por primera vez aislado por Wolff (3) en 1937, procedente de un caso fatal de Leptospirosis de un trabajador de Java. Ningún portador animal había sido previamente reportado.

El *Leptospira zanoni*, íntimamente relacionado al *L. pyrogenes* fue primeramente aislado de un caso humano de Leptospirosis en Australia durante la década de 1930, y a nuestro entender, no ha sido aislado posteriormente. Hemos encontrado que tanto el *Didelphis marsupialis* como el *Philander opossum* son portadores de este serotipo. *L. javanica*, que nosotros hemos encontrado infectando a sólo un

animal, al zorrillo (*Mephitis macroura*), había sido previamente reportado en Java 1938 e Indonesia 1948 (5).

Muchos de nuestros aislamientos no han sido aun definitivamente identificados, ya que la identificación serológica de cepas leptospirales es un proceso tedioso y prolongado. Sin embargo, a base de cepas identificadas hasta ahora, parece razonable llegar a la conclusión de que puede anticiparse más material interesante de gran significación epidemiológica.

Conociendo la identidad de varios animales portadores de Leptospirosis y los serotipos específicos con los que están infectados, una revisión de nuestros hallaz-

II

SUMARIO DE AISLAMIENTOS

ANIMAL HUESPED	Nº DE AISLAMIENTOS	SEROTIPOS AISLADOS
<i>Didelphis marsupialis</i> zorro cola pelada	2	<i>L. bataviae</i>
	3	<i>L. pomona</i>
	1	<i>L. autumnalis</i>
	3	<i>L. hyos</i>
	3	<i>L. sarmin</i>
	2	<i>L. pyrogenes</i>
	1	<i>L. zanoni</i>
	20	no identificados
	1	<i>L. bataviae</i>
	1	<i>L. hardjo</i>
<i>Philander opossum</i> zorro 4 ojos	3	<i>L. hyos</i>
	1	<i>L. pyrogenes</i>
	3	<i>L. zanoni</i>
	1	<i>L. djasimin</i>
	1	<i>L. sentot</i>
	10	no identificados
	1	no identificado
<i>Caluromys derbianus</i> comadreja	1	no identificado
<i>Bradypus griseus</i> cúcala	1	no identificado
<i>Choloepus hoffmanni</i> cúcala	1	<i>L. sarmin</i>
<i>Dasypus novemcinctus</i> cuzuco	1	no identificado
<i>Oryzomys alfaroi</i> rata arroceras de Alfaro	1	<i>L. hyos</i>
	1	<i>L. zanoni</i>
<i>Oryzomys califinosus</i> rata ochocolatada	1	<i>L. sarmin</i>
<i>Peromyscus nudipes</i> ratón de venado pie desnudo	1	<i>L. hyos</i>
	1	no identificado
<i>Hoplomys gymnurus</i> rata espinosa	1	no identificado
<i>Urocyon cinereoargenteus</i> gato coyozebo	8	<i>L. canícola</i>
<i>Procyon lotor</i> mapachín	1	<i>L. hyos</i>
	1	no identificado
<i>Mustela frenata</i> lince	1	<i>L. australis</i> A.
<i>Spilogale putorius</i> zorro manchado	3	<i>L. canícola</i>
<i>Mephitis macroura</i> zorro encapuchado	32	<i>L. canícola</i>
	11	no identificados
<i>Conepatus mesoleucus</i> zorro nariz de cerdo	1	<i>L. canícola</i>

gos en relación a infecciones bovinas, sería de algún interés. Debe tenerse presente que el ganado es examinado por medio de una prueba microscópica de la aglutinación del suero, y de que estas pruebas no dan una información tan exacta como la que da el cultivo renal de los animales salvajes. Alguna reacción cruzada entre los serotipos se encuentra a menudo, pero

este es el único instrumento práctico de diagnóstico asequible ahora a los investigadores. En todos los casos estudiados, solamente el serotipo predominante (el de título serológico más alto), en cada animal, es el que se considera. En casos en los que puede llegarse a la conclusión segura de que el animal ha sido sujeto a infección por más de un serotipo (no por serotipos de reacciones cruzadas), los otros serotipos son también anotados.

Para el propósito de investigaciones epizootiológi-

cas, Nicaragua fue dividida arbitrariamente en tres zonas ecológicas: la zona Oriental o Atlántica, el área de mayor precipitación pluvial, donde el ganado ha sido más recientemente introducido, la zona Occidental o del Pacífico, el área de menor precipitación, donde el ganado ha sido introducido por mayor período de tiempo, y la zona Central o montañosa, una área intermedia de lluvia y donde el ganado ha sido introducido considerablemente más tarde que en la zona del Pacífico.

EXAMEN DEL CUADRO III

Es inmediatamente aparente, ante un examen del Cuadro III, que *L. hardjo* es el serotipo de mayor prevalencia encontrado en el ganado nicaragüense, apareciendo en el 41% de todas las reacciones serológicas positivas, y en el 19% de todos los animales examinados. Ningún otro serotipo se le aproxima en frecuencia. Debe notarse, también, que aunque muchos menos animales fueron examinados en la zona Atlántica que en las otras dos zonas, se encontró una más amplia gama de serotipos: Zona Atlántica, 11, Zona Central, 10, Zona del Pacífico, 7.

Esta diferencia puede atribuirse a dos factores. La zona Atlántica recibe la mayor precipitación pluvial, distribuida en un mayor período de tiempo que en las otras dos zonas, creándose con ello, condiciones favorables a la transmisión y supervivencia de los organismos. Además, debido a la escasa población, tanto de humanos como de animales domésticos, la zona Atlántica ha sufrido poco cambio en el uso de la tierra, resultando una mayor diversidad de las especies de animales salvajes aún existentes en el área, proveyendo mayor oportunidad de contacto entre los animales salvajes (focos de infección) y los animales domésticos susceptibles.

Haremos un muestreo de las poblaciones de animales salvajes y domésticos en las zonas Central y

Atlántica por tercera vez en la estación seca de 1965 y esperamos que al fin de ese período tendremos suficientes datos para establecer el riesgo verdadero para el hombre y sus animales domésticos provenientes de focos de infección en animales salvajes.

III

SUMARIO DE EXAMENES DE SANGRE DE BOVINOS

ZONA		NUMERO EXAMINADO	REACCIONES POSITIVAS Número	Serotipos
PACIFICO	Managua	20	41	<i>L. hardjo</i>
	Granada	18	17	<i>L. hyos</i>
	Puerto Momotombo	80	10	<i>L. pomona</i>
	Rivas	19	9	<i>L. canícola</i>
	El Realejo	30	5	<i>L. ballum</i>
	Nandaime	69	4	<i>L. autumnalis</i>
			2	<i>L. icterohemorrhagiae</i>
CENTRAL	Villa Somoza	50	23	<i>L. hardjo</i>
	Matagalpa	31	7	<i>L. ballum</i>
	Jinotega	17	6	<i>L. hyos</i>
			6	<i>L. pomona</i>
			4	<i>L. canícola</i>
			2	<i>L. grippotyphosa</i>
			2	<i>L. bataviae</i>
			2	<i>L. icterohemorrhagiae</i>
			1	<i>L. australis A.</i>
			1	<i>L. alexi</i>
ATLANTICO	El Recreo	75	14	<i>L. hardjo</i>
	Bonanza	0	8	<i>L. autumnalis</i>
			4	<i>L. australis A.</i>
			4	<i>L. bataviae</i>
			3	<i>L. hyos</i>
			3	<i>L. icterohemorrhagiae</i>
			3	<i>L. ballum</i>
			3	<i>L. grippotyphosa</i>
			2	<i>L. alexi</i>
			1	<i>L. pomona</i>
			1	<i>L. canícola</i>

BIBLIOGRAFIA

- Clark, I. G., Kresse, J. I., Marshak, R. R., Hollister, C. J. and Carby, E. A.: Leptospirosis in Pennsylvania — A Progress Report. Proceedings of The U. S. Livestock Sanitary Association, 1961.
- Clark, I. G., Kresse, J. I., Marshak, R. R. and Hollister, C. J.: Leptospira Grippotyphosa Infections in Cattle and Wildlife in Pennsylvania. Journal of the American Veterinary Medical Association, 141, (19 2): 710.
- Wolff, J. W. (1954) The Laboratory Diagnosis of Leptospirosis. Charles C. Thomas, Springfield, Illinois.
- Kotter, C. F.: Nederl. tijdschr. geneesk., 83, (1939): 3590.
- Alston, J. M. and Broom, J. C. (1958) Leptospirosis in Man and Animals. E. & S. Livingstone Ltd., London, England.
- Eguaras, J. L.: Informe Anual, Laboratorio Móvil, 1960-61. Ministerio de Agricultura y Ganadería, Managua, Nicaragua.
- Datos inéditos, Archivos del Ministerio de Agricultura y Ganadería, Managua, Nicaragua.
- FAO Animal Health Yearbook, 1961.
- Boletín Bimensual de Enfermedades de los Animales Domésticos de Declaración Oficial Obligatoria, 1962. Ministerio de Agricultura y Cria, República de Venezuela.

II

Uno de nuestros principales objetivos al venir a Nicaragua fue la evaluación de los servicios veterinarios actualmente asequibles en el país, así como el calcular sus futuras necesidades y el examinar el papel que la Universidad podría o debería desempeñar en el futuro

El último censo oficial publicado por la FAO, condensado en el cuadro siguiente, enseña claramente el número desproporcionado de animales por veterinario existente en Nicaragua, en comparación al resto de Centro América y a los Estados Unidos

PAIS	BOVINOS	EQUINOS	PORCINOS	VETERINARIOS
GUATEMALA	1,062,000	303,000	431,000	23
HONDURAS	1,121,000	—	615,000	13
EL SALVADOR	827,000	104,000	221,000	17
NICARAGUA	1,331,000	212,000	521,000	9
COSTA RICA	954,000	—	95,000	17
EE. UU.	96,236,000	3,088,000	59,026,000	20,100

AREA	POBLACION TOTAL DE GANADO	ANIMALES POR VETERINARIO
CENTRO AMERICA	7,817,000	99,000
NICARAGUA	2,064,000	229,000
ESTADOS UNIDOS	158,350,000	7,917

Estos datos fueron publicados en 1961, y concedemos que algún cambio haya tenido lugar desde entonces. Nicaragua ha adquirido algunos veterinarios más, pero también la población ganadera ha aumentado. Sin duda alguna, la proporción de animales por veterinario ha cambiado poco, si algo, y esta proporción es el único índice seguro de lo adecuado del servicio veterinario en un país dado.

Corrientemente, se acepta la escasez de veterinarios en Nicaragua. Lo que no se acepta generalmente, sin embargo, es que las facilidades de diagnóstico veterinario en Centro América en general y en Nicaragua en particular, son inexistentes, o completamente inadecuadas. Esto es cierto, a pesar de la importancia de la ganadería en las estructuras económicas de las cinco Repúblicas Centroamericanas.

Las clásicas enfermedades bacterianas y parasitarias matan cada año a miles de animales domésticos en Nicaragua debido a la casi total carencia de facilidades de diagnóstico. El diagnóstico, cuando llega a hacerse, es estrictamente diagnóstico de campo basado en síntomas clínicos. Estos problemas de las enfermedades adquieren mayor importancia si se presta debida atención a la frecuencia de la zoonosis entre la población humana, debido principalmente a las generales condiciones insalubres en que vive el grueso de la población y a la promiscuidad en que vive con sus animales domésticos. Queremos decir con esto, que los brotes de enfermedades infecciosas entre los animales domésticos constituyen un serio peligro a la salud de las personas encargadas del cuidado de esos animales, y que esas personas están en íntimo contacto con los ani-

males enfermos y no acostumbran las más mínimas prácticas sanitarias.

Para llegar a una apreciación razonable de la actual situación de las enfermedades, con un interés particular en la amenaza a la salud existente tanto para el hombre como para los animales domésticos, conviene una revisión de los datos obtenidos. Eguaras (6), informa los resultados de los exámenes hechos en 10,405 cabezas de ganado en 1960-61. Se llevaron a cabo estudios serológicos con brucella (fiebre ondulante) y antígenos leptospirales. No se encontraron reactores *L. pomona*, lo que es consistente con nuestros descubrimientos, esto es, que otros serotipos distintos de *L. pomona* se encuentran con más frecuencia. Los exámenes de brucelosis revelaron 148% del ganado como positivo. Exámenes parasitarios revelaron que el 63% de 469 animales estaba infectado con una o más especies de parásitos intestinales. Exámenes microscópicos de la sangre indicaron que el 15% de 761 animales estaban infectados de anaplasmosis, una seria enfermedad parasítica sanguínea del ganado, frecuentemente fatal. La impresión clínica del doctor Eguaras fue que los mayores problemas en las áreas estudiadas eran garrapatas, tórso, parásitos intestinales, pierna negra (una severa infección Clostridial del ganado), antrax, y retención de placentas. Con una apropiada educación de los dueños de ganado en lo que se refiere al cuidado sanitario del mismo, y con exámenes rutinarios y prácticas preventivas, todos estos problemas de las enfermedades pueden ser fácilmente resueltos.

Numerosas pruebas de drogas y parasitocidas se

han llevado a cabo en Nicaragua (7) y en otros países de Centro América, pero aquellas contribuyen muy poco a los conocimientos requeridos para la diagnosis y el control de las enfermedades. Informes anuales de enfermedades contagiosas (8, 9) circulan entre los países Latinoamericanos, pero aparte de las enfermedades vesiculares —fiebre aftosa, etc.— que son diagnosticadas en los laboratorios, poca confianza puede darse a esos informes.

Teniendo presente la información que antecede, se puede comprender fácilmente que, en gran parte por razón de la ausencia de facilidades y personal entrenado, en Latino América la medicina tropical veterinaria es un campo de investigación casi abandonado, particularmente en lo que se refiere a Centro América. Una gran cantidad de trabajo excelente ha sido rea-

lizada en Africa, pero mucho de ese trabajo no tiene aplicación en las Américas. Estaciones en Argentina, Brasil y Colombia están llevando a cabo extensos y productivos estudios, pero en campos limitados sobre Zoonosis en la Argentina, con énfasis en la población humana, laboratorios de enfermedades vesiculares en el Brasil, trabajos de tipo extensionista en Colombia.

Trabajando en conjunto con técnicos del Ministerio de Agricultura, y a su solicitud, la Universidad de Pennsylvania ha propuesto el establecimiento de una estación veterinaria de enfermedades tropicales. Esta propuesta nació del estudio de los problemas encontrados en Nicaragua, y del reconocimiento de la falta de personal entrenado, tanto profesional como técnico. Las metas específicas de la Estación serán:

- 1.—El diagnóstico y tratamiento de las enfermedades de animales en Nicaragua. La Estación estará provista, inicialmente, de personal profesional y técnico de la Universidad de Pennsylvania.
- 2.—Entrenamiento de ciudadanos nicaragüenses con el objeto de reponer, con el tiempo, a todo el personal de la Universidad, manteniendo de esa manera la continuidad de los servicios de la Estación una vez terminada la participación de la Universidad en el proyecto. El entrenamiento consistiría en práctica activa para el personal técnico, y en entrenamiento universitario, a base de becas, para el personal profesional.
- 3.—Actividades educativas, con énfasis en la diseminación de los métodos para mejorar el manejo del ganado, su saneamiento y el control de las enfermedades. Aquellas consistirán en:
a) familiarizar a los ganaderos con las facilidades de la Estación y sus capacidades, interesándolos en hacer uso de ellas; b) informar a los veterinarios de las actividades de la Estación y ofrecerles entrenamiento en específicos campos deficientes; c) dar demostraciones prácticas de medidas de control sanitario y de sencillos procedimientos de tratamiento en las principales regiones ganaderas; d) hacer asequibles las facilidades de la Estación a los estudiantes graduandos de la Escuela Nacional de Agricultura (ENAG) tanto para proveerles de material para sus tesis, como para aconsejarlos y entusiasmarlos a hacer uso de la Estación una vez se hayan graduado.
- 4.—Se ofrecerá a los miembros interesados de la Facultad de la Universidad, el entrenamiento en trabajos de enfermedades veterinarias tropicales.
- 5.—Se llevarán a cabo investigaciones de problemas de enfermedades veterinarias para determinar qué problemas requieren estudios detallados de una naturaleza de proyecto especial.

Se propone que el personal de la Estación consista de un Director, entrenado en Epizootiología, un Patólogo, un Bacteriólogo clínico, un Parasitólogo, dos veterinarios de servicio, tres técnicos médicos, y dos asistentes de laboratorio. Este personal ofrecerá servicios completos de diagnosis veterinaria, incluyendo servicios histopatológicos, bacteriológicos clínicos, parasitológicos, hematológicos, serológicos y exámenes químicos.

En todos aquellos casos de diagnósticos que no sean completamente rutinarios, se enviará un veterinario de servicio al sitio mismo en cuestión para llevar a cabo una investigación in situ. Se recogerán materia-

les adecuados para estudios de laboratorio y datos completos para el historial clínico del caso. Todos los esfuerzos se harán para llegar a un diagnóstico. Los casos que requieran estudios adicionales serán tabulados, caracterizados y reservados para su evaluación como material adecuado para proyectos especiales.

En todas las fases de las actividades de la Estación, se dará especial atención a las enfermedades que por su naturaleza sean de climas tropicales, y a aquellos problemas que son prevalentes en los trópicos: perturbaciones metabólicas por "stress" de calor y humedad, parasitismo interno y externo, infecciones cau-

sadas por insectos, deficiencias nutricionales, escasa producción, pobre capacidad reproductora y "stress" resultante de las estaciones alternas, húmedas y secas

Se pondrá especial cuidado en el trabajo de naturaleza extensionista. Para poder llevar a cabo el potencial de la Estación, será necesario explicar a los ganaderos los detalles de los servicios que pueden obtener, y crear una demanda efectiva de los servicios veterinarios mayor de la que ahora existe en Nicaragua.

Los miembros del personal de la Estación darán demostraciones del control de enfermedades y de procedimientos veterinarios que pueden ejecutarse en el campo. Veterinarios y ganaderos serán invitados periódicamente a programas demostrativos en la Estación misma, con el propósito de enseñar técnicas especiales y dar a conocer las funciones de la Estación.

El entrenamiento de personal sustituto será realizado en un período de diez años. El personal técnico será obtenido inicialmente en los Estados Unidos. Después de un período inicial para organizar la Estación, se escogerá entre los graduados de la Escuela de Agricultura a aquellos a quienes se les dará entrenamiento técnico. Esos estudiantes graduados recibirán instrucción y práctica en todas las fases pertinentes de patología clínica, bacteriología, parasitología, hematología y química. Se calcula que tres técnicos pueden prepararse cada dos años.

Los asistentes de laboratorio, los que serán responsables del instrumental y de la preparación de los medios, de la colección y preparación de ciertos especímenes, del cuidado y manejo de los animales de laboratorio, serán escogidos localmente. Se calcula que dos de tales personas pueden entrenarse cada año. Debemos hacer hincapié que personal técnico como el descrito, no se consigue actualmente en Nicaragua.

Para la substitución del personal profesional, se escogerán dos personas para el entrenamiento en cada una de las siguientes posiciones profesionales: patólogos, parasitólogos y bacteriólogos. Estos serán seleccionados entre los graduados de la Escuela de Agricultura. Un período de seis a ocho años será necesario para tal entrenamiento, el que se hará a base de becas. Es deseable, sin embargo, que al finalizar la educación profesional, los beneficiarios tengan la oportunidad de trabajar durante un año al menos con los miembros de la facultad de la Estación antes de asumir las responsabilidades completas de sus cargos.

El objetivo principal de los programas de entrenamiento es el de proveer personal competente, profesional y técnico, que sea capaz de manejar la Estación al término de la participación en la Universidad.

APOYO FINANCIERO DEL PROYECTO

Asegurar los fondos para un proyecto como el señalado es un proceso largo y complejo. Contrario a lo

que la mayoría de la gente cree, ninguna institución educacional de envergadura asume el costo total de proyectos de investigación o desarrollo. Los proyectos que se llevan a cabo en los Estados Unidos y que tengan relación con las ciencias médicas o biológicas son en su mayor parte financiados por los Institutos Nacionales de Salubridad o la Fundación Nacional de Ciencias. Organizaciones privadas, tales como, la Fundación Nacional, la Asociación Americana del Cáncer, la Fundación Rockefeller y otras más, también proveen millones de dólares anuales para investigación médica.

Sin embargo, para proyectos de investigación y desarrollo que se han de llevar a cabo fuera de los Estados Unidos, y muy pocas organizaciones, públicas o privadas, están deseosas de proveer fondos. Quizás el mayor contribuyente para trabajos en el campo de la medicina, internacionalmente, es la Organización Mundial de la Salud, de las Naciones Unidas. También se ha obtenido apoyo, en algunos casos, de la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional.

El problema, pues, de obtener apoyo financiero para el propuesto centro veterinario en Nicaragua, no es un problema sencillo. Reseñas detalladas del proyecto y presupuestos completos de operación han sido sometidos a la AID y a la Fundación Rockefeller, con la esperanza de que estas instituciones lo apoyen. También se apelará a otras instituciones.

CONCLUSION

Nicaragua no puede, ni debiera intentar, ofrecer entrenamiento en Medicina Veterinaria. Tal entrenamiento debe ser a nivel universitario, y el establecer una Escuela adecuada costaría muchos millones de dólares. Para operar, debidamente, tal institución exigiría un presupuesto anual mayor del que ahora se tiene para la Universidad Nacional y la Escuela de Agricultura combinados.

Al mismo tiempo, Nicaragua tiene verdadera necesidad de servicios veterinarios competentes, tanto de laboratorio como de campo. Tales servicios, o la falta de ellos, constituyen un factor para el desarrollo de la industria ganadera en el país. Todas las personas dedicadas a la producción y mercadeo de ganados se dan cuenta de la necesidad de mejores razas, mejor manejo y mejores prácticas dietéticas. Hasta que esas mismas personas reconozcan lo inadecuado del control de enfermedades actualmente ejercitado en Nicaragua, y hasta que se den pasos para mejorar esa situación, el futuro de la industria ganadera permanecerá, por supuesto, muy incierto.

Se presentan dos soluciones a estos problemas. Primera, establecer un centro veterinario como el descrito aquí. Segunda, preparar y poner en práctica un extenso programa para el entrenamiento de médicos veterinarios, en una base de becas. No se pueden enfrentar de otra manera las crecientes necesidades de la industria ganadera en Nicaragua.

KWASHIORKOR

EL OCULTO ASESINO DE LOS NIÑOS CENTROAMERICANOS

MURRAY MORGAN
Cionista de la Organización
Mundial de la Salud



1

La niña tenía cuatro años y pesaba algo más de ocho kilos, yacía en una camita aislada por un biombo en un hospital de niños, en las afueras de la ciudad de Guatemala, inerte como un vegetal, con sus grandes ojos castaños, que miraban vacantes desde su cara consumida, a los extranjeros que al pie de su lecho hablaban de ella en un idioma que no entendía. Su vientre estaba hinchado, pero el resto de su cuerpo era frágil como un dibujo al lápiz, sus muñecas no eran mayores que mi pulgar, su negro cabello indio estaba decolorado por mechones de color rosado amarillento, y en la piel morena de sus piernas había manchas de un blanco amarillento.

"Esto", dijo el joven médico guatemalteco, "es *kwashiorkor*"

La palabra *kwashiorkor* proviene de la Costa de Oro, algunos dicen que significa "muchacho rojo" y que se refiere al cabello decolorado de la víctima, otros sostienen que el término quiere decir "la enfermedad que ataca a un niño cuando nace el próximo hijo", alusión al hecho de que la enfermedad se inicia a menudo cuando el niño es reemplazado en el pecho de la madre por una criatura menor. Los científicos la llaman enfermedad por policarencia, pelagra infantil o desnutrición maligna. Cualquiera que sea su nombre, el *kwashiorkor* es probablemente la enfermedad de la nutrición más grave y más extendida por la ciencia médica y dietética conoce, la mayor exterminadora de niños en América Central.

"Impide el crecimiento de todo un pueblo", dijo el doctor. "Nuestra gente, con alimentos adecuados crece tan alta como ustedes los norteamericanos, pero debido a la mala nutrición, muchos de ellos no miden más de un metro cincuenta y algo más, y pesan menos de cuarenta y cinco kilos"

Hizo una pausa, mientras que un robusto muchachito, sólido como un leño, pistoneaba entusiastamente por el pasillo del Hospital en un triciclo demasiado grande para él.

"El *kwashiorkor* puede curarse", continuó el doctor. "Ese chico llegó aquí hace tres meses en situación muy parecida a la de esa niña y nosotros lo levantamos. Es una cuestión de proteínas y aminoácidos. Asimismo, pensamos que pronto seremos capaces de evitar que ocurra el *kwashiorkor*, pero lo increíble acerca de esta dolencia es que la misma existencia de la enfermedad, que ha estado matando miles y miles de nuestros niños durante generaciones, ni si-

quiera había sido reconocida en gran parte de América Latina hace apenas diez años. Los fallecimientos de esos niños eran catalogados como causados por diarrea o parásitos. Fue la obra de la Organización Mundial de la Salud en África la que nos abrió los ojos aquí, en Centroamérica"

2

En Octubre de 1949 dos agencias de las Naciones Unidas, la OMS y la FAO, se unieron para llevar a Ginebra una cantidad de peritos en nutrición, para debatir los problemas de dieta y de abastecimiento de alimentos en todo el mundo. Un aspecto que impresionó particularmente a los especialistas, mientras conferenciaban en las salas empaneladas del Palacio de las Naciones, fue la existencia de una forma o formas de desnutrición en África, que atacaba principalmente a los niños, pero acerca de la cual no se sabía mucho. Se recomendó que la OMS investigara para determinar la relación entre esas perturbaciones de la salud, definir las características clínicas y estudiar los hábitos alimentarios de las poblaciones en cuestión.

El Dr. J. F. Brock, un profesor sudafricano que actúa como consultor de la OMS en nutrición, fue elegido para realizar el estudio, a su pedido, el Dr. M. Autret de la División de Nutrición de la FAO lo acompañó en una gira aérea por África, al sur del Sahara. En dos meses los hombres de ciencia visitaron Kenia, Uganda, Ruanda-Urundi, el Congo Belga, el África Ecuatorial Francesa, Nigeria, la Costa de Oro, Liberia, Gambia y el África Occidental Francesa.

Encontraron que en todas esas partes de África existían severas enfermedades de la nutrición. Las perturbaciones eran básicamente similares y podían ser englobadas bajo el nombre de *kwashiorkor*. A medida que se desarrolla la afección, el vientre del niño se hincha por el edema, su piel cambia de color y pueden hacer erupción pústulas abiertas, su cabello se decolora y afina, pierde todo interés en lo que lo rodea, hasta en el alimento, y se pone tan débil que yace postrado. También tienen lugar cambios internos, pues el hígado se llena de grasas, no se segregan ya las enzimas digestivas y todos los órganos del cuerpo empiezan a consumirse. Las víctimas tienen generalmente de uno a cuatro años de edad.

Brock y Autret razonaron que el *kwashiorkor*

atacaba a los menores, porque los niños de uno a cuatro años necesitan una dieta rica en proteínas, pero en la mayor parte de África, en cambio, son destetados y se les dan papillas ricas en farináceos. Especularon que las papillas eran particularmente deficientes en ciertos aminoácidos y que esto podía ser un factor en la aparición del *kwashiorkor*, y descubrieron que el agregado de leche desnatada a la dieta de los niños aquejados de *kwashiorkor* salvaba muchas vidas.

Era imperativo, dijeron Brock y Autret, que se ayudara a los niños de África a comer mejor, sugieron que se aumentara la producción de alimentos ricos en proteínas, y subrayaron especialmente la posibilidad de acrecentar la pesca y de cultivar más maní. Apremiaron la realización de campañas educativas para enseñar a las madres mejores métodos para alimentar a los niños, especialmente durante el período del destete. Les pidieron a los gobiernos que se aseguraran de que su personal médico conocía la existencia del *kwashiorkor*, y de los efectos benéficos de las proteínas en sus víctimas. Sugieron que el UNICEF pusiera a disposición grandes cantidades de leche desgrasada en polvo, para los hospitales y los centros maternos e infantiles. Finalmente acentuaron la necesidad de un programa de investigación coordinado clínico y bioquímico sobre los problemas asociados con el *kwashiorkor*.

3

El mismo mes en que Brock y Autret empezaron su viaje por África, se inauguró en América Central una organización única, cuya misión era estudiar los problemas de nutrición en esa zona subalimentada, idear formas en las que pudieran ser resueltos los problemas y ayudar a los países miembros a aplicar esas soluciones. Se denominaba el Instituto de Nutrición de América Central y Panamá (INCAP).

El *kwashiorkor* resultó estar en el plan dietético del INCAP. Cuando los dirigentes del Instituto leyeron la monografía publicada por la OMS, sobre los descubrimientos de Brock y Autret, comenzaron a seguir el rastro al asesino oculto en su propia zona. Las estadísticas sobre las causas de mortalidad en Centroamérica merecen notoria poca confianza, pues los decesos no son certificados por médicos, sino registrados por empleados comunales no especializados, sobre la base de la información proporcionada por los miembros de la familia del fallecido.

Durante nueve meses, un equipo de investigadores especializados de la INCAP visitó la familia de todos los niños que habían muerto en algunas aldeas típicas de la montaña, y trató de determinar la causa real de su muerte. Descubrieron el hecho aterrador de que los dos tercios de todos los niños, entre uno y cinco años, que según se había informado habían muerto de afecciones intestinales, murieron en realidad de *kwashiorkor* o de otros trastornos graves de la nutrición. Durante los nueve meses, sin embargo, no hubo una sola muerte que fuera catalogada como causada por la nutrición, a pesar del hecho de que en muchos casos los empleados municipales admitieron que los padres habían hablado de la presencia de vientres hinchados,

lesiones cutáneas, cambios en el cabello y todo el resto de los síntomas del *kwashiorkor* en el niño agonizante.

Uno de los primeros descubrimientos de los investigadores, que apretaba el corazón, fue que en muchos casos de *kwashiorkor* los padres, utilizando remedios caseros para tratar la enfermedad, condenaron inconscientemente a su hijo a una muerte casi segura. Habitualmente atribuían la enfermedad a las lombrices, que en realidad estaban casi siempre presentes, y trataban el *kwashiorkor* suprimiendo las pequeñas cantidades de alimentos sólidos que el niño podía haber estado recibiendo. En vez de proteínas le daban cocimientos harinosos tales como agua de arroz, agua de cebada o agua azucarada, dieta groseramente insuficiente en todos los elementos nutritivos esenciales, y a veces le administraban purgantes drásticos. Como resultado de ese tipo de tratamiento, el niño con *kwashiorkor* frecuentemente ni siquiera alcanzaba a llegar al Hospital, moría, en cambio, asesinado con amoroso cuidado.

Los que sobrevivían quedaban afectados para toda la vida: el desarrollo mental se podía retrasar o interrumpir el crecimiento. Algunas personas argumentan que los niños de las zonas subdesarrolladas son de corta estatura porque sus padres también lo son, pero la investigación de la INCAP demostró que esto era falso: sus padres son bajos porque ellos también tuvieron una deficiencia de proteínas cuando niños. Los investigadores descubrieron que los niños de América Central crecen tan rápidamente como los de Estados Unidos, hasta la última parte de su primer año, cuando son destetados. Durante sus años escolares tienden también a ganar en peso y en madurez ósea, en una proporción comparable con los niños norteamericanos, pero para esa época ya están atrasados varios años en esas medidas, dado que han permanecido estacionarios durante el período que media entre la primera infancia y la escuela, y jamás se ponen a la par.

¿Qué es lo que comen los niños durante ese período de escaso crecimiento? Marina Flores, dietista guatemalteca del personal de la INCAP, y Emma Reh, de la FAO, llevaron a cabo una serie de estudios dietéticos y descubrieron, como podía esperarse, que la alimentación de las familias rurales y de bajos ingresos tendía a ser monótona: en su mayor parte maíz y frijoles, predominando el primero.

Analizados en el laboratorio, el maíz y los frijoles resultaron ser deficientes en buenas proteínas, vitamina A y riboflavina. En Costa Rica, donde se utiliza ceniza de leña más frecuentemente que cal al preparar el maíz para las "tortillas", muchas familias ingerían demasiado poco calcio, en Panamá, donde el procedimiento de la cal no se usa en absoluto, la dieta tenía un promedio de menos de un cuarto de la cantidad recomendada de calcio, en muchas zonas una deficiencia de yodo llevaba al bocio endémico.

Las señoritas Flores y Reh se enteraron también de que a los lactantes rara vez se les daban alimentos suplementarios, y cuando eran destetados, los niños recibían comidas para adultos, tales como "tortillas", frijoles y atoles, que tienen un valor nutritivo relativamente bajo. En un estudio especial sobre los infantes

de un año en la ciudad de Turrialba, en Costa Rica, por ejemplo, se descubrió que de cada tres niños, uno no había probado nunca fruta o jugo de frutas, menos de la mitad de las criaturas de un año habían probado la leche después del destete, sólo una de cada cinco había comido alguna vez huevos, y solamente una de cada cien carne. Las dietas adolecían también de falta de vegetales verdes y amarillos.

Lo que los niños comían era maíz y frijoles y la dieta interrumpía el crecimiento o los mataba.

4

Los investigadores de la INCAP, después de desenmascarar al *kwashiorkor* como el oculto asesino de niños, buscaban la forma de terminar con su amenaza.

La UNICEF envió miles y miles de barriles de leche desgrasada en polvo a Centroamérica y Panamá. No era difícil para un país conseguir ese abastecimiento, apenas implicaba algo más que pedirlo. Tampoco tuvieron dificultades los gobiernos en poner la leche a disposición de los Hospitales. Lo que resultó dificultoso fue hacer llegar la leche en polvo a los niños de las zonas rurales.

El transporte era inadecuado, pues América Central es una tierra de aldeas diminutas, al final de sendas de montaña capaces de asustar a una cabra. Aun después que los barriles fueron izados hasta una aldea por jeep, camión o a lomo de mula subsistía el problema de ocuparse de que los niños tomaran leche. La mayoría de las víctimas del *kwashiorkor* están por debajo de la edad escolar, de manera que la leche no podía ser distribuida por medio de las escuelas, aun en aquellas donde éstas existían. En muchas aldeas se entregó el polvo a los padres, junto con folletos ilustrados en los que se indicaba con figuras la forma de mezclarlo con agua hervida. Demasiado a menudo, cuando alguna enfermera de la INCAP o algún miembro del equipo médico del gobierno visitaban a las familias, se encontraba con que los padres habían cambiado la leche al almacenero local por harinas de maíz, o se la habían dado a los cerdos o a las gallinas. Las argumentaciones servían de muy poco, la escasa voluntad para seguir las sugerencias de los médicos, es un rasgo que ha florecido en América Central desde la conquista hispánica: en las aldeas de las montañas la resistencia pasiva se encuentra en el centro de un modo de vida.

La INCAP estableció centros sanitarios en poblaciones seleccionadas, donde los investigadores pudieran experimentar la técnica de distribución de la leche en polvo. Idearon formas de adaptar la leche para su empleo en los alimentos típicos, y registraron el efecto de las nuevas dietas en el crecimiento de los niños.

Acompañado por un hosco dietista guatemalteco que había realizado su tarea de postgraduado en Estados Unidos, visité varias aldeas en las montañas al norte de la ciudad de Guatemala. Seguimos la Ruta Panamericana cruzando una montaña que dominaba a la pequeña capital y al lago azul pálido, pasamos por Antigua, con sus bellas ruinas que se encuentran bajo

la sombra amenazadora del volcán Fuego (que hizo erupción unos días después), y nos separamos de la Ruta para entrar en una carretera estrecha y sombreada, bordeada por fincas de cafetales. Las vainas de los cafetos eran grandes y verdes y las hojas estaban polvorizadas. Jornaleros entecos estaban preparando los utensilios para la cosecha anual, más importante para Guatemala que la cosecha de banana de las tierras bajas. Las aldeas eran pequeñas, las casas de paredes de barro sin revocar, la gente delgada y apática.

"Están sentados ahí y rumian sus pensamientos y no sabemos ni por asomo qué es lo que están pensando", dijo el doctor. "Los jefes de aldeas nos dicen una cosa, los socioantropólogos pueden decirnos otra cosa, y los psicólogos desarrollan un tercer enfoque."

"A mi juicio las que han captado mejor la situación son las enfermeras. La mayoría de ellas abandona las aldeas tan pronto como puede, imagínese tan sólo una muchacha con la suficiente educación como para ser enfermera, viviendo en una aldea como ésta después de que se pone el sol. No hay electricidad, ni cinematógrafo, ni transporte, ni club, ni biblioteca, ni siquiera radio, a no ser que esté en mejor situación financiera que la mayoría de las chicas que se dedican a ser enfermeras. Tal vez tenga un fonógrafo y unos cuantos discos, siempre los mismos, una y otra vez, hasta que ya no los escucha más. Tal vez tenga un libro para leer, después que ha escrito su informe a la luz de una lámpara o de una vela. Si sale con los muchachos del pueblo, hablan mal de ella, si no lo hace, es una aristócrata de la ciudad que piensa que es demasiado buena para la gente de allí. Es una vida bastante dura para una muchacha, pero lo notable es que algunas de ellas permanecen, y aprenden y son de lo más útiles: las cosas importantes las sabemos por medio de las enfermeras. Ellas descubren cuando se desperdicia la leche y a veces hasta por qué y también pueden contarnos algo acerca de lo que piensan los aldeanos."

"Algunas de las personas tenemos la impresión de que están llegando despacio y trabajosamente a la creencia de que la leche mantiene sanos a los niños. El experimento se ha estado desarrollando durante bastante tiempo como para que ellos vean la diferencia en los gráficos de peso y de altura. Por otra parte, hasta pueden ver cómo los cerdos que toman la leche son más sanos que los que no lo hacen. Ellos están aprendiendo y nosotros también, pero es un asunto lento, lento."

El jeep se detuvo frente a un centro sanitario, hacia uno de los lados había una pequeña pileta de natación, llena de agua y vacía de niños. "Dicen que está demasiado fría" manifestó el doctor, "y tal vez lo sea, aquí hay bastante altitud. Se esperaba que el natatorio atraería a los niños al centro regularmente, donde se supone que deben concurrir semanalmente para que se los pese y para tomar la leche en presencia de la enfermera."

"Los niños no van regularmente; la joven enfermera a cargo del centro dijo que los niños habían faltado a cerca de la mitad de sus citas. "Vienen si no

se sienten bien" explicó "Vienen cuando llueve, pero en la estación seca" Se encogió de hombros y abrió los brazos "Las próximas semanas será peor, todos estarán afuera, trabajando en las fincas, en la cosecha del café, y estaré bien solitaria en mi gran casa"

El centro sanitario era limpio y agradable, el archivo de antecedentes, que tenía catalogados el peso, altura y comida de todos los niños, era preciso y completo Seguimos a la enfermera hasta su habitación al final del edificio, una colcha multicolor de algodón guatemalteco resplandecía como un crepúsculo y tapas de revistas enmarcadas exhibían sus brillantes colores en las paredes blancas

"¿Le gusta su trabajo?", le preguntamos

Se encogió de hombros "Todos los días les digo que no vendan los huevos" dijo "¿Cómo los?", les digo, "pero nunca comen huevos Los venden y emplean el dinero en comprar harina de maíz"

"No serán todos", dijo el doctor

"Todos venden los huevos", replicó la enfermera con impaciencia "No todas compran harina de maíz y unos pocos compran arroz"

"Le damos mucha importancia a los huevos", explicó el doctor mientras volvíamos bajando la ladera de la montaña "No pueden permitirse el lujo de comer mucha carne Una aldea como ésta, de más de mil personas, no consume ni una vaca por semana, y la mayor parte de la carne existe va a unas pocas familias Pero unos cuantos de esta gente crían gallinas y, desgraciadamente, los huevos son una de las pocas cosas que pueden estar seguros de vender cuando van al mercado De modo que venden huevos Hay un dicho popular en una de las aldeas que describe a un hombre tan derrochador e inconsciente que come los huevos de sus gallinas He aquí contra lo que nos enfrentamos"

Mientras la FAO encuentra cierto éxito en el fomento de las industrias lecheras en algunos países de América Central, el abastecimiento adecuado de leche y carne destinado a permanecer, durante años, más allá del alcance de gran parte de la población, particularmente en las aldeas de montañas y en los suburbios en rápida expansión, en los alrededores de las mayores ciudades

5

En el mejor de los casos, la leche desgrasada en polvo es sólo una solución temporaria al problema del kwashiorkor en América Central Lo que hace falta es un producto que tenga abundantes proteínas, sea barato, que guste, y que no ofenda a las costumbres alimentarias del pueblo Los investigadores de la INCAP se pusieron a crear ese alimento

En los relucientes laboratorios del segundo piso del edificio central erigido por el gobierno guatemalteco para la INCAP en 1954, los jóvenes científicos del Instituto han estado revolviendo más de una mezcla rara, pero rica en proteínas Los nombres de los ingredientes sonaban como algo sacado de un cuento de hadas: algas y habas de soja tal vez, o harina de pescado con

una pizca de hojas de kikuyu Buscaban una mezcla hecha con fuentes locales de proteína, que pudiera empaquetarse como ubicuas féculas comerciales que todos ellos deploraban, pero que equivaldría a la leche desgrasada en polvo en cuanto a su contenido de proteínas, minerales y vitaminas, tenía que ser también comestible, virtud que faltaba conspicuamente en algunas de las primeras combinaciones que, desde un punto de vista estrictamente químico, llenaban todos los requisitos

Después de probar veintenas de extrañas mixturas, los investigadores emergieron de su laboratorio y llevaron a la cocina de la clínica una preparación que llamaban INCAP 8 Estaba compuesta íntegramente de vegetales comunes en Centroamérica (lo que significa que no contenía habas de soja, ingrediente central de mezclas elaboradas bajo los auspicios de la OMS en otras zonas) En su lugar, el INCAP 8 consistía en un 50 por ciento de puré de maíz, según corresponde al papel del maíz como meollo de la civilización centroamericana y principal sostén de la dieta local, 35 por ciento de semilla de sésamo, 9 por ciento de residuo de aceite de algodón, 3 por ciento de levadura de tórula y 3 por ciento de harina de hojas de kikuyu

Probaron la mezcla en ratones subalimentados y observaron que crecían vivarachos Se la dieran a comer a monos medio muertos de hambre y los vieron entrar en carnes y saltar por las jaulas con renovado vigor, ellos mismos comieron INCAP 8, para estar seguros de que no ejercía efectos tóxicos en los seres humanos Finalmente, le dieron el compuesto a un niño que había sido llevado a un Hospital de la ciudad de Guatemala, con el vientre hinchado por un caso avanzado de kwashiorkor, durante tres semanas el pequeño no comió sino INCAP 8, su vientre distendido adelgazó, sus ojos se hicieron más brillantes y la vitalidad reemplazó a la apatía, el niño agonizante se recuperó

Una serie de éxitos similares convenció a los dietistas de que el INCAP 8 era lo que necesitaban, los niños alimentados con una dieta exclusiva de la mezcla prosperaban, el muchachito que casi me había atropellado con su triciclo en el pasillo del Hospital, no había comido nada más que INCAP 8 durante ciento diez días y cada vez estaba más fuerte

Antes de que el INCAP 8 pueda ser puesto en producción comercial, es necesario resolver una cantidad de problemas legales, diplomáticos, comerciales, sociológicos y científicos Un problema importante es el del contenido de aminoácidos de la mezcla

Todas las proteínas alimenticias, me explicaron los dietistas del INCAP, están constituidas primordialmente por combinaciones de aminoácidos, cuando un ser humano come, las moléculas proteínicas que ingiere deben ser desdobladas en sus aminoácidos básicos, con los que se reconstruyen las proteínas humanas Se han identificado bioquímicamente veintitrés aminoácidos, desde que se inició la tarea en este terreno hace medio siglo, de éstos, solo ocho parecen ser necesarios para los seres humanos, y todos ellos deben estar presentes al mismo tiempo y en ciertas proporciones durante la digestión o no se forman moléculas proteínicas.

El equipo de investigación de la INCAP ha estado llevando a cabo experimentos que arrojan alguna luz

sobre la importancia de la proporción entre los aminoácidos. En una de las pruebas, niños convalecientes de *kwashiorkor* fueron alimentados con una dieta básica de harina de maíz, y se midió el porcentaje de nitrógeno que retenían. Cuando a la dieta base se agregó triptófano, aumentó el porcentaje de retención, al agregársele lisina, se notó otro aumento, peor sin embargo, cuando se agregó metionina, el porcentaje de retención cayó, bajó aún más cuando se adicionó valina, pero subió de golpe al agregar isoleucina. Los investigadores, habiendo demostrado así los efectos diversos y posiblemente adversos, de utilizar demasiado de alguno de los aminoácidos en la combinación, están ahora tratando de encontrar el equilibrio ideal.

Entretanto, se están realizando estudios para ver la forma de autorizar la producción comercial del INCAP 8, en la que están interesados varios fabricantes. El interés primordial de INCAP es que, cuando quiera que se produzca comercialmente la mezcla, lo sea a un precio y con un sistema de distribución que la haga disponible para aquellos que más la necesitan, de manera que el *kwashiorkor* pueda ser eliminado como amenaza para millones de niños.

6

La situación de América Central con respecto a las afecciones coronarias es el reverso de la medalla de la de Estados Unidos y Europa Occidental. En estas últimas zonas y en los grupos de mayores ingresos en la mayor parte de los demás países, las afecciones cardíacas son una de las causas de muerte más comunes, pero no así en Centroamérica. Allí particularmente entre los pobres, los ataques al corazón son casi desconocidos.

Esas diferencias se atribuyeron en un principio a estadísticas deficientes, pero las investigaciones han demostrado que son reales. Se recolectaron arterias de los cuerpos de casi mil personas de Guatemala y de Nueva Orleans comparándolas, los hombres de ciencia descubrieron que las arterias de los sidentes de Nueva Orleans comenzaban a endurecerse de veinte a treinta años antes que las del grupo de Guatemala. Esas diferencias no podían ser explicadas por factores raciales, pero parecían ser paralelas a las diferencias en las formas de vida de las personas que intervenían, incluyendo diferencias en la dieta. La identificación de esas diferencias, y su papel para determinar la edad en la que se instala la arteriosclerosis, son de una importancia obvia. Solamente una organización como la OMS, con representantes en todas las zonas del mundo, puede estimular la recopilación necesaria de datos y su comparación, de tantos países diferentes.

La amenaza del bocio endémico, que ahora está bien en camino de ser eliminada en América Latina, fue descubierta justamente mediante una compilación semejante de estadísticas. El bocio endémico es la hipertrofia o agrandamiento de la glándula tiroides, que ocurre en las personas que viven en áreas donde el suelo, y por consiguiente los alimetros y el agua, care-

cen de yodo. El bocio endémico no fue reconocido como un serio problema sanitario en América Latina hasta 1950, cuando un consultor de la OMS, el Dr. O. P. Kimball, enseñó la técnica de la inspección del bocio endémico a asistentes sanitarios en varios países.

Los resultados de sus programas iniciales de investigaciones fueron sorprendentes, los alumnos del Dr. Kimball descubrieron que en Perú el bocio afecta a más de la mitad de los niños del país. En El Salvador, Honduras y Nicaragua, lo sufría cerca de un tercio de la población. Guatemala era la más afectada de todas las repúblicas centroamericanas. Sólo existía un departamento en el país donde tuvieran perturbaciones tiroideas menos del 20 por ciento de la población, y para todo el país la cifra era del 38 por ciento. Muchos de los atacados se descubrió que eran sordomudos, débiles mentales o, en casos extremos, cretinos.

Teóricamente el bocio endémico es una de las condiciones sanitarias más fáciles de evitar, todo lo que se necesita es agregar yodo al abastecimiento de sal común. Esto, por supuesto, es lo que se hace en los países tecnológicamente avanzados, pero el procedimiento de yoduración está basado en la producción moderna en gran escala de sal, y requiere que la sal sea refinada y esté seca, la sal debe ser envasada en paquetes a prueba de humedad o si no el yodo desaparece pronto.

En muchos países latinoamericanos, la sal es cristalizada partiendo del agua de mar por pequeños productores, a veces por familias migratorias que cada año se trasladan hasta el mar para hacer sal por unas cuantas semanas, luego cruzan penosamente el país, vendiendo la sal en bruto, húmeda de pueblo en pueblo. Hay pocas posibilidades de que se les pueda enseñar a yodar esa sal, cuyo costo aumentaría considerablemente, y el producto resultante será tan diferente de la sal a la que está acostumbrada la gente, que probablemente evitarían usarla.

El jefe anterior de la Sección Nutrición de la OMS, Dr. Frederick Clemens, había previsto este problema, pidiéndole al INCAP que ayudara en el desarrollo de formas alternativas de agregar yodo a la sal en bruto. Dos médicos del INCAP, uno de Guatemala y otro de El Salvador, llevaron a cabo experimentos que demostraron que el yodato de potasio era tan efectivo como el tradicional yoduro de potasio, para reducir la incidencia del bocio en los escolares.

El INCAP obtuvo una planta piloto y probó agregar yodato de potasio a la sal en bruto centroamericana, sometiendo luego a esa sal a variaciones de temperatura y de humedad, la dejaron al aire libre durante días en bolsas de arpillera. Cuando analizaron la sal, descubrieron complacidos que el agregado era estable, el yodato estaba presente aún.

Varios países de la zona han aprobado leyes exigiendo la yoduración de toda sal para consumo humano, y otras naciones latinoamericanas están estudiando leyes similares. Todo induce a creer que el bocio endémico será eliminado como problema de salud pública en los próximos años.

INFLUENCIAS CLIMATOLÓGICAS EN LA ECONOMÍA DE CENTRO AMÉRICA

HELMUT LESSMANN
(Servicio Meteorológico Nacional
de El Salvador)

Es muy interesante constatar que los antiguos centros de civilización y cultura siempre se encontraban en regiones calurosas y no demasiado húmedas aún hasta en bastante secas, es decir en áreas "abiertas" con una vegetación natural no muy densa, fuera de bosques muy extensos. Las zonas climáticas de tipo "Sabana" y "Estepa" siempre fueron preferidas por el hombre. En esas, los valles de los grandes ríos como el Nilo, Eufrates, Tigris, Indus, Yang-Tse-Kiang y otros, permitieron una acumulación de población, pues los ríos suministraban el agua, procedente de las montañas o de otras zonas climáticas más húmedas, base de una intensiva agricultura, por medio de sistemas de irrigación, y también servían como medio de transporte y comercio. Eran requisitos para el desarrollo de una tribu o pueblo, fijo, no migratorio, de un estado, de una cultura. En las zonas tropicales, donde muchas veces el exceso de calor y lluvia hacen la vida del hombre insoportable, se retiraban a las altas planicies, más frescas y más secas, por ejemplo, en México y ciertas partes de los Andes.

Los progresos de la técnica en los últimos mil años han cambiado completamente esta antigua situación, y han permitido un rápido desarrollo de los países, hoy día llamados industrializados, que se encuentran en regiones climáticas, templadas y frías, originalmente no tan favorables para el hombre, es decir no para sostener una densa población.

No se ha observado ese desarrollo en las regiones tropicales. Pues aquí existen todavía grandes áreas que por la simultaneidad de altas temperaturas y abundantes lluvias están cubiertas de una vegetación muy densa, con una alta potencialidad de reproducción y además con condiciones insalubres para el hombre. La técnica moderna también pudiera conquistar y desarrollar esas regiones, pero únicamente por medio de grandes inversiones que tendrían que ser justificadas por un gran rendimiento económico, por ejemplo, de ciertos productos agrícolas, metalúrgicos y otros que gozan de altos precios en el mercado mundial.

Aplicando estos conocimientos expuestos en los párrafos anteriores, a Centro América que en su totalidad pertenece a las Regiones Tropicales de las Américas, llegamos a una fácil comprensión del desarrollo his-

tórico y el estado actual de la distribución de la población, de la agricultura y otros ramos de la economía, inclusive el tráfico terrestre, marítimo y aéreo. Además, nos ayudarán principalmente a reconocer en cuáles regiones o áreas se concentrará el progreso económico y social en el futuro, o hacia cuáles regiones favorecidas por el clima se tendrá que dirigir la planificación económica, tomando muy en consideración las exigencias climáticas especiales de cada cultivo agrícola o producto industrial respecto a su producción, almacenaje y transporte, y también las condiciones climáticas más favorables para los distintos medios de transporte. Naturalmente, esta planificación básica general será modificada a veces para un distinto producto o proyecto por otros factores naturales (orográficos, edáficos y otros), económicos o políticos, pues la estructura de la economía es muy compleja y los factores que la dirigen no son independientes entre sí. El del Clima y Tiempo Atmosférico es uno de los principales factores económicos, y nos parece tan natural que muchas veces no lo tomamos en su debida consideración, es decir en una consideración objetiva basándonos en datos estadísticos y nuevas o recientes investigaciones climatológicas.

Las Regiones Más Favorables desde el punto de vista climatológico para la vida y economía en Centro América, son las que tienen una cantidad anual media de lluvia no menor de 2.500 milímetros por metro cuadrado (o sea menos de 100 pulgadas) tomando en consideración que la evapotranspiración del suelo y vegetación por año es de entre unos 700 (a los 2.000 metros de altitud) y 1.500 milímetros (a nivel del mar). Estas cantidades de lluvia suelen ser producidas generalmente durante los meses de Mayo a Octubre o Noviembre seguidos por cinco o seis meses (de Noviembre o Diciembre a Abril) de sequía o una actividad lluviosa muy reducida y aislada. Resulta una vegetación natural de tipo Estepa, donde las precipitaciones ya no pueden equilibrar la evapotranspiración; con una vegetación de cactus, opuntia y otros arbustos espinosos, y de Sabana, con una vegetación de sabanas secas o semihúmedas, bosques caducifolios, morales, chaparrales, bosques mesofíticos en las montañas y bosques perennifolios en los terrenos bajos alrededor de los ríos, bosques

muy densos llamados "nebulosos" se encuentran únicamente en las partes altas de las montañas a los niveles de las nubes a más de 1.800 metros sobre el nivel del mar, siendo esa una vegetación que no dificulta su reemplazo por plantaciones agrícolas y forestales comerciales, con la excepción de los bosques nebulosos de altura que, por otro lado, posibilitan la retención de aguas lluvias en el suelo para suministrarlas durante la Estación Seca.

Estas Regiones Climáticas Más Favorables para el hombre y sus actividades económicas se encuentran, sobre todo, al lado Pacífico del Istmo, en Guatemala, casi todo El Salvador, Honduras y Nicaragua. Otra región se encuentra en la Península de Yucatán incluyendo las partes boreales del Petén y Belice (Centro de cultura de los Mayas). Hay que incluir también los valles interiores de Honduras (Centro de cultura de los Mayas en Copán) y una mayor parte del Noroeste de Honduras hasta San Pedro Sula, con excepción de las zonas costeras y las partes más altas de las montañas ya mucho más húmedas. Finalmente se encuentran dos pequeñas áreas de esta índole más en el Sur, una en Costa Rica en la Meseta Central y otra en una angosta faja costera alrededor del Golfo de Panamá, inclusive la Capital de ese país. Todas las ciudades capitales de los seis países y las áreas agrícolas e industriales se encuentran en esas zonas climáticas de tipo Sabana al lado Pacífico del Istmo. El centro industrial y de tráfico de San Pedro Sula debe su desarrollo así como el de los puertos al lado Caribe de Guatemala, Honduras, Costa Rica y Panamá, sobre todo, al cultivo del banano, el cual como producto agrícola de alto rendimiento justifica los altos costos de exploración y producción en un clima demasiado caliente y húmedo para el hombre y una vegetación natural difícil de dominar y reemplazar. Es muy lógico que la Carretera Panamericana y la Carretera Litoral (El Salvador-Guatemala-México) cruzan el Istmo a su lado Pacífico, donde parcialmente ya existe una red de carreteras relativamente densa (Guatemala, El Salvador, Nicaragua), mientras la mayor parte de Centro América todavía carece de ella. Pues no solamente en las más altas sierras y cordilleras del Istmo sino en casi toda la parte expuesta hacia el Mar Caribe, y en toda Costa Rica y Panamá inclusive las partes orientadas hacia el Océano Pacífico (con las pocas excepciones mencionadas más arriba) se observan lluvias durante todo o casi todo el año produciendo entre 3.000 y 5.000 milímetros (entre 120 y 200 pulgadas), alcanzando en Nicaragua entre los puertos del Caribe, Bluefields y San Juan del Norte, más de 6.000 milímetros (más de 240 pulgadas) por año, los cuales, naturalmente, producen una vegetación natural muy difícil de ser dominada por el hombre.

Considerando las Regiones económicamente favorables con una producción anual media de lluvia de menos de 2.500 milímetros, se pueden subdividir todavía en zonas más favorables y no tan favorables, por la cantidad misma de lluvia, por el grado de la temperatura y finalmente por la orografía y la calidad del suelo.

I) LAS REGIONES NO TAN FAVORABLES SON:

A) Las Regiones con menos de 1.000 milímetros de lluvia por año, donde por ser la evapotranspiración más alta que la lluvia, existe una vegetación natural de tipo Estepa, con cactus, opuntia (maguey) y plantas espinosas.

a) En Guatemala se encuentran en una faja desde la Zona de Chiquimula-Zacapa hacia el Oeste (Valle del Río Montagua y Río Grande) incluyendo partes de los Altiplanos y continuando hasta Chiapas en México. La falta de suficiente lluvia dificulta la agricultura y silvicultura. Solamente en el Valle del Río Montagua se podría esperar un desarrollo agrícola por sistemas de irrigación. Todas las áreas de tipo Estepa son favorables para industrias que no necesitan mucha agua para el proceso de producción. La necesaria energía eléctrica podría ser producida en las montañas mucho más húmedas en el Norte y Sur de esas áreas. El tráfico terrestre y aéreo no tendrán mayores dificultades desde el punto de vista meteorológico y climatológico.

b) También varios valles interiores de Honduras tienen esas características climáticas, inclusive Tegucigalpa. Adicionalmente a la falta de agua resultarán allí dificultades de producir energía eléctrica por la falta de ríos grandes, y para el tráfico terrestre y aéreo por las montañas muy cercanas.

B) Las Regiones que tienen una elevación de más de 1.500 metros o si están cercadas por montañas y tienen una elevación de unos 1.000 metros y más, lo que dificultará el tráfico aéreo, porque ya se encuentran bastante cerca a la base de las nubes, sobre todo en la Estación Lluviosa.

c) La ciudad de Guatemala, Aeropuerto La Aurora, elevación: 1.500 metros.

d) La ciudad de Tegucigalpa, Aeropuerto Toncontín, elevación: 1.000 metros.

e) La ciudad de San José, Costa Rica, Aeropuerto El Coco, elevación: 950 metros.

II) LAS MAS FAVORABLES REGIONES SON:

C) Las Regiones con cantidades anuales de lluvia de entre 1.500 y 2.500 milímetros, porque equilibran la evapotranspiración en todas las alturas, sin ser todavía demasiado altas para destruir el humus del suelo y favorecer la formación de lateritas, es decir que los suelos pueden considerarse como muy favorables para la agricultura, ganadería y sil-

vicultura. Además, por la relación favorable entre la temperatura y la humedad del aire, originada por la cantidad de lluvia, el clima no favorece mucho al desarrollo de enfermedades fungicidas (hongos y virus (?)) en las plantas silvestres y agrícolas, pero sí favorece a las plagas que exigen un combate continuo.

f) Se encuentran en la mayor parte de El Salvador, con excepción de las sierras fronterizas en el Norte y Noreste del país y la parte seca (entre 1.200 y 1.500 milímetros de lluvia por año) alrededor de la Laguna de Güija).

g) También, en el Sureste de Guatemala (Departamento de Jutiapa, Jalapa y Santa Rosa), en el Sur de Honduras, cerca del Golfo de Fonseca, y al Norte y Noroeste de Managua, Nicaragua se encuentran esas características climatológicas favorables.

En estas áreas se producen casi todos los productos agrícolas para la exportación (café, algodón, azúcar y otros) y el consumo Centroamericano interno (maíz, arroz, frijol etc.). Por medio de sistemas de irrigación se podrán lograr dos a tres cosechas por año de ciertos productos, siempre que se administre bien el agua, que no abunda. Hay suficiente agua también para la industria y existen varios ríos y lagos grandes para la producción de la necesaria energía eléctrica, también durante la Estación Seca. Como ya se mencionó más arriba, estas regiones favorecen toda clase de tráfico, con la restricción para el tráfico aéreo mencionado en el inciso B), siendo los Aeropuertos Internacionales de San Salvador/Ilopango (elevación 615 metros = 2.070 pies) y Managua/Las Mercedes (elevación 53 metros = 173 pies) los más favorables, con excelentes condiciones meteorológicas para las operaciones de despegue y aterrizaje.

A las condiciones climáticas favorables para el hombre y su economía se reúnen en gran parte de estas regiones favorables condiciones geográficas. Existen extendidas planicies costeras desde México hasta Nicaragua, y además hay grandes valles y planicies interiores (por ejemplo el valle de la ciudad de Guatemala, la mayor parte de El Salvador, las áreas alrededor del Golfo de Fonseca y en Nicaragua). Además, en todo El Salvador y la continuación, vía Nacaome, hasta Choluteca en Honduras, también en Nicaragua no hay dificultades de llegar de las planicies costeras a los valles y llanuras interiores y más altas, de manera que la construcción de carreteras y vías de ferrocarril no es difícil, y las rutas de los aviones tampoco encuentran mayores obstáculos.

D) Planicies Costeras e Interiores con entre 2.000 y 3.000 milímetros (o sean entre 80 y 120 pulgadas) de lluvia por año que son favorables especialmente para la Ganadería (producción de carne y productos lácteos).

h) Se encuentran en las Planicies Costeras de Guatemala (sobre todo la parte occidental) y Nicaragua.

i) Las Planicies Bajas del Departamento de Guanacaste en Costa Rica, con la cabecera de Liberia.

j) Las Planicies y Valles Interiores en el Noreste de El Salvador (todo el Departamento de Morazán y las partes Nortes de los de San Miguel y La Unión).

Mientras en las mencionadas áreas en Guatemala, Nicaragua y Costa Rica la Ganadería (en Guatemala también la producción del banano) ya está en pleno desarrollo, en las respectivas comarcas de El Salvador (j) ni se han empezado, probablemente por condiciones desfavorables del suelo ("talpetate"), con una vegetación natural de morales y chaparrales) en la mayor parte de esa área.

III) FAVORABLES REGIONES DE ASPECTO CLIMATICO SON TAMBIEN:

k) Las áreas boreales del Petén y de Belice (con una mejor distribución de las lluvias y una Estación Seca de solamente 2 a 3 meses de duración).

l) La Meseta Grande de Costa Rica.

ll) La franja costera del Golfo de Panamá.

Las dos últimas regiones tienen la desventaja de altas sierras en sus límites con lluvias muy elevadas y dificultades para el tráfico terrestre y aéreo, ya sea hacia el interior (Panamá) o hacia las zonas costeras (Costa Rica).

CONCLUSIONES:

Como las regiones más favorables desde el punto de vista climático, en combinación con la situación geográfica para el desarrollo de la economía de Centro América se ofrecen:

1) La Planicie Costera de Guatemala (desventaja: muy caliente y sofocante) y, separada de ésta, el Valle de la ciudad de Guatemala (desventajas: el tráfico de toda clase está dificultado por las cercanas altas montañas; el agua no existe en abundancia).

2) La mayor parte de El Salvador (con excepción del Noreste de ese país; véase el inciso (j) del párrafo D) y la continuación hasta Choluteca en Honduras (desventajas: muy caliente y sofocante en las planicies costeras y llanuras bajas como la zona de San Miguel).

3) El Lado Pacífico de Nicaragua (desventajas: muy caliente y sofocante).

4) Las partes boreales del Petén y Belice en la Península de Yucatán (desventajas: falta de mano de obra, de carreteras; y posiblemente las condiciones del suelo no siempre son favorables).

(Índice Bibliográfico en Pág. 33)

LECCIONES QUE HEMOS APRENDIDO SOBRE EL DESARROLLO RURAL INTERNACIONAL

DAVID E. BELL

Administrador de la Agencia para el Desarrollo Internacional (AID) del Gobierno de los Estados Unidos.

Los Estados Unidos están suministrando asistencia económica a cerca de 75 países, cuya población llega alrededor de 1 250 millones de personas.

Aproximadamente tres cuartos de esa población viven en regiones rurales y derivan su subsistencia de ocupaciones en el campo. Además, las poblaciones rurales de esos países son, invariablemente, las más pobres. No sólo en ingreso sino también en salud, en educación, en oportunidades.

Por lo tanto, el problema del desarrollo rural constituye, en muchos aspectos, la etapa más seria en la tarea de alcanzar el progreso económico y social en las naciones menos desarrolladas.

Yo diría que en las dos últimas décadas se ha aprendido mucho sobre la manera de resolver el problema del desarrollo rural.

En primer lugar, creo que hemos aprendido que el desarrollo rural exige mucho más que un adelanto en la tecnología agrícola. Junto con técnicas agrícolas más adelantadas, el desarrollo rural requiere mejoramientos en los planes de mercadeo y transportes, en educación e instalaciones sanitarias, en las instituciones del gobierno local y de cooperación privada.

Si no se realizan esos cambios al nivel local, los

adelantos de la tecnología agrícola no se afianzarán ni serán efectivos.

Veamos un ejemplo. Es cierto que el esfuerzo de desarrollo rural en Taiwan incluyó una redistribución muy importante de los derechos de propiedad sobre la tierra. Pero ese esfuerzo fue mucho más adelante. Además de los cambios en la estructura de la propiedad, el programa de desarrollo rural ha visualizado mejores métodos agrícolas, mejores mercados y carreteras, mejores escuelas y servicios sanitarios. Y todos estos aspectos han sido coordinados entre sí bajo la dirección de la Comisión Conjunta de Reconstrucción Rural.

El gran aumento de la productividad y del ingreso en Taiwan, y el enriquecimiento de su población rural, constituyen un ejemplo impresionante y demuestran la necesidad de considerar el desarrollo rural como un problema de sociedades rurales, y no simplemente de tecnología agrícola.

La segunda lección que se puede derivar, en mi concepto, de la experiencia de las dos últimas décadas, es la de que el desarrollo rural no es un problema de un solo factor.

La experiencia del Plan Marshall en Europa fue mal interpretada por algunas personas, para indicar que había algo muy próximo al "desarrollo instantáneo" simplemente poner el capital y esperar. Sin embargo, ya hace tiempo que reconocimos el hecho de que restaurar las economías de Europa, y crear economías efectivas en Africa, Asia o la América Latina, son problemas de muy diversa índole.

También hubo una época en que algunas personas se maravillaron con la magia aparente de transportar el "saber cómo" (know how). Según ellas, bastaba con coger el maíz híbrido, el arado en contorno y la inseminación artificial, y enseñarlos a los agricultores de todo el mundo, para que viniera el milenio de prosperidad. La dura experiencia ha demostrado lo contrario.

Todos sabemos hoy que las obras realizadas en Bozeman, en el Estado de Montana, pueden no resultar en absoluto en Bolivia; que el útil "saber cómo" debe derivarse de la investigación y de la experimentación sobre el mismo terreno en el que va a ser aplicado, y que bajo cualquier circunstancia, el "saber cómo" por sí mismo no sirve sin el capital y las instituciones económicas y sociales que lo pongan a trabajar.

Hoy existe, en consecuencia, un acuerdo general en el sentido de que el desarrollo rural requiere capital, más "saber cómo", más desarrollo institucional.

Pero hay todavía otros elementos más profundos, que son las actitudes, los incentivos y los sistemas de valoración que proporcionan el impulso y las motivaciones al pueblo de un país. Esto tiene una importancia

INDICE BIBLIOGRAFICO **del artículo "Influencias Climatológicas en la** **Economía de Centro América"**

- H. Boesch, "La Tierra del Quetzal, Zentralamerika Heute" (La Tierra del Quetzal, Centro América hoy), Berna, Suiza, 1952;
- W. Lauer, "Las Formas de la Vegetación de El Salvador", Comunicaciones del Instituto Tropical de Investigaciones Científicas, Año III, No. 4, 1954;
- W. H. Portig, "Central American Rainfall" (La Lluvia en Centro América), National Engineering Science Company, Houston, EE UU, 1964 (manuscrito);
- H. Lessmann, "Informe Preliminar sobre el Clima en la Cuenca del Río Grande de San Miguel", Publ. Técnica No. 3 del Servicio Met. Nac., San Salvador, 1965;
- S. Hastenrath y H. Lessmann, "Mapa Preliminar de la Producción Anual Media de Lluvia en El Salvador", Publ. Técnica No. 3 del Servicio Met. Nac., San Salvador, 1965;
- "Características Sinópticas y Climatológicas de la Lluvia en Centro América", papel presentado ante el Simposium Internacional sobre Meteorología Tropical, Noviembre 1963 en Rotorua/Nueva Zelanda;
- "Atlas Censal de El Salvador", Dirección General de Estadística y Censos, San Salvador, 1955;
- "Atlas Climatológico de Guatemala", Observatorio Nacional, Guatemala, 1964.

México

Y LAS CORRIENTES NACIONALISTAS EN AMERICA LATINA

MARIA ELENA RODRIGUEZ DE MAGIS
El Colegio de México

especial en las naciones más jóvenes, donde se necesitan con frecuencia desarrollar un sentido de identidad nacional que de al pueblo respeto por sí mismo, y confianza en su capacidad de hacer frente con éxito al futuro.

Estos elementos no son fáciles de definir, y la forma en que crecen no es fácil de medir

Pero quienes hayan pensado con la mayor atención en los problemas de los países subdesarrollados, creo yo, estarán de acuerdo en que el compromiso de energía y de dirección, la voluntad de lograr el progreso económico y social, es algo mucho más importante que cualquiera otro factor en la tarea de alcanzar el desarrollo

Poder marchar dignamente ante el mundo, es sin duda alguna la motivación más poderosa que afecta actualmente a los países subdesarrollados

Una tercera y última lección que se puede derivar de la experiencia de las dos últimas décadas es la de que el desarrollo rural debe ser alcanzado, desde el interior, por los pueblos de los propios países subdesarrollados. No puede ser impuesto desde afuera

Esta es una lección que hemos tenido que aprender muchas veces. Todos estamos enterados de los magníficos informes, los planes impresionantes, los hermosos diagnósticos hechos por personas de fuera, que muestran en forma convincente cómo puede superar el pueblo rural de uno u otro país, los obstáculos que afronta

Pero en caso tras caso, nada se ha conseguido. Y el hecho cierto es que nada se conseguirá mientras el pueblo local no esté en el centro del proceso mientras no sea él quien planifique y ejecute los proyectos, no sepa cómo mantener, proseguir y utilizar lo que se ha construido

Demostraciones de esta verdad se pueden ver en muchas partes.

Hace diez o quince años, por ejemplo, se cavaron unos pozos, con mucho bombo, en las aldeas de un país. Y pocos años después todos los pozos se acabaron y se llenaron de piedras

Cavar pozos parecía ser algo lógicamente bueno para los aldeanos, y algo que ellos ciertamente recibían con satisfacción. Pero la falta de conocimientos para mantener y operar el sencillo equipo correspondiente, condujo a dejar los pozos inservibles

Hay también, además de los anteriores, otras lecciones de mucha utilidad para todos quienes se interesan en el desarrollo rural

—Es necesario un gobierno local responsable, para utilizar efectivamente los servicios del gobierno central

—Los aldeanos tienen un gran potencial de dirigentes y pueden cumplir funciones en el gobierno local, si son entrenados y asistidos por gente en la cual tengan confianza

—Los líderes locales seleccionados por los propios aldeanos son quienes mejor pueden introducir mejores métodos

—La creación de grupos organizados, como las cooperativas, mejora los resultados de la demostración y el entrenamiento.

El hombre moderno, con su sentido de progreso infinito, acuñó el principio del nacionalismo. Se trataba de un nacionalismo expansivo que debía forjar una sociedad fuerte que se convirtiera en la comprobación de la capacidad de todos y cada uno de sus miembros. Cuando el liberalismo trae a Latinoamérica todos los ideales de la Modernidad y el deseo de incorporarse a ella y planea el progreso de los distintos países, se dice que en este momento empieza a despertar en el continente la conciencia nacionalista. Durante todo el siglo XIX, sin embargo, este nacionalismo no pasó de ser una mera fórmula o ideal. El liberalismo latinoamericano que se expresa a través de diferentes partidos, al igual que su opositor, el conservadurismo, creó una seudoburguesía que encontró su mejor forma de desarrollo aliándose a los intereses occidentales, que en su proceso de expansión buscaban nuevos mercados. Al llegar el siglo XX las clases medias o grupos medios, que ya son mayorías, se sienten desplazadas por pequeñas minorías, al servicio de la gran burguesía occidental y comienzan a manifestar su descontento en distintas partes del continente. Son los grupos medios marginados los que toman conciencia del papel de instrumentos de intereses que les eran ajenos, a que habían sido reducidos sus pueblos, y enarbolando la bandera del nacionalismo, propiciaron movimientos como la Revolución Mexicana y los demás que se produjeron en el Continente al finalizar la Primera Guerra Mundial. Nacionalismo diferente, que nace con el propósito de lograr una cohesión interna y una resistencia exterior que les permitan salir de su situación de eternos rezagados. El nacionalismo así concebido es similar en todos los países latinoamericanos, lo que varía es la forma como aparece y los fines y medios en que se apoya. De todas sus manifestaciones es quizás el mexicano el más definido y de mayor fuerza.

El nacionalismo mexicano que la Revolución engendró y que es expresión auténtica de los grupos medios que la hicieron y orientaron, se ha hecho sentir en el campo político, económico, social y cultural. La generación de intelectuales que nació después de este movimiento ha dedicado especial atención a su estudio y análisis dada la gran importancia que en la vida del país ha tenido. Entre todos ellos el que con mayor enverga-

dura ha tratado este tema es el filósofo Leopoldo Zea. Preocupado siempre por su realidad y por la interpretación de los problemas vitales que le ha tocado vivir, ha reflexionado no sólo sobre el nacionalismo mexicano y latinoamericano, sino también sobre el de los pueblos afro-asiáticos, dándole singular importancia en sus libros y en numerosos artículos. Creemos que su pensamiento es una expresión honda y verdadera de su país y de los pueblos marginados en general. Consideramos que al presentar una síntesis de su quehacer en este campo, dejaremos expuesto lo más maduro del pensamiento iberoamericano en un tema de fundamental importancia.

1. Dos Nacionalismos

En "América en la Historia", Zea nos muestra como el Occidente al expandirse ha dado origen a un nuevo concepto de lo universal. Pueblos que vivían en el pasado han sido sacados de él como consecuencia del impacto occidental. Ya no existe lugar de la tierra donde no haya llegado el Occidente y con él la conciencia de universalidad. Los pueblos no occidentales han empezado a aprender cual es el lugar que les corresponde en el mundo, a tener "conciencia de su situación marginal en relación con la situación central de los pueblos occidentales que les han impuesto sus puntos de vista, esto es, sus intereses". Todos los pueblos no occidentales han ido exigiendo principios y derechos que el Occidente reclama para sí y ha utilizado en todos los casos armas occidentales. Una de ellas es el nacionalismo, pero un nacionalismo con aspiraciones muy diferentes al occidental, representado especialmente por Inglaterra, Francia, Holanda y su prolongación en América, los Estados Unidos. "Un nacionalismo que no parte del punto de vista que hace de una parte el todo, sino por el contrario, del punto de vista que tienen ya pueblos y hombres de que son partes de un todo. Partes de un todo que no tiene por qué ser reconocido a unos y negado a otros". "Dos tipos de nacionalismo que hoy se enfrentan, el de los llamados colonos que se empeñan en mantener privilegios y el de los indígenas que desean a su vez, se les reconozcan los mismos derechos que exigen para sí los colonos. El nacionalismo que hace de los pueblos no occidentales pueblos "proletarios", y el nacionalismo de los pueblos que han tomado conciencia del papel que desempeñan en el mundo occidental y reclaman ahora el derecho que les corresponde dentro del mismo. El nacionalismo que subordina a otros pueblos, con diversos pretextos, el nacionalismo que sólo reclama el derecho de los pueblos a la autodeterminación. El nacionalismo que en nombre de su soberanía ha impuesto sus intereses a otros pueblos; el nacionalismo que sólo reclama para sí el

mismo respeto que aquel reclama para lo que llama su soberanía".¹ El nacionalismo del mundo colonial, lejos de ser agresivo, expansivo, como el que surgió en la Europa Occidental, es un nacionalismo defensivo que no aspira a otra cosa que a alcanzar el mismo respeto que para su soberanía reclaman los países occidentales".² En cambio el del mundo occidental terminó por convertirse en imperialismo, al expandirse sobre otros pueblos. "Imperialismo que no significa incorporación de otros pueblos a los fines de un pueblo, ampliación de la órbita cultural, económica y política de ese pueblo, como lo fue el imperio de Alejandro... No, sino un imperialismo que en lugar de incluir, excluye. Imperialismo que hace de los fines de una nación los únicos fines a perseguir y transformar a otras naciones o pueblos en simples instrumentos para el logro de esos fines concretos y excluyentes. Es nacionalismo imperialista que ha hecho de la miseria de otros pueblos, la base de su propio engrandecimiento. Nacionalismo que sólo se doblega frente a otro más fuerte en esa ley de la modernidad de acuerdo con la cual sólo tienen derecho a existir los mejores y más fuertes. Los mejores y más fuertes de acuerdo con la idea de fuerza de esos pueblos que se han convertido en rectores de la humanidad".³ El nacionalismo, invención occidental, se ha transformado en los pueblos que sufrieron su impacto, en un instrumento de liberación. En su nombre se reclama un puesto en una tarea que debe ser común: lograr la felicidad de todos los hombres. En su nombre también, se desea lograr una auténtica universalización de la cultura occidental. Los pueblos no occidentales han adoptado lo mejor del espíritu de la cultura nacional: "el de la intuición cristiana de la fraternidad de todos los pueblos. Por ello, los hombres de estos pueblos se preguntan ahora por la justificación de una desigualdad que niega ese espíritu de fraternidad universal de que habla el Occidente".⁴ Esta nueva interpretación del nacionalismo ha sido duramente criticada por el Occidente que se oponía a un orden internacional basado en la igualdad de derechos para todos los hombres.

Cuando los pueblos coloniales se levantaron iniciando el movimiento nacionalista, después de la Segunda Guerra Mundial, las potencias que se disputan el control del mundo, quisieron atraerlos a su órbita. Estados Unidos empezó a mirar con simpatía su emancipación política e incluso le prestó ayuda, con el objeto de incorporarlos después a su zona de influencia económica.

1 Ver: América en la Historia, México, 1957. Cap. IV: Universalización de la Cultura Occidental.

2 "¿Está condenado el nacionalismo?", diario Novedades, México, 14 de Noviembre de 1956

3 "¿Es un peligro el nacionalismo?", diario Novedades, México, 8 de Enero de 1957.

4 América en la Historia, Pág. 93.

Esta política no era nueva en el mundo, ya la practicó Inglaterra contra España en el siglo XIX. La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, por su parte, también trató de aparecer como la abanderada de los pueblos nacionalistas, no sólo para el logro de su independencia política sino también para alcanzar la económica. Los acontecimientos internacionales posteriores han enseñado a estos pueblos que tienen que lograr las metas nacionalistas por su propio esfuerzo, o en última instancia apoyándose en otros pueblos de situación similar. "Saben que esta es una bandera que ellos y sólo ellos pueden alcanzar y defender, porque toda otra ayuda extraña estaría, necesariamente supeditada a los intereses que la ponen en juego".⁵

2. El Nacionalismo Latinoamericano

Cuando la burguesía latinoamericana inicia el proceso de industrialización y desarrollo de sus países se encuentra con una gran limitación: la falta de mercados. Pueblos empobrecidos y miserables difícilmente podrían absorber la industria nacional que deseaban crear las potenciales burguesías. Ningún país en Asia, Africa o la misma Latinoamérica podía hacer por ella lo que antes hicieron estos pueblos por el desarrollo del mundo occidental. Cerrados los mercados internacionales, que se disputaban las grandes potencias, la única posibilidad para llegar a la anhelada industrialización era fortalecer el mercado nacional. Para esto era necesario cambiar el status social, ya no era posible seguir manteniendo la prosperidad basada en la explotación del propio pueblo, como habían hecho las seudoburguesías. Era necesario transformar a Latinoamérica: elevando el nivel de vida de sus gentes, creando hábitos, necesidad de esos productos y dando las posibilidades para obtenerlos. En adelante las reformas que se propiciaran debían realizarse para beneficio de la mayoría, y los sacrificios que exigía el progreso debían también repartirse, de suerte que no fuera una sola parte del pueblo la que los pagara. Equilibrio armonioso de sacrificios y beneficios evitaría caer en los mismos esquemas que no pudo superar el liberalismo a fines del siglo pasado. Reformas sociales que beneficiaran a las mayorías pero sin por esto frenar la actividad privada que sería el motor de la transformación nacional.

"Este nacionalismo que en lo interno aspiraba a aglutinar a todos los grupos sociales, a unificar los esfuerzos de sus diversas clases en función de una meta que se consideraba beneficiaría a la totalidad, se presentó, en lo internacional, como una ideología defensiva. Un nacionalismo bien distinto del

occidental. Un nacionalismo celoso de cualquier intervención extraña a sus intereses, y celoso, a su vez de no entrometerse en asuntos que son de la cuerda propia de otros países. Principios, todavía enarbolados de una manera u otra en nuestros países, como el de autodeterminación y no intervención, se fueron presentando como centrales en este nacionalismo. Después de todo eran banderas que también sostenían las naciones occidentales como exigencia frente a otros pueblos, aunque sin vigencia cuando estos mismos pueblos las reclaman frente a ellas... Nacionalismo defensivo el de nuestros pueblos, que se opone y resiste toda interferencia extraña a sus intereses. Nacionalismo que como el occidental, reclama el más amplio respeto para sí mismo, pero que a diferencia del mismo, está dispuesto a otorgárselo a otras naciones".⁶

El nacionalismo latinoamericano acuñó el término "anti-imperialismo" como símbolo de la resistencia que sostenía contra la intromisión extranjera que impide o retrasa la transformación de sus pueblos en naciones similares a sus modelos.

El nacionalismo latinoamericano, como expresión de los grupos medios que surgen en el continente, se enfrenta así a una doble presión: la interna de los viejos intereses coloniales y de las nuevas oligarquías y la presión externa del imperialismo occidental. Esta resistencia no es de ninguna manera contra la Cultura Occidental, este nacionalismo no la pone en peligro, como se ha sostenido muchas veces. La adopción de los bienes de la cultura occidental, que se propagan, lejos de limitarla, la amplía, la universaliza. "Lo que sucede es que esta ampliación reduce no las posibilidades de tales bienes, sino las de los individuos o grupos que hacían de esos bienes y sus frutos algo particular. Al terminar la particularización, termina también la posibilidad de que el progreso, que tiene como meta esa cultura, sea sólo en beneficio de esas contadas naciones, grupos sociales o individuos. El progreso, al ampliar sus posibilidades limita las de quienes lo consideraban como de su exclusividad".⁷

3. El Nacionalismo Mexicano

Ya hemos visto que el ideal del siglo pasado de hacer en América Latina naciones modernas no llegó a realizarse. En México se frustró durante el Porfirismo, que creó una oligarquía interesada en mantener sus privilegios aun a costa de entregar la riqueza del país a la burguesía occidental. Al producirse la Revolución en 1910 la nueva clase que sube al gobierno va a ser consciente de la

⁵ "¿Está condenado el nacionalismo?", diario Novedades, México, 14 de Noviembre de 1956.

⁶ Tomado de las conferencias dadas en el curso de "América Latina en el siglo XX", en el Colegio de México, México, Febrero-Junio de 1964.

⁷ Idem.

lección que le dejó el Porfirismo y retomando el viejo anhelo del liberalismo, pero ahora dentro de otros planes, va a crear la deseada nación mexicana. "Nuestro país no podía actuar en lo interno y en lo externo como si fuese ya una de esas grandes naciones que le servía de modelo. Estas naciones eran grandes y habían alcanzado la felicidad y enriquecimiento de sus respectivos pueblos gracias a que otros pueblos los pagaban con su desgracia y miseria. México, al igual que el resto de los países iberoamericanos, había llegado demasiado tarde para participar en la ruda competencia... México por el contrario tenía que defenderse como parte de ese mundo en reparto. Y sólo podía defenderse, resistir, si se fortalecía. Y sólo podía fortalecerse si lograba en lo interno ese necesario equilibrio de intereses que hace a los individuos partes activas de una nación".⁸

Iniciar esa marcha hacia el equilibrio de intereses que hicieran posible a la nación, significó apelar a todos los medios de que se disponía, pero las teorías importadas empezaron a resultar insuficientes, inadecuadas a la realidad que se tenía por delante. Los mexicanos tuvieron necesidad de buscar sus propios medios y para esto era indispensable volver sobre sí mismo, conocer a fondo su propia realidad. "Un fuerte nacionalismo se apoderó de todas sus expresiones". Nacionalismo que exacerbó la crítica y la comprensión exteriores. De esta época data esa preocupación por la realidad mexicana que aún permanece fortaleciéndose en nuestros días. Los artistas, entre los cuales se destacan nuestros grandes pintores, fueron los primeros en orientar sus pupilas sobre la realidad mexicana captándola con sus pinceles".⁹ En los últimos años la preocupación por lo nacional se ha ido manifestando en múltiples aspectos de la vida mexicana pero en todos los casos nos encontramos frente a expresiones de una actitud defensiva: "defensa de su personalidad y de su patrimonio cultural, dentro de una situación que amenaza destruirla".¹⁰ En este sentido, la Revolución ha sido más fiel defensora de los derechos mexicanos, el nacionalismo que ha surgido "tiene su origen en la más humana y legítima de las aspiraciones: el derecho a ser reconocido como pueblo libre y soberano por otros pueblos, independientemente de que posea o no una fuerza material para hacer reconocer este derecho por otros medios". Pueblos coloniales, como el nuestro, aspiran al reconocimiento de su personalidad, exis-

tencia y derecho por otros pueblos. Afán de reconocimiento de su personalidad, existencia y derecho por otros pueblos. Afán de reconocimiento que no es otra cosa que afán de independencia tanto en el aspecto político como en el económico y cultural. Reconocimiento humano de que los hombres agrupados en un pueblo tienen derecho a exigir a otros hombres .

El nacionalismo mexicano, si así ha de ser llamado, no es otra cosa que expresión de esa toma de conciencia que está realizando México para captar su propia realidad y, con ella, sus posibilidades para ponerlas en la balanza de las responsabilidades sociales que ninguna nación puede eludir en la actualidad. En esta ocasión se trata de asumir una responsabilidad pero dentro de un plano de igualdad y dignidad. Igualdad que no puede tener como base un supuesto poder material, económico o militar, sino la conciencia y el reconocimiento de nuestra humanidad, y nuestra personalidad y, con ella, de nuestra capacidad creadora. Este nacionalismo no podrá hacer otra cosa que dotarnos de mayor seguridad en nuestros actos, seguridad cuya falta nos ha hecho sentir, hasta hace muy poco tiempo, inferiores a otros pueblos".¹¹

En el México contemporáneo la preocupación nacionalista de los que hicieron la Revolución, ha ido tomando conciencia. "En diversos campos de nuestra acción se ha hecho patente la nueva preocupación nacionalista derivada de nuestra Revolución. Una nueva preocupación que no está reñida con nuestro viejo afán universalista. Un nacionalismo que tiene como centro la conciencia de nuestra realidad. De una realidad con la que hay que contar si se quiere una nación permanente y fuerte. Y esta realidad se ha expresado en la marcha de la Revolución Mexicana, pese a mucho de los naturales errores de sus hombres".¹²

Revolución Mexicana que apoyándose siempre en esa realidad que tenía por delante ha ido superando los numerosos escollos que se le han puesto, que ha logrado ya en parte ese soñado equilibrio de que hablaban desde sus comienzos, que ha fusionado a todos los mexicanos, borrando diferencias raciales, ya que hoy las únicas que se perciben son las que se derivan de la distinta situación económica de sus miembros. Revolución Mexicana que intenta seguir canalizando los mejores esfuerzos del país para llegar a hacer plenamente, una nación moderna.

⁸ "La Revolución en sus cuarenta y seis años", diario Novedades, México, 21 de Noviembre de 1956.

⁹ Conciencia y posibilidad del Mexicano, México, 1952, página 30.

¹⁰ Idem, Pág. 32.

¹¹ Idem, Págs. 34-35.

¹² "¿Se ha formado una conciencia revolucionaria?", diario Novedades, 19 de Noviembre de 1957.

Se levantó en las sierras un indio
 llamado Lempira ("Señor de las Sierras")
 y reunió los indios de 200 pueblos,
 y más de 2 000 señores y caballeros conocidos
 y los juntó en Piraera ("Sierra de las Neblinas").
 Les dijo. que era vergonzoso
 que tantos hombres estuvieran en servidumbre
 de tan pocos extranjeros, en su propia tierra.
 Ofreció ser su capitán y ponerse en los mayores peligros.
 Y les aseguró que si estaban unidos vencerían.
 Y le siguieron. Y empezó la guerra
 Empezaron a pelear entre los precipicios y los cactus

La palabra de Lempira corrió de peñol en peñol,
 de valle en valle,

y de sierra en sierra.

Se subió al peñol más alto con 30 000 hombres

Un peñol derecho como una lanza,
 sin camino ninguno.

Los españoles lo cercaron

y duró el sitio 6 meses.

Unos le decían que hiciera las paces

porque al fin tendría que perder,

pero él rechazaba las ofertas de paz

y desde su peñol retaba a los españoles.

LEMPIRA

(poema)

Los reunió en el año 1x. Y el año 1x
 estaba anunciado de muchas miserias

Un año "de gran falta de agua y de muchos soles

los cuales habrán de secar los maizales,

y tendrán muchas discordias y guerras entre sí

Y CON OTROS PUEBLOS,

y habrán mudanzas en el mundo de los Señores

y de los sacerdotes,

por razón de esas guerras

Y LOS QUE QUIERAN SER SEÑORES NO PREVALECERAN".

Ese año 1x (1535-36)

¡el de las muchas miserias!

fue el de la llegada de Montejo a Honduras

¡y la llegada de Pedro de Alvarado!

Y Lempira se levantó en ese año 1x...

ERNESTO CARDENAL

Y se acercaba el final del "Katún 13 Ahau",

y el final de un "BAKTUN".

Pero los Chilanes habían dicho que no había que temer.

Que habría un nuevo amanecer al morir el "BAKTUN":

el 5º Amanecer. Y decían los Chilanes:

"Esta es la cara del Katún, del 13 Ahau.

Se quebrará el rostro del sol.

Caerá rompiéndose sobre los dioses de ahora".

Y Nahau Pech el Gran Sacerdote había profetizado
"En el tiempo en que el sol quedará detenido en lo alto,
oh Nobles Itzalanos, cuando el regidor sienta piedad,
habrán pasado cuatro katunes
y entonces será conocida verdaderamente la voluntad de Dios.
Vosotros me preguntaréis qué es lo que yo aconsejo,
oh Nobles Itzalanos
Salid a esperar a vuestro huésped en medio del camino,
oh gente de Itzá!
Son los Padres de la comarca los que llegan
Por la boca del jefe Pech, el sacerdote, sale esta profecía,
para la época del cuarto katún, justo al fin del katún
oh Nobles Itzalanos"

Eran los días de plantar un nuevo árbol YAXCHE (la Ceiba)
que al final de cada época plantaban en las plazas
para la nueva época, y ya estaban plantando el YAXCHE
eran las CRUCES que plantaban en las plazas (el YAXCHE
a cuya sombra descansarían los buenos cuando morían
"debajo de cuyas ramas y sombra
descansarían y se holgarían todos siempre")
Era el final de la 4ª época, y empezaba el 5º baktún

Pero Lempira no escuchó los anuncios del nuevo baktún
Lempira defendía un baktún condenado a perecer
Ni escuchó la profecía de Chilam Balam
el cantor de Cabal-chen (Maní) que decía
"En el día 13 Ahau
será establecida la nueva edad del tiempo
asignado a Itzá y a los de Mayapán, oh Señores Itzalanos
Es ella la insignia de Hunab-ku erguida;
el tronco del árbol enhiesto vendrá a anunciar a las gentes
que surge la nueva aurora para el mundo
Ya se habrá producido largo período de discordia, de anarquía,
cuando vendrá llevado por manos sagradas este signo,
oh Nobles Itzalanos . . .
Se abrirá un amanecer en los cuatro puntos cardinales
He aquí que llega nuestro Dios oh gente de Itzá,
recibid a nuestro "hermano mayor" oh gente de Tantún.
Recibid a vuestros huéspedes, los hombres barbados, los del Este,
los portadores del signo divino, oh Nobles de Itzá.
Buena es la palabra de la divinidad que viene hacia vosotros
para que se cumpla la renovación de la vida
Nada tenéis que temer, oh Nobles, del que está arriba de la tierra;
es el único Dios que os ha creado,
y esto por sí solo os prueba que su Palabra es propicia
Grande es la anarquía que comienza
Restaurado es el Arbol de la Vida del mundo.
Que se le dé conocimiento a todas las gentes
de la insignia de Hunab-ku erguida
Adoradla, oh Itzalanos. Debéis adorar esta insignia enhiesta
y creer en la palabra del verdadero Dios
que viene del cielo a hablaros.

*Multiplicad vuestra buena voluntad oh Itzalanos,
ahora que está el nuevo Amanecer por iluminar el universo
y la vida está por entrar en una Edad nueva
Tened fe en mi mensaje, yo soy Chilán Balam
y he interpretado la palabra del verdadero Dios''.*

Alonso de Cáceres le envió una embajada
"que aceptase la paz y obedeciese al Rey de Castilla
y le prometía tratarlo bien" Y mató los mensajeros.
Decía que no quería conocer otro señor ni saber otra ley
ni tener otras costumbres de las que ya tenía
Duró el sitio 6 meses Los últimos 2 meses no dormían,
ni las noches ni los días, tirando flechas día y noche

Hasta que un día el Cap. Cáceres le envió otra embajada
un soldado a caballo que se puso a un tiro de arcabuz
diciéndole que *admitiese la paz que se le ofrecía*
mientras otro soldado en las ancas del caballo
le dispararía con el arcabuz Y salió Lempira
al borde del peñón Tenía grandes penachos
como el ave *q'uc*, que agitaba el viento de la sierra
Estaba todo cubierto de una armadura de algodón.
A sus pies se extendían todas las sierras
y se abrían los precipicios erizados de cactus
Y sus plumas de quetzal se movían en el viento.
Y dijo Lempira desde la alta peña: "La guerra
no habrá de cansar a los soldados ni espantarlos
y aquel que más pueda vencerá . " Y las rocas
repitieron el eco, los valles repitieron su voz

"... venceráaaaaa..."

El soldado de las ancas le apuntó, y disparó
mientras él hablaba El tiro le dio en la frente
atravesando el bello morrión empenachado
y Lempira cayó rodando con sus armas sierra abajo
mientras aún seguían hablando los valles

Y el día antes Lempira había andado muy triste .

Era el año *bisexitl* cuando murió Lempira (1536-37)

Un mal año, de días aciagos Su letra era "*Cuauac*"
y reinaba en él "*Hozanek*", el "*Bocab*" negro del oeste,
el ser subterráneo y malo Un año pésimo de gran mortandad,
y los muchos soles les habrían de matar los maizales
y las muchas hormigas y pájaros comerse lo que sembrasen
Este año llevaban al Occidente un tronco de madera negra de Yaxex
con la imagen del "*Bocab*" negro
y con una calavera en él y un hombre muerto,
y encima del árbol ponían al negro zopilote,
llamado "*Kub*", en señal de mortandad grande,
y encendían un gran fuego por las noches
y caminaban descalzos sobre las brasas calientes
para remediar los malos agujeros de este año. . .

El día antes Lempira había andado muy triste
Pero los demás se rindieron alegres
con caracoles y atambores y atabales.

FUSILAMIENTO DE MARIANO SALAZAR

ALEJANDRO BARBERENA PEREZ

Vidas equivocadas

La Guerra Nacional ofrece un semillero de enseñanzas que es preciso recordarlas, para fortificar nuestro patriotismo. Las hay de todo sabor y colorido. En las mismas escenas de dolor y lágrimas, de abnegación y amor, de momentáneas alegrías y de prolongados sacrificios, está la indicación oportuna, el remedio del mal y la mano vigorosa que nos señala el provechoso camino, para que los pasos del porvenir sean firmes y prometedores.

Todo lo que se registra en ese pasado, es el libro abierto que nos da la clave para que los problemas nacionales del presente los resolvamos como nicaragüenses procurando el bien general, que es la salud de la República.

Dentro de los muchos casos de horror, de violencias y atropellos realizados por William Walker durante su usurpación y bandidaje, en Nicaragua, se realizaron tres asesinatos brutales que causaron estupor y espanto. El ánimo nicaragüense se conmovió ante las criminales ejecuciones del Licenciado Mateo Mayorga (22 de Octubre de 1855), Gral. Ponciano Corral (8 de Noviembre de 1855), de los que he hecho un resumen en números anteriores de Revista Conservadora. Hoy me ocupo del tercero: la fusilación de Mariano Salazar (2 de Agosto de 1856).

Relaciones familiares

Durante los años de 1740 a 1745, ejerció interinamente la Gobernación de la Provincia de Nicaragua, don José Antonio Lacayo. La hija de éste doña María Lacayo se casó con don José Salazar y de este matrimonio nació José del Carmen Salazar Lacayo, que contrajo matrimonio con doña Gertrudis Montealegre, de origen Chinandegano. Hijo de esta unión fue Mariano Salazar Montealegre, que nació en León en 1823.

Se casó con la muchacha más bella de León, la señorita Esmeralda Castellón, graciosa, delicada, culta, hermana del Licenciado Francisco Castellón. Este de magnífico porte, elegancia física, llamativo en el vestir, con un rostro que despertaba simpatía y dotado de un vasto talento. Hablaba varios idiomas. Su cultura la había pulido en viajes al extranjero. La familia Castellón era estimada en la sociedad nicaragüense por sus merecimientos y por sus estimables vínculos.

Hijo de Mariano Salazar Montealegre y Esmeralda Castellón de Salazar, fue el Gral. Mariano Salazar cuya estatua fue erigida en el Parque que lleva su nombre, frente a la Iglesia de La Merced, en la ciudad de León. Este fue casado con doña Sara Manning Alonso, habiendo procreado a los siguientes: Salvadora, Paulina, Camila, Lucila y Mariano, que murió en su juventud.

Salvadora se casó con el Dr. Sebastián Salinas Guerrero, habiendo tenido seis hijos, entre los cuales figura don José Salinas Salazar, actual Agente General

de Seguros en Managua. Paulina, fue casada con don Carlos Pérez Alonso, habiendo procreado un hijo el Capitán de Marina Carlos Pérez Salazar, residente en Estados Unidos. Camila tuvo una hija Alcira Salazar de Somarriba que vive en Costa Rica. Lucila la menor vive en la ciudad de León con más de 80 años de edad.

Bonanza económica de Mariano Salazar

Se entregó de lleno al comercio en Occidente, con exitosas actividades. Su tienda principal estaba en la ciudad de León. Los negocios florecientes fueron en forma tal que fácilmente extendió su radio de acción hasta el extremo de decir que las actividades de dinero en occidente giraban alrededor de su esfera comercial. Relacionado espléndidamente con la sociedad leonesa, su influencia se hizo notoria en la vida social, que aprecia el éxito de los hombres. La vida social se fascina con el brillo de las cosas aparentes.

Salazar no contento con dominar los negocios en una importante sección regional de Nicaragua, compró embarcaciones para llevar productos a otros países como El Salvador, donde se le conocía ampliamente.

Castellón pretende la Jefatura del Gobierno

La obsesión de Castellón era la apertura del Canal por Nicaragua y con este fin en su viaje a Europa propuso la empresa a varias Naciones, aunque sin resultados satisfactorios. Visitó Washington tratando de impresionar al Departamento de Estado sobre la ruta Canalar. Decía que le habían dicho allá, que hablarían de este asunto, si alguna vez llegaba a ser Jefe del Ejecutivo de Nicaragua. Parece que esto lo interpretó como un deseo que había en los Estados Unidos para que alcanzara la Dirección Suprema de este país. Cuando vino Nicaragua se entregó de lleno a la política logrando que los democráticos lo eligieran como su candidato para los comicios de Marzo de 1853. Ortega Arancibia y otros cronistas hablan mucho de los fraudes cometidos en esa secuela electoral y tanto por esa circunstancia como por haber repugnado a Occidente, la letra y el espíritu de las Reformas Constitucionales prohijadas por don Fruto, el fermento revolucionario alteró la tranquilidad de Nicaragua.

Mariano Salazar apoya la revolución

Desde el doble punto de vista de hermano político del Licenciado Castellón y simpatizador del Partido Democrático, Salazar prestó sus recursos económicos para canalizar el desarrollo de las actividades belicistas. Los emigrados políticos Francisco Castellón, José Guerrero, Máximo Jerez, Mateo Pineda, Francisco Díaz, José María Valle, alias El Chelón, Esteban Valle, Matías Somarriba, José Salinas, Coronado Morales y Manuel Cisneros, encontraron un mantenedor decidido del movimiento revolucionario contra el Gobierno de don Fruto Chamorro, afrontando de esta manera responsa-

bilidades básicas en los episodios trágicos del 54 al 56 que sirvieron de antecedentes a la dolorosa Guerra Nacional.

Utilizando un vapor de Salazar, los emigrados llegaron a Amapala con las armas y municiones que lograron conseguir en Honduras, desembarcando en el Realaje el 5 de Mayo de 1854. La figura de Salazar es visible en este cuadro de luchas intestinas. Puso su capital al servicio de estos sangrientos episodios.

Ciegos y sordos los nicaragüenses al entendimiento, respondieron con la intransigencia a toda embajada de paz. Los aparentes éxitos militares de unos y otros, jamás los pudieron valorar. Cada cual reclamaba más de lo que había conseguido y al final fue Nicaragua la que se hundió. Fue la Patria la que se arruinó.

Y todavía hay quien piense en recurrir a la guerra como solución de nuestros problemas domésticos, que solo se sabe cómo principian.

¿Quién puede garantizar el resultado de una guerra?

War is hell, dijo Sherman, y en verdad que no hay comparación más adecuada para la guerra, que el propio infierno con sus dantescas escenas, y también con sus ironías porque don Fruto y el Licenciado Castellón que fueron los protagonistas principales y que lucharon por la Jefatura del Ejecutivo, no vieron el final de la guerra. Jerez que peleó también con iguales propósitos, lo que le quedó fue una cicatriz en la cara y la inveterada pasión revolucionaria, que le encendió toda su alma. En cambio Tomás Martínez que en los comienzos de la contienda bélica, no era más que un comerciantito ignorado de la vida civil de Nagarote, resultó siendo el personaje favorecido, con una Presidencia de 10 años.

Hijo de Salazar arrebatado de la muerte

Y bien Salazar era el hombre de influencia ante el Gobierno Provisorio de León, que presidía su cuñado Francisco Castellón. Las tropas occidentales al mando de Jerez echaron a don Fruto de sus posiciones y en su retirada no pudo pararse en Managua, ni en Masaya y se reconcentró en la Plaza de Granada. Todo hacía presagiar el triunfo de los democráticos. El sentido de la fraternidad se había relajado. Los vencedores lanzaban el *Vae Victis*, y los vencidos sacaban fuerza de flaqueza en su afán de llegar hasta el último sacrificio. En esto surgió un caso doloroso en la vida privada de Salazar. Un hijo del matrimonio estaba gravísimo y los médicos de León, lo habían desahuciado. Alguien pensó en el Dr. Rosalío Cortés pero había el inconveniente que vamos a citar, porque conviene que los nicaragüenses fijen muy bien su atención en este pasaje. El Dr. Cortés era un hombre amante de la paz. Golpeado en lo más íntimo de su alma, por la espantosa guerra civil, quiso zanjar las dificultades entre occidentales y orientales y fue a Granada. En viaje de Jalteva a las barricadas, en plática, entre los sitiadores y sitiados, fracasó en su empresa. El ningún éxito obtenido lo dejó mal visto de unos y otros. El grave delito que había cometido el doctor Cortés era haber querido más la bandera blanca y azul que la empedernida divisa partidista. El ideal de Cortés era solucionar los problemas a base de concesiones mutuas, pero los dos par-

tidos no querían más que la sangre de los mismos hermanos.

Altruismo profesional

Siguiendo con el relato, el doctor Cortés examinó el niño enfermo y la efectividad de su diagnóstico logró rescatarlo de las garras de la muerte. La gratitud de la familia Salazar Castellón fue inmensa. Le pidieron la cuenta al eminente profesional y el humanitario galeno por todo respuesta contestó, que lo único que quería era que se le concediera por el Provisorio, un pasaporte para que no se le molestara en Chinandega, que era el nuevo lugar donde quería vivir el resto de sus días, Salazar al momento le llevó el pasaporte y en un cartucho de papel le metió varias monedas de oro, que en principio el doctor Cortés las rechazó aceptándolas más tarde, cuando se le dijo que era un regalo de la señora esposa de Salazar, y que tamaño desaire no resultaría para una dama de su elevada condición.

Salazar mantiene el sitio de Granada

Después del desastre de El Pozo (13 de Mayo 1854), Jerez avanzó hasta Granada posesionándose de la Iglesia de Jalteva y sus alrededores, desde el 26 de Mayo de ese año. El 11 de Junio de 1854, el Licenciado Francisco Castellón en concepto de Jefe Provisorio, nombró Ministro Gral. a don Pedro Carvajal. En la tarde de ese día de orden de Castellón, mandó a citar a varios ciudadanos leoneses para una Junta de Notables, que debía reunirse el día siguiente 12, en casa del señor Licenciado don Gregorio Juárez, señalando las diez de la mañana para verificarlo. Bajo la Presidencia de Carvajal y con asistencia de los señores Licenciados Hermenegildo Zepeda, Gregorio Juárez, Basilio y Sebastián Salinas, Mariano y Norberto Ramírez, Francisco y Jesús Baca, y de los señores don Mariano Salazar, Nazario Escoto, Miguel Robelo y otros, y organizados en Junta, el señor Ministro Carvajal, abrió la sesión y parándose hizo uso de la palabra —dijo, más o menos, lo que sigue. Tengo encargo del señor Director Provisorio poner en conocimiento de Uds. una carta o nota que recibí ayer del señor general en jefe, en Jalteva, Dr. Máximo Pérez, para que Uds. le aconsejen lo que crean más conveniente a los intereses generales del partido y de este vecindario; y metiéndose la mano a la bolsa sacó la carta y le dio lectura. Esta decía: "La situación del cantón es deplorable. Yo estoy herido y no puedo levantarme. El General Pineda está también mal herido. Esteban Valle y Francisco Navas murieron. Hay otros tantos muertos y heridos. La desertión continúa, y porque el robo ha sido grande y el que va robando se va yendo, y por consiguiente el ejército va reduciéndose.

Se carece de pólvora, plomo y de toda clase de elementos de guerra. lo mismo que de dinero, provisiones de boca y de todo, si dentro de ocho días no me mandan cuanto pido, levanto el cantón cualquiera que sea el resultado."

El señor Ministro Carvajal en cuanto acabó de leer la carta anterior, volvió a tomar la palabra y les dijo: Que estaban impuestos de ese documento y que como su contenido era tan sustancial y trascendental, él la ponía a discusión para que la Junta resolviera y fijara.

la contestación de dicha carta; algunos y muy pocos de los concurrentes opinaban porque se levantara el cantón, otros, porque debía sostenerse a todo trance. Mariano Salazar consecuente con su modo de pensar, hizo moción para que se le contestara al señor Gral en Jefe Dr. Máximo Jerez, que esperara para 15 días en vez de 8 que él fijaba, que dentro de ese tiempo él personalmente ofrecía mandar todo lo pedido, que al efecto, él prometía pasar a la Unión a comprar la pólvora y el plomo, y los otros miembros de la Junta debían alistar el complemento de abastos de guerra, provisiones de boca, el dinero y más que se debía mandar. A propósito de esto William Vicent Wells, relata que Salazar hizo una requiza entre los simpatizadores leoneses de estas operaciones militares para que a título gratuito cedieran las ventanas de hierro de sus casas particulares a fin de aprovecharlas como subsidiaria de elementos de artillería. (Ventanas de suelo, les decían)

Poderoso tren de guerra

Aprobada la moción, firmaron el acta respectiva levantándose la sesión. Salazar aunque era un poco tartamudo para hablar y esto era una deficiencia en sus pretensiones de caudillo, esta vez su llamado popular tuvo gran acogida de manera que al finalizar los 15 días solicitados por él, salían de León para Granada, cincuenta o más carretas con elementos de guerra, dinero, plátanos, maíz, quesos, frijoles, arroz, carne, manteca, escaleras y mechones embreados para incendios. En fin más de lo pedido.

Walker en la escena Nicaragüense

El 10 de Febrero de 1855, Jerez se retiró de Granada. La mantuvo sitiada 260 días o sea desde el 26 de Mayo de 1854. La situación militar de este personaje del Partido Democrático, no era buena. A su regreso a León, el Provisorio le entregó el mando de las armas al Gral. J. Trinidad Muñoz. Este quiso entrar en arreglos con el Gral. Corral, Caudillo Militar de los Legitimistas, pero se demoraron los entendimientos y no se llegó al cese de las hostilidades. El problema se agravó con el apareamiento de Walker en el teatro de los acontecimientos (16 de Junio de 1855).

Derrotados en Rivas los Filibusteros en el combate de Rivas del 29 de Junio de 1855, Walker amenazó a los Democráticos con retirarse de Nicaragua, y de haberlo hecho, cuanto bien habría causado al país este bandido. Mas aquí viene la lección que debemos recogerla objetivamente los nicaragüenses.

Walker y Salazar solidarios

A bordo del Vesta elementos importantes de Occidente cambiaron impresiones con Walker y oyeron de viva voz del bucanero, expresiones muy duras sobre la personalidad del Gral. Muñoz al que le imputaba mala fe, buscando el calificativo más suave digo yo. Pedía que se le enjuiciara para deslindar las responsabilidades. Melosamente Castellón le dio explicaciones, tratando de evadir lo de investigar la conducta de Muñoz, por la delicada situación militar en que estaba el Partido Democrático. Al mismo tiempo lo felicitaba por la demostración de valor que habían exhibido los filibusteros en el combate de Rivas. Walker se le hizo la

flor y le reiteró sus propósitos de abandonar el país. Desde León el Provisorio le escribió a Walker cartas de ruego y súplicas. Fue entonces que intervino Mariano Salazar ante Walker. Fue a verlo al Vesta para exponerle que León estaba amenazado de un ataque inminente de Corral que con un fuerte ejército estaba en Managua. Que de su agrado ponía a la orden del Filibustero, sin reserva alguna todos sus recursos económicos antes que los Legitimistas redujeran a cenizas su ciudad.

El mismo Salazar que en Junio de 1854, había extendido con largueza su mano protectora a Jerez, con tal que no levantara el Sitio de Granada, al año siguiente esta vez en Julio de 1855, ponía su capital al servicio de los filibusteros para que prolongaran su estadía en Nicaragua.

Cuántas reflexiones se vienen a nuestra mente. Cómo se debe enriquecer nuestra experiencia, para que los nicaragüenses de hoy, y de mañana, no volvamos a ser cuchillo de nuestras propias carnes. Tratando de halagar a Walker le ofreció mandar a traer a El Salvador una calidad especial de pólvora, porque la que existía en el país, no era adecuada para las armas de los americanos.

Otra entrevista más sostuvo Salazar con Walker, esta vez en presencia de Castellón, y ya crecido el filibustero por las pequeñeces nuestras, enfatuado por la segura creencia de la gran necesidad que había de sus servicios militares, puso evasivas y al final exigió más ventajas que la que le indicaban las cláusulas del contrato supuesto de colonización.

Salazar salió muy contento del éxito alcanzado. Walker por fin continuaría arrastrando sus espuelas. Nunca comprendió Salazar que el triunfo conseguido, era como encajarse en un tigre. Bien sabido es, que quien tal hace, termina yendo donde quiere el tigre, y cuando se aburre de llevarlo a cuestras, lo tira al suelo y se lo traga sin mastigarlo. Indiscutiblemente Salazar era una estrella en los negocios, hábil, astuto, gran favorecido por la suerte, pero en la política resultó un niño grandote. Tuvo agilidad para abarcar en su mano el control de las importaciones que hacía por el Realejo y el Tempisque, pero al meter sus manos en la cosa pública, lo hizo con manifiesta inexperiencia. Más grave en él, porque en una vuelta de la rueda el mismo Walker lo hizo subir las gradas del cadalso, como se verá más adelante.

Salazar comprende su error

El 3 de Junio de 1856 el Gobierno de Patricio Rivas hizo saber a los nicaragüenses que tropas guatemaltecas venían sobre Nicaragua y quería que se pusieran sobre las armas para hacerle frente a esa invasión. Mariano Salazar se vino de León a cambiar impresiones con Walker. Este que ya estaba en autos de esas amenazas, al mando de 200 rifleros y acompañado del Teniente Coronel Anderson y del Capitán Waters salió para León y en Masaya se encontró con Salazar haciéndole ver que los occidentales estaban dispuestos a pelear contra los invasores, pero como el ejército Guatemalteco era numeroso y con preparación militar, había que echar mano de buen número de rifleros americanos para que las operaciones tuvieran

buen resultado. Además debían encargarse los filibusteros del control de los Departamentos del Norte. Se fueron para León. Ya en esta ciudad estaban claros que Walker era una verdadera amenaza para el país y querían ponerle fin a esto, costara lo que costara. Con el pretexto que el Gobierno de El Salvador ponía como condición para reconocer al Gobierno de Patricio Rivas la reducción a 200 el número de americanos, —las pláticas con Walker no fueron cordiales. Fue entonces que Mariano Salazar abrió los ojos y quedó convencido que con valor había que desandar el camino en mala hora emprendido.

Para Walker fue una sorpresa el brusco cambio de Salazar. Vigorosamente le llevó la contra en las discusiones, razón por la que enfurecido el bucanero, bajo el supuesto pretexto de unas falsas investigaciones sobre que don Mariano Salazar había negociado con Gobiernos Centroamericanos una regular cantidad de palo Brasil de su propiedad, pero en condiciones tales, que aparentemente perjudicaban las rentas aduanales del Realejo. En su falso angelismo administrativo, Walker revivió prescripciones legales de las antiguas Ordenanzas Españolas que prohibían a un militar la contratación con el gobierno, y más aún estando el país en guerra. Walker por sí y ante sí sin tomar en cuenta ninguna autoridad mandó a detener a Salazar, señalándole su casa por cárcel.

Ese vejamen cayó muy mal en la ciudad de León y montaron en cólera hasta el extremo que hubo demostraciones hostiles para los americanos en las calles y sitios públicos de la población. Los filibusteros nerviosos se parapetaron en lugares estratégicos ocupando la Catedral.

Prudentemente Walker trató de calmar a la tropa y en vista que la cosa estaba muy mala, temprano de la mañana del once de Junio salió con rumbo a Granada bajo la custodia de los mejores tiradores. Fue entonces que Mariano Salazar lleno de ardor patriótico se echó a la calle y a voz en cuello gritaba que los americanos querían arrestar al Presidente Patricio Rivas y a los Ministros para obligarlos a firmar documentos oprobiosos para la Soberanía Nacional y después de esta iniquidad los querían pasar por las armas. Decía a gritos en las esquinas que Walker era un canalla y que había que pelear muy duro contra él para echarlo del país. El llamado de Salazar enardeció a los leoneses y hombres, mujeres y niños se lanzaron a la calle con una agresividad tal, que la tropa americana que estaba en León, se tuvo que reconcentrar en el Cuartel Principal. Todos ellos se pusieron en la línea de batalla asustados por la impresionante reacción popular.

Mariano Salazar montado a caballo en su recorrido por la ciudad llegó al barrio de San Felipe, sitio muy populoso de León y con mucho ánimo y coraje hombres y mujeres también participaron de aquella efervescencia. Las personas de mayor edad previsamente tomando todo aquello como una indicación que pronto estallaría la revuelta armada. Amotetaron sus baúles, y prudentemente aseguraron las puertas y ventanas de su casa.

Bruno Natzmer que era el Comandante del pelotón americano acantonado en León, pidió refuerzos al Teniente Dolan que estaba en Chinandega. El valien-

te Máximo Jerez no sólo se puso al frente de los leoneses, sino que conminó a Natzmer a que desocupara las torres de la Catedral, a fin de colocar allí agente armada del país. Walker que ya estaba en Nagarote, al tener noticias del movimiento, ordenó a Natzmer que concediera el permiso exigido por Jerez. Al mismo tiempo lo previno para que abandonara la ciudad de León. Con este hecho significativo de entereza del pueblo de León, se inició la exitosa campaña militar que redujo a Walker a la plaza de Granada y a la Vía del Tránsito.

Walker bota la careta

Ya en Granada los Filibusteros procedieron a desconocer la autoridad de Patricio Rivas y de las autoridades nicaragüenses. Walker declaró la inexistencia del Tratado de 23 de Octubre de 1855 que había firmado con Ponciano Corral y con arreglo al Decreto del 10 de Junio de 1856 dio los pasos para realizar la gran farsa de hacerse elegir Presidente de la República de Nicaragua. El 21 de Junio de 1856, arrogándose la representación del Pueblo Nicaragüense, rodeado de gran aparato militar dio a conocer que Patricio Rivas y los que lo acompañaban eran unos traidores, que no les importaba lo mucho que había sufrido Granada, sin recibir ninguna compensación por sus servicios, muerte y padecimientos, ni la sangre derramada en Rivas. Quieren echar al pueblo contra los americanos que han sido sus bienhechores, y ahora están aliados con los enemigos de Nicaragua, protegiendo una invasión de Guatemaltecos y Salvadoreños, y todo eso para privar a los nicaragüenses del derecho que tienen los pueblos libres de elegir a sus propias autoridades.

Farsa Electoral

Cambiando totalmente todo lo que se había hecho anteriormente en relación con el cotejo electoral, modificó el Decreto de Convocatoria de don Patricio Rivas alegando Walker que ese decreto era muy enredado. De una sola plumada violó la Constitución Política que indicaba para la Elección de Autoridades Supremas el sistema del voto indirecto, debiéndose de inmediato elegir Presidente de manera directa. Señaló el último domingo del mes de Junio para esas Elecciones y él mismo se persentó como Candidato a la Presidencia.

Para evitar la Inscripción general de ciudadanos dijo que por esta vez tendrían valor las viejas listas que de las elecciones pasadas se pudieran conservar. En realidad las elecciones sólo se hicieron en las ciudades de Granada y Rivas. Los lugares de votación estuvieron abiertos, pero ni en esas ciudades la gente concurrió a votar. En el resto del país esa pantomima no se verificó de ninguna manera. En El Nicaragüense periódico bilingüe que publicaban los americanos en la ciudad de Granada, correspondiente a la sección de inglés, mentirosamente se dijo que hubo entusiasmo en todo el país y que los leoneses habían concurrido en masas a las Urnas Electorales y una serie de mentiras de esta clase. Haciendo un cálculo del número de votantes que pudiera tener Nicaragua, las falsas autoridades electorales de Walker, dijeron en El Nicaragüense que habían votado 15,835, pero James Jeffrey Roche, la eleva a 22,236, haciendo figurar falsamente candida-

tos de oposición como el Gral. Máximo Jerez, y a Mariano Salazar, al que le puso la cantidad de 2,087 votos.

Fermín Ferrer lo declaró electo Presidente el 10 de Julio. El sábado 11, se levantó un tablado con capacidad para veinte personas, al Occidente de la Plaza de aquél entonces, actual Parque Colón y frente a la hoy Casa Pellas. Al siguiente día domingo 12 de Julio de 1856, a las 11 de la mañana se realizó la ceremonia de la Toma de Posesión.

La mal llamada Presidencia de Walker

Como en algunos libros y en relaciones publicitarias de esa época se dijo que William Walker había sido Presidente de la República de Nicaragua, nos permitimos hacer ciertas apreciaciones legales para probar su falsedad.

1) — Don Patricio Rivas electo jefe del gobierno por 14 meses conforme las voces del Tratado del 23 de Octubre de 1855, a contar del 30 de Octubre de ese año, debía concluir su período el 30 de Diciembre de 1856. De manera que cuando Walker se dio en decretar su desconocimiento, le faltaban todavía 6 meses de su ejercicio legal. Al declararlo traidor, Walker alegó que sólo quedaba valedero el otro firmante que era él, convertido por sí y ante sí, como la legítima expresión de la soberanía nacional. Creo del caso explicar que la finalidad de poner a don Patricio al frente del Gobierno Provisorio era para que éste realizara unas elecciones que fueran el espejo de la voluntad popular y nunca unos Comicios parciales, sujetos a la caprichosa espada del extranjero invasor.

2) — Fermín Ferrer no podría ostentar un título derivado de la voluntad imperiosa de Walker, y al llamarse Provisorio no le asistía ninguna sombra de validez. Lógicamente todo lo que de él dependiera no podía tener ningún valor, mucho menos una convocatoria por el sistema Directo que violaba la Constitución Política.

3) — En Occidente y en algunas partes de la República, se acababan de realizar Elecciones, figurando como candidatos Jerez, Salazar y Patricio Rivas y Walker al llegar a León las anuló manifestando que esas elecciones no habían sido populares, ni tampoco se habían realizado en todo el país. Y las que él hizo únicamente en dos ciudades Granada y Rivas y sin la concurrencia de ciudadanos eran más nulas.

4) — Don Fruto hizo la Constitución del 54 con el objeto de anular la del 12 de Noviembre de 1838, pero es lo cierto que ésta no entró en vigor porque le faltó el requisito de su promulgación, quedando en pie la del 38. Los Artos 130 y 131 de esta Carta, señalan los requisitos para ser Director Supremo con que se le llamaba al Jefe del Ejecutivo. Estos eran: a) Nacidos en Nicaragua, debiendo los originarios de los Estados Centroamericanos tener cinco años de domicilio en Nicaragua, b) Treinta años de edad, c) Ser ciudadanos, d) Hallarse en actual ejercicio de sus derechos, sin que puedan optar a ese elevado cargo los Jefes Militares, de Teniente Coronel arriba, que estuvieran en servicio actual.

De todas estas exigencias de la Ley Fundamental, lo único que tenía William Walker en su favor era la

edad. En 1856 tenía 32 años. Respecto a las otras calidades no hay más que anteponerle la NEGACION. No había nacido en Nicaragua, ni en los otros Estados de Centroamérica. NO ERA naturalizado, porque no tenía carta autorizada por la Constitución y aún cuando manifestado su propósito de hacerse nicaragüense, la ley exigía naturaleza y no naturalización. NO ERA ciudadano y por lo tanto no le asistía ningún derecho como tal. Finalmente por su condición de militar en servicio activo como soldado mercenario lo alejaba del asunto. NO se había seguido el sistema del voto INDIRECTO, y esas violaciones constitucionales eran más que suficientes para reconocer la inexistencia de la elección.

Gobierno Usurpador

La Doctrina Constitucional de todos los tiempos ha reconocido tres clases de Gobierno. De Derecho o de Jure. De Hecho o de Facto y Usurpador. Tanto en el primero como en el segundo, la Entidad Estado aparece intacta con todos sus derechos y obligaciones. En cambio en el régimen Usurpador, nacido de la fuerza bruta y que por la rebeldía de los asociados, no puede controlar el país, el Gobierno es inexistente y tras la mampara de su reprochable y espúreo origen, sus compromisos y todo lo que emane de él no tiene ningún valor ni reconocimiento.

El Gobierno Usurpador no tiene la más leve raíz, ni el más pequeño punto de partida para que en lo futuro sus actos puedan llegar a convalidarse. Ese es el caso de la mal llamada Presidencia de Walker.

Fayssoux corta las alas a Salazar

Salazar como hombre activo no tenía comparación. Interesó al Vice-Cónsul inglés del Realejo Mr Manning, para que ayudara al movimiento contra Walker y consiguió que éste le escribiera a su socio en San Miguel señor don Florencio Souza. He aquí la carta "León 24 de Julio de 1856 Sr Florencio Souza Querido amigo Aquí me tiene Usted sin saber dónde ir, por cuanto Walker no nos quiere dar pasaporte para pasar por Granada. Entiendo que el hombre está furioso contra mí atribuyéndome el cambio. La verdad es que todos sus actos son impetuosos y no hemos dejado de abrigar grandes temores de que hiciera un ataque a León. Vino hasta Managua y todo lo que sabemos es que regresó a Granada. Si este hombre recibe refuerzos y dinero, le aseguro a usted que no será tan fácil sacarlo del país, porque como las fuerzas de los otros Estados vienen a poquitos, no se hace nada y los gastos y los sacrificios son en balde. Me aflige mucho pensar que en estas circunstancias no se ponga mayor actividad en un asunto tan serio. Actualmente hay 500 hombres de San Salvador, 500 de Guatemala y 800 de aquí, y a mi juicio se necesita el doble."

"Todos los negocios están en un estado lamentable y muy afflictivo en Nicaragua, y si me quedo aquí mucho tiempo no tendré camisa que ponerme. Ya puede usted suponer lo que he sufrido con estas conmociones."

"Se sabe —escribe— que un tal Fabens ha salido para Boston con el cuarzo aurífero y ha comprado con

un tal Heiss la mina al padre Sosa. No se alarme, pues yo haré todo lo que pueda en su favor en este asunto con todo empeño. Usted debiera escribir a Davis a Boston, vía Omoa, preguntándole si el mineral que llevaron Fabens y Heiss es de la mina de Bestaniere”

“Las tropas están aquí enteramente desnudas. Si usted tuviera algún dril que me pudiese vender a 12 y ½ centavos la yarda, le tomaría diez fardos. No olvide usted mi súplica en favor de mi hijo adoptivo Mr. George Brower, para que le nombren Cónsul de San Salvador en Liverpool”

Mariano Salazar se embarcó para El Salvador. Por ese tiempo hacía incursiones en el Pacífico a través de la costa nicaragüense, la nave Filibustera “Granada”, que capitaneaba el lobo de mar Carl I. Fayssoux. Que audazmente las extendió hasta el Golfo de México. Quiso la mala suerte que el 27 de Julio de 1856, apisionara un bote con varios pasajeros. Sorpresivamente uno de ellos era Mariano Salazar. Al registrar su nombre dio el de Francisco, pero Brissot que bien lo conocía le sopló al oído a Fayssoux, sobre la clase de personaje que había caído en la redada. Lo llevaron a San Juan del Sur y de allí lo trasladaron a Granada.

Los leoneses toman a Livingston en rehén

Sabedores en León de la captura de Salazar encarcelaron al Dr. Joseph W. Livingston de nacionalidad americana que vivía en León desde hacía algún tiempo. Mandaron a decirle a Walker que respondería este americano de cualquier adversidad que pudieran causarle a Salazar. Sabedor el Ministro Americano, el Filibustero Wheeler formuló la siguiente protesta elevada al conocimiento del Gral. Ramón Bellosio que era el Comandante en Jefe de las fuerzas aliadas en León. Le decía que si se tocaba un cabello de la cabeza del Dr. Livingston, o si se le quitaba la vida a él o a cualquier ciudadano americano, el Gobierno Salvadoreño y el de Guatemala sentirían la fuerza de una potencia que si bien respetaba los derechos de las demás naciones, podía defender su honor y las vidas y propiedades de sus ciudadanos.

Salazar llega prisionero a Granada

Mariano Salazar llegó a la ciudad de Granada, al amanecer del 2 de Agosto de 1856. A las ocho de la mañana de este día, tuvo una entrevista con el Gral. Walker que duró pocos minutos. Cuando terminó volvió a su encierro que lo fue precisamente la pieza que el Palacio Episcopal del Ilustrísimo Señor Obispo de Granada, Monseñor Marco Antonio García y Suárez destina para sesiones de la Acción Católica. En ese tiempo era el Cuartel de la soldadesca filibustera. Inmediatamente se le hizo saber que a las cinco de la tarde sería fusilado. Pareció preparado para recibir el aviso, siendo desde ese momento auxiliado espiritualmente por el Padre Agustín Vijil y otro Sacerdote. Rezó fervorosamente. Al acercarse la hora final se le administró el Santo Sacramento. No se le distrajo en sus devociones hasta que el oficial en quien había

recaído el deber de ejecutarlo entró en la prisión para preguntarle si prefería estar de pie o sentado ante los soldados que debían disparar. Dijo que estaría sentado y la misma silla en que el Gral. Corral fue ejecutado el 8 de Noviembre de 1855 le sirvió a Salazar y hasta dicen que en el mismo lugar se ejecutó este otro asesinato.

La fusilación

Cuando se concluyó la parada militar de la tarde una fila de soldados se destacó para ejecutar a Mariano Salazar mientras que el grueso de la tropa filibustera que estaba estacionada en Granada, formó tres lados de un cuadro frente a la pared junto a la cual estaba colocada la silla del prisionero. El destacamento de doce soldados se colocó a 15 pasos de distancia.

Habiendo anunciado el prisionero que estaba listo, fue escoltado hasta el lugar del sacrificio por una guardia de cuatro soldados y el Padre Vijil no cesó de dirigirle piadosas exhortaciones. Salazar estaba vestido con una chaqueta de paño azul y pantalones ordinarios de lino oscuro que le daban la apariencia de un marinero. Salió del Cuartel con sola calcetines, llevando un crucifijo en sus manos en el que puso fijo sus ojos y al que dirigió su última plegaria. Ya en la silla, el Padre Vijil rezó con él una corta oración. No permitió que un Filibustero le vendara los ojos haciéndolo él mismo con gran valor. El jefe del pelotón dio la señal, los soldados dispararon y el crimen fue consumado.

Consideraciones finales

Esta página trágica arrancada del capítulo doloroso de la Guerra Nacional la refrescamos con el afán de deducir lecciones provechosas del mismo sacrificio. Esos sufrimientos del pasado que nos sirvan de ejemplo para que los nicaragüenses tratemos de encarar los problemas nacionales con la cordialidad y convivencia que la patria reclama. Los hombres de aquella época olvidaron nociones tan elementales. La política desenfrenada, las divisiones regionalistas cegaron tanto a las más claras inteligencias, atosigaron la voluntad y la conciencia que los nicaragüenses se entregaron a una lucha de odios que los llevó a la destrucción y a la ruina.

Al igual que esos hermanos que se pelean por la herencia de sus mayores, y se enredan lastimosamente en las mallas de enconosos litigios, así nuestros antepasados rasgaron de uno y otro lado, la adorable bandera nacional agotando preciosas energías. Para renovar fuerzas trajeron en su auxilio elementos extranjeros y todo lo destruyeron. En medio de la ruina de las propias miserias ciudadanas surgió el doce de Septiembre de 1856, fecha gloriosa abierta al diálogo generoso y a la cordialidad fraterna que enriqueció las raíces del más vigoroso patriotismo.

Vida equivocada la de Mariano Salazar arrastrada por la pasión partidista, pero ennoblecida por la más honrosa rectificación. Para dejarnos constancia de lo que puede el legítimo amor a la patria, se ofreció él mismo en holocausto subiendo con valor las gradas del patíbulo, cuando solo tenía 33 años de edad.

LAS REPUBLICAS DE CENTROAMERICA

Editado bajo los auspicios del Real Instituto de Asuntos Internacionales
(London, Oxford University Press, 1961) por Franklin Dallas Parker.

JORGE FIDEL DURON

Secretario de Relaciones Exteriores,
República de Honduras

Es éste uno de los más importantes libros que se han publicado últimamente sobre las Repúblicas Centroamericanas y, sin duda alguna, es el más importante de los publicados por el autor. En efecto, dudo que haya otro que, en un poco más de trescientas páginas, haya acumulado la riqueza de material histórico, geográfico, económico y social que el aquí reunido, más compacto, más coherente y, sobre todo, más puesto al día (1963).

Su abundante bibliografía, a más de copiosa, es realmente impresionante. De ahí que, para iniciar esta breve reseña, comience por recomendar su oportuna traducción al español pues creo difícilmente se encontrará una mejor y más hábil guía para el estudio de la problemática centroamericana.

En su análisis sobre el Istmo Unido, el Dr. Parker hace una oportuna cita de algo que a fines del siglo diez y seis dijera Fray Matías de Córdova, el famoso autor de la fábula sobre **"La Tentativa del león y el éxito de su empresa"**. "Désele a esta vasta mayoría de la población una oportunidad para respetarse a sí misma y sus requerimientos harán próspero a todo el reino".

Al comentar sobre la situación del istmo de entonces, con caminos intransitables, con caudalosos ríos cruzados peligrosamente y en lugares inhóspitos, donde el viajero está expuesto a perecer frente a los salvajes y las fieras, las sabias frases del monje dominicano inducen al autor a decir: "Sus palabras constituyen una lección cuyo significado no ha aparehendido plenamente todavía Centro América".

La acusación es fuerte y severa pero no por ello menos cierta, aún actual. El mismo Dr. Parker se encarga de señalar algunos de los factores para que esto sea así. "La corona (española)", dice, "menos enamorada de este reino que de aquellos que producían más riqueza mineral, puede en parte tener la culpa de estas condiciones". Esto, en lo que concierne a la época colonial, que se extiende más o menos desde 1570 a 1821.

Más adelante el autor señala otro factor igualmente aplicable al desenvolvimiento centroamericano a partir del año de 1903. Trata en este capítulo del enésimo esfuerzo de volver a la unidad centroamericana, intentado en la primera parte del presente siglo, alude a la adquisición del Canal de Panamá por los Estados Unidos de América y dice: "Si esta tentativa hubiera venido sin la intervención de los Estados Unidos de América en la política centroamericana, habría cortado cincuenta años los planes de su unificación".

Los otros factores en mi opinión son quizá más decisivos si se toma en cuenta que los arriba citados no habrían hecho mella en la decisión de los planes de unidad en países más desarrollados, como España, Francia, Alemania e Italia. De ahí que el Dr. Parker, conociendo el medio, le otorgue el mayor interés a relatar el viacrucis sufrido por el istmo en sus intentos y afanes por reconstruir lo que, durante el régimen español, constituyó una sola nacionalidad, rota por las ambiciones individuales de sus mediocres tempranos conductores, una vez pasada la gesta morazánica, mantenida su desintegración por la evidente falta de preparación, la carencia de educación y de visión de sus líderes posteriores al alcanzamiento de la independencia.

El libro tiene enormes posibilidades monográficas, a juzgar por lo que apenas se insinúa en él y dadas las numerosas fuentes de que se dispone.

Cada país es estudiado por separado, analizado aparte en aquello que concierne a su geografía, historia política, social y económica, su gobierno, sus fronteras, el desenvolvimiento del Estado, su ejército, su presupuesto, su religión, agricultura y costumbres, su cultura y su patrón de vida.

Previamente se ha analizado todo su aspecto en conjunto, con derroche minucioso de detalles, su flora y su fauna, agua y tierra, su clima, la cultura maya, su población indígena aborigen, las instituciones coloniales. Su final asimismo analiza la estructura estatal centroamericana actual en lo que el autor llama una nueva década.

El Dr. Parker, dedicado y ferviente enamorado de las cosas istmeñas desde que escribiera su valiosa obra **"José Cecilio del Valle and the Establishment of the Central American Confederation"** (Universidad de Honduras, 1954) se muestra optimista y piensa que las medidas hemisféricas tomadas desde el año de 1961, puede que conduzcan a una nueva independencia para Centro América. Se pregunta: ¿se manejarán mejor las nuevas libertades? Los primeros 143 años después de la primera independencia han estado llenos de decepciones y fracasos.

Lleno de confianza, el Dr. Parker ofrece su respuesta afirmativa, si Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica no vuelven a manos de las minorías que las han gobernado y escapan a su dominación. Los hondureños, especialmente, le estamos en deuda por su penetrante apreciación de nuestro modesto modo de vivir. Lo dice el autor con estas sencillas palabras: "Tal vez se mantenga en Honduras su sano y natural vivir, a pesar de todas las amenazas, hasta que alguien, filósofo nativo o extraño, tenga tiempo para absorber su esencia y escudriñar su método".

Nosotros creemos igual cosa, pero con tal de que, como él mismo lo predica, diez o veinte centavos más por una libra de café o cinco centavos más por una mano de plátanos, en su aumento, no sirva para enriquecer únicamente a aquellos cuyas necesidades elementales ya se encuentran plenamente satisfechas.

Para terminar esta breve reseña, unas frases que hacemos nuestras y que son nacidas del propio autor al comentar sobre los que se dedican a hacer estudios antropológicos sobre nuestros países.

A pesar de cierta aura de objetividad en semejantes aficiones y sus propias preconcepciones. Cada uno de ellos trata de comprender a un pueblo que no es el suyo, en muchos casos, sin siquiera dominar el idioma.

Algunos de ellos parecen resentir la intrusión de nuevas fuerzas, como si el indio estuviera señalado para un estudio clínico, pero aislándolo de toda modernidad contaminadora. Juntando todos estos estudios comunitarios ellos significan un adelanto en el entendimiento científico. Pero, tomados separadamente, deben ser aceptados sólo en sus propios méritos, sin perder de vista el lector que lo que se ornita en su consideración puede ser importante y que lo que en estos estudios se discute, es también objeto de debate entre los mismos antropólogos.

Lo anterior es, desde luego, aplicable también a cuanta obra importante se escriba sobre determinada área. Y en esto, por supuesto, Centroamérica no es la excepción.

EN PRO Y EN CONTRA DE NUESTRA PUBLICACION

San José, Costa Rica

Deseamos comunicarle nuestro interés en suscribirnos a su publicación titulada "REVISTA CONSERVADORA DEL PENSAMIENTO CENTROAMERICANO"

M. C. Alvarado V. P.
Escuela Superior de Administración
Pública América Central

* * *

Panamá

Encontramos su Revista extremadamente útil y beneficiosa en nuestras actividades en Panamá y le deseamos éxito en su constante esfuerzo

Carl E. Davis
Embajada de Estados Unidos

* * *

Guatemala

Al felicitarle por el nuevo enfoque de la Revista que a no dudarlo despertará el interés de los lectores de Centroamérica, aprovecho la oportunidad para testimoniarle mi más distinguida consideración

Mauricio Baca Muñoz
Jefe Sección Jurídica y Fiscal
Secretaría Permanente del Tratado General
de Integración Económica Centroamericana

* * *

Comayagua, Honduras

Me es placentero enviarle un afectuoso saludo centroamericanista, justo con mis aplausos por la publicación de su estupenda Revista

Víctor Cáceres Lara

* * *

Santiago, Chile

Encontrándonos de viaje por Centro América hemos tenido oportunidad de leer detenidamente su Revista deseando éxitos en sus labores reciba un cordial saludo

**Confederación Latinoamericana
de Sindicalistas Cristianos.**

* * *

Tegucigalpa, Honduras

Tengo a bien remitirle el artículo, "El Individuo y el Derecho Internacional", como una colaboración a esa Revista que representa el mayor mensaje del pensamiento maduro de Centro América.

Humberto López Villamil

USA

We realize the value of your publication and look forward to having it in our libraries (Nos damos cuenta del mérito de su publicación y estamos ansiosos de tenerla en nuestras bibliotecas)

Suzanne Hodgman
Universidad de Florida

* * *

San José, Costa Rica

He leído con todo interés el Editorial de su Revista en donde se indican los propósitos que tendrá en su nueva concepción Me ha parecido muy valioso, así como también algunos de los artículos que contiene y que leeré posteriormente con fruición e interés.

Wilburg Jiménez Castro
Director Escuela Superior de Administración
Pública América Central

* * *

Honduras, Tegucigalpa

Nunca había visto, reunido en una sola publicación sobre mi País, un material tan interesante: Política, Historia, Geografía, Literatura, Economía, etc.

Como hondureño le expreso mi reconocimiento y espero que mis compatriotas aprecien en lo mucho que vale su inteligente y generoso esfuerzo.

Virgilio R. Gálvez Madrid
Embajador de Honduras

* * *

San José, Costa Rica

Estoy preparando febrilmente una exposición pública, patrocinada por el Movimiento Pro-Garantías Económicas que tendrá lugar en el Teatro Variedades de San José . avísame si le sería de utilidad a la Revista un artículo que podría enviar para fines de Agosto

Alberto Martén
Abogado

* * *

Guatemala

En primer lugar deseamos agradecer a Ud muy sinceramente, en nombre de todos los asociados a esta entidad por el magnífico reportaje que Ud publicará en su acreditada revista, en la edición correspondiente al mes de Septiembre, próximo pasado

Luis Alberto Padilla M.
Presidente Comité Ejecutivo de la
Federación de Andinismo.

Guatemala

De más está decirle el interés que ha despertado en mí la excelente calidad de los trabajos que trae su magnífica Revista y por el esfuerzo que su publicación significa así como la trascendencia que ella está llamada a ejercer en toda Centro América, y aun más allá, lo felicito de todo corazón. Ojalá hubiera en los demás países centroamericanos revistas que imitaran la suya. Es lo que Centro América necesita ahora más que nunca. Es una titánica labor de una minoría que poco a poco (por desgracia muy poco a poco) tiene que irse imponiendo.

Virgilio Rodríguez Beteta
UNESCO, Comisión Nacional

* * *

Managua, Nicaragua

Una sorpresa por cierto de importancia, por los grandes alcances centroamericanistas que conlleva, es la que nos ha dado el conocido intelectual don Joaquín Zavala Urtecho, director de REVISTA CONSERVADORA.

LA NOTICIA desea dejar constancia de tesón y esfuerzo de Zavala Urtecho, que se ha impuesto la tarea de dotar a los centroamericanos de una revista que será símbolo del acercamiento de todos los hombres y sectores del Istmo.

"La Noticia"

* * *

Managua, Nicaragua

Tenemos fe en el éxito de "Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano". Una honda y robusta fe. Porque no puede ser de otra manera, sobre todo tratándose de un órgano de pensamiento, destinado a lograr que los centroamericanos podamos exponer e intercambiar, sin reservas y en un plano civilizado, nuestras ideas, nuestras inquietudes y las realidades de conjunto del Istmo Centroamericano en su etapa, ya muy avanzada, de integración económica. El último número de "Revista Conservadora", en fin, que analizaremos en otra oportunidad y cuya lectura recomendamos muy especialmente, ofrece, desde ya, una visión de la sociedad y de los destinos y realizaciones humanas de Centroamérica, a través de escritores también centroamericanos.

"Novedades"

* * *

Guatemala

Siempre se ha distinguido su revista por la selección de firmas de prestigio y de temas de interés general y permanente, sus páginas están más que nunca abiertas a la expresión del pensamiento, de las aspiraciones y de los logros de las naciones del Istmo, incluyendo a Panamá, con énfasis en la integración económica y el intercambio cultural.

Todos sabemos lo que cuesta sostener en Centroamérica una revista, sobre todo si tiene la calidad de ésta, que en plano de seriedad unionista aspira a ser el

vehículo de expresión del pensamiento istmeño, de ahí que la inquietud intelectual y la actividad editorial de Zavala Urtecho sean generosas y dignas de encomio y de apoyo.

"El Imparcial"

* * *

USA

Desearíamos comprar la colección de su afamada Revista para la sección Latinoamericana de la Biblioteca de la Universidad.

Nettie Lee Benson
Bibliotecaria
Universidad de Texas

* * *

El Salvador

Puede Ud. estar seguro, Sr. Zavala, que nos será muy útil como material de referencia para nuestro periódico, el contenido que ese número lleva y que afecta ampliamente a la economía Centro Americana.

La Prensa Gráfica
José Dutriz, Director

* * *

España

Hemos leído y por conocimiento de los compañeros de la Asociación de Universitarios Nicaragüenses Residentes en España de la publicación de la Revista Conservadora, creemos que es un reflejo de las inquietudes políticas, sociales y culturales de nuestra Patria.

Leonel Urcuyo V.
Presidente Asociación
de Estudiantes Nicaragüenses

* * *

España

Disponemos en esta Biblioteca del Instituto de Cultura Hispánica la Revista que usted dirige, la cual es muy solicitada por nuestros lectores.

Dado el interesante contenido de la misma, nos sería de gran utilidad poseer una colección lo más completa posible, por lo que mucho les agradecería nos enviaran los números que nos faltan.

J. Ibáñez Cerdá
Director de la Biblioteca
Instituto de Cultura Hispánica

C O N T R A

Diriamba, Nicaragua

En la REVISTA CONSERVADORA órgano liberal correspondiente al último número de Diciembre, aparece un artículo del escritor liberal que se apellida conservador Dr. Álvarez Lejarza en el que, hablando de los gobernantes conservadores de los 30 Años, dice que eran liberales debido a que los curas no les enseñaron religión. El artículo está escrito en un español tan sabroso que casi nos convence de que los Sacerdotes de

ese tiempo eran unos ineptos, que en vez de dedicarse a explicar el Catecismo aquellos simpáticos viejos, sólo vivían jugando taba y chupándose el dedo

Menos mal sería que dijera ésto, pero no dice así, sino que, como buen liberal, siguiendo el consejo de su maestro Voltaire de "calumniad que de la calumnia algo queda", dice que aquellos curas eran unos relajados, objeto de befa, que nunca enseñaron religión, y se lleva de pecho a un Ulloa y Larios, a un Villamí, a un Dubón, a un Salazar, a un Orozco y otros gigantes que lucharon sin tregua ni descanso contra aquella corriente de inmundicias que fue el liberalismo. También trata de relajos e inútiles a un Dr Casco que asombraba por su maravillosa erudición, a un Pereira y Castellón que despuntaba con el torrente de su elocuencia sublime, a un Dr Soria, pomposo, caritativo, apóstol. Si éstos, según el Dr Lejarza eran curas relajados e infelices, nosotros quién sabe qué seremos. Puede que haya habido uno que otro menos bueno y algún pobre desviado "somos simplemente hombres" decía San Pablo (Hechos 10-26). Pero esto no autoriza al Dr Lejarza para decir que la mayoría de los curas eran relajados nosotros mismos podríamos nombrarle algunos abogados que son criminales, pero lejos de nosotros pensar siquiera que el Dr Lejarza y la mayoría de los abogados son criminales, salvo mejor opinión.

Nos extraña que un hombre de la capacidad cultural del Sr Lejarza se lance a dar una solución tan simplista al liberalismo de los prohombres de los 30 Años. Nos extraña también que un hombre de la calidad moral del Sr Lejarza se atreva a difamar liberalmente a hombres que ya no pueden defenderse, a los Sacerdotes mártires del liberalismo. Habría que buscar otras causas que obligaran a aquellos patriotas a rendir culto a un error tan feo como el liberalismo sin necesidad de lanzar acusaciones sectarias y apasionadas. A nosotros nos parece más racional pensar que fue el ambiente el que manchó sus preclaras inteligencias. El "estúpido siglo XIX" profesó la más irracional, obscena y sucia de las herejías: el liberalismo. Y esta porquería ensució a muchos. Y no era para menos: según esta pestilencial herejía, "ya no hacía falta Dios: los telescopios escrutaban los espacios sin encontrarlo: no se hallaba en el fondo de las retortas ni se dejaba someter al análisis químico ni matemático". Renán extendía la partida de defunción del Cristianismo cuando decía "vivimos de una sombra y nuestros hijos vivirán de la sombra de una sombra". Nada se creía de lo que se había creído hasta entonces: la metafísica, la teología, lo sobrenatural eran cuentos de viejas para asustar a los niños y a los tontos y la Ciencia, con mayúscula, se imponía. La técnica destruía a un tiempo el cáncer y las injusticias sociales, la tuberculosis y los abusos del capital, y se llegaba a realizar el sueño supremo de suprimir la muerte. La humanidad se ensayaba en la práctica del mañana luminoso, se habían apagado las luces del cielo y ya nadie sería capaz de encenderlas de nuevo pero en cambio torrentes de claridad inundaban la tierra y tornaban despreciable la penumbra que manaba de las alturas. "¿Qué es la estrellita de Belén frente al foco eléctrico?" Voltaire, Diderot, Rousseau eran los aban-

derados de la luz y la voz del Papa Pío IX en el Sillabus era ahogada por una grito infernal. Se decía que su voz salía del fondo de la Edad Media para sembrar un último terror en las mentes humanas. Las juventudes eran preparadas de acuerdo con estas sabias enseñanzas y a la niñez se le enseñaba a rezarle a la Diosa Razón. Los creyentes eran víctimas del escarnio y los curas, así despectivamente como los llama el Sr Lejarza, aves de mal agüero, mensajeros de la oscuridad, espectros cavernarios. No es de extrañar, pues, que aquellos grandes hombres de los 30 Años, habiendo ocupado la primera magistratura casi todos ellos durante su juventud, cuando no es sangre la que circula por las venas, sino fuego, pudieran verse libres de rendir culto al liberalismo: los hombres de los 30 Años fueron hombres modernos en su tiempo.

Durante nuestra niñez también nosotros fuimos alcanzados por los últimos oleajes del liberalismo. En nuestro pueblo todos los grandes personajes, la gente culta eran liberales. Nos sentíamos humillados de nuestra fe sencilla sabiendo que un Salvador Mendieta, Alejandro Alemán, José Ignacio González, Moisés Gutiérrez, etc., profesaban doctrinas superiores. Se necesitaba mucho valor para llevarles la contra: hacíamos la señal de la cruz temblando, llegábamos a la Iglesia con paso inseguro y nervioso volviendo a ver a todas partes con el temor de ver la risita burlesca o escuchar la carcajada volteriana. En el lugar más oculto y oscuro, lo más disimuladamente posible y sin apenas mover los labios, rezábamos nuestras humildes oraciones "que me enseñó mi madre para cantar mi fe". Actualmente ya no hay ningún mérito en ser creyente cuando hasta los incrédulos pregonan su fe y los masones su religiosidad. Hoy es un honor el ser Sacerdote cuando hasta la Guardia lo respeta. A veces recibimos algún salvazo, pero éste en vez de humillarnos nos enorgullece porque proviene de algún acomplejado protestante o de algún comunista andrajoso. Pero aquellos pobres Sacerdotes que vivieron durante el imperio del liberalismo, que como el mismo Dr Lejarza confiesa, eran objeto de befa, que se enfrentaron a aquella corriente impetuosa de suciedades, que recibieron en sus caras el oleaje excrementicio liberal, esos Sacerdotes son dignos del reconocimiento fervoroso de todas las generaciones, y en vez de tratarlos de Curas relajados como lo hace el Dr Lejarza y lo hacen también los liberales que aun quedan, muy pocos ya, por dicha debieran reconocer que tenían razón y triunfaron, aunque en la tierra ellos no pudieron ver su triunfo, mientras que el liberalismo ha tenido que ir a ocultar su derrota y su vergüenza al seno de donde salió: las concavidades del infierno.

Si el Sr Lejarza no fuera liberal, usaría su estupefacta pluma y los talentos que Dios le dio en cantar las glorias de aquellos Sacerdotes que lucharon, sufrieron y murieron víctimas del liberalismo. Si el Dr Lejarza no fuera liberal, se postraría de rodillas y elevaría su corazón y su plegaria hacia aquellos Sacerdotes que por haber luchado, sufrido y muerto por su Dios y por su fe, recibieron el premio a su martirio y, como dice la Escritura, hoy reinan desde un trono de gloria al lado del Eterno. (Apocalipsis 3-21)

M. Baltodano, Pbro

EXPLORACIONES Y AVENTURAS EN HONDURAS

CONTENIENDO APUNTES DE VIAJE DE LAS REGIONES AURIFERAS DE OLANCHO
Y UNA REVISION DE LA HISTORIA Y DE LOS RECURSOS DE AMERICA CENTRAL

WILLIAM V. WELLS

15

La Sensitiva.—Helechos.—Flor de Lis.—Laurel.—Río Almandares.—La Lima.—Río Guayape.—Hacienda de San Juan.—Valle de Lepaguare.—Una hacienda de ganado en Olancho.—Lepaguare.—El General Zelaya.—Nuestro recibimiento.—Charlas.—Situación política de Olancho.—Topografía del departamento.—Elaboración de mapas.—Excursiones a caballo.—El clima.—Consejas populares.—Un paisaje.—Ruta hacia el Guayape.—Aspecto de la región.—Valle del Guayape.—“El Murciélago”.—“Las Lavadoras”.—Lavaderos de oro.—La primera cuna en Olancho.—Ricas excavaciones.—Gran agitación entre los nativos.—Evidencias de viejas minas y trabajos aborígenes.—Los bucaneros.—Galope hacia Barrozas.—
Los cinco hermanos Zelaya.—Escribiendo la historia.

Mientras L. . . preparaba su cuaderno de apuntes y Roberio y Víctor fumaban cigarros a la vera de una sombra cercana, desmonté y examiné unas enredaderas y arbutos que al principio creí eran de la especie de los helechos. La reciente crecida del río había sepultado los tallos bajo la arena, de la cual, con un tirón vigoroso, traté de arrancarlos. Al momento, toda la enredadera presentó un aspecto tan extraordinario que yo, involuntariamente, di un salto hacia atrás medio alarmado por lo que había visto. Las hojas, que se extienden como barbitas al lado del tallo, se contrajeron lentamente y se plegaron juntándose como si se hubieran ofendido por mi procedimiento rudo. L. . . que se hallaba sentado sobre su mula, se volvió al oír mi exclamación, y muerto de risa, probablemente deleitado con mi actitud meticulosa, me gritó: “es la planta sensitiva!” (1).

La maravilla se me explicó, y ahora he sabido por la primera vez que esta planta abunda en las mesetas y las tierras bajas de todo Centro América, pero como L. . . observó, raramente se le veía en tan grandes cantidades como aquí. Las enredaderas formaban un colchón en buen trecho a lo largo de las márgenes del río. A intervalos podían verse también árboles de sensitiva, erectos como de doce a dieciséis pies de altura y pa-

recidos en sus hojas y en su disposición irritable a las plantas ya descritas. Recogí un palo con el cual di un golpe seco en el tronco, inmediatamente no sólo las hojas se encogieron sino que hasta las últimas ramitas se inclinaron visiblemente hacia el tronco padre.

Después seguimos por espesos colchones de sensitivas, que formaban una capa compacta que se extendía un pie sobre el suelo y que nuestras mulas trituraban al pasar. El suelo parecía retorcerse al paso de las cabalgaduras, dando al engaño un asomo de verdad.

En la parte más umbrosa del bosque por donde íbamos aparecían los helechos, de las especies pequeñas, con sus hojas oscuras, espesamente adornados con hojas aserradas, casi como el verdadero helecho de los Estados Unidos. Crecen en penachos y se mezclan libremente con el musgo y las plantas espinosas que por doquiera se encuentran bajo los árboles.

Aquí observamos también ejemplares de la “flor de lis” a orillas de los pequeños arroyos. La flor, según creo, poco difiere de la de Europa y Norte América. Vi varias a una elevación de más de 1.500 pies sobre el nivel del mar. El laurel también se ve aquí frecuentemente y alcanza una altura mayor que en el Norte, pues llega a veces a cuarenta pies. El tronco es nudoso y en los bosques

(1) Conocida popularmente como “dormidera”

a menudo se halla cubierto con un líquen fino, pero suave y limpio. La corteza tiene media pulgada de grueso, es blanca y lisa y de una contextura como la del corcho, con el sabor ligeramente picante y el olor parecido al de la "sal volátil". El laurel se emplea a menudo para ejes de ruedas para carretas, por ser maderas que a la par de duras son fáciles de trabajar. Quema con llama brillante. El laurel de Olancho es un árbol vistoso, de hojas brillantes, que da una sombra compacta y resiste todas las inclemencias del tiempo. El árbol aparece en los lugares húmedos y lluviosos, donde crece exuberante. No ví flores ni botones en ellos pero, sin duda, son iguales a los del "bay-tree" de los Estados Unidos.

En el departamento, el río Almendares se cuenta entre los que arrasran oro, pero las grandes pepitas a que me he referido antes se hallaron muy cerca de sus cabeceras. No supe que la buena suerte haya acompañado a las "lavadoras" en el lugar por donde habíamos pasado o cerca, el cual queda poco más o menos a dos leguas de Campamento. Aquí equivocamos el camino y habíamos llegado a la pequeña hacienda de La Lima, cuyo dueño es uno de los Zelaya, cuando una pareja de rollizos nativos nos alcanzó y comprendiendo que éramos visitantes de Don Chico, como se le llamaba cariñosamente al General, inmediatamente nos orientaron hacia Lepaguare, donde su viejo patrón residía al presente. Volvimos sobre nuestros pasos hasta La Lima y siguiendo el camino recto, anduvimos a paso-trote a través de los lugares ya descritos. Después de una hora de camino arribamos al ancho y tranquilo Guayape, que corre silenciosamente hacia el mar y presenta, hasta en este punto tan interior, la apariencia de un río formidable, de no menos de treinta yardas de anchura.

En esta época tiene tres y medio pies de profundidad en el vado, y arriba de este lugar recibe las aguas de varias quebradas, como lo indico en mi mapa. Nos metimos y lo cruzamos, mojando nuestros mantillones arriba de las barrigas de los animales. Siguiendo el río por un llano ondulado, comprobamos que no forma rápidos en estas vecindades. El río estaba sumamente limpio y las amarillas arenas del fondo impartían a las aguas un color ambarino muy bello. Su curso es hacia el Este y más abajo del vado hace un extenso semicírculo, que casi rodea las propiedades de los Zelaya y de ahí se dirige al Noreste, donde, después de recibir las aguas del Guayambre, río casi tan caudaloso como el Guayape, toma el nombre de Patuca con que se le conoce en la costa.

Del vado seguimos nuestra ruta al Noreste y pasando por la hacienda San Juan, tam-

bién propiedad de los Zelaya, encontramos un extenso llano rodeado por una serranía de montañas y conocido como valle de Lepaguare. Es como un parque que florece de un suelo muy rico, suficientemente amplio para sustentar la población de un Estado comercial y agrícola. Hacia el Norte está situada la gran hacienda de ganado de Lepaguare (1), una de las varias que pertenecen a Don Francisco Zelaya, General de Brigada y "Comandante Militar" del departamento de Olancho, como mis cartas de presentación lo indicaban. La hacienda estaba enzacatada pero dejaba de frente un extenso espacio abierto, por donde avanzaba nuestra pequeña cabalgata. El sol poniente lanzaba sombras largas a lo largo de los pastizales y el llano se extendía por millas, moteado con incontables cabezas de ganado. Por relatos anteriores estaba preparado para presenciar una escena de raro encanto. ¡Esta era la realidad!

Grupos de árboles se sucedían a corta distancia, diseminados en el valle; el bramido del ganado llegaba débil con el viento de la tarde; voces, casi perdidas en la lejanía, venían de la hacienda; y en el llano los hombres a caballo aparecían como pequeñas manchas. Apresuramos las mulas y Víctor dio un grito de alegría; en cuanto a mí, sólo pude contemplar y admirar. Una muchedumbre de chiquillos, riendo y gritando, se apretujaban a la puerta de golpe, pero cuando nos aproximamos corrieron apresuradamente. Yeguas chúcaras y mulas a medio domar, atadas con zogas de cuero (2) a troncos, resoplaban y se encabritaban cuando pasamos; un hermoso caballo negro, con la cola y la crin ondeando al viento, saltó sobre la suave alfombra del césped al cascabeleo de nuestras espuelas; varias vacas de aspecto cerril mugieron cuando nos acercamos. Cruzamos el patio al frente de la casa y llegamos a la puerta. La hacienda, aunque la más grande y la mejor cuidada del departamento, no es un ejemplar excepcional si se la compara con cualquiera de las demás propiedades de ganado de Olancho.

Las indias, de plácida apariencia, empuñadas en sus quehaceres, nos observaban curiosamente cuando nos paramos, y un caballo espléndidamente enjaezado, con pistolas y mochilas de plata y con mantillón carmesí, se apartó orgullosamente de nuestras mulas peludas. Se abrió la puerta y varios hombres, vestidos con pantalones anchos de algodón y camisa, se asomaron así que desmontábamos.

(1) Lepaguare significa en lenca "río del tigre". Se compone de *lepa*, tigre, y *guara*, río. V. Membreno, *Nombres geográficos indígenas de la República de Honduras*, p. 57.

(2) En Honduras las zogas de cuero crudo se llaman *písteras*. V. Membreno, *Hondureñismos*.

"¿Qué tal, amigos?", dijo L...

"Buenos días, caballeros!" respondieron una medio docena de voces. El amo de la casa, el venerable Don Francisco Zelaya apareció entonces, salió despacio con el porte peculiar de las personas de categoría, avanzó para encontrarnos, y un momento después estrechaba cordialmente mis manos y las de L... y ponía a nuestra disposición su casa con todo lo que había.

Encontramos en nuestro anfitrión al perfecto tipo descendiente de los viejos hidalgos de España, amante de la sana alegría, de la compañía jovial y de los buenos caballos. En su hospitalidad no muestro orgullo; es para él a la vez un deber y un placer, y las rústicas comodidades de su residencia siempre están abiertas para el viandante. Puede bien imaginarse que con las recomendaciones de las partes más lejanas del globo, hasta California, y trayendo yo cartas del Gobernador y de otros dignatarios, para no decir de aquellas de los Presidentes de Honduras y Nicaragua, mi recepción tomó el calor de una cordialidad que jamás se puede olvidar.

Los escasos conocimientos del General sobre estos asuntos le hacían difícil marcar las distinciones geográficas o políticas de las tierras extranjeras, y mis cartas del Gobernador Bigler de California, las tomó él como credenciales con poderes diplomáticos. Para él, California sin duda era una república independiente y su Gobernador un emperador demócrata, ataviado con mantos regios y nadando en oro!

Don Chico es "monarca de todo lo que explora". Es alto y bien parecido, con un porte y aspecto dominantes, ojos azules, frente amplia, y de cabellos rizados, vigorosos y de color de acero. En los asuntos de su propio país no carece de sagacidad o talento. Son cinco hermanos, cuyas familias, que residen y ocupan por concesión real esta porción de Olancho, son conocidas a todo lo largo y a todo lo ancho como los Zelaya. La primitiva colonización de este departamento por su antepasado Don Jerónimo Zelaya, y la condición política de algunos problemas subsistentes en la región desde su primera ocupación por los españoles, serán objeto de un futuro bosquejo.

Entramos en la casa y fuimos presentados a la señora, quien se levantó de su lecho de enferma para recibirnos, y a la única hija del general, muchacha alta, de pelo endrino y que era, evidentemente, el ama de la casa. El hijo mayor, Don Toribio, estaba en camino desde Trujillo con un tren de mulas cargadas con mercaderías, cuya venta a los habitantes de esta sección era monopolio del General.

Toda la hacienda se halló pronto en movimiento con el importante acontecimiento de nuestro arribo. Si hubiera sido yo un embajador oficial más bien que un simple ciudadano, no hubiera sido recibido con mayores demostraciones de respeto. Se había puesto a asar un cuarto de cabrito para nosotros, un novillo gordo fue sacrificado en el poste, se trajeron legumbres de la huerta cercana. Encurtidos de la marca Underwood llegados vía Trujillo desde Boston, café caliente, tortillas, pan de trigo y de maíz, y miel silvestre estaban entre las viandas dispuestas sobre la mesa.

Terminado esto, el General leyó mis cartas de presentación con todo interés. Mientras el viejo hidalgo las examinaba escrupulosamente con aire de satisfacción, L... y yo notamos su gran parecido a un distinguido miembro del Gabinete del Presidente Pierce, de los Estados Unidos. Don Chico es un gran tunante con las mujeres, y el notable parecido a él que se percibe en las facciones de los muchos pilluelos morenos que jugaban en la hacienda me hizo sospechar que éstos podían reclamar un íntimo parentesco con nuestro anfitrión. Todavía goza bailando valeses y cotillones con las más guapas jóvenes de la ciudad, en las funciones de Juticalpa.

Ya de noche observé que los muchachos de la hacienda, cuyo número llegaba, según creo, a unos veinte, habían traído gavillas de leña, zacate seco y ramas, que depositaron en montones en el extenso patio. Cuando oscureció, todo esto se cubrió con rajas de ocote y se le prendió fuego. Inmediatamente toda la hacienda resplandeció con el fuego. Era una iluminación en honor a Don Guillermo. Sencillo y rústico testimonio, como era, en él reconocí la gentileza de Don Francisco y ví un anticipo de su futura hospitalidad. Parecía verdaderamente contento de que el silencio de su vida fuera ahora interrumpido con las "últimas noticias" del mundo.

Parecía que tomaba peculiar interés en mis relatos sobre el progreso de California, e inquiría sobre los más pequeños detalles en cuanto a los métodos de trabajo de las minas, las leyes mineras, el gobierno, el clima y las gentes.

"Ah, mi amigo", me dijo, "que Dios permita a algunos de los hombres fuertes e inteligentes, que usted describe, venir a este aislado lugar a mostrarnos cómo extraer el oro sobre el cual en nuestra ignorancia caminamos a diario". Tal observación, venida del hombre principal del departamento, era para mí una prueba rotunda de su deseo de que se permitiera el ingreso de los norteamericanos a Olancho para el desarrollo de los placeres auríferos. La influencia de los Ze-

laya era todo lo que se necesitaba para llevar a feliz término mi proyecto, e inmediatamente me concreté a asegurar su cooperación.

Aunque Olancho es parte integrante de la República de Honduras, su posición geográfica es tal que se le tiene como una región ajena a la participación de las guerras que han tenido lugar desde la Independencia. Sus intereses distintos y su ubicación apartada, han hecho que sus pobladores eviten cuanto les ha sido posible el más pequeño contacto con el Supremo Gobierno, actitud política que en más de una ocasión ha conducido a la hostilidad entre Olancho y el resto de la República. Estas contiendas, nunca muy graves o sangrientas, además de resultar favorables a los olanchanos, les ha dado habilidad para repeler ataques y una independencia efectiva del Gobierno Nacional. La proposición de formar una república separada se ha hecho repetidamente, pero al ceder el Gobierno a todas sus demandas y al darles la promesa de no agravarlos con impuestos y conscripciones para el ejército, sus habitantes, a lo mejor demasiado indolentes, amodorrados por su vida fácil para intentar un sacudimiento revolucionario, han consentido en seguir bajo la égida del Gobierno. (1)

Así, aunque el General Zelaya es el Gobernador del departamento, por nombramiento supremo, en verdad encabeza una democracia local y está colocado ahí por la voluntad espontánea de sus paisanos, y de cuyo cargo, si fuera lo suficientemente audaz para acometer la separación del departamento, el Gobierno Nacional no se atrevería a removerle. Su gobierno es, consecuentemente, un despotismo sólido y bien establecido, una pequeña república dentro de otra república, con unas pocas elecciones locales para complacer a las clases medias o dependientes de los grandes latifundistas.

Esta clase media, especialmente en las vecindades y al Sur de Juticalpa, consiste principalmente en los familiares de los Zelaya, por consanguinidad o por afinidad, grande y poderosa familia, dueña de haciendas, algunas de las cuales contienen los más valiosos minerales y las más feraces tierras de Olancho y, como agregado, que eclipsan a los demás terratenientes del departamento. Un vistazo a mi mapa ilustrará la extensión

de territorio que abarcan sus concesiones, en el cual hay placeres auríferos que rivalizan con los de California y tierras que dan espontáneamente muchos de los más valiosos productos tropicales.

La suscripción de un contrato entre los propietarios de estas ricas zonas minerales y una empresa norteamericana resultaría en la explotación de las minas con un beneficio para todo el mundo.

Con sorpresa mía, el General escuchó mis propuestas con agrado, pero no quiso entrar de inmediato en negociaciones. Quiso que primeramente yo recorriera con él y sus vaqueros la región y me familiarizara con sus características y recursos. Estando de acuerdo, me dediqué a la tarea de llevar a cabo una inspección, levantar un mapa, recoger información y salir de cuando en vez de Juticalpa, la cabecera departamental, a los muchos lugares más o menos famosos de su vecindad y a las grandes sabanas costaneras.

Mi principal objetivo, después de mi ansiado contrato, era hacer un mapa correcto del departamento, cuya topografía es desconocida; los autores de los que existen los han llenado con montañas, pueblos y ríos que no existen ni siquiera en la imaginación, colocándolos ad libitum para llenar los vacíos y regiones inexploradas. Con este propósito, antes de mi partida de California había preparado, consultando las cartas geográficas del Almirantazgo, un delineamiento exacto de la costa, desde Guatemala hasta Costa Rica, dejando el interior desconocido para mis futuras exploraciones.

Fue mi costumbre, en Olancho, desplegar mi mapa sobre una mesa rústica y, con la brújula y compás en la mano, inquirir con los viejos nativos, la dirección y las distancias de ciertos lugares. Yo los anotaba con lápiz y los alteraba consultando la opinión de los integrantes de los grupos, a quienes yo dejaba que disputaran y se contradijeran en cuanto a distancias y rutas, y, en silencio, tomaba en cuenta cada palabra, y poco a poco iba llenando mi mapa. Siempre mantuve éste protegido en un tubo de hojalata. Los residentes más viejos, muchos que nunca habían salido de Olancho, conocían con gran exactitud los nombres de cada población, hacienda y cadena de montañas del departamento; cambiando y borrando, comparando y haciendo preguntas hábiles, pronto estuve capacitado para hacer un mapa bastante detallado de las regiones auríferas. Desde luego que era necesario hacer ajustes por la incorrección de las distancias, ya que una milla en el concepto de alguno era una legua para otro; pero al observar correctamente desde todas partes del departamento los pi-

(1) Tal vez con la mira de que en un futuro cercano se formara una colonia esclavista en Olancho, siempre que tiene oportunidad Wells propaga el aislamiento administrativo y geográfico de aquel departamento, insistiendo en que podría formar un territorio separado del control del Gobierno de Honduras. Debe recordarse que el autor de este libro había publicado otro sobre la guerra de Nicaragua, obra en la que se muestra admirador incondicional de William Walker y de sus campañas en Nicaragua (Walker's expedition to Nicaragua New York, 1856). Tampoco debe olvidarse que Wells fue compañero de viaje de Mr. Byron Cole, amigo íntimo de Walker, cuyos proyectos debe de haberle transmitido aquel en el largo viaje que anduvieron juntos, desde San Francisco de California hasta León Cole, mientras llegaba la aprobación del contrato para traer soldados mercenarios a Nicaragua, anduvo por Olancho

cos más prominentes, tales como los de Teupasenti, Monterrosa, Aguacate, El Boquerón y Guaimaca, muy separados los unos de los otros, y que son mojones visibles desde todas partes, pude comparar las varias opiniones y corregir con bastante aproximación los errores que son propios en un reconocimiento tan rudimentario. Más aún, viajaba con mi "libro de apuntes" en la mano y nunca dejé de anotar todo aquello que me pareció interesante.

Mi primera visita con el General a los lugares mineros fue a la "barra" en el Guayape, pocas leguas al Sur de Lepaguare y conocida generalmente con el nombre de "El Murciélago". Mi gentil amigo, siempre pendiente de mi comodidad, ordenó se ensillara para mí un magnífico caballo guatemalteco, que era su favorito, y descartando mi dura albarda, la reemplazó con una silla mexicana de lujo. L y un vaquero de confianza llamado Julio, complementaban la comitiva de cuatro. La mañana estaba fría, aunque arriba la bóveda azul parecía apacible y suave como el cielo de Italia. El General insistió en que yo probara la calidad de un aguardiente del que se ufanaba. Lo había llevado de Tegucigalpa. Ibamos a medio galope por las llanuras de Lepaguare, en donde el aire confortante y la extensión de pastos ponían nuestros corazones a tono con la influencia alborozante de la hora.

Que ningún geógrafo con ideas vagas sobre "los terribles trópicos" seleccione los distritos de la meseta de Olancho como objeto de anatemas contra climas pestilentes. Nada hay más absurdo y más alejado de la verdad que nuestro miedo común a las desconocidas "regiones de los trópicos". Los horrores de las arenas del Sahara o del Colorado no se ven aquí. Aquí el sol ni mata al viajero errante ni reseca su sangre; aquí la tierra es cálida pero nunca infecta. En todos nuestros territorios de los Estados Unidos del Oeste prevalece una insalubridad local que apenas puede resistirse, pero es muy raro que las fiebres prevalezcan en el interior de Honduras. La fiebre biliosa, tan a menudo fatal para los extranjeros, está confinada a las tierras bajas y pantanos de las costas.

La estación húmeda no es lo que muchos suponen: una continua caída de chubascos. Una serie de aguaceros rápidos y tormentas con truenos, con intervalos de un sol brillante, caracterizan la estación. La lluvia caerá toda la noche a torrentes, con relámpagos, con truenos y vientos —alarmantes pero no destructivos— y hará crecer los ríos y sus lodosos afluentes de la montaña, pero pronto bajan a sus límites naturales en cuanto el sol, atravesando las nubes de la montaña, brilla sobre un paisaje rico y delicada-

mente diversificado con verde y oro. Un aire cálido embelesa los sentidos; los ojos se solazan pero no se deslumbran con los tintes vistosos reflejados por la humedad centelleante, y la cortina de nubes plateadas y purpúreas se decolora gradualmente a medida que el día avanza, haciendo que estos encantadores panoramas parezcan más cercanos y más familiares al espectador. Dice el proverbio: "Olancho, ancho para entrar, angosto para salir!". ¿No son acaso estas escenas las que dieron nacimiento al proverbio?

Recuerdo como, cansado con el gris y sobrio manto con que la naturaleza vistió las montañas solitarias de nuestra ruta a Tegucigalpa, nosotros con ansias nos precipitábamos hacia el paisaje invitante de allá abajo; también recuerdo el tiempo, meses después, cuando echando un vistazo hacia atrás, de mala gana dejaba para siempre el bello y tranquilo valle de Lepaguare.

Pasamos, en nuestro trayecto hacia El Murciélago, por las haciendas de Don Manuel Zelaya, el mayor de los hermanos y también la de Don Carlos Zelaya un hijo, casado, del General. Aquí encontramos a varios vaqueros bien montados, reuniendo unos caballos y mulas. Hay un camino plano en todo el trecho de Lepaguare al pie de la cadena de cerros que bordean el valle, a través del cual corre el río Guayape. De aquí el camino se transforma en una vía muy buena para el paso de mulas y por la cual con un poco de cuidado cualquier clase de maquinaria puede ser transportada hasta El Murciélago. La ruta va por pinares, muchos de sus troncos de más de tres pies de diámetro. Son pinos de la variedad amarilla y blanca.

Durante este viaje observé, por la centésima vez, la regularidad que da a estas colinas su gracia inigualada en la forma. La línea de belleza, como el de las colinas redondas de California en la región aurífera, era aquí tan perceptible que yo repetía la observación a cada nueva perspectiva. Coronadas de arboledas y parajes, en una graduación casi imperceptible, serranía tras serranía por el Oeste, Norte y Sur levantan un anfiteatro de elevaciones engramadas, de colinas ascendentes, y de imponentes cordilleras, y todavía más lejos, picos tan azules que parecen de sólido éter, como si la atmósfera líquida se hubiera mezclado con la luz y cristalizara en glaciares vaporosos.

Los pinares que cubren las colinas en la extensión que puede alcanzar la vista, parecían estar plantados a propósito en espera de aserraderos. Cuando pasamos por entre ellos el viento susurrada con majestuosidad entre sus copas, reviviendo encantadoras escenas de California; pero los pinos de estas tierras altas no se comparan en tamaño con

los de Norte América, si bien los cedros gigantes de las tierras bajas son la admiración de propios y extraños.

En un pequeño afluyente de la "Quebrada de García" que se me mostró, varias mujeres se hallaban lavando arenas con éxito considerable. Aquí el terreno comenzaba a quebrarse en cañones y barrancos como los de los alrededores del Grass Valley y del French Corral, de California. En el fondo de estos lugares aparecían formaciones de cuarzo y de pizarra, entre las que advertimos dónde los buscadores de oro habían "raspado" dejando marcas que parecían hechas más bien por las gallinas en un patio de granja y no por mineros. Nunca se ha hecho excavación alguna aquí y el oro es en su mayor parte de la clase que se obtiene por el lavado hecho en corrientes de agua. El General me prometió regresar con unas cuantas "lavadoras" para que trabajaran el lugar de manera apropiada, bajo mi dirección.

Después de pasar por un número de quebradas y arroyos iguales a los de California, todos con reputación de auríferos, llegamos a un cerro majestuoso cubierto de pinos, que mira hacia el valle de Guayape, río que oímos rugir allá abajo, pero oculto a nuestras miradas por la densa arboleda que bordea su curso. Esto quedaba como a cinco leguas abajo del lugar donde lo cruzamos al penetrar en Olancho.

Avanzamos impacientes, el General hablando y explicando por todo el camino. Seguimos la serranía hacia el Sur, buscando un claro a través del cual descendimos. Desde nuestro puesto noté el rumbo y distancia de los picos principales de la montaña en un radio de más o menos treinta leguas. El camino gradualmente seguía por un pequeño y bonito llano como a veinte pies arriba del río y conocido como El Murciélago. En este lugar hay una cabaña perteneciente a don Chico, y aquí el señor José María Cacho se había propuesto levantar una pequeña ciudad minera bajo los auspicios de una compañía nacional, que se desintegró a causa de una de tantas revoluciones. El lugar era ahora solo escombros de adobes y ramas. Varias ayoterías y calabaceras, mostrando sus frutos, trepaban por entre las viejas vigas y entre la maleza. Una manada de ganado se hallaba triscando perezosamente a la sombra y, con el perceptible murmullo del río y la frescura del follaje, me hizo recordar el escenario estival en Nueva Inglaterra. De aquí bajamos hasta el río, que apareció mientras descendíamos por una alameda de pinos fragantes que proyectaban su oscura imagen de lleno en las aguas, abajo.

El eco de voces entre las rocas, río arriba, indicaba la presencia de "lavadoras",

aunque esta no era la mejor época para sus trabajos. Seguimos por la margen unos pocos centenares de yardas y, por último, hallamos a un grupo de mujeres buscadoras de oro chapaleando en las aguas y riendo estrepitosamente en su labor, algunas cantando y otras fumando los indispensables "cigarros". Todas estaban de pie, dentro del agua hasta las rodillas y cada quien inclinada sobre la gran "batea" circular acostumbrada, en la que el precioso metal era lavado. Trabajaban lentamente y sin inteligencia, parándose a cada momento a platicar sobre asuntos de su pequeño mundo y ejecutando quizás una tercera parte de la labor que haría un minero norteamericano. Un ofrecimiento del General, que yo respaldé, de comprarles el oro que pudieran extraer ese día y el siguiente, no aumentó la rapidez de sus operaciones. Las mujeres obtienen permiso de los Zelaya antes de comenzar su trabajo en los placeres; esta formalidad, que ellas escrupulosamente observan, se debe al celo de la familia por sus posesiones antiguas y por el temor de que cualquier infracción en ellas podría, eventualmente, conducir a la invasión de sus terrenos por ocupantes abusivos. Tales intrusos podrían en verdad ser echados fuera rápidamente, pero el General, no sin razón, cumple aquel proverbio que dice: "Una onza de precaución, etc.". Cualquier mujer a la que se encuentre lavando sin el respectivo permiso es invariablemente expulsada y nunca más se le permite trabajar en las haciendas. Este procedimiento sumario ha dado lugar a que se diga entre los malquerientes de los Zelaya, que ellos obligan a las lavadoras a pagarles como tributo una parte de sus ganancias, lo que es enteramente falso.

Una india muy gorda y afable le preguntó en voz baja a Julio quiénes éramos nosotros, a lo cual respondió que yo tenía la intención de comprar todas las propiedades de los Zelaya y que había llegado de California para ver los lavaderos de oro. Todas ellas sabían de la famosa tierra del oro y yo, fácilmente, las induje a que conversaran sobre el particular. A mi ruego continuaron sus labores que habían interrumpido así que nos aproximamos, se enderezaron y, tirando hacia atrás su frondoso pelo, gritaron: "Buenos días, don Francisco!"; el General les respondió alegremente desde su gran silla mexicana con una sonrisita peculiar que me hizo pensar de que era favorito de ellas. La operación del lavado es precisamente igual a la que practicaban los "chilenos" y los "sonorense" que en los primeros días vinieron en gran número de Hispano América a California. En varias de las bateas no había partícula de oro y si las había eran tan diminutas que se hacían invisibles; en otras podría haberlas con un valor de dos o tres centavos y, finalmente, en otras, las menos, tal vez el

doble de esa cantidad. Las partículas de oro no tenían la forma escamosa sino que eran redondas e irregulares, más o menos del tamaño de una cabeza de alfiler y, por el desgaste, de aspecto lustroso. Se sacó una pepita que valdría alrededor de medio dólar. (1)

Esta época no era la más favorable para lavar oro. Cuando las aguas están bajas en extremo, se han sacado del fondo en este lugar, pepitas que pesaban cinco y hasta ocho onzas. Después compré en Juticalpa algunas que pesaban cerca de una onza y que llevé a California. Estas las hube de los tenderos, que las aceptaban de las mujeres en cambio comercial. No tenían razón alguna para engañarme en cuanto al lugar en donde estas "chispas" se habían hallado y siempre me manifestaron que venían del Guayape y de sus tributarios, pero especialmente del pie de las colinas en la cordillera de Campamento al Almacigueras, lugar famoso en todo Olancho como el más rico en el departamento.

Pregunté al General si alguna vez se había importado maquinaria en Olancho. "No", me replicó, "con la excepción de una caja que ha estado en la hacienda desde hace diez años, que fue importada por el agente del señor Vélez, de Guatemala, quien una vez suscribió un contrato conmigo para tomar posesión de estas minas, "mediante testamento". La maquinaria fue construida en Boston, hecha a la orden, embarcada a Trujillo y traída desde allá sobre las montañas hasta aquí, pero las instrucciones estaban en inglés, que no pude traducir. El señor Vélez murió, algunas partes de hierro se perdieron y confieso que no he pensado en ella desde entonces". Esta pequeña información me sorprendió y resolví examinar la máquina a mi regreso. Había visto lo suficiente para convencerme que en Olancho hay otra California, pero que, como en aquella región, los tesoros del suelo se quedarán como han estado desde la creación, hasta que una raza superior en energía y actividad reciba la herencia.

También ví que ninguna estimación podría hacerse en cuanto a las minas bajo el sistema con que se las trabajaba al presente y que alguna maquinaria, aunque fuera la "cuna" de los primeros días después descartada en California, era necesaria para hacer experimentos dignos de confianza. Con este propósito, decidí construir una "cuna" (rock-er) al regresar a la hacienda, toda vez que pudiera obtener instrumentos y materiales, lo que era en extremo dudoso, y en el caso de fracasar con tal mecanismo burdo, vería lo que podría hacerse con la máquina del

aventurero guatemalteco mencionado anteriormente.

Permanecimos algunas horas en El Murciélago examinando y consultando sus facilidades como sitio para una futura población minera, igual que la de Alemán. Una succulenta comida y una sabrosa pipa bajo la sombra acogedora de los árboles sin duda contribuyeron a nuestro goce del escenario que nos rodeaba. La comida la despachamos en un punto situado como a quinientas yardas de la cabaña de adobe, en donde la orilla se acerca a un arrecife de piedras negras, disminuye hacia el borde del agua y se extiende por una playa suave, donde el pequeño oleaje de la corriente brillaba con reflejos de plata, quebrándose entre la grama que cubría las orillas del río. El Guayape es aquí profundo y quieto, aunque rápido, y a lo largo de sus márgenes se ven, a intervalos, grandes árboles; hay pequeñas islas de rocas y de arbustos en ambos lados, bajo la corriente se ven capas de pizarra caliza y los rayos del sol poniente doraban el agua, realzando el fondo las manchas de bosques iluminados por el sol. Todo esto estaba todavía como "hace mil años".

El curso general del río es hacia el Noroeste. Julio, que había vivido en la vecindad más de treinta años, me dió la distancia por las vueltas de aquel desde Las Marías a Catacamas. Estaba familiarizado con ella porque a menudo recorrió en canoa toda esa distancia. Apunté sus cálculos con gran interés y me divertí al hallar que sumando las leguas que Julio me había indicado, estaba yo muy dentro del Mar Caribe, lejos de la desembocadura del Patuca! Menciono este hecho, que es una muestra clara del concepto sobre las distancias que tienen los nativos, para hacer ver la dificultad que uno tiene para levantar un mapa guiándose con los datos que proporcionan los habitantes. El explorador debe depender únicamente de sus propias observaciones. Como antes he dicho, bien puede construirse un ancho camino carretero de El Murciélago y de otros lugares ricos del Guayape a Lepaguare, desde cuyo punto los vehículos podrían seguir hasta Juticalpa, tal como está la vía ahora y hasta muchas millas más abajo. Pero en cuanto a la topografía, así como el clima, la población, la historia y los recursos naturales de Olancho, aunque tratados someramente en estas páginas, me referiré a ellos en capítulos especiales.

El sol estaba ya cerca del ocaso cuando arrendamos nuestros caballos hacia Lepaguare, y después de una lenta caminata en la obscuridad, por un terreno aparentemente familiar para mis acompañantes, pero para mí un dedalo confuso de colinas y de bosques, observamos las distantes luces de la ha-

(1) Debe ser Cartagena de Indias en la Nueva Granada, como antes se llamó Colombia

cienda. Así que nos aproximamos oímos el ruido de espuelas y un casqueteo y también vimos una fogata encendida en el patio proyectando las sombras de las personas que frente a ella pasaban, indicándonos todo que algo no acostumbrado estaba sucediendo. Don Chico apresuró su cabalgadura hacia el lugar en donde ya estaban montados varios vaqueros listos para ir en busca de su patrón que, según pensaron, se había perdido en las montañas. Al aparecer él, todos desmontaron y la hacienda volvió a su quietud acostumbrada.

A la mañana siguiente, después del desayuno, insinué al General mi deseo de ver la "máquina" que me había mencionado. Llamó él a varios de sus muchachos, que por lo común haraganeaban cerca de la puerta, y les ordenó que sacaran de su escondite la vieja caja, que tenía casi el tamaño de una para piano. Estaba cubierta de telas de araña y sus hendiduras hervían de cucarachas y de un montón de otros animaluchos que salieron apresuradamente al ver que su refugio era bruscamente invadido.

Uno de los muchachos levantó la tapa y se reveló a mi mirada ansiosa una complicada mesa de ruedas, cribas, rodillos, coladores, pedazos de madera acanalada y cilindros, suficientes para poner en jaque al genio inventivo de cualquiera que no fuera un maquinista experto para armar todo aquello.

Toda la familia se agrupó en silencio alrededor, viéndome ansiosamente, cuchicheando a intervalos unos con otros, y, sin duda alguna, admirando la cara de sabio que para la ocasión debía yo forzosamente tener. En vano traté de ajustar las piezas, arreglarlas, clasificarlas, reajustarlas. Ya podía haber tratado de hacer con ellas un reloj, pero, como mi reputación estaba a prueba, tomé el cuidado de disimular mi fracaso y meneando despreciativamente la cabeza, ordené a los muchachos que volvieran a poner la maquinaria donde estaba porque era totalmente inservible para el objeto que había sido traída. El General me miró tristemente desilusionado y se sorprendió de que el señor Vélez hubiera pedido al exterior tal revoltillo de ese inútil rompecabezas para lavar oro. Más, aunque mis conocimientos de mecánica no eran aptos para la "máquina del guatemalteco", hallé en la caja lo que había estado buscando en vano en la hacienda: tablas y clavos suficientes para construir una "cuna" a la California.

La máquina mencionada era una de tantas sin nombre que habían salido del cerebro de los inventores, ignorantes de los requerimientos de los aparatos necesarios en la minería. California en los primitivos tiempos estuvo llena de ellas. Parecía que no

había nada dentro del campo de la posibilidad que los mecánicos de los Estados del Este e Inglaterra no nos enviaran a California. Los caminos de mulas a los lugares más distantes estaban sembrados de estos aparatos. El revoltillo de ruedas y rodillos en Lepaguare estaba hecho para cernir arenas y en apariencia tan ineficaz para la separación de las preciosas partículas de la tierra, como sería una mantequillera o una máquina para trillar. La experiencia enseñó últimamente a los californianos que el gran desideratum en la maquinaria minera para lavar el oro, construir acequias y moler cuarzo, es la sencillez. Ese mismo sistema introducido en Olancho, no puede fallar para revelar los brillantes tesoros que se almacenan en sus suelos, en sus rocas y en los lechos de sus ríos.

El General puso a mi disposición el contenido de la casa y comencé a fabricar una bronca máquina tal como las que se usaron en California en los primeros días. Una batea, crudamente desbastada de un palo de nispero y que servía de pesebre a los potros de la hacienda, me sirvió como cuerpo para la "cuna". Hube de desbastarla y la "máquina" del Señor Vélez me suplió el cernidor. Así que el extraño aparato gradualmente tomó forma y significado bajo mis manos, las miradas del grupo silencioso, inquisitivas al principio, dieron paso a las de asombro y satisfacción. Las mujeres, en particular, alabaron mi habilidad y se maravillaron de que un "caballero" como yo pudiera manejar tan bien la sierra y la hachita de mano. Antes de anochecer mi creatura estaba terminada y, después de grabarle en grandes caracteres: "CUNA No. 1.—OLANCHO, 1854", con mis iniciales abajo, llevamos el armatoste al arroyo, cerca de la hacienda, donde comenzamos a hacer un experimento de lavado. Se colocaron las piezas del fondo y varios muchachos de la hacienda corrieron por orden del General a llevar agua y arena. Este arroyo no lleva oro y a la media hora de trabajo no hubo, por consiguiente, señal alguna del metal, pero les fue debidamente explicado el "modus operandi".

"¡Caramba!" exclamó regocijado el viejo, "¡qué maravilla! ¡obtendremos el oro por libras!".

Yo sonreí ante su entusiasmo y le recordé que este no era sino un método primitivo, ahora casi abandonado en toda California y que en su lugar existe un sistema gigante de laboreo de minas, por el cual cerros enteros se fundían bajo el empuje de la industria norteamericana, lavándose toneladas de tierra donde cinco años antes se lavaban pailadas. Mi auditorio escuchaba en silencio y el General observó:

"Ah! don Guillermo, sus compatriotas están, sin duda alguna, destinados a gobernar el mundo; tales progresos en las artes útiles son asombrosos y ninguna de las viejas razas puede esperar competir con ustedes. Lo único que temo es que sus amigos no le den crédito a lo que les cuente de Olancho y que los hombres de empresa de el Norte rehúsen visitarnos. Si usted no regresa con su gran compañía, creeré que mi querido Olancho nunca será conocido en el mundo".

Le aseguré al buen viejo que no pasarían muchos años sin que los norteamericanos visitaran el país.

Dejamos la máquina para que se hinchara en el agua y a la mañana siguiente, al amanecer, un tren de mulas llevando la "cuna", provisiones e instrumentos, salió hacia un punto cercano a El Murciélagu, mientras nos quedamos para el desayuno, esperando poder alcanzarlos antes de que ellos llegaran a la barra. En nuestro camino conversamos sobre las numerosas zonas auríferas del departamento. El General estuvo de acuerdo conmigo en que ni una centésima parte de los depósitos más ricos habían sido todavía descubiertos y que la búsqueda de ellos los desarrollaría gradualmente. Llegamos a la barra y nos hallamos con que la "cuna" ya estaba colocada cuidadosamente conforme mis instrucciones en la orilla y los nativos en su acostumbrado vestido de camisa, pantalones de algodón y una faja, se hallaban a todo lo largo, medio dormidos, debajo de los árboles. A los pocos minutos la máquina estaba instalada y comenzaron las operaciones. Durante media hora los hombres trajeron grandes cubetas de tierra desde un lugar indicado por una lavadora que nos acompañó. Julio mecía la "cuna", Víctor echaba el agua, el General regañaba o amenazaba según sus sentimientos excitados se lo dictaban, y todos conversaban, disputaban y observaban cada movimiento, mientras que yo, descalzo y con los pantalones enrollados, chapaleaba en el río espiando una y otra vez dentro de la máquina para ver si había algún indicio del metal. Una o dos veces solamente ví una chispa diminuta brillando allá en el fondo, y estaba precisamente llegando a la decepción, cuando descubrí que el "cuidadoso" de Víctor había zafado el tapón y que a través del hueco se había escapado lo recogido, cualquier cosa que hubiese sido. El General pateaba y refunfuñaba. Mientras se taponeaba el hueco de la "cuna" y después de media hora de labor, ordené una inspección. En el fondo de la ranura de la gamella observé unas pocas "chispas" brillando entre las negras arenas. Se sacó el tapón y la "lavadora" colocó su paila abajo para recoger el contenido del aparato mientras éste se lavaba. La reducción se hizo por el proceso de rotación ya

descrito y cuando nos inclinamos sobre el aparato, no pude reprimir una exclamación de regocijo al ver que el pequeño espacio hueco del fondo estaba amarillo con partículas de oro. Estimé su valor en casi un dólar cincuenta centavos.

Don Chico estaba ya demasiado agitado para proferir sino exclamaciones. La sonrisa de triunfo que él observó en mi rostro le hizo avanzar hacia mí y apretar mi mano, mientras los nativos miraban mi persona y la "cuna", alternativamente, con silencioso asombro.

"Espere, mi querido General", le dije, "hasta que introduzcamos la minería hidráulica que se emplea hoy día en California en estas minas y en lugar de pailadas de tierra usted verá que las propias colinas desaparecerán y cada partícula de oro se recogerá por medio del azogue; y en lugar de una plumi-lla de polvo de oro por día de trabajo, usted calculará en libras lo recogido".

El experimento me convenció y resolví no abandonar Olancho hasta tanto no suscribiera un contrato con el General a fin de introducir capital y brazos norteamericanos en el país. Debe tenerse en cuenta que la tierra que se utilizó en esta ocasión no se tomó del fondo de alguna excavación hecha en la capa rocosa como se hace en California, hasta cuyo lugar por el transcurso de los siglos el pesado metal se abre paso, sino de cerca de la superficie, donde un minero californiano difícilmente buscaría oro, sino es por el reciente descubrimiento del lavado de las tierras mediante acequias. El General me llevó a una excavación poco profunda en la barra, a la que por el río solo se puede llegar durante una creciente, en donde, a veinte pies arriba de las aguas bajas, las "lavadoras" sacaron varias libras de oro en seis días de labor. Esto fue en una época cuando se necesitaba una gran suma para la construcción de la nueva iglesia de Juticalpa, a la cual contribuyeron las mujeres tanto con su propio trabajo como dando oro para la obra.

Nuestra conversación cambió ahora a los "tiempos viejos" cuando, se dice, grandes cantidades de oro se extrajeron del valle del Guayape y fue enviado para enriquecer la nobleza de la madre patria. El viejo cronista español, Herrera (1), menciona al Guayape y sus depósitos auríferos. El General había oído estas narraciones, pero sus escasas lecturas nunca habían ido más allá de escudriñar los folletos políticos y los periódicos del país. Mencioné a los filibusteros y aludí a mis investigaciones en los vetustos volúmenes de la biblioteca perteneciente a

(1) D. Antonio de Herrera, autor de la *Historia General de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierra firme del Mar Océano*

mi amigo don Manuel Ugarte, en Tegucigalpa. Mi acompañante escuchaba con atención y cuidado.

"Sígame y le enseñaré a usted", me dijo, "las viejas minas donde los españoles sacaban el oro". Viró su caballo saltando por sobre un árbol en forma que yo no me atreví a imitar. Así que tuve que hacer un rodeo con mucha dificultad, obligando a que mi caballo subiera por la orilla, después de él.

En una falda a más de sesenta pies hacia arriba, lo encontré parado cerca de unas anchas y profundas oquedades, parcialmente llenas con tierra. Eran cuatro en total. Montones de piedra y tierra, cubiertos de maleza, se hallaban cerca de sus entradas, y árboles de cerca de un siglo se arraigaban al pie, indicando la gran antigüedad de los hoyos. Estas viejas excavaciones me hicieron recordar lugares similares a orillas del Stanislaus y del South Yuba, en California.

"Hace veinte años", dijo el General, "extrajimos de aquí instrumentos herrumbrados y barras de hierro de manufactura española, que fueron usados hace cien años". "Varias leyendas", continuó, "se cuentan todavía entre los indígenas de Catacamas, de que instrumentos antiguos, hechos por los aborígenes que trabajaron aquí antes de que Colón descubriera la América, fueron a su vez hallados por los viejos españoles. El oro que se usó para adornar los espléndidos palacios de Palenque, Copán y Chichen, sin duda venía del valle del Guayape y de otras partes de Olancho. De esta clase de hoyos, en la época antigua cuando Honduras era una provincia hispana, se sacaba el oro que se enviaba en los galeones para España. Si ésta hubiera estado más pendiente de estos países, no estaría tan pobre como ahora. Toda la costa, desde Belice, en Yucatán, a San Juan del Norte, en Nicaragua, se convirtió en lugar de reunión de ladrones: los bucaneros. Las islas inglesas de las Indias Occidentales les permitían sostener la guerra en contra de las colonias de España. Ningún barco podía zarpar, se me ha dicho, de Trujillo o de Ormoa sin que cayera en sus manos. Se aliaron con los Mosquitos o zambos de la costa, les suplieron armas, presionaron a sus jefes y los estimularon para que hicieran una perenne guerra a Nicaragua. Estas circunstancias impedían que el laboreo de nuestras minas de oro continuara".

En este tono siguió el General, señalando mientras caminábamos, los claros en los árboles o la floresta nueva por donde antes los primeros aventureros habían abierto los caminos desde su trabajo hasta el río, o las señales de excavaciones aún más viejas todavía. Estas últimas se hallan en varias localidades en el Guayape y sus tributarios, co-

mo a lo largo del curso de la Quebrada del Oro, el Mangulile, el Mirajoco, el Sulaco y el Silaca (1) tributarios del Aguán y de otros ríos que desembocan a través del departamento de Yoro, en el Mar Caribe.

A nuestro regreso de El Murciélagó a Lepaguare, llevamos la "cuna", bien aparejada, a lomo de mula, para que se usara en futuras operaciones, pero como aparecerá de aquí en adelante, me fue imposible hacer los experimentos que me había propuesto, salvo de una manera imperfecta e inaceptable. Mi "cuna" para este tiempo ha terminado probablemente hecha pedazos o, lo que parece aún más viable, ha pasado a manos de alguno de los aventureros que desde entonces han visitado las regiones auríferas de Olancho.

Cuando nos aproximábamos a la hacienda de Barroza, residencia del hermano menor, Don Lorenzo Zelaya, Alcalde Primero de Juticalpa, encontramos una comitiva espléndidamente montada, que corveteaba sus caballos libremente sobre el césped hacia nosotros. Estos eran Don Lorenzo en persona, acompañado de Don Carlos Zelaya, el hijo mayor del General, y de sus ayudantes de siempre. Al saber por unos de los vaqueros, de nuestra visita a El Murciélagó y del probable regreso por el camino de Barroza, habían preparado una gran comida para recibirnos. La pequeña cabalgata paró inmediatamente cerca de nosotros y la ceremonia de presentación se llevó a cabo rápidamente. Don Lorenzo tenía las facciones del viejo General, pero sin su nobleza de expresión. Se decía que era el favorito de la familia y el afecto recíproco que se manifestaban entre sí estos aristócratas de Olancho, rústicos y sencillos, me impresionó más profundamente de lo que yo quisiera admitir.

La hacienda de Barroza no es ni mucho menos el lugar pintoresco que desde lejos parecía, pero dentro de ella encontramos toda la hospitalidad que es tan famosa entre los olanchanos. Decidimos pasar allí la noche. Aquí conocí a los venerables Don José Manuel, Don Santiago y Don José María Zelaya, quienes con el General (Francisco) y Don Lorenzo, el menor del quinteto, constituían la familia. El recuento fiel de las historias y leyendas que se dijeron aquí sobre los placeres de oro en los cerros circundantes, entremezcladas con hechos históricos e interesantes, sería suficiente para escribir un libro ameno e instructivo. Era, no obstante, difícil gozar y apreciar esta generosa hospitalidad y seguir siendo al mismo tiempo, un "chico amante de tomar notas". Después de la medianoche, cuando todos se habían retirado a dormir, me senté a fumar con Don San-

(1) ¿Silca? ¿Siale? ¿Telica?

tiago, "Juez de Primera Instancia de Olancho", que en su capacidad oficial durante muchos años, había captado una valiosa información en cuanto a la historia y a la topografía del departamento. A él le debo poder dar ahora una relación de Olancho, de sus primitivos colonizadores y del progreso de los Zelaya y de otras familias "precursores", desde su ingreso al país hasta el presente. Don Santiago era el "hermano ilustrado" y el oráculo del resto de la familia en todo problema legal, científico o histórico.

La expresión grave, el aspecto distinguido, la amplia frente sombreada con sus cabellos rizados y negros, patentizaban al hombre capaz y quien en cualquier otra parte del mundo hubiera podido hacerse famoso. Era bastante después de medianoche cuando terminé, con mis dedos acalambrados y mis ojos adoloridos por los efectos de la pobre luz de una vela de cebo, un largo resumen histórico, después del cual dije buenas noches y me uní a los demás, que ya estaban durmiendo.

16

**Por el valle de Lepaguare.—Un "Buen Jinete" de Olancho.—La Vainilla: cómo crece; su cultivo; su comercio.—Productos olanchanos.—Bayas silvestres.—Otra excursión.—Hacienda de Galeras.—Caballos salvajes.—"Vaqueros".—El camino hacia el Río Morán.—Venados y antílopes.—La temperatura.—Fiebres de la costa.—Juticalpa.—Otra vez Galeras.—Una cena de cumpleaños.—Mesa gigantesca.—Ovejas.—Los coyotes.—Valle paradisíaco.—Vistas desvanecientes.—Doradas rapso-
dias.—Un baño con los sinsontes.—Partida de Galeras.—La bondad de los Zelaya.—Salida hacia Juticalpa.**

A la mañana siguiente, después del desayuno regresamos a Lepaguare. Saqué mi escritorio portátil y comencé a anotar los datos que había obtenido. El General y su familia guardaban silencio respetuoso mientras yo estaba ocupado y las mujeres regañaban a los chicos que hacían bulla en sus juegos. Cuando hube terminado mi trabajo y hecho al mapa las adiciones que Don Santiago me había sugerido, Don Francisco propuso que fuéramos a la vecindad del Cerro Gordo, donde estaba cultivando varias plantas de vainilla que yo deseaba ver. También pensó que era posible que su segundo hijo, Don Toribio, pudiera llegar de Trujillo, donde había estado por dos meses con el fin de comprar "mantos" y un surtido general de mercaderías. Llevó un tren de veinte mulas a la costa con un cargamento de quesos, que es uno de los grandes productos de Olancho.

Montábamos los briosos caballos de Ulúa, que es la más fina raza de Olancho, y marchamos a través del llano esmeraldino hacia el pintoresco lugar del Cerro Gordo. El paso adquirido por estos caballos es la quinta esencia del movimiento suave y delicioso, y en una cómoda silla mexicana parece ir el jinete con un movimiento tan apenas perceptible como el de un bote en las quietas ondas de un lago. Fue exquisita galantería del General el ordenar que se ensillara para mí su favorito, un caballo negro de gran alzada que sólo usaba él en ocasiones muy especiales.

La bella criatura tenía ojos casi humanos, y su inteligencia y pelo lustroso comprobaban el cuidado cariñoso de que lo hacía objeto su amo. El era el único animal en la caballeriza que había sido herrado, pero las herraduras fueron puestas tan descuidadamente que al poco tiempo las había perdido.

No hay palabras para expresar la alegría y la sensación de libertad que se experimenta en un viaje por los grandes valles de Olancho, cuando el jinete inhala salud en cada aspiración y cuando cada uno de sus sentidos se exalta hasta la euforia. Cuando hice mi visita las lluvias habían cesado dejando todo el ambiente rebosante de un verde intenso cuyo igual solamente puede verse en los panoramas rurales de Inglaterra. Las tierras altas del departamento estaban revestidas con un traje más alegre que el corriente, mientras que los pantanos y las llanuras, por doquier arbolados, brillaban a la luz del sol con un verde más claro y más fresco.

A Don Francisco se le consideraba como el mejor jinete de Olancho, lo que se debía en parte, tal vez, a su aspecto digno y patriarcal cuando iba a caballo. Pero, además de esto, así que su cabalgadura (un bayo finísimo) cabriolaba frente a la pequeña comitiva yo no podía sino admirar la desenvoltura del jinete que con sus acostumbrados músculos lograba que el animal hiciera los movimientos más graciosos y más flexibles mien-

tras se asentaba firmemente en la silla y sus facciones se sombreaban con su sombrero de Guayaquil de anchas alas. A veces, en el curso de la conversación que fluía rápidamente, estimulado por la belleza del panorama y los movimientos vivos del caballo, se volvía parcialmente para dirigirse hacia mí, gesticulando con la animada dignidad que es inseparable del caballero bien nacido.

En realidad, si el viejo tenía un punto débil era el de su reputación como jinete, respecto de la cual fácilmente se sentía adulado. Su hermano, Don Santiago, gozó en un tiempo del calificativo de "el mejor jinete de Olancho", reputación justa; pero desde que sufrió una caída hace varios años mientras domaba una yegua cerril, Don Francisco le había ganado en fama. Ser un buen jinete en Olancho no sólo implica la mera habilidad para montar y retenerse en el asiento en un potro chúcaro acabado de sacar de la manada bravía, treta que es lo más familiar para la mitad de los vagabundos rapaces de las haciendas. El término de "buen jinete" usualmente se le da al que sabe manejar con gracia y con destreza su caballo, combinando un porte suelto con las numerosas proezas que hace con la más ligera presión de las riendas, encaminadas a exhibir los mejores valores del animal.

Yo no sé de un cuadro más admirable que un "olanchano de familia distinguida" cuando monta en uno de estos fuertes y bien enjaezados caballos, domados por el duro bocado del freno español, con su cuerpo erguido en la silla como si fuera una estatua, la punta de sus pies descansando ligeramente en los estribos, su "sarape" a colores echado correctamente sobre sus hombros, su rostro bronceado chispeando orgullo bajo su sombrero alón colocado vistosamente, y el "tout ensemble" del hombre y del caballo, cuadro que es raro presenciar si no es en las pampas de la Argentina o en los ranchos ganaderos de California.

Como a dos leguas de Lepaguare cruzamos un pequeño río y, subiendo por la margen opuesta, llegamos a una meseta cubierta de espesa vegetación donde nos paramos a examinar la vainilla, que aquí sube por los troncos de los árboles algunas veces a una altura de cuarenta pies. Los olanchanos ignoran totalmente el método como se la cultiva en México. Don José Manuel Zelaya había estado en México cuando era joven, pero había olvidado la manera de prepararla. En la pequeña población de Pespire, cerca de Nacaome, se hizo un ensayo del cultivo de la vainilla con un éxito alentador. El lugar queda en la vertiente del Pacífico, pero a poca elevación sobre el nivel del mar. Se insertan estacas de cerca de un pie de longitud en la corteza del árbol en el cual desea que

trepe el bejuco, donde pronto comienza a crecer.

Solamente como veinte arrobas se recogen en las montañas de Olancho, la mayor parte de las cuales se lleva a Tegucigalpa, donde se le prepara para el mercado. Una pequeña cantidad también sale hacia Belice, Trujillo y Ormoa. Negocio muy lucrativo puede hacerse en todas partes de Honduras ofreciendo una bagatela por sobre el precio corriente, lo que acapararía la mayor parte de la que se recogiera. Las flores son de un amarillo verdoso combinado con blanco. Pero de las tres variedades de vainilla que hay en Honduras, la más estimada es la conocida como la fina. La vainilla que tiene las vainas más largas y más angostas es la de más valor. El señor Lozano, de Tegucigalpa, me mostró poco más o menos cincuenta libras de las tres clases que estaba preparando para enviarlas a la feria de San Miguel. Mucha de esta fue recogida en Olancho y Yoro. Pagó por ella de medio (6¼ centavos) a un real (12½ centavos) la libra, de acuerdo con su calidad. Siendo el principal comerciante de aquella ciudad, a él se vendía toda la que se llevaba a Tegucigalpa desde considerable distancia, prefiriendo los "poquiteros" venderla a los precios locales, que enviarla por su cuenta a los mercados externos.

En la feria de San Miguel la vainilla de Honduras se vende de dos a cuatro pesos plata. Cerca de treinta quintales se escogen anualmente en Honduras y El Salvador. La planta tiene predilección por dos árboles en Olancho: el indio desnudo y el guachipilín. La vainilla de Olancho es probablemente la que clasifica el botánico Miller como Vainilla Axillans, y es descrita como la que se encuentra en Cartagena, Nueva España, donde crece naturalmente. Tiene un tallo trepador que echa raíces de sus nudillos y sube hasta una gran altura. Las hojas, que nacen de una en una, son oblongas, suaves y articuladas. Las flores emergen del lado de los sarmientos; tiene la misma forma que las de la gran orquídea abejera pero son más largas. El capuchón es de un rosado pálido y el labio es púrpura. La vainilla se encuentra desde México, por todo Centro América, hasta el Darién. Las vainas crecen en pares, tienen generalmente el grosor del dedo de un niño y más o menos de cinco a seis pulgadas de largo. Al principio son de color verde, después se tornan amarillentas y por último de un tono achocolatado cuando están maduras. El tallo es moderadamente delgado y echa un zarcillo en espiral opuesto a cada una de las hojas más bajas, con el cual se adhiere a las ramas o a la corteza de los árboles; pero después que llegan a la cúspide se vuelven inútiles y son reemplazados por hojas adicionales. Los pájaros del país co-

men con voracidad las vainas maduras. El método para curar las vainas es muy sencillo. Cuando empiezan a madurar se las recoge y amontona por varios días para que fermenten. Después de secarlas al sol, por igual tiempo, durante lo cual a menudo se las soba con aceite de palma (aceite del senegal) se secan por segunda vez, y después se las empaca para enviarlas al mercado más cercano. Su calidad depende mucho de la delicadeza con que se las sobe, del proceso del secamiento y, también, de la clase de las vainas cuando se las recoge. El fruto mejora si se cultiva la planta y se la cuida.

En las buenas localidades un nativo diligente puede recoger de dos a cuatro libras por día. Un pequeño capital, digamos \$ 3,000.00 en efectivo, monopolizaría el negocio de la vainilla en todo Honduras. El valor de la buena vainilla en los mercados de Europa y los Estados Unidos es demasiado bien conocido para comentarlo aquí. No se dispone de estadísticas para precisar qué cantidad es la que se cosecha en Centro América. Cerca de la ciudad de Cojutepeque, El Salvador, se llevó a cabo con el mejor de los éxitos el cultivo de una finca de vainilla. Esta planta es de gran cultivo en México y las tierras de Honduras parecen ser igualmente propicias para su cultivo. Don Francisco escuchaba con toda atención mi propósito de tener una parcela de tierra limpia para hacer en ella el experimento, y desde entonces he sabido por él que varios bejucos de vainilla que había trasplantado habían colmado sus más locas esperanzas.

Pero no era solamente la vainilla con sus hojas lanceoladas y brillantes lo que absorbía mi atención. Varias formas de vegetación, la más fuerte y la más tierna, daban vida y animación al paisaje circundante. Los arbustos y los árboles se veían henchidos de savia y listos para reventar en lozanía con el calor estimulante del ambiente. El marfil vegetal y el corcho, el coco y la banana, el limón silvestre y la deliciosa guayaba, la goma arábica y, en las tierras altas, la cebada, plantas de delicado perfume, y el hule mal oliente, de todo había aquí. Don Chico ignoraba hasta el nombre regional de muchas plantas, pero los vaqueros que se han pasado la vida, desde su niñez vagabundeando entre las montañas en busca de los ganados perdidos o cazando conejos en los llanos y colinas, estaban familiarizados con casi todas y contestaban prestamente cada pregunta. Así, en una ocasión fui advertido de evitar contacto con la mortal manzanilla, el antiaro de Olancho, y en otra, mi atención fue llamada hacia un arbusto cargado de frutas negras y brillantes que se parecían mucho a las guayabas de los panfanos, pero más grandes y de un sabor dulce como la uva y que se llaman sarsiles. Las recogí a

puñados, desgajándolas de sus ramas y comiéndolas con verdadera apreciación de su buena calidad. El follaje de este arbusto es casi el mismo del serbal de Nueva Inglaterra.

En otra oportunidad anduve a caballo con el General y L... por el Río Morán, uno de los afluentes del Guayape. Nace este río por Teupasenti, en el Sur, y desciende por dos espléndidas cascadas que saltan en un remolino de espumas hasta unirse al río más abajo.

Como siempre, salimos al amanecer y, viajando por los llanos de Lepaguare y Galerías, paramos en la hacienda de este último nombre, por muchos años residencia de Don Santiago Zelaya. Apenas habíamos entrado por el portón cuando la tierra empezó a trepidar con el golpeteo de muchos cascos y, al poco rato, por una vuelta de la montaña apareció un gran tropel de caballos y de mulas cuyo número era tal vez de doscientos. Iban a carrera abierta y directamente hacia el corral seguidos por cuatro o cinco vaqueros quienes, como por instinto, iban detrás dando quiebros hacia la derecha o hacia la izquierda en cuanto uno de los animales quería salirse y escapar rápidamente del grupo. Este era para mí un nuevo espectáculo y no supe que admirar más, si las figuras enhiestas y ágiles de los animales semisalvajes, o la increíble holgura y gracia con que estos pintorescos centauros se sentaban en sus albardas y guiaban sus corceles impetuosos. No había nada de forzado o de torpe ni en sus arreos ni en el vestido ligero de los jinetes. Parados o a horcadas en los caballos cerriles de los llanos, se mueven con el animal y como si fueran parte de la bestia, cuyos músculos parecieran estar movidos por la voluntad del jinete.

Todo el hato se lanzó pateando y precipitándose atropelladamente dentro del corral, permanecimos lo suficiente para presenciar la operación de la doma de una mula endiablada, cuya piel reluciente y apretada como terciopelo en su cuerpo tembloroso hacía resaltar cada músculo mientras saltaba loca frente al manipuleo del lazo. Don Santiago y un grupo de seis personas más se nos unieron poco después y galopamos hacia el Río Morán. Los "saltos" eran solo visitados de cuando en cuando por los nativos, para agarrar algún toro ermitaño o un caballo cuyos gustos lo inducían a este solitario lugar a fin de escapar de la rutina mensual del corraleo. Cruzamos varias quebradas hasta que llegamos al Guayape, que vadeamos en un paso rocoso donde el terreno se extiende en una planada. Aquí vimos una pequeña choza hecha de ramas, donde los vaqueros acostumbraban pasar la noche cuando se demoran. Durante los meses de lluvia este vado es impasable. Dejamos el río y subi-

mos por una serie de cerros coronados de pinos y robles, con capas de cuarzo a lo largo de sus inclinadas faldas. Ahora la senda se perdía entre las ramas y el puesto alto, cuya exuberancia demostraba lo poco traidado que era. Nuestro guía en este viaje era un individuo alto y moreno cuyas piernas musculosas acusaban sus largos viajes por las montañas. El General le llamaba Marcos. Desde la cumbre de esta cerranía noté otra vez la presencia de los picos principales, entre los cuales el de Teupasenti se destacaba de manera conspicua. El sitio por el que pasábamos era montañoso y pintoresco, pero no tenía el aspecto invitante de los valles de abajo; estas serranías forman los límites naturales de los grandes llanos ganaderos del Bajo Olancho. Los "saltos" del Morán se hallan a tres leguas del vado del Guayape. La distancia total de Lepaguare por las vueltas del camino era, poco más o menos, de veinte millas. Descendimos al próximo valle cruzando un pequeño tributario del Guayape y seguimos la próxima serranía por su cresta. Nos aproximábamos a una pendiente de un bosque de pinos cuando, de repente, oímos el ruido de las cascadas cuyo sonido llegaba solemne y penetrante de la montaña. Descansamos un poco y luego comenzamos a descender por una serie de mesetas herbosas hacia donde el salto superior aparecía a la vista e inmediatamente después el de más abajo. El chorro, lanzándose locamente sobre las rocas las empapaba y brillantaba a la luz del sol, haciéndolas perceptibles desde larga distancia. Nos apeamos y atando nuestras bestias comenzamos a bajar hacia los "saltos". Estos no impresionaban por su grandeza sino más bien por su belleza de proporción, gracia de movimiento, color y adaptación al ambiente escénico. Concentrando su fuerza arriba en la turbulencia, las aguas se precipitan pronto desde el seno de una roca inclinada y, gradualmente, se aquietan dentro del río allá abajo, mientras los riscos circundantes hacen eco a la ronca música de su voz.

Con la ayuda de unas ramas colgantes me abrí paso hacia un borde estrecho y resbaloso que había debajo de las cascadas, desde cuyo punto nuevas facetas se desvelizaron en el panorama. Varias ramas de árboles se retorcan desde arriba y descansaban a lo largo del borde de las aguas, colgantes pero no marchitas, denotando con ello la reciente caída de una tormenta y la consiguiente crecida de las aguas. Montones de rocas que habían rodado desde lo alto se hallaban con salientes atrevidos en el lecho del río. Desde una de éstas, un aguilucho como si se sintiera molesto con nuestra presencia en los dominios de los cuales él era el único señor, se levantó pesadamente y voló hacia la cumbre de la montaña. Algunos

de los intersticios del peñón estaban repletos de flores, y las acacias, o algo que se parecía a ellas, inclinaban sus bucles amarillos y tristes que bellamente se reflejaban en el arroyo.

Desde donde estábamos pude apreciar toda la profundidad de la caída y seguir al río en una serie de cascadas hacia el Guayape. En panoramas como éste, el azul del cielo y del agua, y el verde del follaje no son los tintes predominantes. El gris de las rocas desnudas, el carmesí, el amarillo y el blanco de las que están cubiertas de musgos, el pardo y el olivo de la vegetación podrida, el resplandor del rocío formado por la caída de las aguas, las profundidades casi negras del bosque silencioso, todo esto prevalece en la claridad de la atmósfera penetrante, retocando con tintes etéreos las cumbres de la cordillera, al grado que hay que apelar a la paleta de un pintor para reproducir cada gama de color.

Era ya avanzada la tarde cuando trepamos por la escarpada cuesta y volviendo a montar en nuestras cabalgaduras regresamos a nuestra residencia, adonde llegamos tarde de la noche.

En varias ocasiones salimos en excursiones de cacería, pero hasta nuestro regreso del Este tuvimos mala suerte. Los venados de Olancho son iguales a los de todo Centro América, de un color pardo claro y se matan no tanto para beneficiar su carne como para adquirir sus pieles, que constituyen importante artículo para la exportación.

Son tan abundantes los venados y los anílopes en algunas de las montañas de Honduras, que es corriente viajar con un rifle al hombro para cazarlos. En Olancho, donde el cuidado del ganado y la obtención de cueros es la principal actividad de las gentes que se ocupan del pastoreo, éstas siempre llevan un cuchillo de carnicero prendido a la cintura, lo que ha dado pábulo para que se diga en todo el resto del país que los olanchanos son bandidos temerarios.

Recuerdo que mientras me preparaba para partir de Tegucigalpa, mis amigos frecuentemente me advertían de que era en extremo peligroso viajar por Olancho, pero desde mi llegada hasta mi regreso, sólo hospitalidad calurosa encontré en los sencillos y generosos habitantes olanchanos. La hacienda de Lepaguare está casi mil pies más alta que Juticalpa, lo que le da una altura de 1.800 pies sobre el nivel del mar. Los lugares mineros probablemente estén a la misma altura sobre el océano. Mis observaciones sobre temperatura y estados atmosféricos las seguí sin interrupción tres veces al día desde septiembre a febrero. A las seis de la ma-

ñana, del 16 de diciembre al 15 de enero, muestran una variación extrema de sólo nueve grados: 52° a 61°. A mediodía en el mismo lapso, las mismas variaciones: de 72° a 80°. En la tarde, a las seis, dieron solamente seis grados de variación: de 69° a 75°. La temperatura en Lepaguare por la mañana era poco más o menos 59° y al mediodía 78°; en la tarde era alrededor de 74° en invierno. En Juticalpa raramente hace calor que sea como el que se siente en Nueva York durante el verano. Las razones para esto son geográficas y no se aplican generalmente al trópico. En Trujillo, en la costa, el calor es mayor y allá son comunes la fiebre biliosa y la disentería, aunque a menudo no fatales. Mis viajes por Olancho no me condujeron hasta la costa pero, por el dicho de numerosas personas, aquella zona debe ser por lo general insalubre. El terreno bajo que está contiguo al Caribe, se conoce entre los olanchanos como tierra caliente y de los que la visitan pocos escapan a un ramalazo de fiebre. El señor Ocampo, con quien hice estrecha amistad estuvo por dos veces, me dijo, al borde de la tumba cuando por sus actividades en los cortes de caoba se vió obligado a permanecer en las sabanas y lagunas bajas de la costa. Con la excepción de las referencias ocasionales sobre el panorama y el clima mientras cruce el país, reservaré un capítulo especial para hacer una descripción más completa sobre estos particulares. El interior de Olancho y, en realidad, de la mayor parte de Honduras, ofrece uno de los climas más agradables y sanos del mundo. Muchos nativos han vivido hasta una edad muy avanzada sin haber ido nunca a las tierras bajas y sin haberse convencido de que debían hacerlo.

Después de pasar varias semanas en Lepaguare y en las haciendas vecinas, donde gocé de continuas y alegres recepciones y de todo el calor de la rústica cordialidad de sus gentes, insinué al General mi deseo de proseguir hacia el Este, a la famosa ciudad de Juticalpa, de la que había oído decir frecuentemente que era una de las metrópolis del pequeño mundo de Olancho, del interés sobresaliente que ofrecía a los extranjeros por la arquitectura de sus edificios y de las costumbres sencillas de sus habitantes, propias de las primitivas colonias españolas.

Aunque mi maleta estaba bien repleta de muchas cartas de presentación para las principales familias del lugar, Don Francisco insistió en darme cerca de media docena más que, según me dijo, despertarían la rivalidad de sus amigos para atenderme. Me aconsejó que me hospedara en la casa de los señores Gardela o Garay, ciudadanos circunspectos y ricos, que tendrían caballos siempre listos para mí y estaban más capacitados para darme informes valiosos que

cualquiera otra persona en la ciudad. La Función de la Virgen comenzaría el 8 de diciembre y como este es el principal día de fiesta en Olancho, mi anfitrión tenía ansiedad porque yo estuviera en la cabecera durante la semana que dicha fiesta duraría. La enfermedad de la señora le impidió salir de casa y las muchachas, por supuesto, deberían quedarse para cuidarla. El General me prometió ir a Juticalpa y arreglar allá conmigo el contrato tantas veces mencionado y cuyos términos desde mi llegada había yo meditado varias veces. El objeto de mi huésped con esta dilación, era el de conferenciar con sus cuatro hermanos restantes, sin cuya aquiescencia él habría rehusado a entrar en arreglo alguno.

Al mediodía salimos de Lepaguare entre las exclamaciones de: "¡Adiós don Guillermo!" de los vaqueros y de la multitud perteneciente a la hacienda. Conspicuo entre todos, su cabeza más alta que la de los demás, se destacaba el General con su rostro radiante expresando todo el calor de sus generoso corazón. El es el ídolo del pueblo y este tiene razón para quererle. Nuestro camino a Juticalpa iba por la llanura. Habíamos dado justamente vuelta a un ángulo distante en el camino, desde donde se perdía gradualmente la vista de la hacienda, cuando oímos un galope: eran el General, Don Toribio (que había llegado de Trujillo) y Julio que venían hacia nosotros. Habían resuelto aumentar sus gentilezas, encaminándonos. Esto se considera como una de las más grandes cortesías que se puedan mostrar a un extranjero en Olancho. Esta costumbre ha sido heredada de los conquistadores.

A galope tendido llegamos a la hacienda de Galeras, en donde el General me expresó su deseo de que nos quedáramos aquella noche para salir al día siguiente muy temprano. Una de las primeras cosas que me llamó la atención al desmontarnos fue una canasía de las verdaderas papas irlandesas, traídas de las montañas de Tegucigalpa, adonde Don Santiago había enviado por ellas. Eran pequeñas, blancas, jugosas, orgullo de su dueño, que se sentía ufano de que crecieran en sus terrenos. Yo me empeñé en describirle el método cómo se las cultivaba en Norte América. Al pasar por la hacienda, dos meses después, ví que habían echado manojos de hojas fuertes, dando indicios de tener un éxito total. El señor Zelaya me aseguró que las papas se habían cultivado en Olancho siempre, pero éstas fueron las únicas que pude ver en el departamento.

La comida que se nos sirvió era un banquete de delicias. Fue dispuesta en una gran mesa de cedro por dos rollizas mucha-

chás de sonrosadas mejillas, hijas de Don Santiago, y consistía en: miel de abejas, tortillas, carne de res frita, carne asada de tasajo, pan fresco, legumbres, mantequilla, queso, café, crema, arroz, plátanos fritos, un cabrito horneado, leche hervida de cabra y huevos cocidos y estrellados. Con tal menú y el reciente galope que había despertado nuestro apetito, no tardamos en demostrar que éramos hombres de buen diente. Era el día del cumpleaños de Don Santiago, razón de la alegría extraordinaria. El viejo caballero pronto estuvo satisfecho y, reclinándose en su silla, se ató un gran pañuelo azul alrededor de la cabeza, encendió un cigarro y observó complaciente como le hicimos honor a su cena.

La casa es una de las más grandes y mejores de Olancho. Se halla pavimentada con ladrillos grandes y dividida por macizos muros de cal y canto, en cuatro apartamentos que se comunican por puertas de cedro. El tamaño de los cedros de Olancho nunca lo había visto igual antes, fuera de California y Oregón. Se les encuentra por lo general a lo largo de la orilla de los ríos, alcanzando a menudo cien pies de altura y de seis a diez de diámetro. Crecen en medio de los bosques y eclipsan en proporciones, en su majestuosa belleza, a todos los demás árboles, excepto los de caoba. En varias de las haciendas ví mesas de once pies de largo por siete de ancho, sin el menor desperfecto o rajadura. La madera se trabaja fácilmente y puede emplearse en todos los usos comunes. La mesa de la hacienda de Don Santiago era la más grande que hasta entonces había visto. Por la noche, cuatro o cinco de los nativos bien podrían extender sus sarapes a través de su anchura y hacer de ella un cómodo lugar de descanso.

Después de la cena el viejo señor nos llevó a su corral de ovejas en donde contamos unos cincuenta carneros de magnífica estampa y de cuya lana era hecha la tela tejida en la casa. Se quejaba él de los daños que le hacían los coyotes y los lobos cuyos aullidos, en coro salvaje, a menudo oíamos durante la noche allá lejos del llano, contestado por el concierto más cercano y unánime de los perros cuidadores de la hacienda. El ganado prospera maravillosamente en Olancho, en donde los extensos pastizales dan excelente oportunidad para la cría. Ninguna de las enfermedades que lo afligen es conocida aquí; los propietarios de las haciendas declaran que los coyotes son la única peste que tienen que combatir. Pequeñas cantidades de lana van a la feria y a los puertos del mar Caribe. Nos enseñaron un árbol de gran follaje, cerca de la casa, famoso por sus propiedades catárticas, llamado aria, también el piñón, que tiene propiedades similares, y formando parte del cerco

del corral de ovejas el friega plato, cuyas raíces son valiosas como medicamento. Todas estas plantas son de uso común en Olancho.

De pie en la puerta de la hacienda estuve contemplando la intensidad maravillosa con que la Naturaleza trabaja, produciendo tantas y tan cercanas formas de vegetación. Cada arbusto y árbol útil que crece parece haber hecho su hogar en este jardín de Centro América. No hay un trabajo para las manos del hombre que no se pueda ejecutar aquí con los materiales que se encuentran en la superficie, no hay un mes en el año que el trabajo no pueda llevarse a cabo; no hay una mancha en la atmósfera, ni peste indígena o importada. Don Santiago me hablaba de grandes y ricas haciendas de ganado y de mulas al Norte y Este, donde podían verse valles igualmente piniorescos y encantadores, tal vez aún más aislados del mundo que los que nos rodeaban. "Usted debe viajar", me decía, "muchos meses a través de estas montañas antes de que pueda conocer Olancho"; y mientras elevaba la vista hacia las distantes serranías del Norte y el Este cuyos débiles perfiles casi se esfumaban en el azul de los cielos, podía imaginarme fácilmente los valles escondidos y ricos, con sus praderas verdeantes tranquilamente a sus pies. Entre nosotros y la cordillera más cercana, formando un anfiteatro natural, los llanos verdes y matizados, descansaban ondulantes como un mar pintado sobre el cual miles de cabezas de ganado vacuno pacían pacíficamente, y los pocos árboles lanzaban sombras largas y vacilantes, mientras que sus hojas brillantes a la luz del sol temblaban con la brisa de las tierras altas.

A la mañana siguiente despertamos temprano entre el canto de los gallos y el bramido de la vacada. Nuestro huésped describió el camino que seguiríamos y nos aseguró que, a paso moderado pero continuo, podíamos llegar a Juticalpa a la caída de la noche. Mientras se nos preparaba el desayuno, salimos a gozar del aire fresco de la mañana. Uno de los muchachos señaló un arroyo próximo a la casa, donde una mujer extrajo ocho onzas de oro en un sólo día. Don Santiago confirmó lo dicho y me dijo que él se lo había comprado a razón de \$ 12.50 la onza.

"Todo el suelo de aquí, tan lejos como puede usted verlo", dijo, "contiene oro. ¿Vé usted aquella garganta más allá de aquella cadena de colinas? Allí fue donde las dos hijas de María Sáenz encontraron su famosa ganancia inesperada de cuatro libras de oro en dos días! En todo lo largo de aquella cadena de cerros con las dos altas palmeras a la derecha, usted puede excavar y lavar una pailada de tierra sin dejar de encontrar

chispas de oro hasta en la superficie. Más allá, en aquellas serranías de las que sólo pueden verse las cimas azuladas quedan vestigios de viejos laboreos y aún ahora las mujeres van y tienen mediano éxito. Bajo sus pies, donde usted está parado, puede encontrar oro, sencillamente lavando. Arranque una mata de maíz de aquella plantación y nueve veces de diez hallará polvo amarillo, y mire los adobes con los cuales aquella casa está construída: usted puede hacer polvo cualquiera de esos bloques de lodo y raramente fallará en encontrar, después de lavarlo, unas pocas chispas de oro en el fondo". "Oro"! continuó mi amigo agarrando nerviosamente el cigarro que tenía firme entre sus dedos, "¡oro!". "Hay tanto aquí, Don Guillermo, como en California. Nosotros sólo necesitamos la energía, la empresa y el trabajo de la gran raza norteamericana para extraerlo. Hasta los muros de nuestras casas están impregnados del metal!"

Dejé a mi bondadoso amigo y me escabullí a una poza de la quebrada para bañarme. Aquí observé sinsones chapaleando con el mismo objeto y agitándose locamente aquí y allá ahora zambulléndose de cabeza en el plácido elemento o apartándose un momento para llevar a cabo un pleito jovial en algún árbol cercano, desde el cual descendían otra vez, aparentemente con un deleite mayor, hacia el baño. Varios de ellos, posados entre el follaje amenizaban el tedioso proceso de secar sus alitas con su concierzo matutino, cuyos arpegios la ganchuda y torpe guacamaya interrumpía con su áspera voz y, luego, como insatisfecha de su competencia infeliz, se componía su plumaje vistoso y volaba hasta que sus colores radiantes se desvanecían en el obscuro azul del cielo.

En mi ansiedad por llegar a Juticalpa rehusé la tentadora invitación que me hicieron para que me quedara en Galeras, y tem-

prano todavía salimos del patio en compañía de los tres hermanos mayores y varios miembros jóvenes de la familia Zelaya. Deseaban acompañarme unas pocas millas en el camino. Mientras pasábamos rápidamente en la brisa fresca de la mañana, los tres viejos caballeros se aportaron un momento para conversar gravemente. Una mirada ocasional me decía que estaban hablando sobre mis propuestas a fin de que suscribiéramos un contrato y estaban tal vez discutiendo mis puntos de vista. Después de un rato, dándole rienda a sus caballos iban a trote largo, se acercaron y Don José Manuel, el mayor de ellos, me dijo:

"Don Guillermo, hemos observado que algo le molesta a usted; tal vez sea el temor de que no estemos dispuestos a entrar en un arreglo con usted. Usted ha venido desde lejos y está sin duda, asociado con personas ricas y pudientes del Norte. Ellas esperan que usted tenga todo éxito, y lo tendrá. Vaya a Juticalpa y pase la función festejando y bailando, y cuando haya visto el departamento, venga a donde nosotros y el General firmará un contrato con usted para que empiece la explotación de sus minas de oro. Todos estamos de acuerdo en que éste es el único modo de mostrar al mundo entero lo que es Olancho, y si pudiéramos volver a ser jóvenes iríamos personalmente allá para conocer sus grandes progresos con el objeto de hacer por nuestra tierra lo que creo que los norteamericanos eventualmente llevarían a cabo".

En este respecto estos hermanos de noble corazón me alentaron. Después de andar unas pocas millas a mi lado, frenaron y deseándome buen viaje, dieron vuelta y se alejaron por el llano. Quedé inmóvil contemplándoles hasta que se perdieron de vista en el bosque. Entonces, con una sensación casi de nostalgia, volví hacia el Este y con L..., y los dos sirvientes proseguimos hacia Juticalpa.

17

Lavadoras de oro en el Juticalpa.—El camino.—Arboles de "Lignum Vitae".—Monte del Aguacate.—Quebradas secas. Mamisaca.—Más lavadoras.—Comprando oro en polvo.—El Monte Encantado.—La Campanilla.—Paisaje en el camino. Sembradores alados.—Juticalpa.—Vista desde la montaña. Primeras inspecciones.—La iglesia.—Presentaciones.—Don Francisco Garay.—Uno de los hidalgos de Olancho.—Los Padres Cubas y Buenaventura.—Ofrecimientos liberales.—Dibujo de mapas.—El clima.—Juticalpa en los viejos tiempos.—Don Apolonio Ocampo.—Una aventura con los "chanchos de

**Monte".—Más lavaderos de oro.—El árbol del Liquidámbar.
Preparativos para la función.—Pedigüeños.—Un patriarca
olancho.—"La Plaza".**

A poco de despedirnos de los Zelaya llegamos a una falda cerca del río Juticalpa, donde el suelo parecía haber sido escarbado en buen trecho dejando desnudo el lecho de roca a una profundidad de unas catorce pulgadas y con un aspecto similar al que queda en California después de la operación llamada "ground-sluicing" (lavado de la tierra). Después supe que aquí fue encontrado un depósito aurífero de mucho valor, indicado por la abundancia de una roca roja, ferruginosa, que parecía cinabrio, que en Olancho es considerada como indicio cierto de la existencia de oro. Las mujeres habían llevado de esta tierra al río en sus bateas (réplica de la excavación en seco que se hace en California) y en una semana habían obtenido varias libras de oro fino. Sea porque el depósito se hubiera agotado o porque el oro restante era tan fino y escaso, no valía la pena continuar la operación lenta de acarrear la tierra al río en pequeñas cantidades. Yo estoy casi seguro que con un juego de mangueras y buen aparato hidráulico, como los usados en el distrito de Nevada, podría hacerse que toda la colina pagara buenos dividendos. El trabajo de estas mujeres había sido hecho con varas puntiagudas y no con barras, zapapicos o palas, que nunca han sido usados en la vecindad.

De Lepaguare a Juticalpa hay una distancia de más o menos treinta millas. Bajo la impresión de que este camino debía ser transitado por carretas llevando maquinaria, iba yo tomando nota cuidadosa de las facilidades que prestaba y aunque el desnivel entre el valle de Lepaguare y la ciudad es como de un millar de pies, no hay lugar donde no pueda pasar una carreta, y con algunas pequeñas mejoras en algunos pasos del río Juticalpa el camino podría responder a cualquier uso. Así como está, uno puede caminar de prisa a caballo entre los dos lugares porque va por llanos parejos, muy bien arbolados, que se parecen en mucho a las regiones planas de Nueva Inglaterra. En algunos lugares el camino está bordeado por apretadas malezas, donde flores y plantas raras se agrupan y dan abrigo a una variedad de pájaros y otros animales.

Entre los árboles ví el *lignum vitae*, (o *guaiacum*) que aquí se conoce con el nombre de guayacán. Debido a su extrema dureza solo los cortadores de caoba se atreven a cortar esta valiosa madera. Creo es idéntica a la madera de que oí hablar frecuentemente como quebracho (queiebrahacha) y que crece silvestre en todas las montañas del Este de Honduras, junto con el palo rosa y la

caoba. El árbol generalmente alcanza una altura de cuarenta pies. El follaje es peculiar, se parece al del ciprés y está cargado de flores pequeñas y blanquecinas. Entre los indios payas la corteza y la goma se usan como medicina. El guayacán, por lo general, forma parte de los cargamentos de caoba que se transportan por las aguas del Guayape o Patuca.

Al mediodía habíamos llegado a una montaña cónica al Noreste de nuestra ruta, llamada Pico del Aguacate, al pie de la cual, la "Quebrada", arroyo de este nombre, corre vocinglero y se precipita más abajo en el río Juticalpa. Aquí también vimos señales de lavaderos de oro. El mercurio en mi termómetro circular marcaba 80° al sol. Nubes blancas, aborregadas, pasaban a prisa impelidas por el fresco viento que susurraba entre las frondas, y por eso durante nuestro viaje nunca experimentamos incomodidad a causa del calor. Mientras L... hacía esbozos del Pico del Aguacate, los muchachos descargaron las mulas y tendieron en la grama la comida que llevábamos. Pequeños y delicadas flores, como las que vimos en la zona templada, nos saludaban alegremente al paso del viento y adornaban las laderas de las colinas adyacentes.

Hay muchas quebradas secas bordeadas de pinos en toda esta sección del departamento, parecidas en todos los aspectos a las de California. Mis sirvientes, que habían vivido siempre en el escenario sobrio del departamento de Tegucigalpa y nunca habían visio paisajes tan bellos como éstos, expresaban su admiración con exclamaciones sencillas y me rogaban que les recordara y les empleara cuando yo volviera con la empresa de El Norte.

Después de dejar El Aguacate, nos encontramos con varias personas en el camino: la mayor parte a caballo, las que contentas de la oportunidad de enterarse de las últimas noticias del mundo se regresaban y caminaban con nosotros algún trecho. Yo procuraba impresionarles con la importancia de los americanos del Norte y con los beneficios inestimables que ellos podrían darle a Olancho como agricultores y mineros. En nuestra ruta hacia la ciudad, ocho veces cruzamos el río Juticalpa. En varios lugares hallamos señas recientes de lavaderos de oro. En esta época y, en verdad, varias semanas antes de la Función de la Virgen, las mujeres con un celo religioso se consagraban a trabajar empeñosamente en los lechos de los ríos para extraer de ellos los gastos para

las ceremonias, el decorado de la iglesia y para sus propios vestidos con los adornos que podrían hallar en las tiendas. Entre las pequeñas quebradas que desembocan en el río estaba la Tilapa, también conocida por algunos como el lugar en donde unas mujeres encontraron mucho oro hace varios años. De este lugar la distancia a la hacienda y caserío de Mamisaca, es de dos leguas, otra por las curvas del camino a la hacienda del Nance y de ahí dos más hasta Juticalpa.

En Mamisaca alcanzamos a dos muchachas que vadeaban el Río. L... las abordó afablemente y les preguntó qué distancia había a la ciudad. "¡Aquí no más!", respondieron. "¿Ve usted cómo están de arrugados sus vestidos?", me dijo L... "Eso es señal de que han estado lavando oro, que han tenido sus enaguas recogidas en su cintura mientras trabajaban metidas en el agua". Intenté trabar conversación, pero ellas sólo se miraban la una a la otra estúpidamente y sonreían; parecían tener miedo de responder y hasta de mirarnos de frente. Después de repetidos intentos, sin embargo, vencimos su falta de confianza y ví que L... tenía razón en su conjetura en cuanto a su reciente ocupación. Les ofrecí comprarles su oro si ellas me buscaban en Juticalpa, por lo cual inmediatamente me mostraron lo que habían recogido. Según dijeron habían dejado sus varas y sus bateas allá en la Quebrada, adonde pensaban regresar al día siguiente. La mayor de ellas sacó del pecho un trapo que cuidadosamente desplegó, descubriendo que estaba lleno con finísimas escamas de aquellas partículas color amarillo canario que distingue al oro del Guayape y de sus tributarios, del de otras porciones de Olancho y Segovia en donde su aspecto blanco indica una mezcla parcial con otros metales o substancias. El trapo estaba húmedo todavía y el polvo más fino se adhería por dentro lo que impedía que saliera todo su contenido; pero al pesarlo después en Juticalpa había más o menos un cuarto de onza, que yo compré por la bagatela de un poco más de dos pesos plata.

Aquí nos despedimos de las lavadoras y subiendo por una loma desde el río vimos un pico muy bonito al que llamaban Monte Encantado porque dice la tradición que su cima, donde se ven llamas pálidas y suenan las campanas, está frecuentada por los espíritus de los aborígenes. Los nativos pasan por los alrededores de El Encantado con un temor reverente y rezan rosarios con doble unción cuando se aproximan a sus misteriosos recintos.

El inofensivo y pequeño meteoro de la floresta, probablemente el insecto llamado Linterna Fulgora, es el que suple las luces espectrales, y el autor de los solemnes tañi-

dos no es otro que el pájaro campana o campanero. El viajero en su tráfico por los bosques queda a veces sorprendido al oír de repente el sonido distante de una campana, flotando en las ondas del viento con las modulaciones peculiares de los templos. Se detienen a escuchar y, después de un pequeño intervalo, oye nuevamente el tañido peneirando en las soledades y exactamente igual al de alguna campana conventual de boca ancha. El "campanero" emite su voz poco más o menos una hora antes del anochecer, es un pájaro modesto, sin el ropaje vistoso de otros pájaros y tiene predilección por las más obscuras reconditeces de los bosques. Raramente se le ve y, se dice, al emitir sus sonidos se le para una cresta que de tamaño extraordinario lleva en la cabeza.

Todo el camino hacia Juticalpa abunda en panoramas espléndidos y yo, con una avidez de judío, sentía el deseo de atraparlos todos para conservarlos en mi recuerdo. Algunas veces nos llevaba por un emparrado natural como los que se ven en Hartford y New Haven o dentro de un bosque de aspecto gótico, vestido de lianas y adornado con múltiples florescencias; en otras, a un vallecito en que la casa rústica de la pequeña hacienda nos espiaba entre grupos de árboles frutales, frijolares, arrozales, ayoterías y naranjos agrupados apretadamente, en medio del cual las niñas bronceadas (cuyo adorno sencillo era una sarta de cuentas y una mata de pelo frondoso y desaliñado) nos miraban medio amedrentadas y tan inmóviles que parecían formar parte del follaje, o bien nos hacía pasar por campos abiertos donde nos colábamos a través de los jicarales, cuyas ramas mostraban al viajero sus pequeños frutos, que sirven al campesino como indispensables vasos para beber en las monjañas.

Los pájaros de Olancho son los sembradores más perseverantes del departamento. Como por un designio de la Providencia, llevan ellos las semillas de una diversidad de frutas en sus picos, o las dejan caer sin digerir en las colinas y en los valles en donde, acunadas con las copiosas lluvias y el calor de la luz del sol pronto germinan. Muchas frutas son propagandas de esta manera por los campos. Por eso se ven con frecuencia en las rutas solitarias los limoneros, los naranjos, las limas dulces. Los deliciosos sarsiles, ya descritos, han sido distribuidos de este modo por todo Olancho y la vainilla se disemina, no hay duda, de manera igual.

Pero yo tenía ansiedad por llegar a la meta de mis esperanzas, Juticalpa, para denterme mucho en estas cosas. El botánico tiene aquí un amplio campo de investigación y muchas drogas de valor, plantas y flores magníficas tienen aún que darse a conocer

cuando el departamento esté abierto a las investigaciones de los sabios.

Al dejar Lepaguare, el General había insistido en que dejáramos nuestras mulas peludas para que se recuperaran en la hacienda y nos dio, en su lugar, caballos finos y fuertes, tanto a nuestros sirvientes como a nosotros. El mío —que el amigo generoso me obsequiara después— era un tordillo brioso y de fina estampa. Nos condujeron con paso infatigable por las pendientes de los cerros hasta que los frecuentes patachos de mulas y varios nativos caminando hacia el Este, nos indicaron que se acercaba el término de nuestra jornada. Apresuramos la subida suave de la cordillera que da hacia el valle de Juticalpa y descansando un poco en la cúspide contemplamos allá abajo por primera vez y en medio de la luz mortecina de la tarde, la cabecera de Olancho.

Difícil es describir el placer con que contemplé en silencio el rico panorama brillando con los últimos rayos del sol poniente, y el aspecto singular de la vieja ciudad española extendida ante mis ojos. Hacía tiempo que la tenía retratada en mi imaginación y ahora, después de varios meses de expectación, aquí me hallaba participando del sonido de sus campanas y del ruido citadino. Construida lejos de las rufas ordinarias para el viajero y el comercio, siendo casi un mito hasta en la aislada Centro América, gozando de vieja reputación como centro de las regiones auríferas que hace dos siglos, antes de que la civilización hubiera comenzado a subyugar las soledades de Nueva Inglaterra, atrajo a Alvarado y a sus acompañantes a su conquista (1) Juticalpa ofrece un gran interés para el moderno aventurero, sólo igualado al atribuido a las misteriosas ruinas aborígenes de Chichen, Uxmal o Palenque.

El vasto llano se pierde en el horizonte aunque está limitado por montañas boscosas que apenas alcanzamos a divisar; se extiende hacia el Este y el Norte y en él las nubes purpúreas del Oeste arrojan brillo radiante, coloreando débilmente las colinas e indicando por una fajita de luz el curso ondulante del río Juticalpa, que pasa al Norte de la ciudad y desemboca en el Guayape algunas millas más abajo. El distante toque de un tambor nos recordaba la persistencia de la costumbre inmemorial de patrullar la Plaza a la caída de la noche, y el toque de la campana de oración nos decía que aquí también se observaba aquel bello ritual a que he hecho mención en páginas anteriores. L... me despertó de mi embelesamiento y pronto descendimos y entramos a las calles empedradas de la ciudad. El lugar no es dife-

rente a Tegucigalpa en cuanto a arquitectura, aunque tres veces más pequeña, teniendo la iglesia de estilo, la plaza, el cabildo, las casas particulares y las calles que se cruzan en ángulo recto. Algunas de las residencias son hermosas y hay varias de dos pisos, nítidamente encaladas, enladrilladas y con grandes jardines y frutales en el interior. La iglesia, que es reciente, ocupa el sitio del viejo edificio y fue construida parcialmente con las contribuciones piadosas de las lavadoras.

Paramos frente a una pequeña tienda que estaba en la intersección de dos calles y preguntamos por la casa del señor Gardela. La residencia de éste, que es una de las mejores de la ciudad, forma parte del lado sur de la plaza. El señor Gardela estaba ausente en una de sus haciendas, pero uno de sus sirvientes nos dijo que la casa, aunque cerrada, estaba a nuestra disposición. Preferimos, no obstante, seguir adelante hacia la casa del venerable Don Francisco Garay, de quien habíamos sabido era un rico ciudadano que vivía en una finca solitaria en los alrededores de la cabecera y era compadre del General Zelaya.

Como nos demoráramos un poco, pronto se reunió un grupo de personas ofreciéndose para guiarnos. Cruzamos la plaza, seguimos la dirección que se nos indicó y pronto llegamos frente a un gran edificio blanco, con ventanas enrejadas y aparentemente cerrado por todos lados. Tocamos a la puerta varias veces sin obtener respuesta, por lo que Víctor, siguiendo mis instrucciones, se fue hacia un gran portón de la derecha que comunicaba con el patio interior. Inmediatamente fue zafado el pesado pasador de madera de la ventana y una figura vestida de blanco según podíamos discernir en la obscuridad, nos miró y gritó: "¿Quién?"

L... contestó que traíamos cartas de presentación para el señor Garay y que deseábamos pasar la noche en su casa. Este mensaje fue entregado e inmediatamente una voz cascada, evidentemente de una persona de edad avanzada, salió de la ventana y preguntó por nuestros nombres.

Al saber quienes éramos, se disculpó por la tardanza en abrísenos y nos invitó, "en el nombre de Dios", a que pasáramos adelante. Al mismo tiempo el portón se abrió de par en par y todos entramos al patio.

Dejamos a Víctor y a Roberto que atendieran nuestras bestias y seguimos a un indio hacia la sala, donde nos presentamos a un anciano de cabellos blancos, que de una gran hamaca que estaba tendida de lado a lado del apartamento se levantó con dificultad a recibirnos. Tenía él una contextura

(1) Juarros dice que a San Jorge Olanchito la fundó Diego de Alvarado, por orden de su hermano D. Pedro, el año de 1530 V Historia de la Ciudad de Guatemala, tercera edición, p. 35

hercúlea y debe haber sido, medio siglo antes, un hombre muy bien parecido. Recibí nuestras cartas con dignidad, las vió y a través de sus anteojos repitió su cordial bienvenida, al mismo tiempo que gritó con voz estentórea que se sirviera muy pronto una cena para sus visitantes. La casa se puso rápidamente en movimiento y en media hora estábamos sentados alrededor de una gran mesa, donde se veían tantas viandas exquisitas que yo no tuve tiempo ni inclinación para tomar nota de ellas.

Esta era el famoso Don Francisco Garay, el Creso del departamento de Olancho, el propietario de diez mil cabezas de ganado y de seis haciendas entre las cuales figuraba la bella y extensa de "La Herradura". Nuestro anfitrión, después de volver a su hamaca, encendió un cigarro y yo, brevemente, le informé acerca del objeto de mi visita y de los sucesos mundiales en general. Aquí estaba un hombre de corazón sencillo, hospitalario, de cabellos blancos y de un aspecto gentil, que nunca había salido más allá de las fronteras de Olancho en su larga vida de ochenta años. Solo su ganado, si se estimara su valor en la medida que lo pudiera hacer un propietario de haciendas después de los descubrimientos de oro en California, se contaría como una fortuna principesca y esto sin incluir los incontables hatos de mulas y caballos y las leguas de la más rica tierra en una de las regiones más sanas y más pintorescas del mundo!

Había procreado una familia de calorce hijos, muerta su esposa, sin ocupación o entretenimiento dedicó su vida a mejorar sus propiedades, y enviando frecuentemente a Trujillo recuas de mulas cargadas con quesos, pieles de venado y cueros de res, o grandes partidas de ganado, de caballos y de bestias mulares a Gualemala o a la feria de San Miguel. Hace como veinte años fue arrojado de su silla por un caballo chúcaro y se quebró una pierna en la caída. Esta le fue atendida por un chapucero ambulante y quedó renco para siempre. Con la excepción de cortos viajes en una mula mansa, cuidadosamente seleccionada y domada para su uso especial, renunció a sus labores activas y la supervisión de las haciendas pasó a sus hijos. Ahora vive meciéndose en su hamaca y fumando todo el tiempo.

Entre su progenie había una hija que casó hacía varios años con el señor Zelaya, Alcalde Primero de Tegucigalpa (1). Me dijo el viejo, como algo de sumo interés, que había enviado por ella a fin de que pasara la función en Olancho. Los otros hijos, ausentes en distantes secciones del departamento, también eran esperados para que es-

luvieran presentes todos durante la fiesta próxima y reunidos en el hogar. "Usted no puede llegar más a tiempo", me dijo nuestro anfitrión después de habernos dado, entre chupadas de su cigarro, los detalles arriba asentados, "la ciudad ahora se parecerá a los tiempos de fiesta y de holgorio de antaño, cuando los placeres de oro producían tan vasta riqueza bajo la dominación de los españoles".

Era casi medianoche cuando habíamos cambiado protestas de amistad con el viejo olanchano, y supe de sus elocuentes labios los detalles de su vida, de su familia y de sus dominios. Nosotros, en cambio, le pormenorizamos los sucesos políticos y sociales del año pasado, de los cuales en su confin sólo había oído referencias vagas o exageradas. Escuchaba atentamente nuestros comentarios sobre la guerra europea, destinada, según su opinión, a causar más derramamientos de sangre y cambios que las de Napoleón. Luego hicimos colgar nuestras hamacas, meciéndonos en ellas y cansados de nuestro viaje de treinta millas pronto nos dormimos.

La llegada de un americano de El Norte produjo una sensación extraordinaria en la pequeña sociedad de Juticalpa. Al siguiente día la sala del señor Garay estaba llena de bote en bote. Entre mis visitantes se hallaban los Padres Francisco Cubas y Buenaventura Colindres, el señor Felipe Bustillos (2), don Mateo Pavón y otros numerosos elementos prominentes de la ciudad. La ceremonia de la presentación a éstos era de una formalidad casi ridícula, que en cualquier otra parte hubiera provocado mi risa, pero ya estaba yo acostumbrado a observarla. El Padre Colindres, o Padre Buenaventura como se le llamaba familiarmente, pronto se interesó en mis proyectos. Era en extremo popular entre todas las clases sociales, con un gran cerebro repleto de conocimientos campesinos, pues no leía otra cosa que su Misal, su libro de oraciones y, ocasionalmente, los periódicos de Tegucigalpa. Examinó con gran curiosidad los mapas que había traído conmigo de los Estados Unidos y, especialmente, los de California. Copió los nombres de los Estados y estuvo por algún tiempo estudiando una breve traducción que le hice sobre la forma del gobierno local en cada Estado y sobre asuntos generales, relacionados con el país de El Norte. El Padre Cura de Juticalpa, Francisco Cubas, tenía un cargo superior al del Padre Buenaventura. Cada quien tenía asignada su jurisdicción en el departamento, adonde hacían una visita semianual para el bienestar espiritual de los feligreses. Pagué la visita de ambos y tuve la suerte de ganarme su buena volun-

(1) Se refiere a D. José María Zelaya, casado Dña. Justa Garay

(2) D. Felipe Bustillo ejerció el Poder Ejecutivo en calidad de Vice-Presidente el año de 1848. Fue abuelo del General Manuel Bonilla

tad. Como antes he dicho, el apoyo y protección del clero es un poderoso auxiliar para el éxito de cualquier empresa en Hispano América.

Mientras me hallaba en la casa del cura y durante el término de la función tuve la oportunidad de ver el poder que tiene el clero sobre el pueblo y la facilidad con que éste contribuye a su sostenimiento. Varios jóvenes fuertes llegaron sucesivamente durante nuestra entrevista, y haciendo un saludo reverente en la puerta, entregaban a su consejero espiritual varias sumas de dinero, desde uno a cuatro pesos, para que los encomendara a la protección de la Santa Virgen. Estas eran, me dijo el Padre, parte de las ganancias de ellos al monte, juego favorito entre los españoles en todo el mundo. La procesión de mujeres y viejos era continua y cada quien deseaba atenuar algún pecadillo dando una bagatela a la Virgen. Creo que el Padre, de no más de treinta años, es el hombre más inteligente que yo había encontrado en Olancho. Era un autodidacto en latín y francés y su biblioteca, de unos doscientos volúmenes sobre teología, metafísica e historia, demostraba que no era un lector superficial.

Apenas había estado una hora en la casa del señor Garay y ya había hecho una o media docena de citas con igual número de personas para ir en excursión a varias partes del departamento, entre ellas una a la famosa y comercial ciudad indígena de Cutacamas, otra de pocos días a la costa, cerca de donde el río Guayambre se une al río Guayape, cuyo lugar se llama La Confluencia de los Ríos. Cada quien parecía imbuído del deseo de traerme noticias sobre alguna localidad otrora célebre como placer aurífero, las cuales, si sus aseveraciones fueran tomadas al pie de la letra, con una cantidad apropiada de eficiencia y de empresa podrían producir millones.

Como siempre lo hacía, extendí mi mapa de Olancho que luego se convirtió en objeto de general interés tanto en esta ocasión como en todo Juticalpa. Muchas personas vinieron a verlo y cada quien tenía una hacienda que insertar, o sugerir que se incluyera en él alguna cadena de montañas o algún río. Hasta el más ignorante comprendía la naturaleza del trabajo, pero hallé que su estimación sobre distancias no era digna de confianza en casos donde un norteamericano de las regiones más apartadas podría ser claro y exacto. Para obtener la dirección de cualquier lugar preguntaba a media docena de personas sucesivamente para señalar lo que ellos consideraban el curso exacto, y en este particular invariablemente encontraba que todos estaban de acuerdo. Nada sabían sobre los puntos cardinales de la brújula o

sobre la posición de la Estrella del Norte, pero su sentido de dirección era casi infalible y tan seguro entre ellos mismos como el viejo sistema de navegar guiándose por las estrellas. Al determinar la exacta situación de un lugar con mi brújula, la incluía en mi mapa y luego hacía una serie de preguntas en cuanto a las quebradas, las montañas y los valles que debían cruzarse para llegar hasta ese punto. La aseveración de que una brújula de nada sirve en las montañas de Honduras debido a los depósitos minerales, es sencillamente absurda y no merece la menor consideración siquiera.

Quizás he dado demasiado espacio a la descripción del clima de Olancho. Ello es debido a que las tradicionales opiniones que comúnmente se reciben en cuanto a los "terribles trópicos" han tomado posesión de la mente del público, y que yo me he propuesto desbaratar para demostrar que estas mesetas elevadas, abanicadas por los vigorizantes vientos del mar, son tan sanas como las regiones deliciosas de Puebla, de Jalapa o de México, lugares todavía frescos en la memoria de los compatriotas norteamericanos que las visitaron durante la guerra con México.

No concibo que los norteamericanos que visiten Olancho, o cualquier otra parte del interior de la República de Honduras, pudieran degenerar en razón de su clima o de los hábitos indolentes de sus habitantes, provenientes de la asociación con las gastadas razas de Hispano América. En los suelos abundantes en oro, el yankee no puede resistir la tentación del trabajo, y es mi convicción que en Olancho sólo, en la América Tropical, el problema de la colonización por ciudadanos industriales del Norte, será pacífica y felizmente resuelto. Las colinas siempre arboladas y los llanos siempre herbosos, preservan la humedad de la tierra durante nueve meses del año (junio a febrero inclusive) y los vientos alisios que soplan en todas las épocas moderan la temperatura y la hacen deliciosa. Juticalpa, Lepaguare, La Concepción, Catacamas, Las Flores, son todos lugares salubres, pero particularmente los dos primeros, en donde pueden establecerse estaciones para un tráfico activo, las cuales, bajo la dirección de empresarios norteamericanos y bajo la garantía de un gobierno estable y discreto, podrían prosperar hasta convertirse en ciudades florecientes que dependerían de una inagotable provisión de oro, de ganados sin límite, caballos, mulas, una población pacífica y una de las más fértiles regiones del mundo.

La ciudad de Juticalpa, aunque construida en el sitio que ocupó una antigua aldea indígena de ese nombre, no es tan antigua como la vieja capital de esa sección

centroamericana, Olancho, y que ahora se conoce con el nombre de Olancho Viejo o Antigua, de la cual solo las ruinas existen para denotar su anterior importancia. Estas ruinas están situadas al pie del Monte Boquerón (1) en el río de Olancho, hacia Catacamas y su descripción la reservo para después. Antes de la destrucción de Olancho Viejo, Juticalpa era una aldea insignificante. Aunque es el centro comercial del Este de Honduras y cabecera de un departamento que comprende en su extensión más territorio que todo El Salvador y Costa Rica juntos, hasta hace poco la ciudad no tenía lugar en ningún mapa de Centro América. Su misma existencia parece haber sido ignorada como la de las otras ciudades de Olancho. Ha sido muy poco visitada aún por los escasos aventureros de los cortes de caoba que penetraron en el interior durante la última centuria, de los establecimientos de Belice y a lo largo de la costa oriental. Es ahora el centro comercial del tráfico del departamento. La ciudad, se me dio, tuvo antes arriba de ocho mil habitantes pero la disminución de su comercio, el decaimiento de las empresas mineras bajo el cambio de los gobiernos nacionales en la república y, últimamente, por los estragos causados por la langosta que barre todos los cultivos en una sola noche, todo se ha combinado para disminuir la población de Juticalpa a poco más o menos cuatro mil almas que, en tiempo de celebraciones públicas, se triplicaba temporalmente.

Existe una red de caminos, que son más bien veredas para mulas, que arranca de Juticalpa y se extiende por todo el departamento. Casi todos los ricos en haciendas de ganado tienen residencias en la cabecera departamental.

Recogiendo datos relativos a Olancho fui presentado a un costarricense, el señor Apolonio Ocampo (2), quien, por varios años había estado ocupado en los cortes de caoba en el Guayape, el Guayambre y el Jalán. Le conocí en casa del señor Garay, y el mutuo conocimiento se convirtió luego en una íntima amistad que duró hasta mi despedida de Olancho. Inteligente, con educación liberal y con una sagacidad agudizada por el trato con los negociantes de caoba londinen-

ses en Belice, estaba peculiarmente calificado para proporcionarme una información veraz, ya que sus hábitos de observación le habían capacitado para darla sobre sus viajes constantes al interior del país y en sus transportes en balsa por los ríos Guayape y Patuca. Tenía a veces varios cientos de hombres trabajando en sus benques del Guayape y sus tributarios. En particular, debo a don Apolonio los detalles minuciosos que me diera sobre el curso de los ríos principales, más allá del punto donde yo los cruzara.

Durante varios días, anteriores a la función, con el señor Ocampo visitamos a caballo la región. Generalmente llevábamos armas, más por mi iniciativa que por alguna advertencia que él me hiciera al respecto. Una vez íbamos hacia la aldea de Jutiquile, que queda más o menos dieciocho millas al noroeste de Juticalpa, vimos en el camino un pequeño cerdo salvaje de ojos malignos, y estaba a punto de recetarle una de mis píldoras de plomo, cuando don Apolonio me aconsejó que me abstuviera de hacerlo porque donde había uno de estos animales, seguro que cerca estaba toda la manada, cuyo número y ferocidad no eran para despreciarse. Así, dejé que el animalito entrara trotando a uno de los matorrales, pero más adelante, como a distancia de cien yardas, el camino estaba lleno de ellos. En la costa norte este animal se conoce con el nombre de "Warey". No pude resistir la tentación de bajarme del caballo, llevarme el rifle a la cara y disparé, no obstante el consejo que me diera el señor Ocampo; con el estallido, el más grande que pude seleccionar describió una serie de vueltas, gruñendo con furia salvaje y, por último, rodó pataleando hasta que quedó tendido. Curioso era observar el resto de la manada viendo sus contorsiones. Don Apolonio, mientras tanto, prudentemente se había retirado colocándose a una distancia respetable entre él y los jabalíes.

Como la manada no hacía sino gruñir, dar chillidos agudos, dar vueltas enderredor y hociar el cuerpo de su compañero muerto, hice la misma operación a otro, desde un lado de mi caballo. En el momento que con sus pequeños ojos me divisaron, salieron velozmente hacia mí, trepé a la silla y volviendo grupas a la legión que avanzaba, ví luego que con Apolonio era cuestión de competencia a quien interponía más terreno en el más corto tiempo. Nos siguieron por varios cientos de yardas y sintiendo quizás que su poder de locomoción era desigual a sus propósitos, regresaron hacia donde estaban los cuerpos de sus compañeros muertos y recomenzaron su hociqueo. Los seguimos y matamos cuatro más, y cuando la manada tomó esto como una lucha desigual, corrió

(1) El anotador conjetura que la historia de la erupción del Boquerón no pasa de ser una leyenda sin fundamento real, recogida por el Br Juan Francisco Márquez, Cura Propio de Tegucigalpa. Refiere que la ciudad de Olancho el Viejo fue destruida "por haber llegado a tanta la corrupción de las gentes, que el oro se empleaba hasta en las herraduras de los caballos, con mayor soberbia que los Perubianos o Cusquillos, por falta de hierro, cuando se encontraban de cuero las Coronas de los Santos" (Revista del Archivo, t. I p. 309). Pero según la carta dirigida al Rey por el Obispo de Comayagua Fr. Gaspar de Andrada y Quintanilla, el 12 de octubre de 1598, "los vecinos de la villa de Olancho sin orden ni licencia desampararon, algunos años ha, el pueblo donde vivían, y poblaron en un sitio muchas leguas distante del" (Archivo de Indias, Guatemala, 164). De manera que en 1611, año en que se afirma que hizo erupción el Boquerón, hacia ya muchos años que Olancho estaba deshabitada.

(2) Parece que fue casado con Dña Mariana Arbízú, padres de Dña Trinidad Ocampo, esposa del jurista hondureño D. Pedro J. Bustillo.

hacia el bosque dejándonos en posesión del campo.

Estas son criaturas bravías, de patas delgadas, vivas, como un cruce de cerdo común y un puercoespín, tienen ojos pequeños y malignos, formidables colmillos y, generalmente, un color moreno sucio. Corren en las montañas siempre en grupo, donde el viajero solitario que los encuentra, a veces se ve obligado a subirse al árbol más cercano en busca de refugio, especialmente si ha tenido la temeridad de dispararles. En tales ocasiones él puede tirarles desde allí con perfecta seguridad, y aunque con su rifle logre ultimar la mitad de ellos, continuarán lanzándose alrededor del árbol entre los cuerpos yeríos de sus compañeros, rechinando los dientes y emitiendo un gruñido bajo y colérico hasta que el jefe de ellos, generalmente el más grande, es muerto, ocurrido lo cual, se escabullen a toda velocidad, pues la pérdida de su guía, desalienta su ferocidad porcina.

En estado doméstico andan de puerta en puerta en las aldeas, devorando los desperdicios que pueden arrojárseles y disputando con los zopilotes el oficio de agentes de salubridad, comiendo carroñas. Los muchachos descalzos aprenden pronto lo que significan los brillantes dientes del "warey". Este animal raramente se caza en Honduras o en Costa Rica, en donde particularmente abundan y se le confunde, erróneamente, con el pecarí. Como una ilustración de la variedad de nombres que en una sola localidad de Honduras se da a muchos animales y pájaros por cuya razón si los extranjeros no están familiarizados con el lenguaje caen en absurdas conclusiones, el nombre de este animal servirá de muestra. En un círculo de unas cien millas se le llama: "Waree", chanco de monte, jabalí, pecarí, saíno, "warey", y chanco bravo, amén de tener también su nombre en latín.

En los alrededores de Juticalpa hay numerosas minas o placeres. No son, sin embargo, muy productivas y sólo se conocen como sitios en donde de tiempo en tiempo se han encontrado algunas chispas del precioso metal. Cerca de Monte Rosa, hacia el suroeste, hay lugares en los cuales las lavadoras van después de las crecidas y coleccionan cantidades considerables. Pero la labor de los viejos españoles, como de las mujeres del tiempo presente, parece haber sido dirigida principalmente a las arenas de las quebradas, más bien que a cambiar el curso de los ríos o a excavar profundamente en los secos barrancos y cañadas, que es donde más se le encuentra en California.

Mientras andábamos por Monte Rosa con el Padre Buenaventura examinando es-

tos placeres encontramos a dos muchachas que estaban lavando oro en el río. Habían traído la tierra en burdas canastas de palma, desde una distancia de media milla y las partículas de oro se distinguían bien después de la operación del lavado. Esperamos hasta que terminaran su labor y a luego del padre regresaron con nosotros al lugar desde donde habían traído la tierra. Estaba éste en la ladera de una pequeña colina, donde la tierra roja indicaba la presencia del oro. El lecho de roca aquí era bastante superficial cubriendo la tierra poco más o menos un pie de profundidad. Esto es lo que las pequeñas trabajadoras habían raspado y recogido de la sustancia arcillosa, dejando la roca enteramente limpia. Así habían barrido un espacio como de una yarda cuadrada y de allí obtuvieron como quince centavos de un oro puro, escamado, de color amarillo brillante y de una calidad sólo productiva si se le trabajara por medio del azogue. La operación del "lavado del suelo" pagaría aquí buenas ganancias.

Fue en este viaje cuando por primera vez vi el árbol de donde se extrae el liquidambar (Liquid-amber. Ambar líquido). Es natural de varias secciones de Centro América, pero especialmente de las mesetas de Olancho, donde se le ve creciendo exuberante entre los muchos árboles de brillantes hojas que integran el paisaje del departamento. Después me lo mostraron en el camino entre Lepaguare y Galeras y, también, en las vecindades de Catacamas. La mayor parte de estos árboles, sin embargo, han sido horadados y, por consiguiente, dañados. Su altura media es de unos treinta pies, pero el General Zelaya me aseguró que en las montañas, como a veinte millas al Norte de Juticalpa, se les encuentra de treinta a ochenta pies de altura y de unos tres pies de diámetro en la base. El tronco es suave y desnudo de ramas hasta la altura de veinte pies desde donde salen hacia la parte superior, muy parecidas a las del pino norteño y formando un cono de viva esmeralda.

Las hojas tienen siete puntas y están profundamente marcadas, muy arrugadas y cuelgan de tallos finos. La florescencia es a principios de febrero; en este tiempo el árbol se destaca entre el follaje que le rodea. Las flores son de color rosado, grandes y puntiagudas, salen de los extremos de las ramas y revientan en ricos corimbos globulares. El haz de las hojas es glutinoso y brillante y se parece al del arce de hojas plateadas. La madera es dura y cuando se la trabaja muestra un grano fino jaspeado, capaz de coger un alto brillo, pero raramente se la corta y usa en esta tierra donde abundan las maderas preciosas para construcción, las maderas de tinte y las plantas medicinales.

Los propietarios de las haciendas de ganado envían a sus mayordomos a las montañas a recoger la resina que exuda a través de los poros del árbol y, a menudo, como la del durazno, se concentra en algún nudo a lo largo de la superficie lisa. La goma o resina gotea de la incisión en lágrimas transparentes hacia los conductos hechos por los nativos hasta que, de una espinita insertada en un punto conveniente, puede recogerse una botella o más de líquido. Según supe, de las ramas más altas se obtiene un producto de mejor calidad.

La pestaña hecha de hojas de plátano y que se ata apretadamente alrededor del tronco, se deja por varios días para encontrarla después llena de la preciosa destilación. Con Julio, el mayordomo de Lepaguaré fui a ver uno de estos árboles como a dos leguas, donde él recogió por lo menos una botella, de las pestañas hechas de hojas. El tronco del liquidámbar es pegajoso al tacto, donde numerosas abejas quedan atrapadas cuando, atraídas por la substancia glutinosa que exuda de los poros, acuden a la corteza. La goma cuando se embotella adopta la consistencia de la miel. En la caballeriza del General Zelaya había por lo menos dos galones de liquidámbar, que no usaba sino con el propósito de curar las heridas de los caballos, las mulas y el ganado. Mientras estuve ahí vi un patacho de yeguas y potros que se encorralaban por haber sido mordidos por los campiros o heridos por las bestias salvajes. Las heridas se limpiaban primero con un cocimiento de plantas medicinales recogidas por uno de los muchachos, y después se las cubría con liquidámbar. Se me aseguró que nunca fallaba para una cura rápida de las heridas en la piel de los caballos, y que en las montañas cuando los cortadores de caoba o los cazadores se hieren, inmediatamente se aplican de este árbol el remedio consiguiente. Los indios, con el objeto de preservar su dentadura la mastican, pero si la goma está muy espesa le mezclan algunas veces otras substancias. No vi liquidámbar sino en Olancho, e investigando en otras partes de Centro América supe que señalaban esta sección del istmo centroamericano como particularmente abundante en dicho árbol.

Desde el día de nuestro arribo a la ciudad de Juticalpa la población aumentaba constantemente. Todo era alegría y entusiasmo con los preparativos para la función, largamente esperada. Se reunieron las autoridades y dieron licencia a los habitantes para que pudieran disparar armas de fuego y bombas, la pequeña guarnición del cabildo se atavió lo mejor que pudo, desfiló por las calles y a intervalos despertaban a los habitantes con el eco de su cañón de montaña, viejo y destaralado armatoste espa-

ñol del calibre de las escopetas que sirven para cazar patos. En Centro América se estiman los cañones por el ruido que puedan hacer. Un grupo de señoritas se reunió en casa de Doña Teresa, al otro lado de la calle. El interior, como pude ver desde mi ventana, estaba alegre con la policromía de los estampados, cinfas y mantones que llevaban. La gente llegó de todas partes. Venían a diario desde lugares a cincuenta millas de distancia. La plaza de toros estaba recibiendo los toques finales de los trabajadores que durante varios días habían estado trayendo a la ciudad con bueyes y mulas cargas de ramas y palos para completar las barreras. Varios músicos, que tocarían durante la semana de festejos, habían visitado al señor Garay para la acostumbrada contribución; los pudientes de la ciudad habían estado en solemne cónclave en nuestra casa con los curas, discutiendo los gastos del decorado de la iglesia en una manera que concordara con la importancia de la ocasión; los toros (siempre suplidos gratuitamente por el señor Garay) ya estaban en camino desde sus haciendas; los cohetes y buscapies (también los llaman escarba-niguas) anuncian la función chisporroteando y explotando alrededor del cabildo, y la dormida ciudad de Juticalpa, comúnmente tranquila, presenta ahora una admirable escena de ruido y excitación.

Durante todo este bullicio, tocado con sus vestiduras de fiesta, con su pierna coja sostenida entre cojines y su harnaca arreglada de tal modo que halando una cuerda suspendida del techo pudiera mecerse de aquí para allá, el viejo caballero abrió su casa y distribuyó monedas y consejos a las varias personas que diariamente le visitaban. Alguna vez, a hurtadillas, un sujeto entraba a su cuarto, sombrero en mano, y se sentaba respetuosamente sobre un baúl y quedaba mudo, con sus ojos fijos y lánguidos hacia el piso. Cuando el señor Garay había terminado sus asuntos con el sujeto que había venido antes, miraba con bondad hacia su nuevo visitante, prendía un cigarro y le decía:

"Ahora, amigo, ¿qué tienes?"

A esto el sujeto (ahora seguro de su éxito) levantaba los ojos, decía que él trabajaba duro para sostener a su madre ciega o a sus pequeñas hermanas, pero que debido a los destrozos de la langosta le había sido imposible conseguir un medio para poder celebrar la fiesta a la gloria de Dios, y después de un largo cuento bajaba otra vez los ojos y permanecía en silencio. El viejo golpeaba con su bastón el piso, llamaba a un indito que tenía de criado, quien procedía a abrir un baúl antiguo de roble y sacaba de él una caja llena de monedas de cobre. Estas eran contadas cuidadosamente y dándoselas al peticionario, le decía: "Vamos! Sin duda

sois buen muchacho", y cuando le obsequiaba las monedas agregaba con aire paternal para guardar su talante patriarcal: "Acuérdate, Antonio, que un peso en el bolsillo es el mejor amigo en este mundo".

El sujeto que, se quiera o no, era algún pelagatos o vagabundo, invocaba a Dios para que derramara sus bendiciones sobre su venerable benefactor y, saliendo de prisa hacia la plaza, rápidamente gastaba los cobres apostándolos al "monte" en la primera mesa de juego.

Uno de los pasatiempos favoritos del señor Garay, y que él compartía con toda la

población de Olancho, era el de las corridas de toros, entretenimiento en el que, allá en sus días de juventud, no desdeñaba tomar parte pero ahora solo se contentaba con presenciar desde el alto andamiaje levantado, tantas veces como se celebraba la fiesta expresamente para él, fuera de la gran barrera y desde donde se dominaba todo el redondel. Conociendo esta debilidad suya, los toreros siempre le sacaban al rico Don Francisco fuertes contribuciones. Nunca rehusaba él las peticiones de sus favoritos, quienes, en su concepto, ofrendaban la vida para alegrar al público y celebrar como se merecía la Función de la Virgen.

18

Las calles.—La iglesia.—En la plaza.—Mantos de plumas. Población.—Espectáculo festivo.—"El Bolero" y "El Fandango".—Poesía olanchana.—Un "Feu de Joie".—Cena con el Padre.—Visitantes.—Mermelada de naranja.—Ambrosía de tamarindo.—El primer Día de Función.—Cómo montan las muchachas y los galanes.—El encierro de los toros.—Una carrera loca.—Ceremonias religiosas.—Procesiones.—Lidia de toros.—Montando un toro.—Una "Chispa de oro".—Aire puro. Campanas de plata y oro.—Reunión social.—"Poco a Poco". Doña Isabel.—Comprando polvo de oro.—Valle de la Concepción.—Panorama irisado.—A caballo con un cura.—Sitio para una ciudad norteamericana.

Las calles de Juticalpa, como las de todas las poblaciones hispanoamericanas, son estrechas, mal empedradas y calientes debido al resplandor del sol en las paredes eternamente encaladas, por lo genral no huelen muy bien. La mayor parte de las casas son de un solo piso, los interiores frecuentemente están sin pavimento y el suelo desnudo sirve como piso. Los techos son todos entejaados lo que, a distancia, da la impresión de estar la ciudad regularmente construida, no siendo ello así. De los aleros de las casas las gentes habían estado colgando por varios días ramas y hojas de palmas y cedro, mientras que, de lado a lado de las calles principales y de techo a techo, se tendían cuerdas hechas de algún bejuco resistente, a los cuales se ataban haces de ocote que servirían como antorchas. La iglesia se hallaba igualmente adornada y los portales de los edificios se veían cubiertos con ramas de pino y cedro. Los interiores de las casas se hallaban también adornados y el aspecto de la ciudad me hacía recordar en algo la decoración de las iglesias en el Norte, en época de Navidad.

Por invitación del Padre Buenaventura

fuí a ver los preparativos que hacían las mujeres de la ciudad, a cuyas manos la iglesia había sido confiada. El altar estaba rodeado y cubierto con velas de sebo y colocadas en pequeños sostenes de madera. Estas luces se veían, asimismo, profusamente colocadas alrededor de los muros en los nichos, frente a figuras de santos adornados con oropel y ante los execrables remedos de pinturas con que la iglesia estaba decorada. La galería se veía abarrotada con velas a su alrededor. Todo el edificio por dentro estaba guarnecido con tablas de cedro bien cepilladas para cuyo trabajo se importaron carpinteros de Jamaica, vía Trujillo. En conjunto es un edificio muy aceptable y estuvo diez años en proceso de construcción.

Cuando entramos hallamos como dos docenas de mujeres caminando silenciosamente, con sus pies descalzos, sobre el pavimento enladrillado, con el esmero de sus manos el recinto había ya tomado una apariencia imponente. El Padre dijo que habría una iluminación parcial aquella noche, cuando se llevarían a cabo varias ceremonias importantes. Cada vez que pasaban frente al altar las mujeres se persignaban fervorosamen-

te, de cuando en cuando se hincaban y re-
petían, con verbosidad de loras, selecciones
del Misal, o se inclinaban devotamente ha-
cia la figura de la Virgen, cuyo ropaje bri-
llante y holgado y sus ojos de abalorio la ha-
cían decididamente lo más prominente en
esta ocasión. Mas que otra cosa me hizo re-
cordar las figuras de los mandarines con sus
cabezas rizadas. Desde luego que yo per-
manecí descubierto e hice mi mejor reveren-
cia ante ella.

Al anoecer toda la ciudad estaba albo-
rozada. Los cohetes y las fogatas se dispu-
taban el dominio del aire y alrededor de la
plaza se podía ver cómo las llamas iban de
aquí para allá enviando su luz contra los mu-
ros de la iglesia. Todo el que pasaba frente
al edificio sagrado se descubría y varios se
hincaban al hallarse ante sus puertas. Se
erigieron sendos chinamos y mesas de juego,
como se hace en los Estados Unidos durante
los días públicos. En los primeros se vendía
chicha, tiste, chocolate, ponche de aguardien-
te, huevos, caramelos, queques, fuegos arti-
ficiales, frutas, y estampas de la Virgen; en
las mesas de juego se congregaba la multi-
tud de vaqueros, fuertes y bien conformados,
los contadores de caoba, los recogedores de
zarzaparrilla, los cazadores de venados y mu-
leros, cada quien con su muchacha vistosa-
mente ataviada para la ocasión y compari-
tiendo las cordiales risas estruendosas y las
exclamaciones de desencanto. Entre la mu-
chedumbre, los indios de los establecimien-
tos de Los Indígenas del Este del departa-
mento se movían discretos pero igualmente
vivaces y amables. Algunos de ellos habían
llegado desde La Conquista, San Esteban y
de El Dulce Nombre, se hallaban bien vesti-
dos, eran de buen parecer y en gran canti-
dad los de Catacamas. En ellos podían ver-
se ejemplares del arte exclusivo de las razas
indígenas americanas: los mantos de plu-
mas. Muchos estaban confeccionados con
rara habilidad, haciendo patente el gusto en
la disposición y el contraste de colores, que
en vano podían haber intentado artistas más
cultivados.

Las aves de los plumajes más vistosos de
la floresta tropical prestan su contribución
para la manufactura de estos mantos. Uno
de los indios, descendiente según creo de la
tribu de los xicaques, descritos por Juarros,
prometió hacerme una descripción del méto-
do cómo se fabrican, pero mi nuevo conoci-
do, a quien en razón de su promesa le había
dado varios puñados de monedas de cobre
para que los jugara al monte, perdió parcial-
mente su memoria bajo el efecto demasiado
fuerte de la botella de aguardiente, y quan-
do terminaba la función, desapareció súbita-
mente con sus demás compañeros. El man-
to que yo compré al individuo se perdió des-
pués, de mi alforja.

Era ahora que empezaba yo a darme
cuenta de la extensa población de Olancho y
de sus capacidades de defensa. Cientos de
hombres a caballo se movían alrededor de
la plaza, desplegando una gracia ecuestre
que, en una carga, los haría contingente va-
lioso en cualquier regimiento de caballería
en Hispano América. Las calles de la ciudad
estaban abigarradas. Es esta facilidad con
que se congregan en la ciudad las gentes de
las aldeas cercanas de San Francisco, Juti-
quile, Mamisaca, Las Dorillas, San Nicolás,
La Concepción, y El Plomo, lo que ha indu-
cido a error en cuanto a la población de Ju-
ticalpa. Las ciudades de Manto, Silca, Cul-
mí, Yocón, Talgua, Danlí, Gualaco y otras,
también envían numerosas delegaciones a
Juticalpa durante la fiesta patronal; éstas,
con los indios del bajo Guayape, aumentan
la población a tres veces su número corrien-
te. Los nativos de lugares distantes de Hon-
duras se confunden con los de las aldeas ad-
yacentes. Nosotros calculamos que durante
la función había en Juticalpa arriba de do-
ce mil almas.

Las calles ofrecían el espectáculo más
alegre que se pueda imaginar, realzado por
la afición de las mujeres en tales ocasiones
a los colores brillantes, en lo que las hallé
diferentes de las de Nicaragua. Cintas y
mantones vistosos flotaban en la brisa, en to-
das direcciones. Voces alegres se combina-
ban con el rasgueo de las guitarras, la mul-
titud se movía de aquí para allá entre los ca-
ballos, las mulas y las procesiones, ora rien-
do con diferente regocijo, ora confundiéndose
en la conversación ruidosa con la voz na-
sal del cantante y formando círculo para pre-
senciar el "fandango" o el bolero, en los cua-
les las figuras finas y las actitudes airoas
compensaban la falta de técnica.

Allá por las diez de la noche la alegría
creció de manera loca. Los festejos son una
mezcla de deporte y de religión, en los cua-
les a los participantes constantemente se les
recuerda la supremacía de la iglesia por el
tañido de las campanas llamando a los ejer-
cicios santos, el paso de las procesiones y el
cántico de los sacerdotes. Fue brillante la
idea de los viejos sacerdotes al introducir la
fé católica en estos países, de hacer que cada
día festivo concordara con algún evento re-
ligioso, así que los ritos del catolicismo pre-
dominan aún en los momentos más alegres.

Durante el día se dejó una hoja suelta
en la puerta del señor Garay, de la cual lo
siguiente es una copia, autorizando al pue-
blo para que disparara mosquetes, pistolas o
cohetes según le plugiera:

Al Sr. Don Francisco Garay
"Décima,
Deseando que haya alegría,

Al principiar la función
Hoy el gremio de La Unión
Viene a pedirle a porfía.
Que al punto de medio día
En vuestra casa estaréis
Y que de allí tiraréis
La bomba, fusil o cohete.
Que pago tendrá el juguete
De María no dudéis
Pues, el Gremio de la Unión
Lo festeja con porfía".

Acatando esta petición hicimos continuas descargas y salvas con pistolas, rifles y mosquetes hasta entrada la noche. Don Francisco, cuya satisfacción por tantos visitantes aumentaba proporcionalmente a las filas que se formaban a su puerta, tenía dos muchachos indios especialmente desmenuzando papel para hacer los tacos, y para que atendiera a todas nuestras necesidades. Estábamos todavía disparando cuando mi buen amigo el Padre Buenaventura llegó y, tomándose por el brazo, me dijo que deseaba que yo le acompañara a dar un vistazo por la ciudad.

Esta noche se llama "Vísperas de la Virgen". Anduvimos en medio de la multitud, cambiamos saludos, y vi mi importancia aumentada considerablemente por mi intimidad con el Padre. En todas partes era recibido con demostraciones de respeto y afecto. Pero el Padre me llevó hacia las afueras, a la parte occidental de la ciudad, donde entramos en una casita muy cómoda y me mostró a dos de sus muchachitos! "Ah, Padre Buenaventura", le dije, "yo creía que los clérigos católicos no se casaban".

"Bueno, hijo, así es", replicó negligentemente, y cambiando la conversación me presentó a una muchacha morena, cuyo parecido con los chicos me reveló que ella era la madre. "Ahora", siguió diciendo el cura, "le mostraré a usted cómo vivo. Esta no es mi casa, pero mi familia aquí reside".

La mesa estaba ya servida y nos sentamos a comer una gallina asada, con miel, pan indio, café y mantequilla. Desde mi llegada a Honduras siempre tuve un apetito de tigre. Los manjares del cura pronto desaparecieron. Después de éstos abrió él una botella y me sirvió un poco de aguardiente del cual, según juzgué, él ya había catado. De aquí nos fuimos a la "plaza" y hasta cerca de la media noche anduvimos vagando entre los grupos de gentes, cuyos rostros se iluminaban con los resplandores de las bombas y de las fogatas.

Al día siguiente, la hija del señor Garay llegó de Tegucigalpa y grandes fueron los festejos que en su honor se hicieron en la casa. Un rebaño de ovejas fue traído al patio desde la hacienda de La Concepción y seis fue-

ron seleccionados por el propio viejo para la semana de fiesta. Una bonita vaquilla, que se estaba engordando exprofeso, fue sacrificada, se hicieron pasteles y el júbilo fue mayor todavía. Como la mayor parte de los viejos olanchanos, mi huésped era un epicúreo. Variedad de guisos y sabrosos platos le fueron puestos en la mesa que, por regla general, él deseaba que yo compartiera.

También poseía el arte, por larga práctica, de preparar ciertas bebidas que eran deliciosas. Entre ellas había una a la cual, invariablemente, yo le hacía honor. Era hecha de tamarindo y comúnmente se servía por el mediodía, directamente de los pichetes de barro, envueltos en varios lienzos húmedos y expuestos a la corriente de aire para su enfriamiento. La preparación de esta bebida es sencilla. De un tonel con la fruta, que parecía haber sido convertida en pulpa y liberalmente mezclada con el jarabe ordinario del país, se extraía una cantidad de licor espeso, un poco fermentado, que se diluía para poderlo beber, y lo que se asentaba en el pichel se volvía a meter en el tonel. A esto se le agregaba canela en polvo, pimienta gorda y hierbas aromáticas (recogidas en las colinas vecinas) para darle mejor sabor. El licor, sin las especias, se utilizaba a menudo durante y después de las fiebres.

El señor Garay era muy aficionado también a una mermelada de naranja que él se servía en platillos cada noche antes de acostarse. Esta preparación contenía un infusión ligera de vainilla y una sustancia aromática de propiedades narcóticas, razón por la cual, sin duda, el viejo caballero la comía y gentilmente deseaba que sus huéspedes participaran, a fin de que pudieran dormir a pierna suelta durante toda la noche.

Varios hermosos árboles de tamarindo, conspicuos por su frondosidad y sus hojas verde pálido, tronco recto y ramas irregulares, crecían en las calles y en los solares de Juticalpa. La fruta contiene de cuatro a siete semillas; las vainas, agrupadas en abundancia entre las hojas, aparecen en Noviembre y en Enero ya están listas para su recolección.

Este era el primer día de la "función". Temprano de la mañana nos llegó la noticia de que el General Zelaya, con su familia y hermanos, llegarían a la ciudad antes de la noche. Don Toribio, el segundo hijo de don Chico, llegó anticipadamente con varias mujeres a fin de poner orden en la casa. L... y yo montamos y salimos hacia Mamisaca al encuentro de la cabalgata. Diez millas afuera de la ciudad la encontramos pero, con pesar mío, el General no venía en ella. La señora estaba todavía gravemente enferma y

él no podía dejarla. Sin embargo, recibí una amable carta del viejo hidalgo en la que me prometía estar en la ciudad durante la "función".

Regresamos con la familia y llegamos al galope cerca del mediodía. Las muchachas montaban en sillas hechas en Guatemala. Las dos hijas de Don Santiago, nombradas antes, me hicieron recordar las vigorosas doncellas de Green Mountain, prototipo de la salud rubicundo y de la afabilidad. Tenían, respectivamente, diecisiete y diecinueve años de edad y estaban tan rozagantes y tan encantadoras que parecían gatitas. ¡Qué manera de montar a caballo! Después de verlas, mi único deseo era el de apartarme del camino para ocultar mi torpe equitación, por más que alardeara de que estaba matizada con el estilo ranchero de California. Desde su niñez estas jóvenes han vivido entre jinetes y todos los días han cabalgado por las llanuras herbosas, hasta que el bien montar se ha hecho en ellas segunda naturaleza. Ahora eran atendidas por media docena de galanes campesinos de las haciendas vecinas, varios de los cuales, al oír los requiebros que yo les hacía, fruncían el entrecejo. Pero, independientemente de otras consideraciones, si yo hubiera deseado tomar alguna decisión al respecto, lo único que ellos hubieran necesitado era darle un pequeño toque con sus espuelas a sus briosos caballos y con unas cuantas cabriolas habrían sellado mi destino como rival. Ser un buen "jinete" en Olancho tiene muchísimas ventajas!

Al volver a la ciudad encontramos a varios caballeros que corrían de arriba abajo en las calles con el más grande entusiasmo, cuyo significado nos apresuramos a averiguar. Don Toribio pronto me dijo que una partida de toros de una de las haciendas del señor Garay había llegado y que estaba a una milla fuera de la ciudad, de acuerdo con una costumbre inmemorial, todo hombre a caballo en la población tenía que salir al encuentro y conducirlos hasta el "corral" preparado para su recepción en la plaza. Sólo esperaban nuestro regreso para salir al tope de los toros.

A una señal, no menos de trescientos jinetes salieron por la parte Este de la ciudad, por un llano sin límites, bellamente cubierto con flores y pastos e interceptado con montículos y alamedas de árboles frondosos. Era una cabalgata loca, sin orden ni concierto, con el recocijado "Hoo-pah!" saliendo de centenares de gargantas; algunos iban montados en caballos medio chúcaros de los llanos, todavía con la mirada salvaje en sus ojos; otros confiando en la superioridad de sus animales, se desprendían del grupo principal describiendo grandes círculos a nuestro alrededor, para luego reunirse a la mar-

cha progresiva de la muchedumbre; aquí un muchacho iba montado en su caballo trotón, como un mono, allá se veía un indio en pernetas a horcajadas sobre un potro igualmente cerril, sin silla y sin freno y tan solo con una banda que pasaba alrededor de sus muslos y de la barriga del animal y un utensilio a manera de gamarrón, llamado "jáquima" con la cual lo guiaba. El terreno materialmente temblaba con el golpeteo de los cascos.

A los pocos minutos frenamos al pie de un cerro bajo, donde el ruido de muchas voces y el bramido del ganado indicaba el objeto de nuestra expedición. Sin esperar el concierto de algún plan de acción, todo el mundo, ahora medio loco con la excitación, se metía entre los árboles, desde donde al poco tiempo salían varios toros bravos de los llanos y doblemente salvajes por el aguijonamiento y otros maltratos de que habían sido objeto en el camino. Con las cabezas bajas y los rabos al aire, saltaban en opuesta dirección de la ciudad y después de ellos iba la multitud que metía espuelas llenando el aire con gritos y carcajadas.

De cuando en cuando uno de los toros cargaba con sus pitones a sus perseguidores y entonces tenía lugar una estampida general para librarse de su alcance. Gradualmente la partida se dirigía hacia Juticalpa y después de media hora de andar, con numerosas desviaciones para interceptar a los desertores, los monarcas del rebaño fueron conducidos a la ciudad, donde miles de personas salieron a verlos desde lugares seguros. Aquí el señor Garay, montado en una mula mansa y de paso suave, se unió a nosotros y ayudó en la ceremonia del encierro de los toros, consistiendo su aporte en gritar con los pulmones de un contramaestre de acorazado y respondiendo con sonrisas radiantes a los saludos de todo el mundo. Era universalmente conocido y desde hacía medio siglo se había irrogado el privilegio de obsequiar los toros para las funciones; sus antepasados hicieron lo mismo antes de él, por derecho hereditario.

Para este tiempo las ceremonias de la iglesia habían comenzado y todo el que no podía entrar al templo se quedaba en la plaza con la cabeza descubierta, respondiendo con fervor y persignándose a intervalos. Don Toribio nos metió de contrabando por una entrada lateral, desde donde ascendimos al coro. Toda la luz del día se había eliminado del edificio y un millar de velas derramaba su luz pálida en los oropeles y dorados del altar. Esta gente me parecía a mí menos camandulera que las otras secciones de Centro América que había visto; fieles observadores de los ritos, pero no esclavos de los mandatos de la iglesia.

Las mujeres, limpiamente vestidas, con chales de colores chillantes, se hincaban dando el rostro hacia el altar y murmurando muy quedo sus rezos, produciendo ese ronroneo peculiar que se oye en las muchedumbres. El sermón fue dicho por el talentoso y joven Padre Cubas y fue atentamente escuchado por todos. Como Olancho es una aristocracia democrática, todas las divisiones sociales se olvidan a la puerta de la iglesia y ricos y pobres se arrodivan lado a lado.

El incienso que se usa en las iglesias es producto de un pequeño árbol que crece en las sabanas de Olancho y por lo común se encuentra cerca de los arbustos de la goma arábica. Se recoge crudo, en pedazos de color amarillo pálido; se parece al maíz tostado y se expone para la venta en Tegucigalpa y Juticalpa. Su perfume es muy grato y se usa para fumigar los cuartos de los enfermos en las grandes ciudades de Centro América (1). El estoraque, o resina del *Styrax Officinalis*, también se quema en las iglesias. Varias clases de estas resinas se encuentran en Olancho. Todas son conocidas con el nombre genérico de "incienso". La iglesia de Juticalpa no tiene sino una cosa de valor, cual es una cadena de oro sólido, recamada de pedrería y que, según supe, fue el regalo hecho por el salteador de caminos Quijano, en su lecho de muerte, a fin de que se dijeran oraciones por la salvación de su alma.

Concluidos los servicios religiosos el resto del día se dedicaba al placer y al holgorio. Al volver a la plaza me encontré con veinte jinetes, varios de ellos hijos de ricos hacendados. La corrida de toros no se llevaría a cabo sino hasta el siguiente día, así que, juntándome a ellos, cabalgamos por la pequeña ciudad; mis acompañantes que raramente visitaban Juticalpa, aprovechaban su tiempo para ver todos los deportes posibles. Hubo carreras a caballo, en las que los participantes, enlazando sus manos y a toda velocidad, corrían de lado a lado y de cuatro a seis de frente. Una procesión de máscaras puso a la ciudad en apuros con sus bromas locales y nuestra comitiva cambiaba agudas bromas con todo grupo de caras bonitas que encontraba. Las mujeres iban en procesión, llevando en hombros a la Virgen, vestida con el ropaje vistoso de una bella campesina, por cuyo servicio esperaban recibir su especial ayuda y protección en eventuales dificultades.

Al atardecer, la escena de las noches anteriores se renovaba pero con un triple entusiasmo. Una transparente iluminación representaba a un toro de tamaño natural, llevado a través de las calles con acompañamiento de instrumentos de cuerda y de vien-

to y de una multitud de gente. Más tarde este toro se colocó en una de las numerosas fogatas donde desapareció en un remolino de humo y llamas (1).

Al día siguiente el toque del tambor y el ruido de los jinetes nos despertaron a temprana hora. A las diez de la mañana el primer toro fue soltado en la plaza, donde estaban dos picadores e igual número de hombres a caballo con lanzas. Todo Juticalpa se hizo presente en la plaza. El balcón del segundo piso de la casa del señor Gardela estaba lleno de damitas de las mejores familias, ataviadas con alarde de lujo y el balcón de abajo se hallaba repleto de mujeres del pueblo, no menos lucidas. La fuerte barrera de roble construida para la ocasión estaba abarrotada de gente, que se encaramaba en todo lugar concebible para poder ver desde allí el desarrollo de los eventos.

Los toros habían estado vendados y sin alimento desde el día anterior y se hallaban ahora bramando de furia. El primero, así que se le quitó la venda y ya libre de las barreras, salió rápidamente y trotó imperioso y desafiante por toda la plaza. Los toreros estaban en guardia. De súbito el animal dio una rápida vuelta hacia el hombre que se hallaba más cercano, que lo esquivó; quizo refugiarse en un triángulo de postes gruesos que había en el centro de la arena, pero antes de que pudiera llegar a ellos el toro lo había derribado pesadamente contra el suelo. El animal, enfurecido, le insertó los cuernos debajo del cuerpo, lo balanceó un momento y lo lanzó al aire como un cohete. Los otros lidiadores corrieron a distraer la atención del animal, mientras el herido era conducido fuera. Tenía rotas varias costillas y un brazo, además de algunas lesiones internas, murió al día siguiente.

Este comienzo infortunado enfrió momentáneamente el entusiasmo, pero el hecho fue olvidado luego y el tormento de los animales continuó. El entretenimiento de una corrida de toros, a menos que se conduzca en la escala de las grandes exhibiciones de Cádiz o Madrid, pronto empalaga el gusto de los extranjeros. La ceremonia de ensillar y montar el toro exhibe una temeridad y un derroche de valor para los que uno no está preparado. Un jinete arroja su lazo a los cuernos del toro y, pasando el extremo de aquel a través de las barreras, el animal es halado mientras muge y lucha, hacia el cerco, en donde se le tiene firmemente cabeza abajo mientras se le coloca encima la "albarda"; se acortan los estribos y se monta un "vaquero" atolondrado, que no vacila ni un momento. Se suelta entonces la gaza y allá salta la bestia loca, retrocediendo, corcovan-

(1) Se refiere al Copal.

(1) Es el llamado Toro-Fuego

do y bramando con rabia. Sus contorsiones y sus grandes brinco no logran desalojar al diablo a horcajadas sobre sus lomos, cuya vida depende de su propia agilidad y sangre fría. Exitó el aplauso de los espectadores acostándose a todo lo largo en el lomo de la bestia, o golpeándole en la cabeza y en los cuernos con un pequeño leño que para ese efecto lleva. Cuando está cansado, el cornúpeto es llevado como antes al cerco, el muchacho se apea, otros toman su lugar, o el animal es atacado como se acostumbra en las "corridas de toros".

Por la noche el aire estaba en llamas con los cohetes, buscapies y petardos. Durante siete días las festividades continuaron con carreras a caballo, procesiones, el banqueteo durante el día y las danzas y reuniones sociales durante la noche. Mis muchachos, Víctor y Roberto, estuvieron locos de alegría durante este tiempo. En la sobria Tegucigalpa ellos nunca habían visto nada igual al alboroto y al estilo sin ceremonias de Juticalpa. Ambos hubieran sacrificado sus sueldos ante la fascinación del "monte" si yo les hubiera adelantado dinero. Al rehusarme, los bribones apelaron al ardid y me pidieron dinero para comprar una medicina. Pronto vi a mis caballeros apostando sus monedas en las irresistibles mesas. Los españoles y sus descendientes son tahures de nacimiento. Heredan la pasión del espíritu aventurero de los viejos "hidalgos".

Mientras observaba las caras excitadas de los jugadores durante la fiesta, vi que uno de la multitud sacó un pedazo de oro y lo apostó en la mesa, ganando un puñado de monedas. Este hecho me hizo recordar tanto el "49" y el "50" en California, que casi me imaginé estar en el famoso El Dorado de San Francisco o en el Round Tent de Sacramento. Observé al muchacho hasta que terminó su juego, y luego, llevándole aparte, le pregunté dónde había obtenido el ejemplar que yo había visto. "Cerca del Río España", me contestó. "Yo a menudo voy allá cuando no tengo dinero, cavo un día o dos, pero eso de escarbar oro es un negocio propio de mujeres", añadió con desdén. Le pedí que me enseñara el pedazo de oro que había apostado en la mesa de juego, a lo cual él lo sacó con otros pedazos más pequeños. El más grande tenía poco más o menos el tamaño de una nuez de nogal y pesó más de media onza en la balanza de la tienda del señor Mateo Pavón. Ya había él vendido otros pedazos a los comerciantes pequeños de Juticalpa y con todo gusto me cambió los que aún le quedaban por monedas de plata.

Este oro, que yo llevé junto con otras muestras a California, y que desde entonces ha seguido enviándose a Nueva York, era de

una extrema pureza. Lo mismo puede decirse del que se encontró en todo el valle del Guayape. Su color es amarillo canario y sólo las más pequeñas partículas están brillantes por el desgaste. Los fragmentos más grandes se obtuvieron evidentemente de excavaciones en seco, porque exhiben un exterior áspero y solo están gastados en pocos lugares por la acción de las lluvias o de las arenas húmedas. Algunos de los fragmentos sacados del lecho de los ríos tienen la forma de las semillas de melón, más, la mayoría de ellos son irregulares, brillantes como monedas nuevas por haber descansado, al parecer, en algún hueco o remolino donde la rotación del agua y las arenas los han bruñido por años y años. Estas muestras tenían 910 milésimos de fino, igual a un valor de \$ 18.81 por onza, lo que es considerablemente más alto que el promedio del oro de California. El ensayo de Mr. Heston, de la Sucursal de la Casa de Moneda de los Estados Unidos, se hallará más adelante, en las páginas que dedico a asuntos mineros.

Durante mi permanencia en Olancho a menudo encontré la temperatura incómodamente fría, tanto que la ropa de cama con que había pasado a través de las tierras bajas de Nicaragua y del Sur de Honduras era insuficiente, viéndome obligado a echar mano de abrigos y otras prendas para poder calentarme durante la noche. Hubo lluvias a intervalos, pero por regla general había un cielo claro y frío por la mañana que, al ascender el sol, suavizaba la fresca atmósfera para hacerla tibia y balsámica, poseyendo una influencia peculiarmente sedante sobre la mente y dejando en la piel un efecto como el de un chorro de agua de lluvia. Tal clima prevaleció durante la función. La barahunda de los celebradores tempraneros siempre me sacaba del lecho a un aire escalofriante y había por lo general una media docena de muchachos medio desnudos atizando el fuego en el patio. En las noches, las fogatas de la plaza servían el doble propósito de iluminar y calentar a los grupos circundantes. Hasta los vestidos que usaban las clases más altas eran exactamente lo opuesto a los que deberían llevar en el trópico. En lugar de los trajes blancos, de tela delgada, con mucha pechera en el jubón de gaza abierto para recibir cada soplo del aire caliente, las clases altas de Olancho, en cuanto se refiere a los varones, vestían con trajes de paño, chalecos del mismo material y los sombreros "tubo de chimenea", ya fuera de uso. En una palabra, los trajes de moda eran más bien para usarse en un clima templado.

Las campanas de la iglesia de Juticalpa fueron fundidas hace muchos años y todavía se repiten las leyendas de las piadosas contribuciones de las mujeres, quienes, para

propiciarse a la Virgen enriquecían el metal líquido durante el proceso de la fundición, arrojando en ella polvo y chispas de oro. Cada hacendado en aquella sección del departamento daba algo. Hay más de 1 quintal de cobre y plata en las cuatro campanas, y sin duda alguna, una considerable cantidad de oro. El cobre fue obtenido en las minas cercanas del valle de Ulúa, pertenecientes al General Zelaya. Fue extraído bajo su dirección y enviado a la ciudad con gran ceremonia durante la fundición. El tono de las campanas es dulce y profundo, denunciando con ello la presencia de oro y plata.

Aburrido sería que yo enumerara aquí las varias diversiones, reuniones sociales y aventuras de todas clases para ilustrar el carácter y las costumbres del pueblo, ya que no sería sino repetición de escenas ya descritas. La rutina de mi vida entre estas gentes hospitalarias consistía en cambiar visitas formales, hacer largas excursiones a caballo por las regiones contiguas a los ríos Guayape y Jalán, escribir, buscar los viejos infolios del departamento, trazar mi mapa, tomar notas, negociar con los Zelaya y hablar sobre la empresa e industria de los americanos del Norte en todo tiempo y en todo lugar. Personas inteligentes se interesaban en mis proyectos y me insinuaban más de un camino para llevarlos a una feliz realización. Dondequiera, la hospitalidad bondadosa y sencilla me esperaba y me siento incapacitado en este momento para recordar un acto de rudeza o un insulto durante mi visita a Olancho. Solo exceptúo un caso y fue cuando un indito que servía en la residencia del General Zelaya en la ciudad, se sintió incapaz de resistir a la tentación de coger una navaja de bolsillo que había dejado yo sobre una mesa. El hurto llegó luego a oídos de Don Francisco; hizo traer al culpable, que llegó temblando, y dándole azotes hizo que le revelara el lugar dónde tenía escondido el objeto que había hurtado. Mi intercesión fue en vano. La hospitalidad del viejo hidalgo había sido violada por uno de su casa y nada podría salvar al ofensor de recibir su castigo.

Ya para terminar la función, el General Zelaya arribó a Juticalpa, dejando a su señora en Lepaguare todavía bastante enferma. Al saber que venía en camino, una pequeña comitiva fue a su encuentro. Cuando regresábamos todos a la ciudad, la plaza estaba llena de gente y al verlo se oyó el grito de: "Viva el General Zelaya!", hecho que patentizaba su popularidad. Montaba él un espléndido caballo color negro y recibía las felicitaciones de sus amigos, con orgullo y placer.

En su casa se dió un gran baile la noche siguiente. Todas las personas que pudieron

estuvieron presentes; y después del baile, cuando los invitados se habían ido, el General suplicó a unos pocos de sus amigos que se quedaran, y yo tuve la buena fortuna de hallarme incluído entre ese número. Se confeccionó un gran tazón de ponche de aguardiente, los vapores del cual pronto subieron a las cabezas de los invitados y la noche transcurrió entre canciones, música de guitarras, relatos de cuentos y holgorios. Una canción ocasional en "bárbaro inglés" combinada con el más fluído y argentino español, servirá para demostrar con cuan poco puede ser complacida una audiencia gentil y amante de la alegría. Entonces, cualquier error en las palabras de Tom Moore o la menos clásica trova de los negros, están en estas circunstancias exentas de toda crítica. Esté seguro el lector que si visita el florido Olancho, en Honduras, y canta una canción mantiene una cara de confianza y rasguea una o dos cuerdas en la guitarra, tendrá éxito y una amable recepción.

El General Zelaya no era una excepción a la regla del poco a poco de los Hispano Americanos. En Lepaguare había prometido traer consigo a Juticalpa los papeles necesarios; en Juticalpa insistió que el plácido Lepaguare era el único lugar para concluir un contrato. Cualquier intento para apresurar a un olanchano sería el paso preliminar para destruir cualquier empresa que se tenga en proyecto. Una exhibición del apresuramiento yankee o el hacer algo a la carrera, acredita frivolidad. Así que, tragué mi impaciencia, me uní a la diversión y descarté toda ansiedad en cuanto a la espera de mis amigos de los Estados Unidos, y resolví permanecer en Olancho hasta tanto no tuviera mi contrato firmado, sellado y entregado.

No estaba del todo apesadado por la dilación, pues echando a un lado el placer actual de hallarme en estas encantadoras tierras de altura, yo tenía ansiedad por hacer un viaje a la ciudad indígena de Catacamas, así como por visitar las ruinas de "Olancho Viejo", la primera capital del departamento, y por hacer una inspección personal de los "rápidos" que, se decía, existen abajo de la unión de los ríos Guayape y Guayambre (1). Tenía yo deseo de comprobar si éstos podían ser surcados por vapores de poco calado. Un día, al oír a una vieja de La Concepción (pequeña aldea a ocho millas al Suroeste de Juticalpa) que tenía algunos "pocos" de oro, salí con el Padre Buenaventura hacia el valle de aquel nombre, esperando ver el famoso llano a través del cual corre el Guayape y, también para comprar las muestras del metal.

Un lento viaje de dos horas nos condujo

(1) En el Portal del Infierno

a la villa de La Concepción, donde desmontamos a la puerta de la casa de la señora Isabel. La venerable señora salió y le dio la bienvenida al Padre con una voz que parecía el graznido de un cuervo moribundo, y luego poniendo su mano sobre los ojos, arrugó sus facciones y echó una mirada escrutadora al extranjero. Yo le hice una ligera reverencia y le dije los cumplidos de rigor, a lo que ella, imaginándose que reconocía en mí al Señor P de Tegucigalpa, vino hacia mí y si no hago un hábil movimiento hacia atrás, me hubiera abrazado con un ardiente afecto que yo no tenía deseos de recibir.

Desengañada en este respecto, nos invitó a que pasásemos adelante y como teníamos que andar alguna distancia antes de regresar, el Padre no dilató en decirle cuál era el objeto de nuestra visita. Ella bajó de una oscura esquina una caja de roble, de la cual sacó otra más pequeña que, pensé, alguna vez contuvo píldoras. De ésta vació en la mesa un montoncito de oro, consistente en fragmentos de un polvo impalpable, cuyo valor era de un dólar. En la forma y en el color se parecía al ya descrito que se extrae del Guayape y sus tributarios.

Sus hijas, dijo, habían sido "lavadoras" por muchos años y se hallaban ahora ausentes en uno de los afluentes del Jalán. Después de un pequeño regateo compré el lote, que ascendía a dos onzas, al precio de \$ 12.50 onza. Cuando pasábamos por la aldea, el Padre cambió varias miradas de soslayo no muy clericales con más de una de las hembras de su grey.

El panorama de cualquier parte del valle de La Concepción es sencillamente encantador. Una gama de colores se combina en las colinas, que forman un anfiteatro, con un llano primaveral de exuberancia no igualada. La cadena de las montañas del Carbonal corre hacia el Suroeste, a lo largo del Jalán; su pico más alto, llamado Montaña de las Rosas, por la abundancia de estas flores que, silvestres, adornan sus laderas, se levanta al Este de la aldea y el río Jalán fluye placidamente más allá a unirse con el Guayape, abajo de Juticalpa.

Subimos al trote por un montículo frondoso de verdes árboles, a unos diez pies más arriba que el llano. Desde allí la vista era tan exquisita que decidí quedarme hasta presenciar el ocaso. El valle en todo lo lejos que podía alcanzar la mirada, era una ondeante alfombra de esmeralda, con los cerros azules y purpúreos que se vuelcan desde la lejana extremidad a una altura de 1.200 pies y cubiertos con árboles densamente frondosos. En esta alfombra esmeraldina pacían

unas tres mil cabezas de ganado, innumerables caballos y mulas, mientras los rebaños de ovejas y cabras que regresaban de su pastura diaria se movían lentamente hacia el corral para protegerse contra los coyotes y los lobos que pasan atisbando a los miembros descarriados. Todo el cuadro era la quintaesencia de la belleza pastoril.

El sol poniente derramaba sus últimos rayos de dorada luz a través de las vistas y las avenidas formadas por los árboles, y un viento apacible del Oeste suavizaba el ambiente y jugaba perezosamente entre las hojas. Nuestros caballos, que el Padre había proveído (sin consentir que usara el mío propio), parecían gozar del paisaje tanto como nosotros. Dejando nuestro pequeño "oasis", si es que tal término puede ser aplicado a un lugar situado en un valle que en sí lo es, dimos rienda suelta a nuestros animales y salimos, yo en un caballo bayo oscuro, de fuertes remos, y el Padre, que sabía montar muy bien, en un bonito tordillo que a nadie prestaba. Nuestra senda no tenía el menor estorbo de roca o barranco y el Padre, que no estaba satisfecho con mis ejecutorias ecuestres, miró hacia atrás así que me pasó veloz para ver cómo me conducía yo como competidor. Su sombrero de teja, su vestidura sobria y la suelta tranquilidad de su porte en la silla, me hicieron recordar inmediatamente las descripciones de los frailes combatientes durante la guerra de México. Parecía un verdadero Padre Jaurafa. Su caballo tenía decididamente la ventaja, y hubiera continuado en su paso rápido hasta el Guayape, de no haberse puesto el sol y que la palidez del Monte Rosa en las sombras de la noche oscura, no nos avisara que teníamos aún alguna distancia que recorrer hasta alcanzar Juticalpa, de regreso.

Paramos en una pequeña hacienda para comprar limas dulces, trotamos hacia la casa y cruzando el río Juticalpa otra vez, luego entramos a la ciudad. El valle de La Concepción es principalmente propiedad del señor Garay, y él expresó su voluntad de que este llano fuera el sitio donde se fundara una futura ciudad norteamericana. Juticalpa, dijo, no sería del agrado de los americanos, y él, repetidamente, ofreció darme el valle entero cuando regresara con una colonia. Supe que hay un camino carretero que corre toda la distancia entre La Concepción y La Confluencia, cruza unas pocas quebradas sin importancia y sigue la orilla occidental del Guayape. El llano alrededor de La Concepción está a poco más o menos noventa pies más alto que el de Juticalpa y se dice que es más frío, pero yo no pude notar la diferencia. El valle se reconoce como uno de los mejores empastados que existen en todo Olancho.

Maderas preciosas.—Los "Cortes".—El retiro.—Un molino de broza.—Un maquinista de Olancho.—Monte Rosa.—Boj.—Valle del Guayape.—San Francisco.—Río Jalán.—Panorama del bosque.—El comercio de caoba.—"Corte Sara".—Preparando un corte.—Las tortilleras.—Localización para los cortes.—Caminos.—Derribo.—Aserraderos.—El arrastre.—Las balsas.—Los "Pipantes".—Navegando en el Río Patuca.—El Jalán.—Sus placeres auríferos.—Americanos en Olancho.—La región aurífera del Guayape.—Ruta sobre el Jalán.—Quebracho.—Un "Fandango".—Laguna del Quebracho.—Don Gabriel.—Viaje incómodo.—Armadillo horneado.—Una leyenda dorada.—Cacería.—El Tucán.—El Tapir.—La Cerceta de alas azules.—El pavo silvestre.—Pájaros de Olancho.—El Tepezcuinte.—Animales familiares.

Varias semanas después de mi llegada a Juticalpa recibí una invitación de mi amigo el señor Ocampo para que visitara el corte de caoba, o benque, en el Río Jalán, conocido con el nombre de "Corte Sara". En varias conversaciones que con él había tenido supe de los lugares donde los hombres estaban trabajando. Estos eran: el corte de Mezcales (cerca de la desembocadura del río de Catacamas), el corte Frío, en el río de ese nombre que desagua en el Guayape, y el corte Sara, en el Río Jalán. El nombre del cuarto, cerca de la pequeña aldea de Alaiagua, olvidé anotarlo como también la localización de dicha aldea. El señor Ocampo es también propietario de un corte en el Bajo Guayape, conocido con el nombre de Los Guapinoles.

Estimando los recursos de la región que riegan los ríos Patuca, Pavas y Aguán, las maderas preciosas merecen una particular consideración (aún mayor que los minerales por su vasta cantidad, calidad y accesibilidad). Además de las maderas muy conocidas como la caoba, el palo-rosa, el guayacán, el brasil, el palo de Campeche, el cedro, el roble y el ébano, hay una variedad de otras muy valiosas desconocidas por el comercio y la industria y que, cuando Honduras sea más conocida, se sacarán a luz para uso general. Algunas de estas maderas tienen nombres locales y serán, en lo sucesivo, enumeradas entre los productos exportables del país. El corte y la exportación de la caoba son tal vez de las ramas más importantes de la industria y el comercio. En un país tan favorecido por la naturaleza como es Olancho, regado por ríos que conectan las partes más lejanas del interior con el mar y atravesado por las zonas forestales más vastas y de más valor que se conocen, el negocio que se puede derivar de tales ventajas

no puede sino tener preferencia a cualesquier otros. Se han dado estímulos extraordinarios de parte del Gobierno a las empresas extranjeras, y una mirada al territorio tan extenso que comprende Olancho indica que el corte de la caoba apenas si se halla en su infancia.

Sabiendo yo que no tendría tiempo sino para visitar uno de los cortes, pronto acepté la invitación que me hiciera el señor Ocampo para ir a "Corte Sara". Obligado, como siempre, a dejar mi caballo, se me dio una mula fuerte, y acompañado de mi sirviente Roberto y de dos cortadores de Don Apolonia, salimos al amanecer por el camino que va por la cordillera que arranca de Monte Rosa.

A poco andar llegamos al pintoresco valle de La Concepción y, después de cruzar como diez millas por hatos de ganado y de dar vueltas entre arboledas de acacias y de una variedad de árboles resinosos y arbustos, llegamos al vado más cercano y al lugar famoso por sus minas llamado El Retiro. Aquí un señor Morano había construido un burdo molino, o arrastre, que consistía en dos grandes piedras unidas a los extremos de un eje vertical, que giraban alrededor de una galleta, movida por las aguas de un riachuelo que desemboca en el Guayape. El empresario (así se llamaba a sí mismo) miraba su loco artefacto con una sonrisa de satisfacción y me preguntó si el arte de la minería había llegado hasta tal punto en el Norte. Yo le aseguré que todavía no y, como siempre, lisonjé su trabajo con alabanzas, éstas lo satisficieron tanto que trajo para nosotros una jicara de fiste desde su cabaña de ramas. El Guayape es aquí una corriente desbordada y magnífica, y durante las fuertes lluvias debe acarrear un inmenso caudal de

aguas. Cuando nosotros lo visitamos había aguaceros ocasionales, los últimos de la estación de lluvias. La orilla opuesta del punto donde estábamos todavía estaba cubierta con los residuos secos de las últimas crecidas y marcaban una elevación de veinticinco pies arriba del nivel presente del río, es decir, una profundidad capaz de permitir el paso de vapores como los que surcan el Mississippi.

El señor Morano había abierto un hoyo en el cerro, junto al río, del cual había extraído con la ayuda de dos trabajadores, una especie de piedra roja y suave en la que estaban contenidas partículas de oro. Yo admiré tal muestra de energía, pero rápidamente me dijo: "¡Yo soy guatemalteco, señor, los olanchanos escasamente podrían construir, creo, una máquina como ésta!". Yo no hubiera cambiado su perorata por el producto de una semana de trabajo con su miserable armatoste de rocas, tiras de cuero y troncos. El podía, dijo, moler poco más o menos, cinco quintales de rocas por día, de lo cual a veces sacaba de dos a cinco dólares de oro, y, a veces, nada, nadita. Nunca había usado el azogue y, por lo general, reducía las rocas pulverizadas por el proceso corriente del lavado en bateas. Tenía muchos deseos de que me quedara y examinara la región de aquella vecindad y "sobre todo", me dijo, "no deje de traer su gran empresa aquí para que trabaje esta veta". Después partimos y oí maravillosas historias acerca de El Retiro y de su antigua riqueza.

Pero ví lo suficiente, sin embargo, para convencerme de que, con un molino de cuarzo de California, capaz de moler de treinta a cuarenta toneladas de roca por día en reemplazo del primitivo artefacto del señor Morano, a éste, entre otros lugares, un minero emprendedor podría hacérselo producir una fortuna.

Mi nuevo conocido me prometió tenerme algunas muestras para mi regreso. Después de un cambio de cigarros y de un cordial "adiós" del señor, entramos en el río y lo vadeamos, con el agua tan profunda que nuestros animales nadaron. De la orilla Este empezamos a subir suavemente por la serranía a Monte Rosa, cuyas laderas están arboladas con pinos, cedros, caobas y la variedad corriente de los bosques de Olancho. Fue aquí donde por primera vez vi el boj, que se emplea para grabados. El árbol es alto, con una corteza brillante, suave y de color amarillo. Se me dijo que en Comayagua un norteamericano había hecho el retrato del Presidente Cabañas en boj que encontró en los valles del Occidente de Honduras.

Monte Rosa se halla a 1.600 pies sobre

el llano de Juticalpa, y desde su cima se obtiene la más soberbia vista que se pueda imaginar: cadena tras cadena de azules montañas interceptadas con fajas argentinas que denotan el curso de los principales ríos, y los llanos de ganado regados como jardines floridos entre ellas. Abajo de nosotros, a derecha e izquierda, fluyen los ríos Guayape y Jalán, y allá lejos, los quebrados riscos muestran dónde aquéllos y el Guayape unen sus aguas hacia el Noreste formando el gran Patuca, bien pasando a través de extensos valles o colándose entre las gargantas rocosas de las serranías divisorias.

Descendimos por un camino tortuoso, tomamos por el Noreste hacia la hacienda de San Francisco, distante ocho millas, a donde llegamos cerca de la puesta del sol, habiendo recorrido desde la mañana, vía El Retiro, una distancia de unas veintidós millas. San Francisco pertenece al señor Bustillo y es una de sus varias haciendas. Era ya bastante obscuro cuando llegamos; después de una cena apresurada, me fue grato echarme, medio dormido, en la hamaca, sin molestarme por tomar nota de la belleza y rarezas del lugar.

Roberto me despertó temprano de la mañana y después de tomar un baño en el arroyo que desemboca en el Jalán salimos al "corie". La hacienda queda en la entrada de una densa arboleda tropical, en la que la caoba era el árbol que más abundaba. Las montañas vecinas, densamente pobladas, eran, como nos informó el mayordomo, lugar famoso por la vainilla. Estas montañas consisten de una baja serranía semicircular que nace de las de Monte Rosa y Carbonales. Don Apolonio negoció unas pocas cabezas de ganado, lo que compensó su desviación al Norte del camino a Corte Sara.

El río Jalán, en el Corte Sara, es de volumen considerable. Corre tranquilo y profundo hacia el Norte, a través de un terreno ondulado y de colinas, y se cruza en "pipantes". El ganado bordea el río adonde acude para abreviar. Por varias millas al Norte y al Oeste, y por una distancia desconocida al Este hacia el Guayambre, la región es un denso bosque, de donde se obtienen las grandes balsas con caoba y otras maderas preciosas, que se transportan por ese río y el Jalán al Guayape.

Imposible es dar una idea adecuada de la solemne grandeza de estos bosques: la obscuridad los envuelve, aún al mediodía ningún templo erigido por el arte puede igualar la sublimidad inspiradora de sus arcos catedralicios ni órgano alguno que pudiera competir con los himnos graves del viento vibrando y susurrando entre sus árboles añosos. Lianas largas como lazos cuel-

gan de las ramas robustas hasta el suelo, presentando un encaje de verdes hojas y enredaderas entremezcladas con manchas rojas y violeta que indican la presencia de flores raras y sin nombre. El cactus, que florece de noche, y el pasalte moteado como el ala de una bella mariposa, combinaban sus colores con la exuberante hoja de aire, viéndose todo el panorama como si fuera a través de un cristal ahumado. Las ceibas, de proporciones gigantescas, con los jardines colgantes de las parásitas en sus ramas, mostrando en lo alto mantos de verdor muy arriba del alcance del hombre. Entre las raíces, a largos trechos, notaba, mientras los cruzábamos, las huellas de caminos que conducían a cortes ahora abandonados y en cuya vecindad toda la madera útil ya había sido aprovechada. Hasta el mismo Corte Sara, según me expresó el señor Ocampo, estaba ya terminándose y, sin duda, al momento de escribir, ha sido ya abandonado. En el departamento hay doce cortes.

Sin duda alguna, Olancho es, entre las regiones productivas de caoba en Centro América, la más importante, porque sus tierras de aluvión y las márgenes de todos sus ríos tienen bosques inagotables. Este árbol crece con una exuberancia majestuosa por sobre todos los demás y, con excepción de las palmeras, es el más alto del reino vegetal en Honduras. Sus ramas se extienden a lo ancho y a lo alto, revestidas con follaje perenne y, además de ser un artículo importante de exportación, su madera sirve para muchos usos en la vida, tales como material de construcción y para la fabricación de muebles para el hogar. (1)

A todo lo largo de la costa desde el río Motagua hasta el Cabo Gracias a Dios, los ríos están bordeados por bosques de caoba y, aunque no en iguales cantidades, los que desaguan en el Pacífico también abundan en bosques de esta madera preciosa. El Ulúa, el Chamelecón y sus afluentes, el Limón, el Aguán o Romano, el Tinto o Negro, el Guayape o Patuca, y el Wanks, que desembocan en el mar Caribe, son todos campos de operación en el corte de la caoba que, aumentados en los últimos treinta años, apenas han dejado una marca en la selva ilimitada productora de ésta y otras maderas de valor. Algunos de los lugares más asequibles son

todavía bosques vírgenes, intactos, y sin duda así seguirán por muchos años. En el Ulúa, Mr. Follen, Cónsul Americano, ha llevado a cabo, según supe, los más grandes cortes en el país, en razón de que el Gobierno le ha dado concesiones valiosas, por ciertas consideraciones especiales. Mucha de la madera se embarca directamente a los Estados Unidos, aunque también va en cantidades considerables a Belice, en Yucatán, y ayudan a completar los grandes cargamentos que por muchos años han ido desde aquel puerto hacia Europa. Desde hace cinco años, en conexión con el señor Fernández, dos ingleses han establecido cortes de caoba en el Aguán, siendo transportados los productos en balsas a la barra del río, de donde son cargados, según se dice, en barcos de docientas toneladas.

También hay establecimientos en el río Negro; los del Wanks han sido obstruidos en los últimos años por las balsas llevadas por la corriente, que se han acumulado en la boca del río. El comercio de la caoba en el Wanks fue primitivamente de tanta importancia que se abrió un canal navegable desde el río principal al pequeño atracadero de Gracias a Dios, a través del cual las balsas eran conducidas para su embarque. El canal, se dice, ha sido rellenado con los depósitos de aluvión del río.

En la costa del Pacífico de Centro América, que rodea la bahía de Fonseca, el tráfico de la caoba ha sido ensayado con éxito regular desde el establecimiento del comercio con California. Balsas de caoba se traen desde las tierras bajas por los ríos Goascorán y Choluteca, se llevan remolcadas a la isla del Tigre por bongos a través de la bahía hasta el aserradero del puerto libre de Amapala, donde son aserradas, pero en cantidades limitadas. Cerca de Acajuila, puerto de mar de El Salvador, hay bosques de caoba y de otras maderas preciosas, que en este tiempo están llamando la atención de los capitalistas de San Francisco, pero el tráfico de la caoba en el lado del Pacífico de Centro América requerirá todavía muchos años para convertirse en remunerativo y permanente, no habiendo mercado seguro para la madera y no se han hecho intentos, como los de Costa Rica y Nicaragua, para embarcar a Europa maderas de brasil y de campeche.

En la costa del Caribe constituye el negocio más lucrativo, y es la fuente principal de ingresos de la República de Honduras. Los derechos de exportación son insignificantes y se cobran por empleados que fácilmente se dejan sobornar, así que ni la décima parte de los impuestos se recauda. Necesarios son para el éxito de este negocio, capital, una gran inteligencia e industria. Un corte o benque, a menudo emplea durante

(1) "Es uno de los árboles más bellos y majestuosos. Su tronco alcanza con frecuencia una longitud de 40 pies y un diámetro de 6, y se divide en tantos brazos fornidos, y arroja la sombra de su brillante follaje sobre una extensión tan amplia, que pocos son los monarcas del mundo vegetal que pueden superarlo en magnificencia. La caoba hondureña sale en trozos de dos a cuatro pies por lado y de 12 a 14 pies de largo, pero algunas de las trozas son mayores aún. Al igual que el pino, crece mejor en un suelo seco y rocoso, en lugares abiertos. La más accesible que se encuentra en Honduras crece en tierras bajas y húmedas, siendo inferior a la que sale de Haití y de Cuba. Pero la caoba hondureña tiene la ventaja de asimilar mejor el pegamento y, por esta razón, sirve de mejor base para un enchapado más fino. En una ocasión, un solo árbol dio tres trozos de 15 pies de largo y 38 pulgadas por lado". Lib. Ent. Knowl, vol. on Timber, Trees and Fruits.

la estación de treinta a cincuenta hombres, a quienes se les paga semanalmente y se les suple con provisiones en conserva y transportadas sobre caminos que al efecto se hacen, o llevadas en canoas a muchas leguas en el interior.

En tiempo de escasez, estos suministros se traen en pipantes desde los puertos marítimos, o río arriba, en barcos anclados en las barras, viaje que, frecuentemente, toma un mes de ida y regreso. La mayoría de los cortes que se han hecho en Honduras están bajo los auspicios de firmas inglesas y europeas. La manera de cortar y enviar la caoba a los mercados es casi la misma en toda la zona del Caribe. En Belice, Tabasco y otras estaciones más frecuentadas se han introducido procedimientos modernos, pero el método que ahora se sigue en el Guayape, Jalán y Guayambre tal vez servirá para ilustrar el que se emplea en Honduras, o al menos en su parte oriental que es hasta hoy tan solo un campo de operaciones limitadas.

La rutina de las estaciones permite sólo seis meses del año para el negocio. En los primeros días de diciembre el dueño de un corte comienza a reunir sus trabajadores, muchos de los cuales son negros de Jamaica, cuyas costumbres y proporciones físicas los adaptan peculiarmente para tales trabajos. Para entonces han gastado las ganancias de la anterior temporada en camisas vistosas, en bandas rojas y en los demás artículos de vestuario para ellos y para sus mujeres, o a menudo las han dejado en las mesas de juego de monte. Todo lo que no les servirá en el benque se queda en casa ya que los trabajadores laboran casi desnudos.

Los cortes son conjuntos temporales de cabañas techadas con paja y colocadas tan cerca de un río como mejor lo permita el lugar. La mayoría de los cortadores se adquieren en Juticalpa y el bullicio de los preparativos anima aquel lugar por unos pocos días antes de su partida, cuando acompañados de varias mujeres (tortilleras), los grupos se marchan a sus respectivos benques, bajo la guía de un maderero o un buscador, quien es en general seleccionado entre los de más experiencia e inteligencia entre los jamaiqueños.

Las cuadrillas del señor Ocampo se subdividían en grupos de ocho a diez individuos cada uno, con un jefe, las mujeres trabajan como cocineras, reciben sus raciones semanalmente del mayordomo del corte y se les paga un pequeño salario por sus ocupaciones. Se han hecho intentos para importar máquinas molidoras de maíz para así eliminar las mujeres, que, según parece, no limitan sus talentos a las labores culinarias, siendo fuente inagotable de peleas y celos entre

los bravos y los negros, que rivalizan por conseguir el favor de las tortilleras. En Galeras vi cerca de unas doce de estas máquinas, arrinconadas como chalarra inútil: habían sido sumariamente expelidas de los cortes de caoba por una protesta unánime, siendo las más exaltadas las propias mujeres contra este ataque a sus privilegios de tiempo inmemorial; y la tortilla, con su procedimiento laborioso y a paso de tortuga, se volvió a establecer entre el regocijo triunfante de sus defensores.

Cuando la cuadrilla llega al corte procede de inmediato a construir nuevas chozas o a reparar las viejas, mientras los buscadores, que se convierten en hombres importantes, van a los bosques y después de una larga discusión seleccionan el lugar más apropiado para los benques. De su opinión depende, en alto grado, el éxito de una temporada. El lugar debe combinar, tan bien como fuere posible, la proximidad a un río, con la facilidad para construir caminos, los árboles deberán ser numerosos para evitar una segunda construcción de vías durante la temporada y estar situado de tal manera que evite el descómpro de mucho árbol. Un lugar así, que reúna todas estas facilidades, es raro encontrarlo y la apertura de caminos para la salida de la madera después de botada, es generalmente una parte considerable de la labor. Los buscadores van provistos de un caracol que tocan de cuando en cuando para que sus compañeros lo contesten. Los caminos se construyen directamente al río, el caracol les sirve como guía, porque entre estos bosques enormes y silenciosos, la densa maleza presenta una barrera impenetrable al paso del hombre o del animal. Creo que el señor Ocampo goza del privilegio exclusivo de coriar caoba en esta región y, por consiguiente, no tiene compellidores o rivales, como pasa en Belice y en otros lugares de la zona del Caribe. Para botar un árbol se construye un andamiaje (1) alrededor del tronco y como a ocho pies del suelo y se designan dos hombres para cada árbol. La madera del tronco se prefiere a la de cualquier otra parte, pero las ramas, generalmente, dan la clase más apropiada para la confección de los trabajos más finos. El espectáculo de la caída de un árbol de caoba es uno que no se puede olvidar. Al desplomarse de su sólida base, el gigante de los bosques tropicales cae con estrépito sobre los árboles vecinos quebrándolo todo con sus brazos extendidos, abriendo un inmenso claro en la espesura. Diferente a los pinos, este árbol raramente se raja o quiebra, ya que su gran resistencia le permite arrollar todo obstáculo cuando cae.

Común es la aseveración de que la vida

(1) En la Costa Norte le llamaban ballché al andamiaje.

en los trópicos no tiene las ventajas de las regiones más templadas y que la labor en ellos, en la acepción norteamericana del término, es casi imposible. Esta aseveración es absurda como lo demuestran los cortes de caoba. No solamente esta labor requiere, a través de todas sus fases el esfuerzo muscular más severo, igualando al de los almadores y cortadores de Penobscot, sino que en todo Centro América la fama de los cortadores de caoba, por su fuerza y resistencia, se han divulgado y es reconocida por todos. En realidad yo dudo si, en iguales circunstancias, los mejores leñadores del Norte puedan competir con éxito con los de Honduras.

Cuando se han derribado suficientes árboles para ocupar el resto de la temporada en la aserrada y el corte, se separan en trozas de ocho a dieciséis pies de largo; muchos árboles dan cinco, otros no más de dos trozas. Estas se asientan a través de su circunferencia y cuando hay muchas trozas del mismo tamaño, toda la cuadrilla usa sus fuerzas a fin de colocarlas en las rastras. Las sierras que se emplean para los cortes transversales, como todos los implementos industriales que se usan en Honduras, son importados de Inglaterra. Después de haberse escuadrado para quitarles todo peso superfluo, las trozas se levantan por medio de palancas de madera, a un plano inclinado que está a nivel de la rastra, que es muy resistente y permanece a lo largo de las trozas. Cuando ya está arriba, la carga es fácilmente rodada y ahora comienza la parte más laboriosa del trabajo. Muy a menudo no se necesita la rastra y las trozas por separado se echan atadas con cadenas en el lecho del río. Deben ser llevadas al embarcadero antes de que comience la estación de las lluvias, en el mes de Mayo, y si las operaciones del corte y aserrío han tomado más tiempo del normal, el arrasire se lleva a cabo con gran actividad.

Después de las primeras lluvias, que duran por lo común una semana, los caminos, no importando lo bien que hayan sido contruidos, se vuelven intransitables. La advertencia de las neblinas espesas y la presencia de grandes nubes cargadas son seguras indicaciones, para los cortadores de caoba, de que una tormenta se aproxima. El trabajo es ahora continuo, noche y día. Los domingos y "días de fiesta", durante los cuales su credo católico no les permite laborar, se sacrifican por la urgencia del caso y se ofrece aguardiente, raciones y pago dobles, y cualesquiera otros estímulos que parezca tentar a los trabajadores. El calor del mediodía en las partes bajas de los ríos no permite el trabajo de juntar las trozas, excepto de noche. Las rastras son, por consiguiente, cargadas y puestas en marcha a una hora que permite llegar al río temprano por la mañana.

En tales ocasiones el grito de los conductores y el pesado roce de las rastras, hacen eco al moverse lentamente a través de la mañana de la selva. Los bueyes van precedidos de muchachos que llevan en la mano hachones de ocote para alumbrar los caminos que, de otro modo, serían de una obscuridad de tumba; porque hasta al mediodía, los rayos del sol apenas si penetran en estas espesuras silenciosas por las cuales los conductores a veces gastan todo un día para recorrer una milla y el terreno es casi impenetrable por la alfombra que lo cubre de enredaderas y apretadas malezas. Mientras la procesión avanza lentamente, los bueyes, ocho yuntas para una rastra, a menudo caen al suelo, o se fracturan en los huecos profundos del camino.

Cuando las puyas, que a cada chuzazo le sacan sangre, no logran levantar al animal cansado, se desenyuga éste y se le reemplaza por otro del corral y el animal incapacitado es destinado a dar su carne para el consumo del siguiente día. La vacilante llama de las antorchas arroja un extraño resplandor sobre la escena, alumbrando las atezadas y macilentas caras de los hombres, penetrando por los pasadizos góticos de los oscuros bosques y derramando una luz rojiza sobre los rudos implementos, pechos y brazos desnudos y vestidos grotescos de los trabajadores.

Una vez que llegan al río, las trozas son arrojadas en éste y si el embarcadero está en cualquiera de los tributarios del Guayape se las deja que las lleve la corriente a un punto cerca de una legua arriba de su unión con el Guayape. Se colocan tapones de cedro o de pino a cada extremo de las trozas, antes de ser arrojadas al río, para que las ayude a flotar. Las primeras lluvias hacen crecer los ríos, a tal grado que pareciera haber escasa salida para las aguas turbias que caen en ellos de los bramadores afluentes de la montaña.

La tarea de dirigir con seguridad las trozas hasta el mar comienza ahora. Como se advierte en todas partes, hay varios "Chiflones" o rápidos en el Guayape, abajo de la boca del Guayambre. En época de las aguas crecidas éstos se salvan con seguridad por las balsas de caoba, y me aseguró el señor Ocampo que raramente ha perdido una troza entre las miles que ha confiado a la corriente. Son atendidas por algunos de las cuadrillas en pipantes, generalmente de árboles de cedro o de "ceiba" ahuecados.

Esta embarcación de río varía entre veinte y cuarenta pies de longitud por cuatro o cinco de anchura, poco más o menos. Los extremos son levantados y puntiagudos. En la popa se extienden varias costillas semicir-

culares, que se cubren con un lienzo y sirve para la "choza" o cabina, en la cual se depositan las provisiones de boca. Se emplean remos para navegar por las corrientes más rápidas, y así preparados, el último acto del negocio de la caoba se lleva a cabo al descender por el ancho Patuca hasta el mar. Durante el viaje, que generalmente emplea de seis a ocho días, los "pipanteros" saltan a tierra entre las soledades selváticas, en cualquier lado, para cubrir sus necesidades cazando o pescando los forcejeantes cuyameles en los remolinos del río. Algunas veces se paran a regatear con los indios que habitan la región del Bajo Guayape y el Patuca. Estos indios son grupos aislados de las tribus de los Guacos y Payas.

El señor Ocampo, que hizo muchos viajes bajando por el Guayape hasta la desembocadura del Patuca, califica a los indios abajo del río Tabaco, como enteramente incivilizados y salvajes. Varias veces, al descender por el río al salir de una curva abrupta, se encontró con pequeñas canoas, con indias que andaban en expediciones de pesca que, a la vista de la embarcación que se aproximaba remaban a toda velocidad buscando la orilla, tomaban el pipante y desaparecían prestamente en la espesura de los bosques.

Estos pipantes son poco profundos, se construyen livianos y tienen una considerable longitud. Una curva muy suave en cada extremo les facilita el paso entre los rápidos y sobre la madera y trozas que bajan por el río en ciertas estaciones. Cuando se aproximan a estos obstáculos flotantes, los indios redoblan su esfuerzo con los remos hasta que la canoa sale con la corriente velozmente casi encima de las trozas, entre las cuales las aguas silban como una caldera hirviendo. A una señal, saltan a la popa levantando la proa de la ligera embarcación fuera del agua y aquella, con la velocidad de un venado medroso, salva el obstáculo llevada por la corriente y por sus propios impulsos. Al saltar, la tripulación reasume sus asientos con presteza y quedan sin movimiento como estatuas, excepto cuando cogen el remo y tocando apenas el agua, al igual que el juego nervioso de la cola de un delfín, guían su descenso con rapidez.

Los bajeles que llevan la caoba a lo largo de la costa Este de Honduras son en su mayoría pequeñas goletas y se usan como "arrastradoras" hasta Belice, donde sus cargamentos se embarcan en grandes vapores hacia Europa y los Estados Unidos. El señor Ocampo había enviado a aquel puerto pequeñas cantidades de trozas. Me informó que en sus benques tenía arriba de tres mil trozas listas, cuya preparación le había costado más de \$ 100.000.00. En empresas de esta clase la ley hondureña obliga a los ex-

tranjeros a asociarse con los naturales del país o con centroamericanos; así la casa de Londres daba su capital a la empresa y Don Apolonio se encargaba de todo el manejo interior. Aunque era del partido conservador o servil, casó con una hermana del famoso General Santos Guardiola (1) y gozaba de la confianza y respeto de todas las clases sociales, sin consideraciones partidistas.

Permanecimos dos días en el Corte Sara haciendo pequeñas salidas a los bosques para examinar las labores y las costumbres de los trabajadores, y haciendo de cuando en cuando paseos ocasionales aguas arriba o aguas abajo del Jalán, en pipantes. El pequeño torrente conocido como Río Sara, que nace cerca de la Hacienda del Quebracho, corre al Este del Corte y desagua en el Jalán unas pocas millas más abajo. Todos los arroyos que desembocan en el Jalán, arriba del Corte Sara, según supe, contienen oro y su riqueza aumenta cuanto más se aproxima uno a las cabeceras.

Los lavaderos de oro del río Jalán son menos populares y no tan bien conocidos como los del Guayape. Están a alguna distancia, a medio camino entre los dos centros de población, y no se acude a ellos como a las quebradas y arroyos más cercanos a dichos lugares. El oro del Jalán es de inferior calidad que el del Guayape, que es el más famoso de todo Centro América siendo conocido como el "oro más apreciable". El oro del Jalán se presenta en escamas delgadas, mientras que el del Guayape, aunque mezclado con esta clase descrita, viene principalmente en partículas pequeñas redondeadas, que promedian el tamaño de una semilla de rábano o el de una cabeza de alfiler. No supe que hubiera excavaciones cerca del Corte Sara. La región aurífera del Guayape puede incluirse en las latitudes de 14° y 15° N., y las longitudes 85° 30, Oeste y 86° 30, Este. Abarca un territorio de sesenta millas en cuadro o sean 3.600 millas cuadradas. Los ríos que corren paralelos o adyacentes al Guayape y sus tributarios están comprendidos entre los límites antes dichos y que designo en mi mapa como la "Región Aurífera del Guayape".

Entre los árboles que florecen en las márgenes del Jalán, observé uno que tiene racimos de flores color rojo pálido y un olor que se parece al de la reseda. El árbol tiene cerca de dieciséis pies de altura, hojas grandes, oblongas y nervios salientes. Algunas de estas flores se recogen antes de la fiesta de la Virgen de Juticalpa para colo-

(1) D. Apolonio Ocampo era con cuñado del General Santos Guardiola, por estar casados con dos hermanas: el primero con Dña. Mariana Arbizú, y el segundo con Dña. Ana Arbizú, ambas hijas de D. Calixto Arbizú, de Yusecatán.

carlas como ofrenda en el altar y a los pies de la Virgen. Un amigo botánico, cuando se la describí, supone que se trata de la "Red Plumeria" (Plumeria Roja).

En este viaje vi el árbol que da seda y algodón (ceiba) de un tamaño tan grande que nunca antes lo había visto, aunque se le encuentra en todo Centro América. Hay también una seda indígena que crece silvestre entre árboles de Olancho, producto de una especie de gusano, que construye una bolsa como de dos pies de profundidad y que cuelga de los árboles en las sabanas abiertas. De lejos el nido parece una telaraña compactamente acolchonada. El animal no hace capullo, pero teje la seda en capas y madejas, alrededor del interior del nido. Sólo un caso se sabe de algún uso aprovechable de esta seda por los nativos. El señor José Ferrari, de Tegucigalpa, me dijo que en 1844 había enviado seis libras de este material crudo a Inglaterra, donde se le convirtió en pañuelos, que no se distinguían de los de la seda corriente, de igual fortaleza y de tejido delicado. Un comercio ventajoso en esto podría establecerse ya que se puede adquirir la cantidad necesaria a cambio de la molestia y gastos de recogerla.

Un viejo autor mexicano, al referirse a los recursos del Istmo de Tehuantepec, habla de la seda silvestre como un importante y valioso producto de Tabasco y Oaxaca, agregando que en determinada época los nativos estaban acostumbrados a recogerla y exportarla a España. El artículo, conforme a su descripción, es sin duda idéntico al de Olancho. Existe también una curiosa araña que da seda y se la llama por eso "araña de seda" y existe en Olancho y en varias partes de Nicaragua. Se la ve a menudo en los corredores con una carga de fina seda en el lomo, de la cual extrae numerosos y delicados filamentos. Este animal es enteramente inofensivo, tanto que la señora Montealegre, de Chinandega, permitió que uno de ellos anduviera holgadamente en su mano. En Olancho son muy comunes. Hay asimismo en estas cercanías una araña llamada "Araña pica caballo" porque ataca los cascos de los animales provocando su descomposición, separación y caída. Los caballos se arruinan, a menudo, de esta manera.

En vez de hacer nuestro regreso por la Hacienda de San Francisco, lo hicimos por el Sur, dejando el Corie Sara y siguiendo por el valle del Jalán; cabalgamos hacia la hacienda del Quebracho, así llamada por un árbol de valor, famoso por su dureza de pederal. Aunque la distancia a la hacienda del Quebracho no es más de diez millas en línea recta, creo viajamos el doble por tener que bordear los pantanos que se encuentran por orilla Este. Don Apolonio me aseguró

que tendríamos un buen deporte en la hacienda, en donde hay una laguna en que desaguan los varios arroyuelos que estábamos ahora cruzando. La pesca y la caza eran abundantes y aunque no había traído conmigo el rifle, supe que en la hacienda podrían conseguirse tanto armas de fuego como cañas para pescar. De las ocho de la mañana hasta tarde de la noche habíamos andado a través de sabanas ondulantes y de tierras negras de aluvión, hasta que llegamos a una faja tupida de árboles entre los cuales descubrimos un valle ancho con una gran hacienda, más allá del bosque. Apresuramos nuestros animales y saliendo de una cuesta herbosa llegamos a la hacienda.

Un sonido de música y el acompasado palmoreo de manos, combinados con voces alegres y sonoras, nos hicieron ver que los pocos habitantes de ella estaban ocupados en bailar un "fandango", exhibición que raramente había yo presenciado en el país. Cuando llegamos, el aplauso había cesado y se recomenzaba la danza. Nuestro arribo no interrumpió la escena; nos acercamos y nos unimos a los espectadores quienes se volvieron un instante para decirle "¡Cómo está señor!" a Don Apolonio. Era ya casi la puesta del sol. Encerrado por las alturas arboledas del Este y del Oeste, el pequeño villorrio era la única señal de civilización a la vista. Hacia el Sur había una bonita laguna, como de una milla de largo por unos pocos centenares de yardas de ancho, que en la tranquilidad de sus aguas, reflejaba los árboles y las colinas circundantes. Los caballos y el ganado, como siempre, vagaban libremente por el llano, y desde los bosques, que ocultaban de nuestra vista parte del lago, llegaban las notas lejanas de los pájaros marjales, de las garzas y de las espátulas. La brisa sobre el lago levantaba menudas olas que morían en una pequeña playa casi a nuestros pies.

Sin tener temor alguno por el sonido de la guitarra y acostumbrados a la proximidad de los danzantes, los pájaros volaban entre los árboles y se hacían partícipes de la escena; el "nazareno" de color café, especialmente, se unía con sus notas saltarinas, no como las de las castañuelas, desconocidas de estas gentes primitivas y acompañamiento necesario para el fandango en España. El baile me era desde hacía tiempo familiar en La Habana y en las repúblicas suramericanas y tenía yo curiosidad de ver qué influencias de situación, clima y mezcla de razas podía modificar esta entretención tan española.

El número de danzantes, entre hombres y mujeres jóvenes, era de diez o de doce. Unas pocas personas ya de edad, niños y perros se hallaban debajo de los árboles. Una

muchacha delgada y bonita de brillantes ojos y con el rostro encendido por el ejercicio era por el momento la heroína principal en este pequeño ballet de la vida real. Dos jóvenes, el preferido y el rival aspirante, con caras serias representaban en la variedad de sus movimientos y actitudes las pasiones del amor, de los celos, de las esperanzas y de la desesperación; se encontraban con la "coqueta", ya fríamente o de manera exaltada, con desdén o ternura sosegada, terminando con un gran final, en un remolino de embriagadora alegría. Todos los danzantes, en turno, tomaban la precedencia llenando los otros la pantomima con detalles menores. En el conjunto, si es menos atractivo que el bolero de movimientos tan refinados, el fandango de Olancho es tan agradable y vivo como aquel.

Antes de que el baile terminara se nos unió un hombre bonachón, alegre, de unos treinta años de edad, quien, después de darnos la bienvenida a la hacienda, le llamó la atención familiarmente a su viejo amigo Don Apolonio, por sorprenderle tan inesperadamente cuando su despena no estaba tan generosamente repleta como era usual. El había sabido, desde hacía varios días, de mi llegada a Julicalpa, y ahora, por la primera vez, supe que ese joven que hablaba era uno de los hijos del señor Garay, y que El Quebracho era una de las tantas haciendas del viejo Cresco.

Nuestro apetito, algo aguzado por la caminata, no estaba para escrúpulos en cuanto a la calidad de la comida que se nos podía dar. Era bastante ordinaria y consistía en una sopa chapucera, en la que sus ingredientes parecían ser: un balde de agua, media docena de plátanos y un gran pedazo de carne de res. Don Gabriel Garay no era, como su viejo padre, un epicúreo. Antes de retirarnos a descansar por la noche, vi un par de rapazuelos devorando lentamente algo que ellos extraían a puñadas de una vieja cacerola en una esquina del patio. Era una masa de carne cocida, cuyo olor me fue excepcionalmente agradable. Al inquirir, hallé que era la carne de un armadillo que habían matado en la vecindad el día anterior. No tardó en haber un tercer comensal del delicado plato. La carne era muy gustosa y tan delicada como la de gallina.

Es corriente en algunas partes de Olancho, especialmente hacia la costa, cocinar estos animales enteros, sin separar la carne del caparazón con que la Naturaleza los ha provisto. El proceso consiste en cavar un hueco en la tierra poniendo una capa de piedras calientes en el fondo. El animal se coloca sobre éstas y se cubre con otra capa de piedras planas sobre las cuales se enciende el fuego. Estofado y laqueado con pedazos de grasa, como un bistec a la italiana y sa-

zonado con hierbas aromáticas, el gastrónomo más exigente lo calificaría como un plato exquisito. El armadillo de Olancho comúnmente es como de veinte pulgadas de largo, de un color castaño oscuro y corre precipitadamente a esconderse cuando se ve en peligro. Los indios lo cazan frecuentemente para alimento.

A la mañana siguiente me encontré con un viejo vaquero de Culmí, aldea poco más o menos a veinticinco millas al Norte de Julicalpa, que ocupó mi atención por una hora hablándome rápida y casi ininteligiblemente de los días antiguos de Olancho, como se lo contó a él su padre, que había muerto a una avanzada edad hacía varios años. Si me hablara en Table Mountain, o en Carson's Flat, o en Moimon Island, o en Bidwell's o en cualquier otro lugar de California célebre por el oro, donde el valor de lo extraído se contó por millones, no hubiera vacilado en hacer públicas las aseveraciones de este viejo olanchano, pero por razones obvias yo prefiero que ellas queden, al menos por el presente, entre mis breves notas. Los "hechos" son suficientemente interesantes sin tener que recurrir a las leyendas exageradas de un indio jubilado y garrulo.

Cumpliendo una promesa hecha la noche anterior, Don Gabriel nos proporcionó dos viejos rifles ingleses con las municiones para cazar aves; equipados en esa forma, salimos hacia la laguna en busca de caza. Apenas habíamos entrado en las malezas cuando una bella ave llamada "Pico Navaja" voló pesadamente y, bajando inmediatamente, corrió con la velocidad de una gallinita de agua por entre las cañas. El tucán de Olancho (que también se le llama "feliz") tiene un pico aguzado con el que recoge insectos y gusanos de los pantanos. Los movimientos de este vistoso personaje fueron demasiado rápidos para permitirnos que lo tiráramos.

Seguimos adelante y al separarnos para después aproximarnos desde dos diferentes puntos, vimos una manada de aves acuáticas que nadaban en la laguna. Don Apolonio me advirtió que tuviera cuidado con los lagartos, como se llaman aquí los cocodrilos. Estuve atento para verlos, pero aunque las cañas se movían mucho a veces no tuve una demostración ocular de su presencia. En la parte arriba del lago oí decir que se ve a menudo el tapir o danto, como aquí se le nombra. Este animal me fue descrito a menudo y lo considero de gran tamaño. Dicen que arrasa todo a su paso por los bosques cuando se ve perseguido, que nunca pelea, que es totalmente inofensivo y que le encantan los lugares umbrosos y apartados. En el Bajo Guayape se me mostraron huellas de un tapir, donde este animal había bajado a

abreviar, pero en todas mis peregrinaciones a través de Centro América nunca tuve la fortuna de encontrarme con uno de estos seres, aunque tenía en ello especial interés.

Dimos la vuelta en contorno de la laguna y llegamos al lado occidental, sin haber visto cosa de interés para cazar, pero cuando nos preparábamos para regresar a la hacienda, una bandada de gallinitas de agua reapareció detrás de un grupo de cañas y ambos disparamos al centro del grupo con nuestros mosquetes. Cuatro quedaron luchando en el agua. La que pudimos coger eran ejemplares de las bellas cercetas de alas azules, o patos de montaña como se les llama en el Norte. Yo a menudo las había visto en el aire y cuando bajaba de las Montañas del Salto una bandada de ellas se alzó de una pradera pantanosa al pie de las colinas. El macho es de brillante plumaje, tiene alas blancas y negras y de un verde cambiante; son un poquito más pequeñas que el ave de los Estados Unidos, con un copete de plumas negras en la cabeza que eleva o baja a su gusto. Las patas son color amarillo y al volar produce un ruido singular, chirriante, como el de una máquina en miniatura a la que le faltara aceite.

El pavo silvestre, pava, puede verse con frecuencia en Olancho en las laderas de las montañas, particularmente a orillas de los arroyos donde busca refugio durante el calor del mediodía. Los deportistas que exploran sus huellas a través de la espesura se sorprenden con su pesado aleteo; y si proceden cautelosamente, podrán tal vez contemplar al macho, con su pescuezo estirado y ojos curiosos, espiando sus movimientos desde alguna rama. Es algo más pesado que el pavo común o doméstico, de un color negro lustroso, con un copete colocado vistosamente sobre la cabeza. Este ornamento forma una cresta como la de un gallo, pero difiere respecto al material, pues está compuesto de una docena de plumas negras penachudas, de dos pulgadas de alto y graciosamente salpicadas de amarillo. Se le do-

mestica frecuentemente y en este estado se le conoce con el nombre de "paujil". El guaco, la codorniz, la golondrina, el "aldeano" (famoso por sus colonias en nidos colgantes), la garzota blanca, azul y gris; la chorchá de pecho amarillo, (cantor de alas negras, del tamaño de un tordo y que se oye sólo en la mañana y en la noche), el ibis y dos aves del orden gallinae de Linneo, descritas por Henderson como frecuentes en la colonia de Belice (Penelope Cristata), todas éstas se hallan en las tierras bajas y en los lechos de los ríos olanchanos. El macho del "crax", como un contraste al orden común de la naturaleza, es más pequeño y de plumaje menos vistoso que la hembra, se posa orgulloso entre los secos brezos y muestra un plumaje color chocolate brillante con pintitas blanco y negras en su cuello y alones. La paloma corriente, la torcaz y varias otras aves ya mencionadas son comunes en todas partes de la América Central.

Hay también un animal que se parece a una marmota y se llama tepezcuinte, cubierto con un pelo color café fino y del tamaño de una ardilla gris. Esta pequeña criatura hace estragos en los campos cultivados de yuca y frijoles, donde cava como el topo de California haciendo galerías horizontales que se extienden por muchas varas, haciendo aquí y allá respiraderos por los cuales saca su cómico hocico y sus ojos alertas pero escondiéndose al más pequeño ruido. El tepezcuinte frecuenta la hacienda del Quebracho, donde tiene una reputación nada envidiable. Con él también se cuenta el armadillo (de tres, ocho y nueve bandas), el "gibeonite" (cavia paca?) pequeño animal brincador que parece una mezcla de ardilla y de cerdo de Guinea y que, frecuentemente, se confunde con el agutí indio; la curiosa mangosta, la zarigüeya, el pizote, el puerco espín, la ardilla colorada y el oso hormiguero. Estos animales son, más o menos, abundantes en las tierras bajas de Honduras y probablemente se les encuentre en las costas del Atlántico desde Panamá hasta Guatemala.

Pescando en El Quebracho.—Plantas y flores.—Callamuela.—El Canelo.—Lobelia.—Sasafrás.—Añil silvestre.—Zarzaparrilla.—Manera de recogerla.—Linaza.—Planes para lo futuro.—Un viaje a Palo Verde.—Minas de plata y cobre.—Mármol.—Piedra imán.—Cinabrio.—Preparativos de un viaje a Catacamas.—Montañas de Jutiquile.—Soledad.—Truchas.—Arbol de hule.—Comercio.—El Jipa.—Música ornitológica.—Pájaro clarinete.—Telica.—La Concepción.—San Roque.—Mulass y caballos.—Doma de un potro.—Palmeras.—Vino de coyol.—La hacienda de La Herradura.—Leyendas.—Contrapeños y herraduras de oro.—Un curioso testamento.—“Los buenos viejos tiempos de la colonia”.—Olancho viejo.—Separación de la comitiva.—El Boquerón.

Tres días permanecemos en la hacienda de El Quebracho y durante ese lapso me inicié en los misterios de la caza y de la pesca. La laguna es abundante en pequeños y sabrosos peces, que se parecen al albur de Nueva Inglaterra, y en una variedad de truchas de buen tamaño, conocida aquí con el nombre de “guapotes”. Se les coge fácilmente con la caña y el anzuelo cuando con ansiedad muerden el cebo de insectos y gusanos. En cuanto a árboles, arbustos y flores, por fin renuncié a tomar nota de su variedad. En medio de tal profusión sólo con la paciencia y el saber de un profesor de botánica podría distinguirlos y apreciarlos. “No sé, señor”, era la respuesta casi invariable a mis preguntas, cuando no y con un encogimiento de hombros el indiferente “¡Quién sabe!”. En cualquier momento podría estar pisando descuidadamente alguna planta medicinal inestimable, o rozando un árbol cuyos productos preciosos recogidos o preparados convenientemente pagarían la molestia de obtenerlos, para no decir nada del placer de indagar en la naturaleza los tesoros más selváticos de la botánica o gemas del reino vegetal.

Don Gabriel me describió una planta llamada “Callamuela”, común en Olancho y que posee la singular cualidad de provocar la salivación. Obtuve detalles escritos de la misma, en que se la pinta como un tallo flexible y jugoso que crece a la altura de tres pies y soporta una flor única, del tamaño de un lirio común, de color amarillo pálido y que florece de marzo a mayo. El olor de esta flor, cuando se inhala, inflama la cara y el jugo del tallo o de las hojas de la flor afloja los dientes. El ganado evita esta planta por instinto y se me dijo que varios experimentos hechos en perros han producido precisamente efectos similares al de la salivación. Después supe que la callamuela no es desconocida en Nicaragua.

Roberto había notado el placer que me daba examinar plantas, flores y aves para mí extrañas, y nunca dejaba pasar una oportunidad para salisfacer ese gusto. Un día Irajó y dejó en mi hamaca un atado de cortezas que, dijo, podían obtenerse en cualquier cantidad en el monte. Tenían esas cortezas la forma y el sabor picante peculiar de la canela, pero eran de un color más obscuro. El la llamó canela y me prometió mostrarme el árbol de donde procedían. Luego recordé haber probado esta corteza en el ponche de aguardiente que se nos obsequiara en Juticalpa durante la función. Aunque se parece a la canela, no estoy seguro de clasificarla como tal. Puede ser alguna corteza aún no clasificada.

Hay también aquí una especie de lobelia, a la que se atribuyen propiedades medicinales por el hecho de que los caballos revientan después que la ingieren; es por ello que se la conoce comúnmente con el nombre de Revienta Caballos. Se la encuentra en lugares recónditos y frescos donde el ganado busca refugio durante el calor del día. La planta, sin duda alguna, es un veneno sutil y por existir a lo largo de los ríos Jalán y Guayape, es que se le atribuye la muerte de tantos caballos y ganado. Se ven también en estas vecindades el sasafrás y el añil silvestre, como en todo Olancho.

La zarzaparrilla (un bejuco espinoso) que crece silvestre casi en todas partes de Honduras, constituye uno de los renglones de la industria indígena y se envía a Trujillo en cantidades considerables por los nativos que, en ciertas épocas, hacen excursiones regulares con ese fin. El bejuco está dotado de pequeñas espinas y se le reconoce fácilmente. Cuando crece fuera de la vecindad de los árboles a los cuales trepa, se desarrolla entre las rocas y los arbustos a los que se prende fuertemente. La raíz se extiende al-

go y es de un color pardo grisáceo, pero algunas veces se la encuentra de colores escarlata y rojo. La mayor parte de la que se recoge se vende en pequeños atados a los compradores de las ciudades del interior del país, quienes la separan en dos clases. Se forman mazos que pesan de dos y media a cuatro libras cada uno, doblando las raíces al tamaño de un pie y luego se aseguran con fibras del mismo bejuco. Estos mazos se arreglan en bultos de tres a cinco arrobas y, por lo común, se despachan al puerto de mar más cercano. Las propiedades medicinales de la zarzaparrilla apenas si se conocen en Olancho. En las plazas pueden verse a la venta los pequeños atados, pero sus virtudes se dan por sentadas en razón de la demanda de los extraños.

La linaza se cultiva con gran éxito pero también se la encuentra en estado silvestre. Se vende al por menor por las mujeres de Juticalpa por un puñado de cobres, y parece que se la usa exclusivamente como medicina.

Al regresar a Juticalpa, adonde llegamos cruzando el Jalán y el Guayape en El Retiro, volví a encontrarme con el señor Morano y supe que el General Zelaya se había ido repentinamente a Lepaguare, llamado por haberse agravado su esposa. Ir a otra casa que no fuera la de mi viejo amigo el señor Garay hubiera sido una imperdonable afrenta para aquel distinguido señor y, por consiguiente, opté por ir nuevamente a su amplia casa, dejándome don Apolonio a la puerta y saliendo él al galope hacia su residencia.

El viejo hidalgo, después de oír mis aventuras con gran placer, me aseguró que treinta años antes El Quebracho fue famoso lugar de diversiones, en donde la costumbre era de reunirse allí cada verano varios amigos; se levantaban pabellones a orillas de la laguna y todo el mundo se entregaba hasta saciarse a sus pasatiempos favoritos de la caza y la pesca. El no había ido allá desde hacía muchos años y parecía encantado de que yo le diera pormenores. Este fue otro de los lugares que prometió obsequiarme si regresaba al país con una colonia de norteamericanos. Cuando le pedí que suscribiera la donación respectiva me contestó:

"No, no, hijo", ustedes los americanos son muy propensos según sé a lisonjearnos pero nunca cumplen todo lo que prometen. Regrese usted con una colonia industrial y, si todavía vivo, no necesitaré de documentos para tener ustedes esas tierras".

"Pero", le dije, "si usted suscribe un documento condicional conmigo ahora, él servirá para inducir más fácilmente a las personas buenas e industriales de que hablo

para que vengan a Olancho". El viejo sólo repitió su frecuente expresión:

"Déjeme ver a Olancho próspero una vez más, antes de que yo muera, y después me reuniré con mis antepasados contento y feliz".

Al ver yo que durante la enfermedad de la señora no habría probabilidad de asegurarme la atención del General Zelaya en Lepaguare, resolví quedarme unos pocos días más en Juticalpa a fin de preparar el viaje, y entonces con el Padre, que me lo había propuesto varias veces, salí hacia la famosa ciudad india de Catacamas situada poco más o menos treinta y cinco millas al noroeste de Juticalpa, aunque por la ruta que pensábamos tomar sería no menos del doble de esa distancia.

Mientras el cura concluía sus arreglos hice varias excursiones cortas a los varios caseríos que rodean Juticalpa. Don Sebastián Ayala, el Jefe Político o Prefecto del Departamento, quiso que le acompañara a su mina de plata Palo Verde, a unas diez millas hacia el oeste. Este señor fue antes empresario y me declaró que tenía un conocimiento total de las posibilidades mineras de Olancho. Dejamos el río Juticalpa a nuestra izquierda y tomamos hacia el gran Valle Arriba, que limita por el norte y el este con las pintorescas montañas de Jutiquile.

Se sabe que la mina, que por muchísimos años ha estado abandonada, en otros tiempos daba vastas cantidades de plata que la familia dueña enviaba, cuatro veces al año, a Trujillo de donde se embarcaba a España para inversiones. Yo obtuve muestras del mineral de este lugar y dan testimonio de contener plata virgen. El señor Francisco Verde me proporcionó después tres muestras de broza encontradas en este lugar, en Yocón cincuenta millas al noroeste de Juticalpa, y en Junquillo entre Juticalpa y la aldea comercial de Jano. En Junquillo también se han hallado muestras de brozas de cobre y se sabe que existen allí en tales cantidades que tiñen la tierra de verde, lo que muestra su riqueza interior. El conjunto, cobre, broza y piedras, contiene oro. El señor Verde me aseguró que "toda la región alrededor de Yocón está saturada de plata y que es rara la piedra que se recoja en cualquier dirección que no tenga algo de ella". Cerca de El Quebracho hay también una mina de plata pero no tengo medio para aseverar su riqueza. Me propuso visitar con mis informantes los varios lugares que me indicaron pero, por su falta de puntualidad y en la imposibilidad de poder cumplir con cada compromiso hecho, me ví obligado a aceptar cum grano salis las afirmaciones de mis amigos.

Sin duda que las afirmaciones fueron exageradas como son, probablemente, todas las que legaron a mi conocimiento en cuanto a los placeres auríferos, pero después de despojarlas de la bruma de las viejas leyendas y de la natural tendencia en Centro América a aumentarlo todo, queda algo de naturaleza cierta para calificar a Olancho como una región mineral solo inferior a California y Australia.

No puedo valorar las minas de plata de Olancho con exactitud porque todas mis referencias son de oídas, pero tengo la convicción de que vale la pena que los capitalistas le presten su atención ya que puede hacerse que rindan ganancias remunerativas.

Sobre las minas de cobre puedo hablar con más seguridad porque se hallan en todas las partes centrales de Olancho y han sido laboradas públicamente durante un siglo. Las del Valle de Ulúa, al noroeste de Lepaguare, han producido enormes cantidades. Ya en 1712, trenes de mulas cargadas con cobre se enviaban de Juticalpa a Tegucigalpa, en donde la broza y el metal se fundían "por el oro que contenían" (1). Cerca de Yocón se encuentran pedazos de puro cobre como los del Lago Superior, en los cuales el porcentaje de oro es notablemente grande.

Hay también minas de jaspe cerca de la aldea de Silva, más bien una especie de cuarzo amarillo, pardo y verde que los nativos lo llaman jaspe y que yo me inclino a decir que es el mineral verdadero de ese nombre. Yo no ví ejemplares de él, pero muy frecuentemente oí mencionarlo cuando conversé con los nativos sobre los recursos naturales de Olancho. El mármol azul y blanco, de una calidad muy fina, existe en las montañas de Yoro, en el departamento de este mismo nombre. Estas canteras nunca han sido trabajadas y, probablemente, permanecerán vírgenes por edades a menos que se desarrollen bajo los auspicios de una raza superior en diligencia e industria que la que ahora puebla Olancho. En Lepaguare hay, asimismo, indicios prometedores de la existencia de un mármol de magnífica calidad.

Mientras estuve en Juticalpa supe de un gran pedazo de piedra imán que se halló en las cercanas montañas de Jano en donde se aseveró podía obtenerse en cualquier cantidad. Supe que esta piedra imán tiene la sorprendente propiedad de repeler tanto como atraer al acero cuando está en su contacto; lo primero emana de un lado y lo segundo del otro. Una aguja suspendida por un hilo en un vaso de agua se aproxima o se retira mientras el imán se vuelve en las

manos del operador. Muchas personas me aseguraron ser esto verdad y yo lo anoto para futuras referencias.

Se dice que en Olancho se ha descubierto hierro y que el cinabrio existe en varios lugares. Tengo razones para creer esto por las descripciones que se me hicieron en largas conversaciones durante las cuales me empecé en preguntar a mis informantes y las aseveraciones siempre fueron las mismas. Todavía me inclino más a creer en la indisputable autoridad del caballero de más ciencia en Honduras, Don José María Cacho, ex-Ministro de Hacienda de la República. En una carta que él me envió desde los Llanos de Santa Rosa (2) el 23 de Febrero de 1854, me pedía una descripción del método de trabajo que se usaba en la mina de azogue de New Almaden, California, porque él había localizado varias minas de cinabrio en el Departamento de Comayagua.

La mina de Palo Verde está ahora soterrada con piedras y tierra. Grandes y añosos árboles rodean los viejos trabajos, y durante la época de las lluvias la fúrida maleza posiblemente esconda a la vista todo el lugar.

De lo que pude saber en relación con la riqueza mineral de Olancho, gradualmente llegué al convencimiento de que, con el comienzo de una minería "legal", tal como se practica ahora en California, el país enviaría cantidades de oro en tal proporción que crearía una conmoción igual a la que despertó el furor minero en California durante los últimos diez años.

Los Zelaya me aseguraron que para cuando yo regresara ellos estarían listos para escuchar mis propuestas.

El cura había hecho ya sus arreglos y con mi viejo criado, Víctor, tomamos el camino de Catacamas. Se trajeron los caballos y dejando el patio salinos al trote, recibiendo los corteses saludos de Don Francisco cuando pasamos frente a su casa. Hicimos una parada en el camino para tomar un poco de chocolate ricamente preparado y, por último, viramos hacia el pequeño poblado de Telica, situado bajo las faldas norteñas de las montañas de Jutiquile.

Entre las plantas silvestres que me mostró mi acucioso acompañante estaba la "rubia" cuyos tallos, como ví después, atraviesan el camino en muchos lugares. Los indios del Bajo Guayape venden esta planta y la de xiquilite para fines tintóreos. Esta "rubia", creo es igual a la de Holanda y Nueva Zelanda de la cual se importa anual-

(1) Casa de fundición no hubo en la Villa de Tegucigalpa hasta en el último cuarto del siglo XVIII. V Durrón, La Provincia de Tegucigalpa, p 76

(2) Así se llamó antiguamente la actual ciudad de Sta Rosa de Copán.

mente en los Estados Unidos un valor cercano a los \$2 000.000 00 de dólares. Cantidades ilimitadas podrían cultivarse en Honduras con gastos ridículos. La raíz, que es larga, trepadora, de un color rojo oscuro, y con ramas laterales, sirve a veces como alimento de los cerdos monteses, las hojas son de forma oblonga o lanceolada.

Del llano subimos por las faldas engramadas de la cordillera y al alcanzar la cima, al mediodía, llegamos a un tranquilo bosque de pinos que se extiende por una gran meseta por la cual corre un río de aguas mansas. Aquí acampamos por espacio de una hora mientras los muchachos se ocuparon en preparar café. La perspectiva desde estos cerros de Juticalpa era muy extensa y acogedora. Solamente las torres de la iglesia asisaban por encima de la arboleda. El Padre había agotado el tema del catolicismo y, volviéndose sibarítico, colgó su hamaca entre dos árboles y por ciertos inconfundibles sonidos pronto me dí cuenta de que estaba dormido.

Mientras Víctor se hallaba inclinado recogiendo agua para hacer el café, me recliné en una piedra musgosa que forma parte de una pequeña represa que recibe las aguas del arroyo. Era profunda, con fondo de grava y transparente como un cristal. Quieta, en el lado opuesto, entre la superficie y el fondo como si estuviera suspendida en el aire, se hallaba una hermosa trucha moteada. Por varios minutos estuve sentado, sin moverme, en la roca, fumando y contemplando a este tirano de los arroyos. Por fin sus aletas se movieron hacia adelante y atrás y con premeditación se deslizó hacia el lado del estanque donde yo estaba, y desapareció en el hueco de una piedra para aparecer de nuevo ya en compañía de la señora Trucha y, juntos, circularon por sus pequeños dominios. Mi sombra, extraña a esas horas del día, seguramente había provocado sus sospechas y se hallaban ahora conferenciando sobre su causa. Un pequeño movimiento de mi mano hizo que ambos salieron veloces a esconderse en una depresión de la roca, de donde no volvieron a salir más.

Este pequeño incidente me hizo pensar en la soledad y condición desértica de la región. Escasamente había un objeto, dentro del extenso radio que alcanzaba nuestra vista, que indicara laboriosidad o civilización. No se escuchaba la voz del hombre o el ladrido distante del perro, sino que imperaba un silencio total que me hizo recordar las escenas de una vida febril allá a lo lejos como se recuerda un sueño confuso y vago. Hasta los comunes signos de la soledad: el suspiro del viento entre las frondas, el zumbido de los insectos, el chillido de las

ardillas, hacían falta. Un ermitaño podría encontrar aquí un lugar ideal para vivir. Roberto y su acompañante dispararon la iluminación al quebrar ruidosamente una rama seca para avivar el fuego.

El Padre se despertó al sentir el fragante olor del café y proseguimos nuestra jornada hacia el noroeste. De manera conspicua, cuando serpenteábamos por un camino, apareció el árbol de hule, (*Siphonia elastica*), de extraño aspecto. Se le reconoce por su tronco redondo y liso, protegido por una corteza de color pálido, y que a veces alcanza una altura de cincuenta pies. Las hojas se agrupan de tres en tres, de una delgada y delicada textura y de forma oval, generalmente de un pie de largo, siendo la hoja central un poco más larga que las otras. El fruto es una cosa extraña, algo que se parece a un melocotón y es comido ansiosamente por varios animales y pájaros. No tiene sabor y se divide en tres lóbulos, cada uno conteniendo una pequeña nuez de color negro.

A los árboles —que se les llama "caucho"— se les hace una incisión exactamente en la misma forma en que el campesino de Vermont obtiene la savia del arce. La incisión exuda un líquido amarillento que parece nata (goma elástica) y que en Honduras se deja que caiga en huecos hechos en la arena formando una sustancia sucia y floja muy diferente a la que se beneficia en Pará. Un papel burdo se obtiene de la corteza del árbol. Que yo sepa, no se ha hecho un uso práctico del hule en el país, pero algunos pequeños lotes de inferior calidad fueron despachados de Trujillo por el Sr. Prudot para la Casa Nickerson, de Boston, donde aún permanecen sin venderse. Este artículo, tratado apropiadamente, podría rendir utilidades, pero hacen falta la técnica y la industria necesarias.

Debo mencionar un curioso pájaro cuyo extraño canto oímos pasando por una espesura de jicrales. Un riachuelo cruzaba el camino y mientras nos parábamos a aguardar nuestros caballos, nos llamó la atención la música de un alado compositor que se posaba en una rama baja, a la derecha del camino. Por su forma se parece a la paloma silvestre del este de los Estados Unidos. Sus movimientos son vivos y graciosos mientras se yergue sobre su percha como lo hace el palomo en el corral. Su color es café claro y el pecho, al parecer, color de azafrán o anaranjado. Sólo se le encuentra en Olancho y en la Segovia, donde se le conoce con el nombre de jipa. Las notas de este pájaro se repiten con gran distinción a intervalos regulares y casi recorren la escala de cinco a siete notas. El canto, que es admirablemente nítido, lo emite fuertemente y al hacerlo

el pájaro dilata su garganta de manera notable. No tuve pormenores de sus hábitos y debo agregar que no era ésta la primera vez que había oído el canto peculiar del jipa.

Este puede ser el pájaro que Byam describe en la página 168 de su obra como "el pájaro clarinete" que emite una serie de notas como las de la octava baja de un clarinete, descendiendo la escala de la tónica a la tercera, quinta y octava, despacio, pero rica y poderosamente. Estas están correctas en los semitonos.

También describe él otro pájaro y da enseguida una ilustración de su canto, que es tan notable, que dio las notas en una guitarra al regresar a su choza en un bosque de la Segovia.

La rareza de este último canto es su propia recomendación. El primero, sin embargo y duda algunos, es del jipa, cuyo nombre él no menciona. Varios viajeros centroamericanos atestiguan la existencia de este pájaro, algunos de los cuales me han asegurado verbalmente que han oído las notas en el silencio del bosque, pero nunca han tenido la fortuna de poder ver al pájaro-músico. Creo que ningún ornitólogo lo ha descrito, como no ha sido descrito un sin número más, de los peculiares de Centro América.

Al llegar al pie de las serranías de la cordillera de Jutiquile encontramos un laberinto de trillos de ganado, siendo difícil distinguir el camino real. Arribamos por último a una espesa montaña y perdimos el camino. Nos abrimos paso a través de una maraña de bejucos que colgaban como estalactitas desde las ramas musgosas. Teníamos que agacharnos sobre el cuello de los caballos para poder esquivar las ramas que nos estorbaban en la ruta. Después de saltar varios troncos nudosos, ramas podridas y palos, salimos a un camino en mejores condiciones y oímos el ladrido de un perro distante. Siguiendo el sonido salimos de la montaña a los alrededores del aislado caserío de Telica.

La primera casa era la de la señora Méndez quien, con sus niños, estaba acudida en derredor de un fuego, tomando su cena de tortillas, miel silvestre y crema. Se levantaron de un salto y parecían asustados por nuestra súbita presencia, pero el Padre, que había andado a medio galope por ahí, salió en esos momentos de un claro en el lado opuesto, con su cara bonachona y fue inmediatamente reconocido dándonos todos una ruidosa bienvenida. Se abrió la puerta y un tullido, arrastrándose sobre sus cuatro extremidades, salió para vernos; él, también, dio su bienvenida al cura, quien se la retornó cordialmente.

Mientras conversábamos con estas personas y compartíamos su cena vi en un árbol cercano unas grandes flores color carmesí, como de catorce pulgadas de circunferencia y le pregunté al inválido cómo se llamaban, contestándome que eran: "flores de La Concepción, señor". Recibe este nombre por el hecho de que florece durante el tiempo en que se celebra la fiesta en honor de la Virgen de la Concepción. De lejos, el árbol, cubierto con estas flores tan vistosas y en forma de escudos, es una de las vistas más bellas que se pueda imaginar; su olor es más bien repulsivo.

Dejamos esta casa y nos fuimos hacia la pequeña casa cural del Padre de Telica, señor Fiallos, quien nos brindó hospedaje como se lo permitían sus medios, hasta la mañana siguiente cuando salimos para la hacienda de San Roque, como a dos leguas hacia el noroeste. San Roque es propiedad de la rica familia de los Bustillo y tiene varios miles de cabezas de ganado, mulas y caballos. Sentado en la pueria y cerca del fuego se hallaba un vaquero, con una antorcha encendida chamuscando en sus sobrebotas cientos de unos pequeños animalitos, llamados garrapatas, que se le habían prendido cuando andaba montado por los matorrales. Estos animalitos son más pequeños que los ácaros del norte, pero irritan la piel con su picada y son, en verdad, una seria amenaza en ciertas épocas cuando uno anda de viaje. Parecía que aquí nos hallábamos fuera de la región aurífera. Las mismas leyendas y los mismos cuentos de maravilla estaban listos para quien quisiera oírlos, pero el escenario de las excavaciones auríferas se hallaba hacia el suroeste, en los grandes dominios de los Zelaya.

Algunas de las más finas mulas de Olancho se encuentran en las haciendas de estas cercanías. Las mulas de Olancho, por lo general, y aunque de cascos suaves por sus continuas caminatas en las planicies son los mejores animales que se producen en Centro América. Las mulas peludas y pequeñas, de montaña, son más fuertes y sufridas y por estas razones se las prefiere a las de las tierras bajas.

No hay estadísticas de las mulas y los caballos de Olancho. Hay varias haciendas de ganado que tienen de trescientas a mil cabezas cada una, y otras exceden en mucho ese número. Los animales, por lo común, son pequeños, delgados, briosos y de gran resistencia. Grandes patachos se envían anualmente a El Salvador y Guatemala. El precio de un caballo, tomado ad-libitum del corral, es de diez a catorce pesos; si está domado para paso y trote vale de cuarenta a ochenta pesos. A las yeguas raramente se las doma o monta. Las mulas tienen un va-

lor más alto que el de los caballos debido a su mayor resistencia y su capacidad como bestias de carga. El valor de una mula corriente es de cuarenta pesos, pero ha habido andadoras por las que no se han aceptado doscientos ni trescientos pesos. A algunas de estas últimas se las almohaza según la costumbre del país y durante la época lluviosa se las guarda en caballeriza.

El método para amanzar una mula y hacerla coger el paso es atándole las dos patas derechas y las dos izquierdas con correas de cuero, lo que obliga al animal a hacer un movimiento torpe, a limitar los pasos hasta cierta longitud y levantar las patas dos veces más alto que lo corriente. Después de un mes de adiestramiento, si el proceso ha sido a una edad temprana, el animal adquiere un paso delicioso y libre, que se considera como la perfección del movimiento ecuestre.

En Honduras el hacendado rico aspira a tener la reputación de ser un completo veterinario, y en un lugar apartado tiene una vieja caja con varios instrumentos rústicos con los que le encanta operar sus animales cuando éstos le precisan.

Mientras estábamos en San Roque (1), una manada de potros cimarrones, siguiendo a sus yeguas, fueron reunidos en el corral principal. El objeto era coger y domar estos animales jóvenes, que indicaba el mayordomo mientras el grupo de caballos saltaba por las tranca bajas y corría alrededor del corral con miradas salvajes y malignas. Se apartaron primero los potros que iban a ser domados y rápidamente se les aseguró con un lazo. De aquí, asustados y temblando, se condujeron al patio como cebras cerriles. Se les echó al suelo, se les vendó con las orejas recogidas debajo de las vendas para impedirles la vista y el oído lo más posible, y con un joven candidato a los honores de la equitación sentado en la cabeza del animal para evitar su forcejeo. Habiéndole sido puesta firmemente la jáquima, el muchacho saltó de un solo, y el caballo con un resoplido terrible se levantó pero, sintiendo la tensión de la reata apretada en su nariz, saltó ciego por el patio, algunas veces golpeándose fuertemente contra el cerco o saltando súbitamente entre el grupo de espectadores.

Por último, cansado de sus esfuerzos, se paró jadeante y tembloroso; entonces el mozo, agarrando cuidadosamente la soga extendida fue poco a poco aproximándose al animal para acostumbrarlo al toque de su mano. La operación de la ensillada comenzó luego; requiere mucho mayor cuidado. Arranques convulsivos y coces acompañaron

el acto hasta que la silla fue colocada firmemente y uno de los muchachos se subió a ella. Una vez allí, toda resistencia era inútil. Poniendo sus pies descalzos firmemente en los estribos, el jinete se inclinó hacia adelante y con cuidado quitó la venda, y el caballo, llevado por la desesperación, con miedo y rabia salió precipitadamente por la puerta "de golpe" y se lanzó en carrera loca por el llano. Cada contorsión de su cuerpo, saltos y embestidas solo parecían dar la más grande alegría al monio broncíneo que lo jineteaba. Su hoo-pah! (2) seguido de un grito sereno se entremezcló con el salvaje resoplido de la noble bestia que montaba, pero ni él ni el grupo indiferente de los espectadores manifestaron la mayor ansiedad.

Después de media hora de corcovear, el caballo mostró síntomas de fatiga y entonces su jinete, teniéndolo más en mano, lo corrió a galope tendido en círculos de media milla, sobre el césped, y no regresó a la casa sino cuando el animal, completamente exhausto y con los flancos llenos de espuma, se había rendido a la destreza del chalán. Media docena de estos ejercicios y el caballo queda amansado.

Varios días permanecimos en San Roque, en donde tuve la oportunidad de observar muchas de las plantas y árboles raros que había examinado en otras partes. También aquí se cultivaba el camote. Los palmeras, del follaje más exuberante, se erguían por sobre el llano. Se necesita un botánico profesional para que pueda clasificar la variedad de palmeras que hay en Centro América. Además de las que comúnmente se ven aquí, hay muchas otras variedades que son desconocidas más allá de la tierra aislada que las nutre, excepto con el nombre local que les dan los habitantes ignorante tal vez derivado de los usados por los indios aborígenes. Sus usos son numerosos. De acuerdo con Humboldt y Van Martens, el nativo obtiene de las numerosas variedades de palmeras: azúcar, harina, sal, aceite, vino, armas, fibras, cera, utensilios, alimentos y morada! El árbol es el rasgo característico del paisaje tropical y en Olancho su exuberancia excede, según supe, a la de otras partes de Centro América.

De la lista de los productos de estas plantas ya mencionadas, a menudo probé el vino que se obtiene de la especie llamada coyol y que se conoce en Honduras como vino de coyol. La palmera del corozo, que produce una nuez gustosa, que no difiere en sabor del pistacho, se parece a la del coyol en tamaño y en follaje pero no produce nueces, mientras que la savia conocida como

(1) La hacienda de San Roque fue heredada por Doña Amelia Zelaya de Suárez, y hoy, es de Clementina, Rosa, Lola y Graciela Suárez.

(2) ¡Upa! o ¡Epa!

vino de palmera producida por el último, causa náuseas y erupciones cutáneas.

El coyol se apreciaba principalmente por el vino delicioso que de él se obtiene, célebre en los trópicos por su dulzura y por la cantidad que da cada árbol. Entre los indígenas es costumbre treparse a esta palmera y horadando inmediatamente debajo de las hojas del ápice, insertan un pequeño tubo de caña hueca o una hoja acarrizada a través de la cual la savia fluye dentro de una calabaza suspendida en el extremo.

En las haciendas, el árbol se corta y después de ser removida su copa se le arrastra a la casa y se le practica una incisión, tal vez de un pie cuadrado, hacia el extremo. Esta se cubre y a los pocos días está llena de vino o jugo del árbol. Como tres botellas a la semana se obtienen regularmente de la fuente. Tiene una apariencia blancuzca, viscoso cuando nuevo y es muy refrescante. Después de dos días empieza la fermentación, cuando adquiere poder intoxicante y se vuelve una bebida fuerte y sabrosa. Una botella de vino de coyol nuevo que se tape herméticamente con un corcho reventará al segundo día de haber sido extraído del árbol. La mayor parte de las familias olanchanas tienen su coyol cerca de la casa. El gasto del corte y de la preparación no va más allá de un real. Un árbol, por lo general, da cinco a seis galones antes de agotarse. A veces se le combina con miel silvestre y se obsequia el visitante como una gran golosina. A diferencia del vino de corozo, el que se obtiene de esta palmera es benéfico para varias enfermedades y se le considera, en particular, eficaz para las fiebres. En San Roque siempre fuimos obsequiados con esta bebida.

Al siguiente día, a mediodía, dejamos la hacienda y atravesamos una región ondulante y muy arbolada. Muertos de sed llegamos por la noche a la hacienda de La Herradura. Esta hacienda difiere poco de las otras principales de la región. Los edificios son pequeños y de mal aspecto. Aquí residen algunas treinta personas y su dueño don Ignacio Meza, un joven olanchano que hacía poco se había casado, salió y nos recibió, apresurando su paso al reconocer al Padre Buenaventura.

Entramos a la casa y fuimos presentados a su señora, una muchacha que se ruborizó cuando la saludamos y nos recibió cordialmente y con gracia natural. El pequeño Arroyo de los Zopilotes corre cerca de la hacienda y desagua, según se nos dijo en el Guayape, a unas diez millas al Este. Durante buena parte del año este arroyo permanece seco.

Entre las leyendas de Olancho está la

del origen del nombre de esta hacienda. En cuanto a que sea verdad eso lo dejamos al lector. Don Ignacio relató que en tiempos de sus antepasados el oro quizás era más abundante que el hierro y prueba de ello es que se halló una herradura de oro en la hacienda "y, en consecuencia", dijo él "ha de haber sido más barato en aquellos días usar oro que hierro".

"Y ¿qué hubo de la herradura, señor?", le dije, "¿por qué fue ésa la única que se encontró? Me parece que más de un caballo debió haber botado una herradura".

"Ah! Es que nuestros libertinos antepasados probablemente hicieron que se fundieran las herraduras de oro para monedas después de la destrucción de Olancho Viejo. Pero eso no es todo. Usted sabe que el oro es muy pesado"

"Si señor, ¿qué hay de ello?"

"Bien, en los primeros días de Olancho, los pescadores ponían pepitas de oro en sus redes para que se hundieran mejor en los ríos. Estas piezas han sido encontradas en los lechos de los ríos con agujeros a propósito para insertar en ellos las redes".

"¿En dónde se encontraron esas piezas, señor?"

"En Alemán, en El Murciélagos y en otros lugares arriba del río, cerca de las propiedades de los Zelaya".

El Padre corroboró esta declaración y dijo que él recordaba bien cuando circulaban esas historias de tales descubrimientos. Temeroso de poner yo un punto final a estos detalles al exponer una duda, continué:

"¿Qué más recuerda usted, Don Ignacio, de las viejas crónicas?"

"¿Ha oído usted sobre el testamento de la señora de Manio?"

Yo había sabido de este documento en Juticalpa, pero deseaba que mi anfitrión me repitiera la narración, que era, en síntesis, la siguiente:

"Hace más de doscientos años, el oro fue descubierto en Olancho y todo el mundo tenía acaparado el metal hasta donde podía cuidarlo. Era tanto, que con una vara se podía extraer hasta "una libra" al día".

"¿Una libra, señor?", le dije, incrédulo.

"Sí, señor, y más de una libra. El antepasado del señor Ayala, en Juticalpa, tuvo una vez cincuenta libras de oro en su poder,

que obtuvo por compra que de ellas hizo a los indios".

"Es verdad, Don Guillermo", agregó el Padre. "El fue uno de los hombres más ricos. Pero eso no sorprende a nadie. Si usted examina los escritos de los viejos autores españoles, podrá leer en ellos, sobre las célebres montañas de oro de San Andrés (1) en el Departamento de Comayagua, allí encontraron ellos iguales cantidades".

"Bien", continuó Don Ignacio, "en aquellos tiempos, señor, había demasiado oro. Buques cargados de oro —millones— iban a España a engrosar el tesoro del rey; él tenía derecho al quinto de todo lo que se extrajera. En aquellos tiempos una señora anciana, que por mucho tiempo había estado ausente de Olancho, murió y dejó por testamento siete cabezas de ganado y cinco caballos, medio "celemine" (un gran montón) de "chispas", pepitas y oro en polvo, pero con la condición de que aunque los herederos podrían disponer como mejor les plugiera del oro, deberían en cambio conservar el ganado y los caballos en la familia".

"¿Y por qué eso?"

"Sencillamente porque en aquellos días apenas había comenzado la crianza de ganado, era por consiguiente muy escaso y de mucho valor, pero el oro cualquiera podía obtenerlo con solo tener la intención de extraerlo".

"Pero cuénteme de Olancho Viejo, señor, que se lo oí mencionar".

Aquí el Padre Buenaventura recogió la hebra del discurso y me dijo:

"Usted me ha oído hablar de aquella ciudad maldita antes de ahora, mi amigo. Ese es un tema que a los olanchanos no les gusta tocar, pero le diré a usted, no obstante, que fue designio de Dios el destruirla para castigo de las gentes perversas y sacrílegas".

Era evidente que el Padre no tenía deseos de hablar de Olancho Viejo en presencia de nuestro anfitrión, pero ya había oído lo suficiente para excitar mi curiosidad y me hice el propósito de visitar las ruinas en mi trayecto.

El testamento arriba mencionado, se di-

jo, había sido depositado en el viejo archivo parroquial de Manto, poco más o menos a cuarenta millas de Juticalpa y antiguamente la capital del departamento, después de la destrucción de Olancho Viejo. Juticalpa la reemplazó debido a su localización más conveniente.

Temprano de la mañana siguiente Don Ignacio había preparado para nosotros un succulento desayuno, y después de repetidos "adioses" y del requerimiento de que pasáramos otra vez la noche allí contestó con una inclinación mi saludo a la Niña Benita, y nuestra pequeña cabalgata salió rápidamente de la hacienda.

A una distancia de diez a doce millas del camino aparecía en la cordillera de montañas el pico más elevado de la misma conocido como "El Boquerón" que, de acuerdo con la tradición, había hecho erupción destruyendo la antigua capital. Era visible una grieta, parecida al lugar donde ha ocurrido un derrumbe, y cuando un claro del bosque espeso lo permitía podían verse las inmensas rocas arrojadas en horrenda confusión como por una gran convulsión de la naturaleza. El misterio que siempre había acompañado al lugar y la superstición de los nativos de ser esta la causa probable de su destrucción despertaron mi curiosidad cuando nos aproximábamos y, por primera vez le confíé íntimamente al Padre mi intención de visitar Olancho Viejo.

"Es ese un lugar del cual huyen las personas virtuosas y de ánimo recto, mi amigo", me dijo, "y yo no tengo el menor deseo de sufrir la suerte de numerosas personas que, según se dicen, han perecido llevadas por una curiosidad malsana. Permítame, "hijo", informarle que seguiremos directamente a Catacamas y que no molestaremos nuestra mente al pensar en ese lugar maldito. Además, los criados no le acompañarán a usted por ningún motivo".

Todas mis súplicas fueron en vano y como ya habíamos llegado a un punto del cual seguir hacia el este implicaría alejarnos mucho de las ruinas, paré mi caballo y de nuevo rogué al Padre que me acompañara; pero, sea por superstición o por aversión a apartarse del camino, lo cierto es que él rehusó terminantemente. Al ver que yo insistía, él le aseguró a Víctor que no había peligro y que debía acompañarme en la excursión. Alentado con esto mi muchacho, de mala gana, se preparó para acompañarme.

"Mientras tanto", concluyó el Padre, "yo seguiré para El Real, que está como a veinte millas por camino plano, y usted me alcanzará mañana. La hacienda de Punuare es-

(1) Dice el P. Juáres que "entre las minas que se han descubierto en la jurisdicción de Gracias a Dios, son sin duda las más famosas las del Real de minas de S. Andrés de la Nueva Zaragoza: hállanse éstas en un monte situado en el Valle de Sensenti al O. de Gracias a Dios y al E. del Valle de Copán, 60 leguas al NE. de la ciudad de Guatemala". Después de citar al Cronista Fuentes y Guzmán, agrega que comprueba la riqueza de aquel mineral el hecho de "que para promover las labores de sus minas, y cobrar los Reales quintos se creó un Alcalde Mayor, que se intitulaba del Real de Minas de S. Andrés de la Nueva Zaragoza". Historia de Guatemala, pp. 126 y 127.

tá apenas a unas pocas millas al este de la falda de las colinas y la encontrará fácilmente por el rastro que dejan los ganados. Puesto que Ud. ha decidido ver las ruinas anote toda cosa de importancia y me la hace

saber. Adios amigo". Y el buen cura arrendó su caballo y siguió con su sirviente por el camino hacia El Real hasta que ambos se perdieron de vista.

21

La leyenda de Olancho Viejo.—La corona de cuero.—Una estatua de oro.—Destrucción de la ciudad.—Desolación.—Las ruinas.—La hacienda de Punuare.—La Chachalaca.—Abejas y miel.—El Real.—El Padre Murillo.—Esqueletos de ganado.—Un olanchano en su hogar.—El toque de la calentura.—La Higadera.—Empresas inglesas.—Historia de un matrimonio.—Cocodrilos.—El camino a Catacamas.—Panorama al amanecer.—Aventura con un jaguar.—Fieras de Olancho.—Catacamas.—Aspecto de la ciudad.—Comercio.—Indígenas.—Un paseo al Guayape.—Convención de guacamayas.—Mantos de plumas.—Escena en el río.—Santa Clara.—Caza del venado.—El Quebrantahuesos.—Martil vegetal.—Escena de muerte.

Víctor cargó mis mantas sobre su caballo y me precedió en la ruta hacia las ruinas. De su relato, obtenido de otras personas, aparece que, exceptuando los vaqueros que algunas veces se aventuran por ahí cerca en busca de ganado o mulas extraviadas, pocas personas han tenido la audacia de aproximarse al sitio de la ciudad que fue destruida por algún cataclismo de la naturaleza. La historia que me relató era la misma que yo había oído antes y estaba acorde con la natural superstición de un pueblo católico, aislado y primitivo.

La gran riqueza de Olancho en la antigüedad se había concentrado en la vieja población que otrora fue una especie de emporio local de la moda y del lujo. Los dueños de las haciendas de ganado residían en ella y acapararon un inmenso tesoro en el laboreo de las minas del alto Guayape y de la compra del oro a los indios. Los habitantes, sin embargo, eran avaros y aunque tenían grandes cantidades de oro, tanto que las mujeres usaban polvo de él en sus cabellos, retenían sus tesoros escondidos hasta de la Iglesia y, en consecuencia, fueron castigados por la cólera divina. La autoridad eclesiástica encargó una estatua en oro de la Virgen para una de las iglesias, pero el pueblo estuvo remiso a dar las contribuciones necesarias. El cuerpo de la estatua estaba ya terminado, pero faltaba el aporte requerido para la corona, y las sienes santas fueron adornadas con una corona de cuero! El cura de la iglesia elevó su protesta, pero los miserables enfatuados, haciendo caso omiso de la riqueza de que gozaban por el favor

de la Santa Madre de Dios, chasquearon sus dedos en pleno rostro del santo sacerdote!

La infame profanación de la Santa Virgen fue rápidamente vengada. Mientras el pueblo se congregaba en la iglesia, la montaña se hizo pedazos por un terrible cataclismo y en una hora toda la población fue destruida con una lluvia de rocas, piedras y cenizas. Muchos perecieron y el resto buscó refugio, aterrorizado, fuera del lugar. Después de la destrucción, varias personas se aventuraron a regresar, pero fueron víctimas de enfermedades súbitas y al punto murieron. Los que pudieron escapar tomaron rumbo hacia el Norte y viajaron a la costa en busca de otro sitio, pero llevando consigo la corona de cuero, que fue lo único que pudo salvarse de la destrucción total. Acamparon en el lugar llamado hoy Olanchito, la principal ciudad del departamento de Yoro, después de Trujillo. Aquí erigieron una iglesia, en donde (dice la leyenda) aún puede verse la auténtica corona de cuero descansando a los pies de la Virgen, como un símbolo de la cólera del Todopoderoso y de cómo él castiga la impiedad.

Esta narración, no obstante tan católica, no concuerda con Juarros, que dice que el fundador de San Jorge de Olanchito fue Diego de Alvarado, en 1630 (1). Pero los propósitos de la iglesia se cumplieron, y como es el caso con algunas de las viejas crónicas, la verdad de la historia es de importancia secundaria frente al empuje de la fe.

(1) Que Diego de Alvarado fundara una población en 1630, en Yoro, no descarta que los de San Jorge de Olanchito fueran a Olanchito

Comparando todas las aseveraciones, tradicionales y no tradicionales, estaba yo en la duda de si en realidad Olancho Viejo había sido abrumado por un volcán o por un derrumbe. Y aunque no hay pruebas de erupciones volcánicas en el litoral atlántico de Honduras, yo me inclino por lo primero en razón de haber observado desde las colinas cercanas de Juticalpa los arrecifes de la montaña que dan inmediatamente a ese lugar, y en los días claros percibí distintamente una grieta que posiblemente pudiera indicar un cráter antiguo por donde ocurriera la erupción.

A la distancia de una milla de las ruinas llegamos a una maraña, interrumpida con huecos profundos, árboles caídos y parásitas trepadoras, cruzando la cual con cuidado y esfuerzos llegamos al objetivo de mi búsqueda. La ciudad nunca pudo haber sido de gran tamaño; probablemente no contenía más de unos tres o cuatro mil habitantes. No puedo imaginarme un punto más desolado que este. Allí no había ruinas importantes o notables, tampoco columnas derribadas, ni estatuas destrozadas, ni fragmentos de construcciones arquitectónicas rotas, ni monumento alguno de arte o de lujo. El viento soplaba ominosamente entre las hojas y parecía cuchichear sobre leyendas añejas y sobre proezas de los antiguos aventureros. El ambiente era todo agreste, solenne y propicio para imponer un miedo reverente en las mentes supersticiosas.

Solo pude percibir trazas, de cuando en cuando, de casas de adobe, otrora agrupadas en una vecindad fraternal, pero los vientos esparcieron a lo largo y a lo ancho el polvo de lo que antes fuera su material de construcción. Unas pocas piedras cuadradas, parecidas a las que se usan en los hogares, sugerían pensamientos tristes sobre deudos dispersados y los rotos lazos de un hogar común. Una vegetación escasa crecía entre estas ruinas desoladas. Víctor las atravesó haciendo la señal de la cruz y profiriendo la universal exclamación de: ¡caramba!

Atamos los animales a un árbol y penetramos a pie a lo que parecía haber sido la plaza; un montón de adobes acumulados mostraban el sitio donde estuvo la iglesia.

"Bueno, Víctor", le dije, "aquí tenemos el castigo para los sacrílegos, pero como nosotros somos buenos cristianos, no hay por qué temer que seamos castigados".

"Yo no sé, Don Guillermo", me repuso, "pero a mí no me gusta mucho ver estas cosas. Vámonos ya a la casa del señor Ordóñez, que está al otro lado del río".

Pero yo no estaba satisfecho todavía, y

proseguimos con cuidado hacia el pie de la montaña. Así que avanzábamos la escena aumentaba en misterio. Aquí y allá crecían aún los jicarales ofreciendo en vano los vasos familiares y la más desarrollada calabazera brindando sus huacales, o finas de lavar, donde la voz de la lavadora hacía tiempo había sido silenciada. Una arrogante ceiba, a la cual subían las lianas trepadoras mostrando sus flores blancas y rojas, permanecía como una reina orgullosa y compungida en el campo en donde su raza había caído. Los otros árboles, enclenques y feos, parecían atisbarse descolladamente y allá en una rama deshojada y saliente se veía sentado un viejo mono, nativo errante de la montaña y solitario viajero como nosotros. Una expresión de dolorosa soledad arrugaba sus facciones seniles mientras quieto, alternativamente se rascaba y miraba nuestros movimientos con cómica insistencia.

No había evidencias de escoria o de substancias volcánicas, o si existían, estaban cubiertas con la arcilla formada por la acumulación de hojas y los deslaves de arriba. Las faldas empinadas de la montaña ante nosotros, en donde no había rastros de camino entre la maleza acolchonada, impedían nuestro ascenso a la cumbre, pero desde abajo pareciera haber habido un derrumbe repentino y terrible (conjetura que apoya la vista de la superficie desnuda de la roca en la grieta) o que un viejo cráter existió en la cima. Las cenizas mencionadas en la narración tantas veces repetida, consistían probablemente en el polvo levantado por el desmenuzamiento de los adobes secos de las casas destruidas.

Cómo fue la destrucción de Olancho Viejo es materia de conjeturas, pero que una vez existió aquí una ciudad bien localizada y activa, de eso no hay duda. Se cree, generalmente, que hay mucho oro enterrado bajo las ruinas, pero nadie tiene el valor suficiente para ir a buscarlo. El olvido ha tendido su manto sobre este lugar y sólo quedan exageradas leyendas monásticas que hablan de su existencia.

El sol se hallaba en el Oeste cuando volvimos a montar y dejamos los precintos prohibidos de Olancho Viejo. La hacienda más cercana era la Punuare, y para llegar allá nos vimos obligados a cruzar el Río de Olancho (nombrado así, supongo, por la vieja ciudad) y recorrer unas diez millas por montes tupidos, por un camino incierto y con la probabilidad de pasar la noche teniendo como techo el cielo. Entonces agradecí a Víctor la precaución que tuvo de empacarme las mantas. El Río de Olancho, que serpentea románticamente alrededor de la base de El Boquerón, nace allá por Manto y desemboca en el Guayape a medio camino entre

Catacamas y Julicalpa. Lo vadeamos sin dificultad y entramos por la montaña, siguiendo lo que parecía un trillo de ganado hasta que toda luz, excepto por la de los intersticios del follaje arriba, quedó completamente velada.

Imaginé que esto era una guarida conveniente para el tigre merodeador, y después que llegamos a la hacienda supimos que en estos bosques habían sido destruidas recientemente varias cabezas de ganado. Antes de nuestro regreso tuvimos una demostración ocular de la existencia del tigre. Era de noche cuando el brillo de una lejana antorcha y el ladrido de un perro nos anunciaron que habíamos seguido el camino apropiado.

Punuare es propiedad de los herederos del señor Jesús Ordóñez, de Santa María del Real, o El Real, como se dice abreviadamente, cabecera del Municipio de ese mismo nombre. Los tres hermanos residían en la hacienda y nos dieron la acogida de costumbre. Yo era el primer norteamericano que habían visto y me observaban con gran interés y curiosidad. Aquí encontramos al Padre Buenaventura, que había abandonado su propósito de hacer una jornada hasta El Real y se deleitaba con una buena laza de café y un cigarro.

Después de relatar nuestras aventuras en Olancho Viejo, a la sola mención de cuyo nombre los hermanos se persignaban, nos metimos en nuestra hamaca y despertamos al canto de los hermosos gallos de lidia que, para protegerlos contra los gatos monteses, se guardaban adentro, en una esquina, en sendas perchas.

En el patio de la hacienda de Punuare vi una ave montés, curiosa y domesticada, llamada chachalaca o nodriza de pollos por el empleo que de ella hacen los nativos, en su doble capacidad de nodriza y protectora de los pollitos. Se dice que cuida la nidada mejor que las propias gallinas, tanto que a menudo se las separa después de haber incubado los huevos, para dar el lugar a la enfiometida chachalaca.

Lionel Wafer describe este animal en 1699 como lo vio en el Darién. Dice: "Es una ave imponente que los indios llaman 'Chicalu-chicaly'. Su grito es algo parecido al del cuculillo, pero más agudo y más rápido. Es una ave grande, con una larga cola que la pone hacia arriba como hace el gallo Dung-hill. Sus plumas son de una gran variedad de finos y vivos colores: rojo, azul, etc.". Su descripción, aunque hecha hace más de siglo y medio, presenta a esta ave de manera muy apropiada. La chachalaca pelea con bravura en defensa de los po-

luelos, con gavilanes y otros animales pequeños.

Los acostumbrados pariales o colmenas se ven colgando en los corredores de las haciendas. Entre los muchos productos de valor de Olancho, se encuentran la miel de abejas y la cera, y en estos dos renglones el departamento excede a cualquier otra sección de Centro América. La colmena consiste en un tronco (generalmente un pedazo de la rama donde el enjambre inició sus labores en estado silvestre). Este tronco se cuelga, sostenido por tiras de cuero crudo, bajo el alero y hay en él un pequeño agujero que sirve de entrada y salida para sus ocupantes. Punuare produce una gran cantidad de miel de abeja y de cera, que envía a la costa Norte por varias rutas. La miel se deposita en pequeñas celdas, de dos pulgadas de longitud, que se ven alineadas dentro de la colmena. Las celdas para las larvas ocupan el centro del panal.

Para formarse una somera idea de lo próspero que podría ser este negocio, basta conocer las catorce clases de abejas meleras que existen en Olancho. Sus nombres locales son los que siguen: El Prieto, o abeja negra; el Blanco o abeja blanca; el Aluva (casi la misma); el Jimerito; El chichigua (cuya picada causa escozor como el zancudo); El Zopilote; El Talnete; El suculile; El Panfa; El Panal; El Quema; El Sunteco Blanco; El Sunteco Prieto; el Joverito y El Mirís. Este último deposita un pequeño nido de cápsulas con una cubierta cerosa como la pez. Estas cápsulas se llenan de un líquido delicioso que se emplea, principalmente, con propósitos medicinales. La miel de abejas se vende en casi toda tienda de Olancho, y aún en Tegucigalpa yo pagué solo diez centavos por una botella. Las abejas son pequeñas y la mayor parte sin agujón. Durante el día, cuando uno viaja por el país, se pueden ver enjambres de ellas revoloteando en los troncos podridos, y poco trabajo cuesta llevar toda la colmena a la hacienda más cercana. Uno de los dueños dijo que desde que adquirió su predio, él había vendido suficiente miel y cera para comprar todos los géneros, mantas y artículos de esa clase que se necesitaban en su hacienda.

Dejamos Punuare temprano de la mañana siguiente. Arribamos a El Real a eso del mediodía. Teníamos cartas de presentación para el señor Francisco Mencía, Alcalde Primero, para el señor Marcelino Urbina y para don Nazario Vega, este último Síndico Municipal de la población. Proseguimos, sin embargo, directamente hacia la casa del Padre Murillo, viejo amigo del Padre Buenaventura, en donde nos sentimos tan confortables como las numerosas pulgas de la casa

de adobe y el piso de tierra lo podían permitir.

La población se halla no lejos de la unión de los ríos Real y Guayape, que aquí tiene una corriente formidable capaz de permitir el paso de grandes barcos de río. No vi obstáculo alguno para la navegación en esta vecindad. El Real tiene unos doscientos habitantes, la mayoría descendiente de los indios xicaques, que los historiadores españoles mencionan como ocupantes de esta parte de Taguzgalpa en la época de la conquista. La tribu de los Payas es quizás la más numerosa de todas. Esta, como las demás poblaciones de Olancho, tiene su iglesia, su cabildo y su plaza, todo bajo la guía espiritual del buen Padre Murillo. Es el centro de un pequeño comercio de pieles de venado, bálsamo, zarzaparrilla y cueros de res. Aquí residen varios de los ricos indios hacendados.

Nuestro anfitrión era una mezcla de indio y español, hermoso ejemplar de la tribu industriosa y agrícola de los payas. Vestía un par de pantalones dril de algodón y una camisa del mismo material. Encendimos nuestros cigarros y comenzamos a intercambiar noticias. El estuvo de acuerdo con el informe general de que éste era un año de gran escasez y encogió los hombros ante mis insinuaciones de que habría durante el siguiente año un probable cambio en la política, en los asuntos nacionales.

"Tenemos más que suficiente, señor, con el pastoreo de nuestros ganados y con la preparación del rodeo o arreo a Guatemala para meternos con la política. Estamos al margen de las luchas electorales, y apenas nos importa emitir nuestro voto. Aquí todo está siempre quieto".

"¿Cuánto ganado", le pregunté, "sale de Olancho anualmente hacia Guatemala?"

"Quién sabe señor! Debemos enviar varios miles, sin embargo, porque cuando las grandes partidas salen de las vecindades de Juticalpa, nosotros mandamos de aquí y de Catacamas, cada año, dos mil cabezas con nuestros fierros, amén de los Garay, Zelaya, Bustillo, Gardela y de otras familias ricas que envían más que nosotros. Deben ser unas cien mil cabezas al año las que van a Guatemala, señor".

"¡Cien mil cabezas!", exclamé, "no, me parece, señor, que usted está equivocado. En cuántas cabezas estima usted todo el ganado de Olancho?"

"En algunos millones, señor!"

Vi que la información estadística del vie-

jo era apenas más digna de confianza que las leyendas sobre la Edad de Oro de Olancho, y decidí desde entonces renunciar a las estimaciones numéricas de las gentes.

Se puede, sin embargo, establecer que el número de ganado vacuno en Olancho solamente, es arriba de cien mil cabezas y que el número del que se exporta a El Salvador y Guatemala no es menos de dos a tres mil cabezas. El crecimiento es muy grande, pero debido a la desidia de las gentes, cientos de terneros tanto como de ganado ya desarrollado perecen de sed o resultan atascados en el fango al querer vadear los ríos en épocas de sequía. Se encuentran los esqueletos del ganado a todo lo largo de las orillas de los ríos, donde con la construcción de un camino que sólo costaría una semana de trabajo, los animales se acostumbrarían a transitar por él salvándose gran número de ellos. Una de las vistas más patéticas en las riveras del Guayape es la de los cueros de ganado muerto, aplastados o arrugados, colgando como pergaminos en los esqueletos y un parsimonioso zopilote posado arriba, jaciéndose deliberadamente al calor del sol o emitiendo su grito peculiar antes de dormir en la noche silenciosa alumbrada por la luna. Sólo las pérdidas de la familia Bustillo, por ignorancia y haraganería, llegan a varios centenares de dólares cada año.

Los hábitos desidiosos del olanchano han pasado a ser proverbio muy conocido en Honduras. Imagínese un nativo echado en su hamaca, que cuelga de las vigas de una choza, a través de cuyos espacios se cuele el viento fresco de esas regiones paradisíacas. Arriba y a su alcance cuelga un exuberante racimo de plátanos o bananos maduros. El se mece despaciosamente de un lado a otro, contemplando las espirales del humo de su cigarro ensortijándose en figuras fantásticas que tienen por fondo los picos azules de las montañas que forman el verde valle de su lar nativo. Frente a las grandes decisiones y los resonantes eventos del ruidoso mundo más allá de su país, él ha permanecido toda su vida en una ignorancia feliz. Cuando el apetito le viene, desprende un plátano, lo ensarta en una vara e inclinándose un poco desde su lujoso nido, pausadamente lo asa en el rescoldo que arde cerca de la puerta. Cuando esta sencilla operación ha terminado, don Fulano atrae la fruta hacia su hamaca y la come estirado a todo lo largo en su atalaya.

Este relato me lo dio, como lo he consignado, un amigo en Tegucigalpa, como una ilustración de las costumbres perezosas de los olanchanos. "Es tan haragán como un olanchano!". "Qué olanchano!" son frases corrientes en Honduras cuando se regaña a un sirviente que es indolente. Pero,

como he dicho, el cuidado de las haciendas de ganado mantiene una especie de actividad pastoril, y las gentes, en general, son más bien industriales.

En El Real tuvo el segundo ataque de calentura, a la cual los llanos bajos de esta vecindad no escapan. Los síntomas los deié descritos en las páginas relativas a la isla del Tigre. Mi sirviente Víctor montó guardia por dos días a fin de defenderme de los asaltos de varias viejas curanderas que querían que yo siguiera sus prescripciones, no obstante mi inevitable reputación de "gran médico".

Uno de los remedios que se emplean para combatir las fiebres y las enfermedades del hígado, en Olancho, es tan extraordinario en su clase, que su descripción será leída como un hecho entomológico curioso. Consiste en una bebida que se hace con caldo de caña mezclado con un polvo que se obtiene de insectos quemados, y que se conoce como la higadera, debido a su aplicación particular para los males del hígado. Al animalillo que con su vida contribuye a la preparación de esta medicina se le describe como un descendiente de la especie de la langosta que, debido a los varios cambios naturales que sufre, se le llama el variable. Durante la primavera, este insecto se introduce a una profundidad de varias pulgadas dentro de la tierra, donde muere después de haber depositado varios huevos en una cápsula. Al reventar ésta, los hijos nacen alados y, a su vez, dejan una cantidad considerable de huevos como los de las hormigas, bajo la corteza de los árboles. De esta pequeña producción los nativos recogen innumerables pequeños insectos blancos que se fuestan vivos para los propósitos arriba indicados. Del nuevo cambio en la vida eventual de la higadera no pude obtener una descripción definitiva. La bebida que probé en El Real la encontré más bien agradable.

Unas pocas dosis de quinina me permitieron levantarme otra vez para gozar de la luz del sol y del aire, y del uso del agua para lavarme, la que, a pesar de mis amenazas de venganza, no podía inducir a mi fiel Víctor a que me la trajera. Los dos curas lo habían prohibido que me permitiera cometer el suicidio de lavarme la cara con agua fría mientras estuviera enfermo!

El Real tiene su leyenda relativa a los días cuando el oro era tan abundante en Olancho que no tenerlo almacenado era una excepción a la regla. Pero estas, sin embargo, no son sino variaciones, sin mayor interés, de las que ya mencioné anteriormente.

El Padre Murillo también refirió el tiempo, según su propia memoria, cuando el Rey

Mosco subió por el Paluca con varios ciudadanos ingleses e intentó ejercer su autoridad en todas las poblaciones a lo largo del Guayape, inclusive Juticalpa (1). El protectorado en aquel tiempo (1847) era reclamado por la Gran Bretaña y comprendía todo Olancho y dos terceras partes de Nicaragua y de Costa Rica! Entre los que entonces tenían en mente establecer una colonia británica en la unión de los ríos Guayape y Guayambre, estaba un Mr. B. quien, con el tiempo, figuró mucho en Juticalpa con el consiguiente escándalo de los Garay y los Zelaya.

El Padre, que fue testigo ocular, dijo que dos de estas notabilidades estuvieron en Juticalpa en 1847. Uno de ellos puso sitio para conquistar la mano de la señorita Teresa, hija del señor Garay, bajo la impresión de que la muerte próxima del viejo lo dejaría dueño de la propiedad de la familia, que se dividiría entre dos. La petición tuvo éxito. Una noche, bajo la influencia inspiradora del aguardiente, el galán se jactó en claro inglés de su próxima fortuna y confesó ciertos planes deshonestos en cuanto a la dote de la novia, frases que, desafortunadamente para él, fueron escuchadas por un negro de Jamaica que había sufrido las brutalidades del "Mister". El negro divulgó todo el plan a la muchacha, quien despidió al pérfido pretendiente. Por la noche los dos aventureros hicieron un asalto a la casa del señor Garay. Siguiendo el plan de los bucaneros, desafiaron a la ciudad a media noche, armados de pistolas y de sables. Injuriar en aquellos tiempos a un inglés, justa o injustamente, bajo la famosa política de Mr. Chaffield, era equivalente a exponer cualquier lugar al bombardeo de la flota inglesa; y aunque el pueblo estaba bastante exasperado, se abstuvo de malar o de herir a los agresores.

Casi a la medianoche, el Comandante Militar Don Francisco Zelaya llegó a la ciudad desde una de sus haciendas. Al saber del alboroto, se presentó en el lugar y sin vacilación alguna desmontó y desarmó a la pareja jactanciosa; en vista de sus amenazas, y por encontrarles armas, los encerró en el cuartel hasta por la mañana. Al siguiente día fueron echados de la ciudad y la linda Niña Teresa casó pocos meses después con un caballero de Tegucigalpa, donde es una de las damas más atractivas. Las marcas de los sables de los asaltantes están todavía visibles en las ventanas de la casa del señor Garay. El hecho produjo una gran conmoción en Juticalpa y tuvo trascendencia por-

(1) Por el Tratado Clayton-Bulwer, suscrito en Washington el 19 de Abril de 1850 entre los Estados Unidos y la Gran Bretaña, se estipuló entre otras cosas, que los Gobiernos de los países contratantes "no ejercerán dominio alguno sobre Nicaragua, Costa Rica, la Costa Mosquitia o parte alguna de Centro América" V Montúfar, *Reseña histórica*, t. VII, p. 87

que rompió las negociaciones a fin de establecer en el Llano de las Flores una colonia inglesa.

Nuestra visita de tres días a El Real era más que suficiente para ver todo lo que ofrecía, inclusive un enorme cocodrilo en el Guayape que había sido muerto por un nativo en el momento en que trataba de arrastrar un cerdo vagabundo desde la orilla donde estaba hociqueando. Estos animales llamados lagartos en Olancho, abundan en el río Guayape desde este lugar hasta el mar. En el Lago de Mezcales, al Sur de Catacamas, también se les encuentra, lo mismo que en las ciénagas de aquella vecindad. Este de El Real fue el único cocodrilo que vi en Honduras.

No tuve pesar, en la mañana del cuarto día, después de tomar café y de oír el adormecido adiós de mis amigos, de montar y trotar fuera de este sucio lugar de El Real. El Padre Buenaventura me había acompañado en el viaje, parte para atender asuntos de negocios allí y prefirió quedarse un día o dos más. Yo tuve temor de prolongar mi viaje más allá del tiempo que me había propuesto para verme con el General Zelaya en Lepaguare y resolví salir hacia Catacamas inmediatamente.

El camino lleva una dirección casi hacia el Este y va sobre dos o tres serranías sucesivas, de cerros altos —casi montañas— cuyos nombres descuidé anotar. Salimos antes del amanecer para pasar el extenso llano que bordea el Guayape, al otro lado de las montañas, antes del calor del mediodía, que aquí se siente con una intensidad casi igual al de la misma costa. Después de galopar por media hora a través de silenciosas ciénagas llegamos al pie de las colinas de la cordillera, las que subimos a trote con el objeto de presenciar desde la cumbre la salida del sol, que prometía ser magnífica.

El sol estaba dorando el horizonte, hacia el Este, justamente cuando llegamos a la meseta que habíamos estado tratando de alcanzar desde hacía una hora. La vista era un océano de bosques —un vaso llano interseplado por serranías regulares— en el cual serpenteaban el Guayape y sus tributarios como hilos de plata. Una mancha de nubes rutilantes colgaba sobre el arco de montañas, pero momentos después se había derretido, así que el día irrumpió en el paisaje.

El cielo estaba tan puro que los ojos casi dolían buscando en la bóveda una nube para romper la monotonía. Un aire fresco que bajaba de las faldas de Santa Cruz del Oro movía suavemente las hojas en derredor nuestro; pero más allá todo estaba quieto y en silencio. Desmonté y desde una roca con-

templé las luces vivas subiendo ligeras por las colinas hasta que el sol salió y produjo un efecto mágico que todo viajero en los trópicos recordará, tiñendo las cumbres con un esplendor que ningún artista puede imitar, y dando vida al mar de esmeralda.

Ante nosotros había una hondonada por la cual una pequeña quebrada vaciaba sus tesoros gorgoteantes. Una barba venerable de musgo verde y gris colgaba allá abajo, chorreando el líquido elemento y moviéndose ligeramente al impulso del torrente, de tal manera, que daba la idea de un alegre viejo báquico entregado a un rapto de alegre humor, solo que el puro elemento que él echaba a chorros de su boca borraba la sonrisa.

El panorama era tan vasto y encantador que yo me había abstraído en su contemplación y pensaba si estas grandes sabanas algún día estarían pobladas, cuando Víctor dio un grito y señaló la presencia de un animal de presa, sentado en un alto peñasco cercano y que, como si estuviera inconsciente de los intrusos en sus dominios, se hallaba, como nosotros, viendo hacia el Este y quizás pensando en las oportunidades de un desayuno.

Me llevé el rifle a la cara, pero Víctor, patentemente alarmado me pidió que no disparara, consejo que acaté felicitándome de ello. Dijo que era un jaguar y recogiendo apresuradamente su manía se retiró a la falda opuesta, en donde los caballos pacían tranquilamente. El susto de Víctor fue contagioso y yo me preparaba a seguirlo cuando el animal, después de lamerse la piel aterciopelada, se puso en pie y volviéndose hacia nosotros caminó como veinte yardas hacia donde estábamos, y con sus orejas erguidas y moviendo su cola nerviosamente sobre sus ancas nos hizo el honor de echarnos una mirada en extremo aristocrática.

"¡Caramba!", musitó Víctor, "de veras que es el jaguar, se está paseando temprano, y mire!, camina hacia a cá otra vez!". El animal, al ver que nos retirábamos hacia donde se hallaban los caballos, se movía despaciosamente hacia nosotros y a muy corta distancia, mostrando claramente su disgusto por nuestra presencia con un arrugamiento de su labio, y con una exhibición de su sistema muscular que satisfizo ampliamente mi curiosidad en tal respecto.

Víctor llevó las manos a su boca y profirió un grito que hizo al animal detenerse un momento y examinarnos más atentamente. Aprovechamos este intervalo para montar nuestros caballos, que ahora miraban al jaguar con las narices dilatadas y con las orejas erectas. Nuestro nuevo conocido emi-

tió un sonido largo entre gruñido y rugido, y sea por desagradarle el brillo de mi rifle, o influenciado por aquel misterioso instinto que a veces disuade al bruto de asaltar al hombre, se fue despaciosamente y desapareció en la espesura que bordeaba la colina.

El jaguar es cobarde por naturaleza y muy rara vez se le vé, excepto en lugares no frecuentados, de donde hace incursiones nocturnas a las haciendas causando daños a los ganaderos. Media docena de balas no siempre bastan para matarlo.

Una de estas fieras, que tenía la reputación de haber sacrificado un centenar de ganado durante su vida, fue muerta hace algunos años cerca de la Hacienda del Ulúa. Su piel estaba colgada en la sala del señor Garay, quien me la obsequió cuando dejé Olancho. Esta, como otros muchos artículos, me fueron robados de mi albarda, en Nicaragua.

Víctor atribuyó la feliz escapada de esta aventura a la invocación que él hizo a su santo patrón y a la Virgen, quienes, nunca permiten que un jaguar destruya a los cristianos o buenos católicos.

Este animal está provisto de uñas formidables que usa con una rapidez y fuerza sorprendentes. El ágil salto del jaguar es lo que da terrible poder a su ataque. Como el leopardo, se agarra de un brinco al lomo de sus víctimas y con su impacto quiebra la columna vertebral de una vaca. Dunn cree que hay poca duda de que el tigre y el jaguar, que se parece tanto a la onza, son el mismo animal en Centro América. Está, sin embargo, muy equivocado en esta opinión. La onza es un animal mucho más pequeño. El tigre centroamericano, como lo asegura Byam, quien vivió dos años en los bosques más despoblados de ese país, es la pantera y el jaguar es el puma o león de Sur y Centro América (1). El Capitán Henderson divide las fieras de Honduras en el felis onza o tigre del Brasil, y el felis discolor o tigre negro. El Sr. Squier describe al tigre negro, al jaguar (felis onza), al puma y al ocelote, como cuatro distintos animales. Estos, creo, son las dos únicas autoridades que hacen mención del tigre negro como un habitante de Honduras. "Ningún animal", continúa Byam, "salta más rápidamente y ninguna bestia salvaje ataca al hombre de manera más audaz que la pantera o tigre, pero no tiene la peculiaridad o vicio que distingue al puma, que es el de que ni sigue ni esquiva las pisadas del hombre". Frecuenta las montañas más solitarias y los bosques de la costa del Pacífico. Honduras está llena de historias espeluznantes sobre el tigre".

(1) Parece que en esto no acierta Wells; el puma es el león americano; el jaguar es distinto

El jaguar es una criatura que obra con bajeza, igualmente fiero en sus hábitos, pero menos valiente que el tigre. Cuando se viaja a través de los pasos solitarios, el rugido de este merodeador de medianoche llega con una distinción que espanta y previene al viajero rezagado a buscar las viviendas del hombre. No conozco un grito sino el del mono colorado o mono barba-roja, como a veces se le llama, que produzca tan aterrador efecto, como el prolongado grito del jaguar. La huella de este animal se puede reconocer por un montoncito de arena o tierra que deja donde ha puesto la pata. Es más pequeño que la pantera y no tan atrevido, pero sigue el rastro del hombre a la caída del sol y hay relatos de personas que han sido muertas por ellos en el bosque. Byam describe el rugido del jaguar como "lo que una persona pueda concebir que salga de un enorme gato macho, pero con varios pares de pulmones adicionales".

En Olancho abunda una variedad de tigras, algunos bellamente adornados con franjas y manchas. El autor mencionado arriba describe uno que él mató en la Segovia, diciendo que tenía el vientre y el fondo de la piel de un color amarillo pálido, el lomo casi negro y una serie de manchas negras de distintas formas desde la espalda hasta el vientre, pero las manchas disminuyen en tamaño cuando se aproximan al abdomen. Esta fiera tenía el tamaño de un perro de muestra.

Los abundantes coyotes y lobos pequeños son incansables cazadores de venados. A veces llegan a asediar en manadas al tigre obligándolo a subir a algún árbol y le ponen sitio hasta que, hambriento, le compelen a bajar al suelo donde es hecho pedazos no sin antes haber destruido a varios de sus enemigos.

En Olancho nunca falta la caza, desde el tigre hasta la ardilla, y entre tanta variedad, la joven América, en sus generaciones futuras, hallará oportunidad para su rifle, y la caza del tigre en Olancho podrá ser tema para algún colaborador del "Knickerbocker" o del "Spirit of the Times".

Después de esta aventura con el puma o jaguar, proseguimos nuestro viaje a lo largo de una cadena de cerros y descendimos al llano y de ahí en adelante seguimos por un camino firme.

La ciudad indígena de Catacamas tiene poco más o menos mil habitantes y está ubicada en la margen oriental del río de ese nombre y no lejos de la unión de éste con el Guayape. Posee una iglesia que es casi una copia de la de Juficalpa, y un gobierno municipal del cual un indio venerable, el señor

Vicente Sánchez, es el Alcalde Primero. La mayoría de las casas tienen techos de teja y varias de ellas están sólidamente construidas. Su población consiste principalmente de indios conversos y civilizados quienes, desde tiempo inmemorial, gozan de la reputación de ser ciudadanos industriosos y frugales. Ocupando una parte de uno de los lados de la plaza se halla el pequeño cuartel, con un cañoncillo de balas de cuatro libras y un centinela de aspecto desgarrado. Unos doce soldados al mando del Capitán Pedro Muñoz integraban la guarnición. Yo llevaba una carta de presentación del Padre Buenaventura para el señor Vicente Salgado, uno de los Regidores del pueblo, quien me recibió en su casa, cercana a la plaza, con la tradicional hospitalidad. Es este el último establecimiento que se halla hacia la boca del Patuca. Las aldeas del Dulce Nombre, Río Tinto y La Conquista son meros villorrios, como los que acabamos de describir.

La casa del señor Salgado, que era la más grande del lugar, había sido recientemente entejada y se estaba blanqueando con esmero. Entramos a un patio empedrado y desmontamos recibiéndonos una india de grave aspecto, esposa del Regidor, quien me ofreció una merienda de queso y chocolate y daba órdenes a Víctor con toda la verbosidad con que lo hiciera una ama de casa del Norte. La noche pasó en la discusión sobre temas del día con mi anfitrión, que era un ejemplar de indio casi puro. Se rió de buena gana cuando le conté la aventura con el puma y dijo que con una piedra o un leño yo fácilmente hubiera podido hacer que el animal peleara, tarea que, como yo le observé, preferí dejarla para otros. El viejo me ofreció una carna de cuero brillante, y con un "pase buenas noches" y un saludo cortés, me dejó para que yo pudiera descansar.

Durante el día me fuí de paseo por la ciudad, que los indios consideran mejor en todos respectos que Juticalpa. Yo no estaba preparado para una escena de tanta prosperidad. En el mercado había expuesta una gran variedad de legumbres y de frutas, y todas las operaciones comerciales necesarias al sostenimiento de la población se conducían activamente.

Aquí y allá aparecía uno de los miembros de las tribus menos civilizadas, que emplean su tiempo en el gran río pescando o navegando en sus frágiles pipantes hasta el Mar Caribe. Varios senderos conducen al Guayape y a los puntos donde ello ocurre se les llama "embarcaderos". Pequeñas plantaciones de yuca, maíz, tabaco, arroz, plátanos y frijoles se ven diseminadas en profusión por varias millas alrededor de la ciudad, que es el centro de un comercio considerable.

Hay quizás seis mil habitantes en el círculo de veinte millas alrededor de la ciudad de Catacamas, que en Juticalpa adquieren la mayor parte de sus artículos extranjeros, pero ahora están estableciendo un comercio creciente con el mar, vía Río Patuca. Pocos descendientes de los españoles viven aquí. Las autoridades, en su mayoría, son indios que ejercen y aparentemente mantienen una supervisión de los asuntos locales, siguiendo en cierto modo las primitivas formas empleadas por las tribus más civilizadas pero, en realidad, Catacamas abrazó el cristianismo hace muchos años y tiene decorado el interior de la pequeña iglesia con estampas y esculturas de santos bastante burdas.

Difícil es imaginar una raza más pacífica y más hospitalaria. El rumor de que un americano del Norte se hallaba en el pueblo indujo a varios de los más inquisitivos a entrar en la casa, en donde pasé varias horas meciéndome en una hamaca de cabuya, fumando cigarros y platicando con estas gentes sencillas. Ninguno tenía la más remota idea de los Estados Unidos, excepto de que estaba en el Norte, y que sus gentes eran muy bravas. Mi rifle les despertó gran curiosidad y cuando hice varios disparos a un blanco, a petición suya, dieron gritos de aprobación, aunque la puntería no fue de lo mejor. Muy pocos habían visto antes a un americano del Norte.

Por la noche el Padre Buenaventura llegó de El Real por haber terminado el asunto que lo llevó allá más pronto de lo que él esperaba. Me trajo una carta de L. que permanecía en Juticalpa, en que me daba pormenores de una revolución que había estallado en Yoro, y de la invasión de Honduras por los guatemaltecos al mando de Guardiola. Los rumores, exagerados, me indujeron a renunciar mi propuesta visita a la confluencia del Guayape con el Guayambre.

A la mañana siguiente nos dirigimos al Guayape. Después de ir a medio galope, durante pocas horas, sobre un llano muy arbolado llegamos al río, que aquí sigue las curvas de una cadena de montañas en lado Norte. El Guayape, ahora enriquecido por aguas del Jalán y varios otros tributarios, sigue su curso hacia el mar con la quieta majestad de un cauce profundo y navegable. En el denso follaje de una isleta, que aquí lo divide en dos brazos, estaban posados centenares de pericos en ruidoso concejo, sin perturbarse lo más mínimo por nuestra súbita salida de la maleza a la orilla del río. Les di un sonoro saludo y entonces todo el grupo levantó vuelo gritando coléricamente por la interrupción y varias guacamayas agregaron sus roncadas voces a la confusión. Las bandadas de pericos luego dejaron rezagadas a

estas espléndidas criaturas que flotando en el azul del cielo parecían cometas.

El nombre regional del macao en Honduras es guacamaya; en Nicaragua lapa. Esta ave no difiere de la de México, excepto en que tiene un pico más pequeño y más agudo. Sus colores son espléndidos y bellamente distribuidos; el pecho, la cabeza y el lomo son de un rojo brillante, las alas con plumas amarillas, azules y rojas, seis de las cuales son fuertes y cortas y las cinco restantes débiles pero anchas y cuando están en pleno crecimiento tienen catorce pulgadas de largo. Cuando vuelan las juntan apretadamente. Una gran convención de guacamayas, que a veces se ve en los bosques, imparte un singular aspecto al follaje de los grandes guanacastes, en cuyas ramas llevan a cabo sus reuniones generalmente. Pasan gritando incesantemente, subiendo de un lado a otro, colgándose de su pico ganchudo hasta que el árbol parece adornado con garrardetes vivísimos como en un día de gala. En la costa existe la especie de un hermoso color verde, según supe; son más elegantes que sus sobrinas irisadas, pero ambas son pálidas ante la magnífica guacamaya azul, una de las aves más raras en el país. Supe que en Manto había varias domesticadas, pero nunca pude ver una. Se sabe que éstas evitan contacto con los demás miembros de la familia de las guacamayas y que les encanta vivir en la vecindad costera del río León, que se encuentra entre Trujillo y Omoa.

De las plumas de las diferentes variedades de guacamayas, del soberbio "quetzal" (pájaro de una extrema rareza), del verdorón, del pavo real, del papagayo, de la urraca, del pájaro colorado, del ruisenior, de la oropéndola y de varias otras aves, entre las que debo mencionar las varias clases de los colibríes, los indios de Olancho, especialmente los de la tribu de los Payas, hacen artículos de vestir, tales como birretes, capas, fajas y chales para los hombros y el cuello, además de adornar con ellas sus carcajes y otros artículos hechos de pieles. El único ejemplar que pude obtener de este trabajo fue el que compré a un indio en Juticalpa durante la "función". En otras épocas estos artículos se traían a Juticalpa para su venta, pero últimamente ya no se observa esta costumbre.

El Guayape, en la vuelta donde estábamos, presentaba la apariencia de no tener rocas en su lecho. El fondo, hasta donde podíamos alcanzar a verlo, era de arena totalmente. Se habían acumulado varios leños y ramas de árboles, dando vueltas y balanceándose por su propio peso contra la fuerza de la corriente. El Padre Buenaventura los empujó con el pie y todo el montón se fue despacio flotando en la corriente del

río. Los lugares tranquilos del río abundan en ricos peces. El panorama era de soledad selvática y de tranquilidad. Desde la cumbre de las montañas hasta las profundidades umbrosas de los bosques vecinos no oímos más sonido que el borboteo del río, o el grito lejano de los pájaros en la orilla opuesta. Como a cien yardas arriba de nosotros, vimos una bandada de patos nadando cerca de la orilla y contra la corriente para estar quizás a distancia segura de nuestro grupo. Varias espátulas (*Platalea Ajaja*) y garzas azules y blancas permanecían silenciosamente contemplando las aguas y, a veces, emitiendo un grifo ronco, aislado, como si estuvieran furiosas por nuestra intrusión. Un remolino, circulando por un momento en la corriente profunda, nos mostró un gran barbo, o quizás un cocodrilo, que exploraba su camino río arriba.

Estuve en contemplación hasta que las sombras alargadas nos advirtieron que debíamos partir. Regresamos por un camino que cruzaba el bonito Valle de Santa Clara, hacia Lepaguaré, igual a los antes descritos. Su alfombra verde era ahora un horizonte oscuro con las formas del ganado apenas discernibles a la luz mortecina de Occidente.

El estado turbulento de las cosas en Tegucigalpa hizo que apresuráramos nuestra partida de Catacamas. Tuve tiempo, sin embargo, para hacer un viaje a las fuentes de un pequeño arroyo que desagua en el río de Catacamas, donde hice varios disparos a unos venados, hiriendo a uno y llevando a casa los cuartos fraseros de otro. El método de cazar venados en esta sección de Olancho es "acechándolos" por medio de un buey amaestrado. El cazador camina hacia la manada de venados yendo al lado opuesto del buey, y así se aproxima éste a los animales hasta que están a distancia de tiro. En el camino, de regreso a Catacamas, cuando dimos vuelta a un ángulo del camino, hallé mi camino interceptado por una bandada de grandes y pesadas aves, parecidas un poco a los pavos silvestres, con los que las confundí al principio. Se levantaron y volaron lentamente cuando nos acercamos y, si no hubiera sido por un fulminante defectuoso, hubiera agregado a mi colección algo de su plumaje. Los nativos las llaman "quebrantahuesos" por la fortaleza de sus alas que, como las del cisne, según se dice, tienen potencia suficiente para quebrar el brazo de un hombre.

En este viaje observé, también por primera vez, el marfil vegetal que, sin embargo, crece en todo Olancho. El fruto del árbol es un montón de substancia áspera y dura, cubierta con cientos de pirámides puntudas, de la cual las nueces de marfil vegetal salen como las ciruelas de un budín. Estas nueces

son de color y de la consistencia del marfil. Nunca supe que se las recogiera en Honduras.

A media milla fuera de la población fui parado por un muchacho que salió de una cabaña hecha de cañas y corrió a toda velocidad detrás de mí, rogándome en el nombre de Dios que regresara y le curara a su madre. Yo casi había terminado con mi pequeña provisión de medicinas, pero, sabiendo de la pertinacia de tales súplicas, regresé

al punto y desmonté. La mujer estaba ya en la agonía cuando entré y, tanto, que pocos minutos después expiró. Jamás olvidaré los frenéticos ademanes y las miradas suplicantes del muchachito que me había pedido regresar, y cuando vio que hasta el americano del Norte nada podía hacer ya para salvarla, corrió gritando por el padre y se internó en el platánar cercano, donde su llanto y sus gemidos eran dolorosamente lastimeros. Inútil era tratar de consolarlo.

22

El Platánar.—Plátanos y su cultivo.—Viejas ideas al respecto.—Ruta hacia el hogar.—Pita.—Piel de venado.—Quemadura del Bolpochi.—Serpientes venenosas.—Después de las ceremonias.—Merodeador nocturno.—Corteza del Perú.—Arroz.—El rifle de aire.—Tabaco.—Regreso a Juticalpa.—Leyendas del oro.—Una reunión musical.—Comisiones.—Partida.—Otra vez Lepaguare.—Una visita a El Espumoso.—Aventuras de minas.—Suscribiendo un contrato.—“Besando a la viuda”.—Temperatura fría.—Granizo.—Jatijagua.—El oro de El Panal.—El Retiro.—Oro en Alajagua.—Río de España.—Un nuevo método de pesca.—De nuevo Juticalpa.—Malas noticias.—Documentos mohosos.—Primeros pobladores.—Una caminata matinal.—Adiós a Olancho.

Una de las plantas más bellas de los valles de Olancho y de todos los de Centro América es el plátano, que adorna cada predio. El plátano, como la palmera, es peculiar del país. Forma un seto cerrado y protector alrededor de toda hacienda. Sus anchas hojas ondean y saludan en la brisa a lo largo del camino real en muchos lugares del país. En las tierras bajas de Nicaragua y El Salvador crece con una exuberancia digna de admirarse y lejos, en los picos áridos de las sierras de Honduras, a miles de pies sobre el mar puede verse el pequeño platánar, apiñado, verde y floreciente en algún vallecito, junto a la rústica cabaña campesina asomando entre sus hojas. En Amapala, las olas del Pacífico lamen las raíces de las plantas cargadas con dorados racimos, y muy lejos, en las corrientes aguas del solitario Patuca o Tinto, estas plantas se hallan en medio de las soledades más agrestes donde las semillas, llevadas por la corriente hacia el Caribe desde el interior de Honduras, se han depositado en el rico aluvión, ofrendando anualmente sus racimos a la vera de los ríos.

Un viejo botánico asegura que es originaria de las Indias Orientales y de otras partes del continente asiático y, probablemente, de Africa. Originalmente fué transportada

a las Indias Occidentales desde las Islas Canarias a las que, se cree, fué llevada hace muchos siglos desde Guinea. Parece que emigró con la humanidad, del Asia a las numerosas islas del Pacífico Sur en donde, como en Centro América, ha originado diversas variedades. No era conocida en América antes de la llegada de los españoles.

Se le cultiva sin esmero alguno. Logra su más grande desarrollo en los suelos ricos y húmedos. En las grandes plantaciones se le siembra en filas de ocho pies de separación. Se reproduce por vástagos, que maduran y producen fruta poco después del primer año. Pero como la raíz primaria da nuevos vástagos cada año, se deja suficiente espacio para su crecimiento. El tallo se pudre gradualmente después de haber madurado el fruto, cuando los nuevos vástagos empiezan a salir. Así el plátano se reproduce hasta el infinito; la flor y los racimos a medio madurar y los maduros, todo combinado con el rico verdor de las hojas forman un bonito contraste. No hay época especial para ellos; están en perpetua producción y cada semana del año sus racimos tendidos se inclinan hacia abajo al alcance de quien quiera cogerlos.

En otras épocas mucho misterio rodeaba al plátano y muchas personas de Europa lo ignoraban totalmente. Hasta mediados del presente siglo, cuando los medios de comunicación pusieron hasta los países más remotos al alcance de todo el mundo, muy poco se sabía de ésta como de muchas otras frutas tropicales, excepto a través de las narraciones de los antiguos viajeros.

En 1633 un racimo de plátanos fue enviado desde Bermuda al Sr. Argent, Presidente del Colegio de Médicos de Londres. Lo colgó en su casa donde maduró a principios de Mayo y duró hasta Junio. La pulpa era muy suave y delicada y su sabor parecido al del melón. Gerarde y otros viejos autores creen que el plátano es el manzano de Adán, bajo la impresión de que era esta la fruta prohibida del Edén. Otros suponen fueron las uvas traídas de la tierra prometida a Moisés. Esta última idea es una espléndida representación de un gigante racimo de uvas que requiere dos hombres para ser llevado colgando en una vara. Dampier, el viejo explorador, lo llama "el rey de todas las frutas." "Dice: "la fruta no es más dura que la mantequilla en el invierno y es del mismo color. Tiene un gusto delicado y se deshace en la boca como mermelada". Los plátanos y los bananos no han sido artículos de exportación y se les cultiva no más que para llenar las necesidades del país. Desde un cerro en las vecindades de Catacamas pueden verse cientos de pequeños platanares que requieren poco o ningún cuidado para su mantenimiento.

Mi corta permanencia en Catacamas no me permitió recoger sino pocos datos de valor, verbales o documentales. Con la excepción de los rostros bronceados de sus habitantes indígenas, un poquito menos de comodidad y forma de vida, no hay sino una pequeña diferencia entre esta ciudad y Juticalpa. Salimos de regreso, como de costumbre, muy temprano de la mañana y arribamos al mediodía a El Real, yendo al trote por casi todo el camino.

A mitad de la ruta desmontamos para examinar la planta de la cual se beneficia la pita que sirve para manufactura de hamacas, tan comunes en todos los trópicos. La planta es probablemente el sosquil, del cual se hace el sisal. Es un cactus, no diferente del maguey o agave de México que produce el pulque de aquel país. No es la misma planta, sin embargo, pues no tiene las flores del "pulque" (1) y solo se parece en las grandes hojas que terminan en punta de lanza y están llenas con un jugo que fácilmente fluye. La pita crece silvestre en todas par-

tes, de ella se hacen: el cordel del país, cordelería para barcos, mecales, hilo para zapateros, toda la jarcia, lazos y la universal hamaca. Las pencas se cortan cerca de la raíz, se las colora en una piedra plana y se machucan con un pedazo de madera que tiene la forma de rodillo de panadero. Extraída así la pulpa de las fibras, éstas se secan en hilachas llamadas pita y queda ya lista para manufacturarse. El procedimiento de frotación no se continúa después de la salida del sol debido al efecto de éste en la piel produciendo irritación.

Cuando entrábamos a El Real, un cazador con una mula cargada de pieles de venado se nos unió en un encuentro del camino que conducía a las montañas. Estas pieles valen de 1.0 a 12½ centavos cada una y es uno de los artículos de exportación de esta sección del país. En lugar de enviarlas por el Guayape, que es la ruta más directa hacia el mar, los llevan en mulas a Trujillo o, más a menudo, a Juticalpa, de donde se llevan en mulas a la costa, anualmente.

Al cruzar la pequeña plaza vi varios muchachos cargando una cantidad de gavillas de leña para encender una hoguera. Uno de ellos se paró a conversar con Víctor y contestando a sus preguntas le dijo que un bolpochi o tamagás sería quemado durante la noche. El tamagás, pronto supe, es una de las víboras más venenosas del país y objeto de una venganza especial cada vez que se la captura viva. En este rito reconocí una continuación de las costumbres idólatras atribuidas a estos indios por los historiadores españoles y cuya conversión al catolicismo no ha anulado enteramente.

Cerca de las ocho de la noche vi que las gentes de los alrededores de la población se pusieron en movimiento hacia el lugar y uniéndome a ellos vi una procesión de diez o quince muchachos y una vieja cantando en una jerga aborigen, lo que, con los vestidos fantásticos que llevaban puestos para la ocasión y el baile de la vieja legañosa, me trajo a la mente una horrible escena de encantamiento, de trágica meditación. La palabra "bolpochi", otro nombre para el tamagás, se reconocía en el canto. La vibora, cuya mordida se cree es necesariamente mortal y más terrible que la del coral, se encuentra en esta sección del país. Quien ha sido "mordido de bolpochi" es colocado de espaldas instantáneamente y se le dan copiosos tragos de aguardiente o de otro estimulante a fin de que conserve la vida hasta tanto pueda llegar el sacerdote, quien deja cualquier otra ocupación, de día o de noche, para correr al lugar, pues el veneno, inexorablemente, da escaso tiempo a la víctima para poder confesarse.

(1) Aquí parece haber una equivocación del autor; no hay flores de pulque. N. del E.

Se me dijo que el cuerpo de la víctima de bolpochi se inflama rápidamente y le aparece una gran mancha que se le riega por las partes afectadas, que gradualmente se tornan rígidas. El paciente se vuelve insensible y expira en un espectáculo horrendo. No hay remedio, ni siquiera el cedrón o el guaco que se suponen infalibles contra el veneno de los reptiles ponzoñosos, que evite en estos casos una muerte segura.

Tales fueron los datos que me dio el señor Mencía quien, con los pies descalzos y su bastón de mando, condescendió a acompañarme a la plaza para observar el desarrollo de la ceremonia.

Fue encendida la fogata a que antes aludí, en la cual el bolpochi tenía que ser quemado vivo, y que merecía tal fin. En la procesión iban dos muchachos cargando una vara sobre los hombros, en mitad de la cual, atada firmemente de la cola y con la boca cosida para impedir que abriera sus terribles quijadas, colgaba la víbora. No tenía más de tres pies de largo, cerca de tres pulgadas de grueso en la parte más larga y era de un color negro con manchas amarillas. Con los gestos exaltados de la multitud, los relatos espeluznantes sobre los efectos venenosos del animal y las rabiosas ondulaciones y colazos del bolpochi mismo, estaba yo igual que los olanchanos: lleno de miedo!

El Padre Murillo se aproximó y después de pronunciar una imprecación contra su majestad la víbora, en el nombre de la Virgen y de todos los santos del cielo, el objeto de la cólera general fué lanzado a las llamas y si algún veneno todavía le quedaba, fue puesto a prueba de tal calor que solo una salamandra podría resistir.

Dos nativos habían capturado la víbora; uno de ellos le tiró su poncho mientras aquella se hallaba calentándose al sol y el otro la sujetó de la cabeza con un palo de horqueta hasta que se le cosió bien la boca. Ambos recibieron la bendición del cura y después de la ordalía de fuego se hizo una colecta para premiarles. Aseguré la amistad eterna del señor cura al echar yo un peso de plata en la bolsa. Sospeché, y con buena razón, que su reverencia retuvo, conforme convenio privado con los indios, buena parte de lo recolectado.

Uno de estos nativos se había hecho famoso por capturar y matar bolpochis, corales, tigres y otros bichos y era para Olancho lo que San Patricio para Irlanda. El bolpochi es conocido en Yucatán donde mora en las ruinas aborígenes. El "barber's pole" que menciona Henderson entre las culebras venenosas de Belice, es, probablemente, el coral con otro nombre.

Del coral dice Byam que si un hombre sufre su mordida, cae inmediatamente, su sangre se coagula en una masa espesa y cuando muere se pudre en muy corto tiempo. El coral es de color rojo cobrizo, con anillos amarillos, blancos y negros alrededor del cuerpo. Es diferente a las otras víboras y, a menudo, alcanza tres pies de longitud. El tamagás es apenas menos terrible. Se le reconoce por su cabeza achatada y porque lleva una prominencia, no muy visible, debajo de su nuca. El saikán se supone es el coral con el nombre indígena; éste, no obstante, es una víbora distinta y su mordida es a menudo fatal. La toboba es otra culebra venenosa, tenida por muchos como más peligrosa todavía que las antes mencionadas. Su picada es necesariamente mortal. Es común en Nicaragua y Honduras. Tengo entre mis notas cinco historias auténticas de muertes súbitas que ocurrieron por la mordedura de este animal. No es sino de dieciocho pulgadas de largo, pero muy gruesa para su longitud, de un color negro brillante, y muy traicionera. Tiene la cabeza grande y emite un sonido como el chirrido de un grillo, esta es la señal que hace huir a cualquiera. La toboba, se me dijo, es muy perezosa y casi torpe durante el día, y se la pinta como muy solapada, ya que solamente se arrastra entre la caída y la salida del sol y luego se posa en inactividad temporal. Un dedo mordido, en el campo o en la selva, es instantáneamente amputado por los compañeros de la víctima.

Con tan aterradora lista de culebras venenosas, para no mencionar la tamaulipas, la tarántula, el escorpión y el ciempiés, se inferiría que Olancho es el nido universal de reptiles venenosos; sin embargo, aunque todos estos animales existen, como en la mayoría de los países intertropicales, no se les encuentra en tal número como para constituir un serio peligro. Existen la boa, y otras grandes pero inofensivas serpientes, pero para mi conocimiento sólo pude ver una en la hacienda de Santa Ursula, en Nicaragua.

El espacio que he dado a las serpientes venenosas merece terminar con la descripción del antídoto más conocido, con el cual me familiaricé, y que tiene la forma de un bejuco que se adhiere a los árboles con sus delicados zarcillos. Thompson (Pág. 66) refiérese al maravilloso poder antitóxico de los polvos de "guaco". Prueba ser, dice, una cura rápida para el veneno de víboras cuya mordedura asegura la muerte en veinte minutos. La víctima muere un pequeño trozo de guaco, del cual la raíz o las ramas son igualmente eficaces y se aplica la saliva a la herida, y también traga la saliva que ha producido por la masticación de varias horas, cuando todos los efectos deletéreos desaparecen. Las aves que se sabe se alimentan

de reptiles y culebras, y los animales que han sufrido su mordedura, se dice, para salvarse buscan el bejuco del guaco. El cedrón es descubrimiento más reciente. Es una nuez de corte parecido al del pino suave y, se dice, es igual al guaco. Las semillas de okro, o almizcle vegetal, hechas una pasta y aplicada como cataplasma o tragadas, y la planta conocida como "eryngo", se tienen también como eficaces antídotos para la mordedura de serpientes.

Me temo que los Padres Buenaventura y Murillo no siempre fueron ejemplos brillantes para sus feligreses, a lo menos en la noche del bolpochi en El Real ambos dieron lugar a que surgiera tal sospecha. Un gran jairo de aguardiente fue llevado a la casa después de las ceremonias, supongo que comprado con el dinero de la colecta, y amanecía ya cuando los dos santos hombres se retiraron a descansar, lo que hicieron con aparente descuido entollándose cada uno, en una postura nada clerical, en una esquina de la casa de adobe. Cerca del mediodía se despertaron y comieron en silencio una pirámide de tortillas que una indita sucia les llevó.

Después de este tardío desayuno, Víctor y el muchacho del cura ensillaron los animales y salimos hacia Punuare. Cuando dejábamos el poblado nos alcanzó un indio que, desde luego, en el nombre del Santísimo Sacramento del Altar nos pidió una limosna. El Padre me detuvo la mano cuando iba a sacar una moneda y le dio al individuo un poco de menudo diciéndole: "Hijo, aquí van dos reales". El indio apretó el regalo en su puño y prosiguió su camino. Ibamos subiendo una empinada cuesta, cuando fuimos de nuevo saludados desde lejos con dos escandalosos gritos de nuestro amigo el indio. Casi sin respiración, se acercó al Padre y le dijo: "Oh, Señor Padre, usted sólo me dió un real". "Déjeme ver" replicó tranquilamente el Padre contando el cambio y como si nada se lo echó en el bolsillo, diciéndole: "Hijo, a caballo regalado no hay que buscarle colmillo".

Llegamos a la hacienda después de una muda caminata porque el Padre aparecía meditabundo, con un aire de decaimiento, después de la pasada noche de alegría. Al llegar desmontamos, tomamos una taza de café, nos fumamos un cigarro y nos echamos a dormir. Temprano del siguiente día despertó él, contento como una alondra y más hablador que nunca. Continuamos nuestra jornada hasta La Herradura, donde arribamos a la caída de la noche.

De nuevo fuimos recibidos por el señor Meza y la Niña Benita, y después de una plática amena y una pipa, me retiré a dor-

mir con la mira de madrugar hacia Telica. Cerca de la medianoche, un bullicio tremendo en el gallinero nos despertó y don Ignacio con sus dos indios salió presto con hachones encendidos a ver qué pasaba, y desde ahí comenzó vigorosa gritería, contestaba a intervalos con los alaridos de la Niña Benita que estaba sentada como un fantasma en su cama. La noche estaba fría y la demora en encontrar mi sarape y mi rifle apenas me dio lugar a ver de soslayo un animal de presa que iba despacio subiendo una colina con un gallo en la boca. Era un ocelote que se había abierto paso bajo la choza. Un disparo nada logró para detenerlo y pronto desapareció de vista. Mientras Don Ignacio pasaba el resto de las gallinas al interior de la casa, me dijo que esta era la tercera visita de este animal y que al deslizarse por el boquete le había dado dos tremendos golpes en el lomo, por lo que su marcha era lenta al escapar.

En la mañana salimos para Telica y al pasar por San Roque, paramos un poco para que descansaran nuestros caballos, y llegamos a la aldea a tiempo de acompañar al Padre Fiallos en su comida. Un niño a la puerta tiraba flechas con una cerbatana, que averigüé era el instrumento común para matar pájaros que usan los indios, costumbre que viene de sus antepasados. La caña hueca es generalmente como de cuatro pies de longitud y se pule por dentro mediante un curioso proceso. Se la carga con una flecha envenenada, lo que asegura la muerte instantánea del pájaro que hiere.

En Telica había un pequeño campo cultivado de arroz, que en Olancho crece sin irrigación alguna. Apenas hay máquinas para su beneficio, y así, con todo y la forma empírica de su cultivo, es uno de los principales artículos alimenticios. Los granos son blancos y pequeños y, según creo, de la mejor calidad. Se cree que el arroz fue introducido por primera vez y cultivado en Olancho por el Señor Garay en 1829. Una especie de la corteza del Perú (copalchí) es también abundante en todas partes, en Juficalpa, donde se la conoce como "quina", se la mastica por sus supuestas virtudes como febrífugo. Es probablemente la misma droga que se exportaba de otros países tropicales bajo el nombre de "kimo" y del cual se fabrica el sulfato de quinina.

El tabaco se cultiva tanto en Telica como en los principales fundos de Olancho. Se le siembra solo para el consumo local, estando confinado su uso al fumado de cigarrillos. Es indígena de Centro América y crece en algunos lugares casi rivalizando con la planta cultivada. El tabaco silvestre, que recogen los indios más allá de Catacamas, probablemente se usó por un período inmemorial an-

tes del descubrimiento de América. Colón halló que su uso era común entre los indios de Cuba en 1492, y en 1565 Hernández de Toledo envió una planta de tabaco a España, como "una planta del Nuevo Mundo que posee extraordinarias virtudes". Las semillas se siembran por lo general bajo la sombra de un árbol y se las trasplanta cuando ya están un poco fuertes. El cultivo comienza en Noviembre. El método del corte y de la cura de la hoja es una burda imitación del que se emplea en las Indias Occidentales.

El tabaco de Santa Rosa, en el departamento de Gracias, es el más apreciado en Centro América, excepto el de Sonsonate, El Salvador. Es fuente de ingresos para el Gobierno, que tiene el derecho de venderlo al mejor postor y, por supuesto, goza del monopolio de su comercio. Con un cultivo apropiado, el tabaco de Honduras podría alcanzar una reputación que nunca logrará bajo el presente orden de cosas. De aquí que ha permanecido casi desconocido para el mundo, pero a últimas fechas los puros de Santa Rosa ya son célebres en toda la costa de Centro América. En la Ruta del Tránsito se impone a un alto precio, y un cargamento fue embarcado a San Francisco desde la bahía de Fonseca. Desde la invasión del departamento de Gracias por los guatemaltecos, el cultivo del tabaco, como el de otros productos, ha decaído grandemente.

Entramos en Juticalpa la tarde siguiente, algo cansados del trajín, pero encantados por las nuevas facetas de la vida centroamericana, costumbres y panoramas que se revelaron en nuestra inspección.

Y estuve otra semana en Juticalpa. Es innecesario dar detalles de la rutina de las pequeñas fiestas a que fui invitado cuando se supo mi determinación de partir, y de las visitas de cortesía que se me hicieron por tantos buenos amigos. Uno de éstos me rogó que vinieran los americanos del Norte a Olancho antes de que lo tomaran los ingleses; otro prometió revelar los placeres más ricos del departamento cuando yo regresara con una colonia; otro expresó sus deseos por que me quedara por unas pocas semanas más para examinar una veta de oro cerca de la aldea de Agalta a unas cuarenta millas al Noroeste de Juticalpa, en donde el oro podía verse al romper los pedazos de cuarzo; y uno más a quien, por haberle prestado ayuda médica en las serranías de El Salto, una vieja mujer en compensación le había ofrecido indicarle un lugar en donde el oro podía "rasparse", lo averiguaría y me escribiría al Norte sobre el particular. Innecesario es decir que jamás volví a saber del "empresario" o de su mina.

En la noche previa a mi partida, un gran

baile y cena fueron dados en el hogar del señor Garay, en honor de mi visita. A las ocho de la noche no menos de cincuenta juticalpenses se habían reunido. La casa estaba alumbrada con candelas de sebo. Un conjunto de guitarras e instrumentos de viento ocupaba la esquina del salón; rompió el baile la Niña Teresa (la heroína de la historia de amor a que antes me he referido) con un joven calavera de Juticalpa llamado Alejo Urmeneta. Siguieron canciones y solos de guitarra. Después de cada canto, la alegre esposa de Don Santiago Zelaya venía hacia mí, se inclinaba y me decía:

"Ahora, ¿cómo le parece a Ud la música?" a lo cual, desde luego, replicaba siempre con mi mayor encomio.

Una reunión con gentes de corazón sano y de sencillos deseos fácilmente anima a reír, y así lo hacía al oír las cómicas canciones de Urmeneta. Un vivo aprecio por lo humorístico y el amor a la alegría es ciertamente un distintivo de los olanchanos.

Después del baile se quedaron varios amigos y, seriamente, se pusieron a discutir las perspectivas de Olancho; y al partir recibí la especial comisión de traer, a mi regreso del Norte, varias figuras esculpidas y cuadros para la iglesia, un reloj para el templo, una bomba, varios relojes de plata, un paquete de píldoras y otras medicinas, semillas, fuegos artificiales para la próxima función, varias casacas azules, armas de fuego, cuchillería, unos diez candelabros para colocar velas en la iglesia, y una infinidad de abanicos, cintas, moldes, y miriñaques para las damas, con todo lo cual, se me aseguró, haría un gran negocio conviniendo que desde ahora comenzarían a comprar cueros, zarzaparrilla, cuernos, sebo, vainilla, oro en polvo y productos valiosos de toda clase.

"Esperaremos", dijeron todos, "la llegada del buque de vapor que venga por el Guayape, Don Guillermo, y cuando usted llegue demostraremos a todos sus amigos cómo se les recibe en Olancho".

A la mañana siguiente cabalgué por las calles y después de cambiar calurosamente el "Adiós!" con todos, nuestra comitiva salió hacia Lepaguare. Roberto estaba loco de contento de volver a su querida Tegucigalpa, y cuando a la vuelta de Zacate Verde se perdió de vista la ciudad, dirigió apóstrofes a las bellezas de su ciudad nativa con un canto bien conocido, del cual son estas dos estrofas:

"Si me muero, que me entierren
Junto al sol del mediodía,
Donde nacen las morenas
De la hermosa Andalucía.

Si me pierdo que me busquen
Junto al sol del mediodía,
Donde nacen las morenas
De la hermosa Andalucía".

La letra cantada con el lloriqueo nasal tan peculiar en los cantantes hispanos, era coreada por Víctor, cuya alegría por el regreso era exactamente igual a la de Roberto. Antes de recuperarse de su entusiasmo musical, varias veces cantaron una canción muy conocida y casi nacional llamada "Mañanita, Mañanita".

En Lepaguare, el General esperaba nuestro regreso. Aquí permanecimos por unas semanas. La señora estaba mejorando poco a poco y, para mi satisfacción, atribuyó su convalecencia a los "remedios" que le había dejado en mi última visita. Yo tenía mi criterio sobre este asunto, pero por razones obvias no lo manifesté. Otra vez, acompañado por el General o sus hermanos, anduve visitando todas las propiedades de los Zelaya y todos los placeres de oro más conocidos, y tomando notas al finalizar cada viaje. Me falta espacio para describir cada lugar, con oro, que visitamos. Exploramos Almaciguerras, San Nicolás, Barros y otros, todos famosos lugares en Olancho. Dar relatos de estos lugares sería repetir lo que ya he escrito sobre otros. Lo más interesante de estas excursiones fue la visita que hicimos a El Espumoso, un rápido y remolino de El Guayape, que está a medio camino entre El Murciélagos y la aldea de Alemán. En los viejos tiempos se vieron las excavaciones más ricas de todo Olancho. Todavía existen señas de viejos trabajos y aún se puede extraer oro fino de la tierra y de la arena en cada pie cuadrado. Sin maquinaria, o con los métodos que ahora se emplean en California y Australia, este oro no puede recogerse con ganancia, al menos que, como supongo, existan vastos depósitos abajo de donde se han hecho varios intentos últimamente. Los viejos han sido agotados con estas excavaciones.

El señor Cacho, Ministro de Hacienda de Honduras, organizó una vez una compañía para que trabajara en El Espumoso, que suponía ser el depósito más rico del mundo. Se cree que el oro arrastrado desde arriba en finas partículas se ha depositado debajo de la caída de agua por el hecho de que, aunque se han encontrado considerables cantidades en las márgenes de arriba, nada se ha obtenido más abajo. La empresa del señor Cacho, lo mismo que las de otros cuya atención se ha enfocado hacia este lugar, se han disuelto, como siempre, debido a las revoluciones. En 1849 se le otorgó una concesión al Sr. A. J. Marié, cuyo plazo para comenzar había expirado mientras intentaba organizar una compañía en los Estados Uni-

dos; el General juró que no habría inconveniente en lo futuro. No obstante, posteriormente encontró razones para cambiar su opinión.

Las vías de acceso a El Espumoso desde Alemán o desde la barra de El Murciélagos, arriba, son pintorescas y variadas. La solead es completa. No hay señales de actividad humana o de habitaciones, ni siquiera el humo de algún campamento que indique la presencia de un ser humano. Marchamos sobre cerros que me recordaron las sierras de Massachusetts, pobladas con una gran variedad de árboles y de arbustos, separados por faldas y llanos engramados. Un escollo bajo, coronado de cedros, caobas, hule y robles impide el curso del Guayape, que corre aquí enre muros de roca, doscientos pies arrojándose dentro de una profunda hoya, que pareciera excavada por el mismo torrente, a semejanza del Merrimac, en las vecindades de Franconia.

Nos paramos cerca de la orilla a contemplar en silencio la caída de las aguas espumosas. Para un californiano no era difícil imaginarse una compañía de hombres barbados y fuertes construyendo, como lo están haciendo ahora, un canal para desviar las aguas del Guayape muy arriba de El Espumoso y dejar en seco y accesible el tesoro de abajo. "Estancar el río" se llama en California el procedimiento que a menudo se aplica al río y todo lo que con él se relaciona después de una temporada infructuosa, pero que, si la tradición dice verdad, no sería el caso de aplicar a El Espumoso. Las dificultades, de desviar el río o de conducir las aguas por canales de descarga arriba de la caída, son muy grandes y probablemente jamás se intentarán. Las riquezas de El Espumoso, pueden ser materia sólo de conjeturas, y se podría hacer la prueba con buceadores experimentados y de manera más económica que por una desviación.

Después de varios días por la acostumbrada demora española, una mañana, después del desayuno nos sentamos alrededor de la gran mesa de cedro de la sala, y comenzamos a estructurar nuestro tan discutido contrato. En la cabecera de la mesa se sentó Don Francisco, bien rasurado, con sus grises y bucleros cabellos peinados para la ocasión. También se puso su mejor traje. Sus hermanos José Manuel, Santiago y José María ocuparon dos lados de la mesa, L. y yo el otro lado. Era evidente que los términos del contrato habían sido pacientemente discutidos durante mi ausencia en Catacamas, porque no era una consideración trivial sino grave la de disponer de las propiedades de los Zelaya, que venían desde tiempos inmemoriales. Las cosas marcharon lentamente.

Mostrar el más pequeño apresuramiento sobre algún punto importante era provocar la sospecha y de ahí resultaba una demora adicional. Se pesaba el valor de cada palabra. Entre las cualidades que deben tenerse para entrar en un arreglo con los hispano-americanos, está antes que todo, la paciencia. Luego no mostrar ansiedad o apresuramiento; dejar el asunto, reclinarse en el asiento, encender el cigarro y platicar sobre temas generales; tomar un traguito de cuando en cuando, contar una anécdota que ilustre el rápido ritmo de la vida y del comercio en el Norte, y entonces los asuntos marcharán bien, pero nunca trate de apresurar a un centroamericano.

Allá por las dos de la tarde, después de frecuentes intervalos, habíamos discutido tres artículos, que habían sido releídos y rescritos, al punto que con las alteraciones en español e inglés las letras bailaban frente a nuestros ojos. Aquella noche me acosté pensando en el progreso que habíamos hecho durante el día, y en las revisiones que haría a la mañana siguiente. Recordé varias botellas de coñac enviadas desde Belice, que había el señor Ocampo colocado en las alforjas la mañana en que salí de Juticalpa.

La mañana siguiente, muy temprano, saqué una de las botellas y descorchándola invité al General a que probara su contenido. Siendo de aguardiente del país sus tragos diarios, pronto descubrió la superior calidad del coñac. Antes del almuerzo por tres veces más había vuelto a presentar sus respetos a la botella oscura.

Apenas habíamos recommenzado la revisión del contrato cuando a la mitad del cuarto artículo, el General se paró y dirigiéndose a mí con una sonrisa dulce me dijo: "Vamos a besar la viuda!". El resto del grupo deseaba saber a qué viuda se refería el General, en eso la viuda fue introducida y colocada en el centro de la mesa. No pasó mucho tiempo sin que todos los presentes le rindieran sus respetos a la viuda, que quedó exhausta de tanto otorgar sus favores.

De aquí en adelante la viuda fue el árbitro en todos los puntos de discusión, y fue tal su calmante influencia que en tres días el contrato había sido escrito, copiado y remitido a Juticalpa para su registro. L... salió para Tegucigalpa con Víctor porque los rumores de revolución le pusieron nervioso. No obstante, la famosa viuda no limitó su influencia a la terminación del contrato sino que la extendió a poner de buen humor a todos los hermanos hasta que el regalo de Don Apolonio se agotó por completo.

Durante estas pocas semanas en Lepaguaré, que fueron en los meses de Diciembre

y Enero (meses que se suponen que quedan en medio de la época seca en Centro América) tuvimos aguaceros frecuentes, noche y día, con truenos y relámpagos. Los vaqueros llegaban temblando alrededor de las fogatas hechas en el patio, quejándose de lo cortante del frío. Con los vientos del Norte, era indispensable el fuego para la comodidad. Se me aseguró que hacía poco en las montañas habían caído piedras de granizo, y que era raro que pasara un año sin que cayeran granizos en las altas serranías.

El General hacía compras anuales, en Trujillo y Omoa, de paños y driles, los cuales traía en sus trenes de mulas desde la costa y con los que suplía a todas las haciendas de los alrededores. Los días domingos el patio se llenaba de gente de todos rumbos que, por turno, entraban a la casa y cuidadosamente examinaban las mercaderías. De estos visitantes obtuve numerosas noticias sobre las minas de oro y muchos de ellos hablaban de su propia experiencia, por lo que parecían merecer crédito.

Cerro Gordo está en el valle de Lepaguaré frente a la hacienda y aquí una mujer, que fue lavadora, me señaló desde donde estábamos un cerro de roca de cuarzo que, dijo, contenía oro. En la quebrada que pasa por su base, grandes cantidades de oro, agregó, han sido lavadas. Otra sabía de veinte lugares en donde ha sido encontrado oro seco. El mayordomo de Ulúa, que fue un buscador de oro en sus tiempos, me aseguró que los depósitos de oro en el Guayape eran nada en comparación con los de Mangulile y Mirajoco, en las cabeceras del Río Aguán o Romano. Allá, me dijo, se han hallado cerca de la superficie pedazos de oro que pesan más de una libra. Estas minas, dijo, pueden ser alcanzadas por la vía del río Aguán. A lo largo de las lomas se han hallado masas de barro con pedazos de oro que pesan de dos a tres libras y en la misma masa más de media de puro oro". Los descubrimientos recientes en la costa Norte de Honduras, en el Río Papaloteca, corroboran parcialmente las historias sobre el oro en aquella región.

El señor Bustillo, de Juticalpa, había recibido del Presidente Cabañas el nombramiento de Superintendente de las Tribus Indias de Olancho, siendo el objeto de esa oficina el de protegerlos, tanto como fuera posible, en sus relaciones con las otras razas. Este caballero, para quien tenía una carta de presentación de Cabañas, en una larga conversación que con él tuve sobre el tema del oro me aseguró que tenía averiguado muchos hechos espeluznantes en relación con la producción rendida por las minas de oro. Libras de oro puro se traían en los viejos tiempos y se vendían por los indios de Olancho Viejo y especialmente de la población

de Culmí, hacia el Norte. Los curas en aquellos días sabían de los escondites de oro. Todavía, me dijo, tienen minas de oro escondidas que ningún ruego los hará descubrir. Hay una mina de oro cerca de Juficalpa, continuó mi informante, con su nombre aborigen de Jotejiagua, en la montaña de Zapote Verde. Esta mina, como los datos más veraces lo aseguran, fue antes inmensamente productiva. Ha sido objeto de búsqueda por muchos años y se han encontrado evidencias de viejos trabajos e implementos pero no la mina.

No omitiré dar cuenta aquí de lo que me dijo mi viejo amigo el señor Garay, en Juficalpa, sobre los depósitos auríferos de su hacienda El Panal, al Norte de Lepaguare y cerca de la frontera con Yoro. En 1836, estaba mi informante ocupado en herrar ganado en su hacienda y allí se encontró con el señor Leverí, un médico español que, habiendo fracasado en unas empresas de explotación de minas de plata en México, había venido a Honduras a resarcirse de sus pérdidas. El doctor estaba ocupado en trabajar una mina de oro no lejos de la hacienda. Por mina de oro se quería decir que en uno de los arroyos de aquella vecindad se había descubierto un depósito del metal precioso y él tenía unas pocas máquinas rudimentarias trabajando para separar el oro de la tierra y la arena.

El señor Garay visitó los trabajos y al hallar que el empresario era un hombre sincero le ofreció los fondos necesarios por adelantado, y también ubicarlo donde, si él tenía más interés por el trabajo en las minas que por el de la ganadería, podría hacerse rico en una temporada. Lo llevó a la Quebrada de El Panal y un día de lavado con bateas produjo dos onzas de oro. Después el doctor pasó toda su maquinaria a este lugar y aprovechó los servicios de otro español llamado Butanzos, que era su capataz. Pasados muchos días se logró completar las instalaciones y el resultado de pocas horas de molienda, filtrado o lo que hacía la máquina, fueron dos onzas de oro fino.

Pero este éxito tan halagüeño estaba destinado a terminar porque la maquinaria se había colocado en un lecho de arenas movedizas y a la semana se había hundido. Las operaciones gradualmente cesaron y el Doctor Lavari se fué al río Mangulile en donde después de trabajar por dos años regresó a España llevando consigo muchas libras de oro. Pero en la semana antes mencionada se había sacado cerca de una libra de oro fino de la maquinaria, oro que el narrador afirma ayudó a pesar. Los restos de la maquinaria todavía pueden verse en El Panal, en donde como lo asevera el viejo Don Fran-

cisco le ofrece adelantarle el capital necesario.

El Retiro, ya descrito como situado en el Guayape, se dice había sido antiguamente trabajado por un hondureño nativo llamado Pedro Herrera. Para impedir que los trabajadores le defraudaran, además de pagar sus salarios les permitió el uso de sus instrumentos y el privilegio de trabajar por sí mismos dos días por semana. Los cuatro días restantes se los reservaba él para sí mismo, y se asegura que él había recibido de dieciséis a veinte onzas de oro cada sábado por la noche. Pero, agregó mi informante, por su lavado negligente, ellos siempre perdían cantidades en la arena.

Otro lugar del Guayape, llamado Alajagua, fue una vez propiedad de una anciana viuda, quien empleaba muchos trabajadores en el lavado de oro. Se dice que se sacó de este lugar una libra de oro por hombre por muchos días sucesivos, pero un día, siguiendo el filón de abajo de un risco de rocas y tierra, éste se hundió pereciendo cinco hombres. Vino el cura y después de la exhumación de los cadáveres maldijo el lugar, que se distingue por dos rocas picudas, y desde entonces nadie se atrevió a trabajar allí.

Se informa que hay muchas y muy ricas minas en las márgenes del Río España que vacía sus aguas en el Guayape. Estos lugares fueron trabajados antiguamente por los españoles, de lo cual deriva su nombre el río. El oro está muy profundo razón por la que no se trabaja ese sitio excepto en las antiguas excavaciones.

Todo un volumen de narraciones similares podría escribirse para ilustrar la antigua y la presente riqueza mineral de Olancho. Las aquí apuntadas son exageradas y las he repetido al pie de la letra para que el lector pueda formar su propia opinión sobre su veracidad. Las mejores vetas de Olancho se agotaron hace siglos, pero no puede dudarse de que existen depósitos que explotados convenientemente darían gran lucro.

Pocos días después de mi arribo a Lepaguare, con don Toribio fuimos a un lugar que queda cerca de la junta de los ríos Almendares y Guayape, donde tenía lugar una pesca con chilpate. Al llegar al río hallamos un pequeño grupo de nativos reunidos en las márgenes del pequeño arroyo, ocupados en extender juncos y una red de ramas en una serie de caídas y rápidos arriba de los cuales se sabía que existían gran cantidad de peces, especialmente cuyamel, que pesan hasta quince libras cuando están completamente desarrollados.

Terminados los preparativos, unas po-

cas mujeres entraron en el río como a cincuenta yardas arriba de los rápidos, llevando consigo una batea corriente conteniendo una infusión de un bejuco machacado hasta hacerlo pulpa y conocido como "chilpate", (posiblemente el *Sapindus saponaria*), y el cual puede recogerse en la cantidad que se quiera en los llanos y a lo largo de las márgenes de los arroyos. Este bejuco tiene la singular cualidad de atolondrar los peces cuando se le mezcla machacado con las aguas corrientes de un río, haciendo que aquellos floten impotentes en la superficie. Cuando son llevados hacia abajo de la corriente se les recoge con la mano de las redes colocadas abajo. A la señal dada, este nuevo aparato de pesca fue dirigido contra los habitantes del Almendares.

Así que la infusión extendía su efecto en la corriente, mi compañero me gritó que observara los resultados. Todas las miradas se concentraron en el agua. A los pocos minutos hubo una conmoción bajo la superficie con frecuentes colazos de los peces intoxicados bajo la influencia de la droga.

Los nativos ahora corrían a las caídas para coger las víctimas que venían flotando hacia abajo, algunos sacudiendo las aletas o las colas por sobre del agua, otros de medio lado, otros boca arriba y otros como si estuvieran borrachos, luchando contra los efectos del enervante y aparentemente determinados a permanecer firmes hasta el último aliento. Había pescado de todos tamaños, desde el cuyamel hasta olominas. Fue la más risible y al mismo tiempo la más extraña escena que yo había presenciado en Olancho, y me pareció una corrupción imperdonable en los pobres peces, que normalmente son abstemios.

Abajo de los rápidos las maniobras no eran menos curiosas. Con la rápida acumulación de peces, todos nos metimos al agua a tirarlos fuera, a las orillas. Hubo como cinco docenas en total, entre las cuales, además de los ya mencionados, había guapotes, machacas y unos pescados bonitos como la trucha moteada. A los más pequeños de los prisioneros se les tiraba de nuevo a las aguas y después de flotar un poco gradualmente volvían en sí y empezaban a nadar de nuevo.

El deportista genuino llamaría a esto un crimen y los discípulos de Sir Isaac harían un gesto de desprecio a tal profanación de los regalos de la Naturaleza, pero es que ellos no han vivido por unos pocos meses en Honduras porque si tal hicieran sus escrúpulos se echarían a un lado frente al apetito que se adquiere en Olancho. Al menos yo me consolé de esta manera, paladeando a la mañana siguiente una gloriosa fritanga de nuestras víctimas.

Estaba felicitándome de haber suscrito al fin mi contrato con los Zelaya cuando un correo llegó de Juticalpa con la noticia de que los hermanos que estaban allá no quisieron firmar bajo condición alguna. Los guatemaltecos habían invadido Gracias con Guardiola, enemigo jurado de todos los americanos. Temían su venganza y como consecuencia una guerra entre Olancho y el resto de Honduras. La famosa Expedición Kinney, con sus pretensiones sobre la Costa de La Mosquitia (que posiblemente podría extenderse a Olancho mismo) había llegado ya a San Juan del Sur. La noticia acababa de recibirse de Trujillo y había un cese en las negociaciones. En Lepaguare los hermanos rehusaron firmar el contrato, a menos que todos lo hicieran y ahora veía todo mi castillo de sueños derrumbarse por los suelos, sin gloria.

No gasté mucho tiempo para convencer al General que fuéramos a Juticalpa, a donde llegamos ya de noche, siendo recibidos con la cordialidad de siempre. Otra semana más hube de pasar aquí alegando, persuadiendo y arreglando, por último logré que los hermanos disidentes convinieran en dar su asentimiento al contrato. Este fue firmado, sellado y autenticado por las autoridades respectivas.

En la última noche mi viejo amigo el señor Francisco Ayala, Jefe Político, me permitió examinar los registros del departamento de Olancho. No llegan hasta los primeros establecimientos de los españoles. En Manto, la antigua capital después de la destrucción de Olancho Viejo, están depositados los registros anteriores a 1671, que fue probablemente el año en que el asiento del gobierno departamental fue trasladado a Juticalpa.

El papel era áspero, pero fuerte, mostrando el sello del Gobierno. Los documentos estaban escritos en español antiguo y abreviado y casi borrados por el tiempo y las incursiones de los insectos. Varios de ellos eran ininteligibles. Los títulos de la corona española, cediendo las tierras actuales de los Zelaya al señor Jerónimo Zelaya en 1540, se dice, se hallan bien preservados en Manto. Este caballero, como Don Santiago, su descendiente afirma, vino con Don Pedro de Alvarado y fue el primer colonizador que hubo en el valle del Guayape. Como la historia de los primeros colonos en Centro América está detalladamente descrita por los historiadores españoles, el hecho, si es verdadero, bien puede ser verificado. Don Santiago me dio un detallado recuento de la expedición de su valeroso ancestro en Olancho, los ataques y el robo de ganado por los salvajes, el descubrimiento del oro y la rápida población de estos valles ubérrimos por los extasiados españoles, que por lo menos hicie-

ron de Olancho lo que es ahora, el sector ganadero más grande de Centro América.

Otro adiós caluroso y salí definitivamente de Juticalpa y de Lepaguare dos días después, toda la familia me encaminó a través de las llanuras hasta el Cerro Gordo, donde desmontamos y, a mi vez, les di un abrazo a la manera acostumbrada en el país. El grupo, exceptuando a Don Toribio, regresó entonces agitando sus pañuelos hasta que un monte cercano los ocultó de mi vista. Mi compañero me dio un encargo particular para Tegucigalpa y luego, estrechando mi mano por la última vez, volvió su caballo hacia la hacienda y lo espoleó rumbo a su hogar.

Confieso que un sentimiento de profunda nostalgia me invadió así que desde el cerro contemplé por vez postrera el valle encantador extendiéndose a lo lejos como un mar y resplandeciendo con su belleza en la fresca mañana. Los rayos oblicuos del sol se mezclaban con el rocío de las nieblas de los llanos. Allá lejos apareció una porción del aún más bello valle de Galeras, lleno de

ganado y verde como la esmeralda. Vi a Don Toribio siguiendo su camino hacia la hacienda y las manadas de ganado y de caballos corriendo mientras los osados vaqueros las encaminaban. Era un panorama peculiar de Olancho. Me paré precisamente en el propio lugar desde donde, hacía algunos meses después de un viaje cansado a lomo de mula entre montañas, tuve de pronto el primer vistazo de este paisaje florido y de montañas azules y purpúreas. La misma ruta tenía de nuevo que recorrer, pero la perspectiva del viaje solitario estaba ahora desnuda del encanto y de la novedad y en mi fantasía vi más allá de las playas de Centro América, donde la agitación y la vida civilizada invitaban con un encanto más poderoso que los climas suaves y el escenario fantástico de los trópicos. El americano, para apreciar de lleno su tierra natal, debe primero aprender, por amargas privaciones y contraste, sus bendiciones incomparables. Regresé con tales reflexiones hacia la empinada cuesta, para subir la cual Roberto había acicateado ya las mulas; yo, mientras, daba vueltas en la senda y contemplaba a Olancho por última vez.

23

Guaimaca.—La Niña Albina.—Talanga.—Una noche en la casa de don Gregorio Moncada.—Cofradía.—Doña Tomasa.—Tegucigalpa.—Hospitalaria recepción.—Los Minerales de Tegucigalpa.—Un viaje a Santa Lucía.—Mina Grande.—Un molino de plata.—El camino.—Descenso a la mina de San Martín.—Método para extraer brozas.—Mina de Gatal.—Falta de conocimiento y de maquinaria.—Antigua productividad.—Rendimiento actual.—Especulaciones sobre el origen de la plata.—Un taladro.—Campana.—Mineros ambulantes.—Ascenso al monte de Santa Lucía.—Villanueva.—Mina de la Peña.—Mina de El Zopilote.—Primitivo procedimiento de fundición. El cerro de cobre del Chimbo.—El Capitán Moore.—Leyendas sobre minas.—Mina de Guayabillas.—Historia de su descubrimiento.—La familia Argeñal.—Empresa inglesa.—“La fatalidad del país”.—Últimos días de la mina de Guayabillas. Salida para los Estados Unidos.—Otra vez Amapala.—La guerra.—El “Contrato de Walker”.—La bahía de Fonseca a la luz de la luna.—En el mar sobre una lancha.—El Realejo.—

San Juan del Sur.—Un vapor norteamericano.—

De nuevo en la patria!

La ruta a través de las montañas de Campamento ha sido descrita antes. Habiendo pasado la noche allí, emprendimos nuestro viaje muy temprano de la mañana y al atardecer renovamos nuestra amistad

con la señora Hipólita y su bonita hija, en Guaimaca. Esta última desapareció por unos pocos minutos después de mi arribo para regresar pronto con el obsequio que le hiciera en mi viaje de ida, convertido en un vestido

que le sentaba muy bien. Como siempre había poco que comer en Guaimaca, más, el proverbio bíblico quedó demostrado una vez más ya que la Niña Albina regresó después de hacer una expedición exploratoria por la aldea, con una gallina viva, algunos frijolitos y huevos. Después de la cena la joven tuvo la fineza de picar un excelente tabaco para mi pipa y por la mañana estaba preparando un sólido desayuno para antes de que emprendiéramos la jornada.

De Guaimaca a Talanga hay un día de camino. Llegamos a esta última aldea a la caída del sol y nos fuimos directamente a la casa de nuestro anterior anfitrión, don Gregorio. Lo hallamos en medio de sus gallos de pelea, ocho en total, cada uno amarrado de la pata a un trozo de madera cuadrado, y varios de ellos cantando retadores a pesar de lo avanzado de la tarde.

Se excusó de que su señora no venía a darnos la bienvenida porque, insinuó con aire de importancia, pronto le daría a la familia Moncada un nuevo retoño. Cuando vino la noche las campanas de la iglesia tocaron a oración. Las mujeres de la casa —había cinco— se hincaron a rezar con tal devoción que imaginé que el importante evento estaba ya muy próximo.

A las ocho de la noche se apagó la vela y la familia se retiró a dormir, menos yo que me acosté sobre un banco, del que tomé posesión a falta de un cuarto donde colgar mi hamaca. Dormir era imposible. Varios "chanchos", víctimas del frío, se habían arrimado cerca de la puerta, y sus continuas reyertas por un espacio donde echarse o por alcanzar el puesto interior, acompañadas de un quejumbroso chillido, persistieron hasta después de la medianoche, hora en que tuve que levantarme, abrir la puerta y darles de golpes con un garrote, haciéndolos ir a gruñir a la plaza. La noche helada y nebulosa y la aldea quieta como una tumba. Habiendo cerrado la puerta, probé dormir otra vez, pero ahí no más, los cerdos en mayor número regresaron al mismo punto. Una cabra que estaba encerrada en la cocina comenzó a balar desesperadamente a intervalos regulares por el resto de la noche, mientras las llamadas frecuentes de la progenie de don Gregorio, de vez en cuando daban pábulo a interesantes debates de familia, ocurriendo todo en la más negra obscuridad.

En la madrugada, la fatiga de la jornada del día anterior por cerros escabrosos, se impuso sobre todas las demás sensaciones y, a pesar del asalto de las pulgas, que hervían en la choza, había caído ya en un adormecimiento, cuando los gallos amarrados dentro de la casa para su seguridad, comenzaron sus cantos matinales hasta clarear el

día, y entonces febril, agotado y medio loco, salí a la calle y ordené a Roberto que buscara los animales para salir inmediatamente de Talanga.

A pesar de las pulgas y del ruido infernal, don Gregorio dormitaba tranquilamente en su esquina y refunfuñó somnoliento cuando las mujeres invadieron la casa para sacarlo a la calle con todo y sus gallos. Roberto tardó dos horas en buscar las mulas, y cuando yo había renunciado a esperarlo y resuelto comprar una para proseguir solo, apareció de repente con ellas desde un punto insospechado. En otra media hora más ensillamos, cargamos y, desde mi bestia, dije adiós a la San Diego.

Desde entonces he pensado que mi apresuramiento para salir y que el haber omitido los corrientes cumplidos al despedirme, dejaron en el ánimo de don Gregorio la duda sobre si yo era agradecido y bien nacido. Sea lo que fuere, creí que otra hora más en Talanga (cuyos horrores apenas he descrito) me haría de seguro un candidato para el asilo. ¡Qué las nuevas responsabilidades de don Gregorio Moncada perduren, son mis deseos para su orgullo y honor! aunque lo dudo mucho, si como padre se limita a su ocupación de fumar cigarrillos de papel y jugar gallos.

Impaciente por terminar mi viaje, máxime por sufrir un intenso dolor en un pie que me herí y sin poder usar bota, dejé atrás a Roberto y seguí sólo mi camino. El sol deslumbraba tanto al reflejarse en las montañas de caliza que tuve que proteger mis ojos con un pañuelo.

Al anochecer, las chozas de Cofradía aparecieron inesperadamente y era tal el dolor que me obligó a desmontar en la primera cabaña. La buena suerte hizo que me dirigiera a la casa de la principal persona del poblado, una señora ya de edad, sorda, que hacía poco había llegado de Tegucigalpa. Al solicitarle hospedaje me contestó moviendo la cabeza y diciéndome: Soy sorda, señor! al mismo tiempo se ponía una mano en la oreja. Levanté mi voz, pero sin resultado, hasta que llegó una muchacha morena a la puerta y con sus señas le tradujo mis deseos.

Después de varias preguntas sobre el lugar adonde yo iba y de sentirse salisfecha de que yo no tuviera nexos alguno con la revolución, me otorgó el permiso, aunque la vieja abrigaba sospechas por mi traje y por mi aspecto extranjero, y más que todo, porque no andaba con criado, sin el cual ningún caballero viaja en Honduras. Pero sus temores pronto se desvanecieron con mis explicaciones, y al ofrecerle varias monedas de

cobre me preparó una comida con carne salada y tortillas.

Al saber que yo era americano, la señora empezó a ponerme sitio a fin de que le diera remedios para su sordera, y no deseando defraudarla y, al mismo tiempo sabiendo lo inocuo de mis recetas, le recomendé baños diarios de agua caliente (que mucho los necesitaba) y abluciones de aguardiente con sal aplicadas a los pies! Estoy seguro de que si ella hubiera recobrado su oído, lo hubiera atribuido a mi receta, y si nó, ¡a que hasta los más célebres doctores no siempre son infalibles! Pero doña Tomasa —que así se llamaba— ya no necesitaba de remedios. El tiempo, ese inflexible destructor de todas nuestras facultades la habrá alcanzado inexorablemente.

En la madrugada un viento del Norte soplabá acompañado de lluvia. Roberto aún no había llegado. En Río Abajo, sin embargo, me alcanzó y me dio la terrible noticia de que se extravió del camino y cayó en un barranco en la tremenda obscuridad de la noche. El caballo estaba tan malherido que hubo necesidad de matarlo, y las abundantes manchas de sangre en el cuerpo de Roberto demostraban que había escapado por milagro. Los demás animales fueron sueltos para que pacieran libremente y, entonces montando en nuevas mulas, salimos hacia Tegucigalpa, en donde mi viejo amigo el señor Lozano, me dio la bienvenida con su acostumbrada cordialidad.

En relato de mis impresiones sobre Olancho ocupó toda la tarde. El viejo señor examinó mi contrato, y con verdadero entusiasmo hispano, ya veía él la restauración de los buenos tiempos de la colonia, tal como él alcanzó a verlos cuando niño. Empleó todo el siguiente día en circular la noticia sobre el brillante futuro de Olancho bajo los auspicios de los americanos del Norte, y antes de una semana se formaron dos grupos en Tegucigalpa, uno opuesto a la entrada de los americanos en Olancho y otro, con expresiones entusiastas, en favor de la "regeneración futura del país".

La invasión de los guatemaltecos había hecho que el Gobierno se trasladara al departamento de Gracias, donde el Presidente Cabañas estaba preparándose para atacar al enemigo. La firma del Secretario de Relaciones Exteriores, que era necesaria para la validez de mi contrato con las autoridades de Olancho, fue solicitada, enviándose el documento a los Llanos de Santa Rosa, en donde, habiendo sido puesto a la consideración del Ejecutivo por varias semanas, al fin se le pusieron las firmas con el sello oficial.

Durante este lapso hice varias excursio-

nes a los lugares vecinos, tanto como mi derrengadura lo permitía, a fin de continuar el examen de las minas de plata del departamento. En un capítulo separado doy todos los datos a este respecto tal como pude recogerlos, los cuales, aunque incompletos y presentando sólo una consideración superficial de su valor, pueden servir para demostrar la inmensa riqueza que se oculta en las montañas de Honduras y que está en espera de una empresa de trabajo y de inteligencia que la explote.

Los modernos descubrimientos de oro han ampliado la esfera de nuestro comercio y, como objetivo de una industria productiva, ha dado nacimiento a dos nuevos centros comerciales, que se dividirán entre ellos la riqueza del Pacífico. Estos acontecimientos son más importantes que las revoluciones.

Pero si el oro ha establecido de por sí una nueva dignidad y poder como causa instigadora del progreso, no menos lo puede la plata, cuando su producción, como metal hermano, caiga una vez para siempre en manos de la industria anglosajona y bajo la férula de su inteligencia profética.

La región de Honduras, al Oeste del departamento de Olancho, está cruzada por vetas de plata que, en las dos últimas centurias, han vertido millones sobre Europa y hasta han competido con el Perú y México. Su posición aislada, apartada de las rutas del comercio, hasta hace poco ha impedido que reciba la atención de los capitalistas para que se dé un impulso poderoso a sus minas, como a las de otras repúblicas hispano-americanas. En los departamentos de Gracias, Comayagua, Choluteca y Tegucigalpa existen cientos de vetas de plata que, trabajadas económicamente y con aparatos científicos, seguramente enriquecerían a quienes llevarán a cabo esa empresa. Mis propias observaciones se limitaron a las minas del último de los departamentos nombrados, en donde se me dieron todas las facilidades para su inspección.

Tegucigalpa cuenta dentro de sus límites con diez minerales, o distritos mineros, teniendo cada uno su grupo de minas importantes, muchas de ellas abiertas hace largo tiempo y muchas en magníficas condiciones de trabajo. En compañía del señor José Ferrari visité el mineral de Santa Lucía, cerca de Tegucigalpa. Después de unas horas a caballo alcanzamos la cima de la serranía montañosa de Santa Lucía, aunque a nuestra derecha se alzaba un pico verde, cerca de mil pies más arriba de nosotros. Desde nuestro puesto tuvimos una espléndida vista de Santa Lucía, aldea pequeña pero graciosamente construida, emparada con arbo-

ledas y adornada con una iglesia nítidamente blanca. Las milpas y trigales se destacaban en las faldas de esta serranía, y el señor me mencionó un molino harinero que trabaja con fuerza animal en una de las aldeas de más abajo.

Al descender al Valle nos desviamos para examinar la Mina Grande, célebre por la anchura de sus vetas. Es propiedad conjunta del señor Ferrari y de los herederos de don Francisco Lozano. La veta principal tiene once varas (33 pies) de espesor y produce un buen porcentaje de metal por tonelada de broza. Hasta ahora, sólo se han hecho cuatro escaleras, aunque la mina fue antes propiedad de los Rosas, una familia rica española. Ellos emprendieron los trabajos durante dos años hasta que, por la Independencia de 1821, se cortaron todas las relaciones políticas con España; por esa y otras causas, abandonaron la mina, como también las de Gaial y San Martín, dejándolas perderse. La entrada a la veta principal se halla en una meseta arbolada de pinos, cerca de la cumbre de la montaña de piedra caliza en la ruía hacia Santa Lucía y a más de 4.100 pies sobre el nivel del mar.

Cuando llegamos, dos indios viejos trituraban la rica broza entre grandes piedras, y había con este procedimiento primitivo e ineficaz lograban su sustento y obtenían una ganancia para su propietario. Los trabajos mejor organizados emplean una maquinaria sencilla de trituración, que consiste en dos piedras de molino rastreadas alrededor de una piedra circular, movidas por mulas o bueyes, que tiran de una larga viga que da vueltas en un poste central, lo mismo que un antiguo molino de sidra. A esto se le llama a veces trapiche pero más a menudo rastra. Las que vi en otras partes se movían muy despacio e imperfectamente. La broza molida se trata con fuego o con azogue, o con ambos, de acuerdo con el tipo de mineral. Una buena máquina moderna para triturar, como las que usan los mineros del cuarzo en California y Australia, haría veinte veces el trabajo de estos molinos destartados y con un costo casi igual. Un solo molino prepararía broza suficiente en la Mina Grande como para producir inmensas sumas, si uno juzga por los beneficios que se consiguen con el presente método tan rústico.

El mayordomo me dijo con una emoción muy hispana, que ellos perdían la mitad de la plata debido a la mala maquinaria y a la mala administración. Como prueba de la extensión de los viejos trabajos y de los métodos tan ineficaces que se empleaban, noté muchos montones de broza desperdiciada y roca (respalde) los cuales serían una fortuna para un minero yankee, con sus modernos trituradores y su experiencia.

De la Mina Grande descendimos, teniendo un magnífico panorama frente a nosotros, a través de arbustos y de pinos muy resinosos. Un mar de colinas, arboladas hasta la cima se extendía en nuestro derredor. Llegamos al pie de estas eminencias y empezamos a subir por otra, cerca de cuya cima se asienta la aldea minera de Santa Lucía.

Supe que en el invierno esta aldea es abandonada por la gente muy pobre, debido a su clima inclemente y a sus frecuentes granizadas. Durante el verano es lugar de recreo de los tegucigalpenses que van allá por las cualidades curativas atribuidas a su atmósfera y por los millares de rosas (1) que crecen en las faldas de sus montañas.

Nuestras fuertes mulitas se esforzaban subiendo la cuesta y a las once de la mañana llegamos al punto más elevado, a 4.320 pies sobre el nivel del mar. La temperatura no subió de 72° Fahr. a mediodía. Hicimos alto en una pequeña propiedad de adobe del señor Fiallos, y el sirviente, que llevaba las provisiones, pronto sirvió una excelente comida, que compartimos después de la fatiga de la mañana. Después de comer y de saborear mi pipa, proseguimos nuestro viaje por varias millas sobre un camino frágil, en una densa floresta y llegamos a eso de las dos de la tarde a un pequeño caserío de chozas de adobe, propiedad del señor Ferrari, una de las cuales protegía la entrada de la gran Mina de San Martín, que, según supe, es la más rica de todo el distrito.

La cabaña más grande del pequeño grupo, según nos dijo nuestro conductor, estaba destinada a la bodega, en donde guardaban la broza de más valor hasta que pudiera ser conducida al molino, a tres millas de distancia. Otra de las chozas servía de residencia al mayordomo y una tercera a los trabajadores. La entrada de la mina está en una cresta de la montaña, que mira hacia el Noroeste, frente a una cadena de cordilleras llamada montañas de Lepaterique, divisoria entre los departamentos de Comayagua y Tegucigalpa. Algunos de sus picos se cuentan entre los más elevados del país. A través de un portillo de esta estribación vimos el distante pico de Comayagua, cercano a la ciudad del mismo nombre, que se yergue como una pirámide azul en aire claro de la tarde. El follaje de los grandes valles y laderas que nos circundaban reflejaban varios tintes: los tonos suaves de los robles y los arbustos, contrastando con el verde oscuro de los pinos.

Nos preparamos para descender a la Mina de San Martín, tomando cada quien un buen trago de aguardiente para protegernos contra el frío subterráneo. Luego precedién-

(1) Los claveles también han dado fama a Santa Lucía

donos un indio desnudo con una vela de sebo y yendo otro, en igual traje, a la retaguardia, comenzamos el descenso dentro de la "Cueva".

Antes de entrar a la mina anoté el vocabulario que usan los mineros, el que incluye muchas expresiones técnicas. La veta misma la llaman ellos broza, que es una mezcla de minerales cristalizados: piedra caliza, cuarzo, sulfuro de plomo, antimonio, hierro y cobre, que llenan las grietas irregulares o entran en la masa de respalde o roca viva. Una vena de broza o veta puede yacer entre dos estratos de roca plana como una sábana entre dos colchas y penetrar dentro de la montaña; o puede ser simplemente el contenido de una grieta o hendidura, que descien- de hacia las regiones más bajas de la tierra a una profundidad incalculable.

El metal a veces descubre hilo de plata pura y penetra las hendiduras de las rocas como las raíces fibrosas de una planta; pero la cantidad de éste nunca es grande, y las mejores minas son las que dan una producción estable de broza. Es probable que los sulfuros de plata, antimonio, cobre, mercurio, plomo y hierro, que se hallan en estas hendiduras, hayan subido, ya en forma de vapor o de lava (roca líquida) desde el horno volcánico de las cámaras profundas de la tierra.

Entramos primeramente por lo que se llama un frontón, cámara horizontal, o socavón, que terminaba en la boca de una cavidad perpendicular que en la jerga es conocida como pozo. Precedidos por nuestro guía descendimos por un tronco de roble colocado verticalmente al cual se había hecho incisiones para poner en ellas las manos y los pies. A esto se les llama escaleras y, por lo general, son de cuatro varas de largo cada una. Son exactamente iguales al llamado "Sansón post" que en los barcos conducen de la escotilla a la bodega de abajo.

Al pie de cada escalera hay una pequeña plataforma de tierra, apenas lo suficiente para servir como lugar de descanso; desde allí el socavón sigue horizontalmente por unos pocos pies y luego comienza una segunda escalera. El descenso en la silenciosa lobre- guez de una de estas minas no es nada agradable. La reflexión de que otros las han bajado antes y las recorren todos los días sin peligro, no es lo suficiente como para que uno se sienta seguro. Al pie de la segunda escalera la obscuridad se había hecho impenetrable y aquí fue el comienzo de un frontón, con galerías divergentes y con techo sostenido en ambos lados con muros sólidos de respalde, cortados con gran regularidad y apuntalado, además, con pilares gruesos de madera de roble, en los cuales brillaba la

broza cristalizada. El aire de esta caverna tenía la humedad pegajosa de un calabozo descuidado. A medio camino hacia abajo, oímos un tenue y continuo sonido, como el eco de pisadas en una bóveda vacía. Este surgía de los golpes de los mineros abajo, lejos de nosotros.

Después de un fatigoso descenso, nos encontramos en el fondo de la mina, a una profundidad de 164 pies, la temperatura en este punto era de 68° Fahr. De la base de la escalera más baja, la veta había tomado una dirección más horizontal y la excavación se hacía en forma de cavernas de techos arqueados, que volvían a hacer eco a los golpes que los mineros daban contra la roca con puntiagudas barras de hierro, rompiendo porciones de broza y emitiendo cada golpe un quejido hueco, molesto para uno no acostumbrado a ese sonido, pero como me lo aseguró un individuo de complexión hercúlea, necesario para el barroteo porque materialmente facilita su labor.

La fría humedad, la expresión macilenta que comunicaba a nuestros rostros la luz de la vela reflejada en las brozas brillantes, el aspecto bárbaro y antinatural de estos trabajadores subterráneos, las brechas oscuras que conducían a profundidades y distancias desconocidas en el sólido corazón de la tierra, la idea de que la montaña colgante sobre nuestras cabezas pudiera en cualquier momento desplomarse para privarnos de la luz del día —accidente para el cual en la jerga minera existe la palabra campana— era suficiente para esta mi primera exploración de una mina de plata en Honduras.

Uno de los trabajadores introdujo su barra en el saliente de una veta, y, después de hincarla y de darle un tirón, sacó una especie de arcilla suave, que caía en pedazos como de diez a treinta libras de peso. Tomé de ella cuanto podía aguantar en la subida. Después de trepar por abismos abiertos, que parecían pozos de noche líquida, llegamos jadeantes y sudorosos a la luz del día.

Cada quien repitió su dosis de aguardiente, que el viejo patrón parecía considerar como una panacea a la cual echar mano en toda ocasión. Mientras estábamos descansando, el cortés e inteligente mayordomo me dio cuenta y razón claras de los métodos que se usan en la extracción de la plata y cuya descripción doy en otra parte. Las muestras de broza de Santa Lucía y de las otras minas del departamento, en total siete lotes, promediaron cuando fueron examinadas por los químicos norteamericanos \$72.00 por tonelada, el más bajo de \$17.97 y el más alto de \$218.58 por tonelada, pero los trabajadores del señor Ferrari no se dan cuenta, ni aproximada, de tales cifras.

El mayordomo se quejaba amargamente de la falta de maquinaria y de técnica en el laboreo de la mina, con lo cual su dueño estuvo de acuerdo y me ofreció la cuarta parte de la producción si yo, con mis propios conocimientos en la materia o con la asistencia de un buen químico, salvaba las grandes pérdidas de plata y de azogue con la introducción de un buen procedimiento moderno.

La naturaleza ha hecho todo en Honduras; el hombre, al menos el de la época actual, no ha hecho casi nada. Una mina de plata en Connecticut o en Delaware, que rinda \$20.00 de plata por tonelada, sería una propiedad valiosa. Los alemanes trabajan brozas de galena argentífera que rinden solamente de \$5.00 a \$10.00 por tonelada y a pesar de este valor tan bajo no son improductivas. En los Estados Unidos se hacen grandes inversiones de capital en minas de una calidad inferior y se construyen caminos para llegar a ellas que cuestan el doble de lo que probablemente se requeriría para controlar el acceso a la mina de Santa Lucía. Nuestra ignorancia sobre Honduras es la que nos ha privado de explotar sus tesoros escondidos e inútiles. No pueden trascurrir muchos años sin que esta ignorancia sea disipada por los relatos de los exploradores y que una nueva fuente de riqueza se abra para el mundo.

Aunque bajo el dominio español salieron millones de la riqueza de las minas de Honduras, no debemos suponer que los métodos de trabajo en aquellos días eran mejores o que las artes de la metalurgia estaban más avanzadas. El secreto de la gran producción se hallaba en el número de trabajadores que se emplean para sacar y moler las brozas. Ha hecho falta desde un principio, maquinaria para extraer y pericia para amalgamar y refinar, como se tiene ahora en Alemania. Las ganancias de la minería de la plata en Honduras bajo el sistema colonial de España aparecen en un informe rendido por el Director del Cuño de Tegucigalpa y publicado en 1828 por Henry Dunn en su obra sobre Guatemala, en la página 223. Este informe supone presentar la cantidad de plata y de oro amonedada en el Cuño en los quince años inmediatamente antes y después de 1810. Niega que todo esto sea lo que las minas han producido en ese período ya que grandes cantidades fueron exportadas, "así que de acuerdo con los cálculos de personas entendidas, apenas si una décima parte de los metales obtenidos durante los anteriores seis años habrán pasado por el Cuño "La cantidad de plata acuñada en treinta años se fija en 677.441 marcos; y la cantidad de oro amonedada en 1 808 marcos. El valor total del oro y de la plata acuñada de 1795 a 1825, es de \$ 6,004.214.00. Mr. Dunn, sin embar-

go, no le da crédito a este informe. El admirable sistema de los viejos españoles en la compilación y registro de estadísticas de las producciones y asuntos políticos de las colonias, parece que desapareció con la cesación del dominio hispano en América y que una falta total de datos dignos de confianza impide hoy que se obtenga una información veraz en cada ramo de la industria y, particularmente, en el de la minería.

El método para extraer la broza de las minas es el de los tanateros, trabajadores cuya labor de toda la vida ha desarrollado maravillosamente su sistema muscular. Estos hombres, por lo general, son indios de bellas formas, apacibles, industriuosos y sumisos. La misma labor sería mucho más económica si se realizara con una pequeña máquina de vapor. Más de dos millones, se afirma, se obtuvieron de la mina de San Martín, mucho tiempo antes de la revolución, lo que corresponde a más de treinta mil toneladas de buena broza, tomando en cuenta las pérdidas corrientes, y de una mina que apenas si tiene ciento setenta pies de profundidad. Este es sólo uno de los centenares de informes que se les da a los extranjeros que visitan las minas argentíferas de Honduras. El Sr. Squier describe la nueva mina Coloal, en el departamento de Gracias, como productora "de la sorprendente proporción del 23.63%, u 8.475 onzas por tonelada de 2.000 libras!". Una descripción oral de la misma mina se me dio en Tegucigalpa estableciendo la producción de Coloal mucho mayor que aquella. Tales informes aparecen casi fabulosos, pero realmente son verosímiles en Honduras, si a los asertos de cientos de testigos presenciales debe dársele crédito.

De San Martín nos fuimos el mismo día a El Gatal, que apenas si queda a una milla de distancia, mina célebre que también es propiedad del señor Ferrari. A lo largo del camino vimos pinos de dieciséis a dieciocho pulgadas de diámetro y enteramente rectos. Parecían ser inmejorables para el maderamen de las minas, pero no se les usa para ese fin, preferible el roble, que se puede obtener fácilmente. A pesar de mi previa resolución de no hacer un segundo descenso dentro de la tierra, bajé y hallé en la mina del Gatal que las excavaciones eran más extensas y más imponentes que las comparativamente modernas de San Martín. En un gran trecho se apartan ramales de galerías hacia la derecha y hacia la izquierda siguiendo el curso de un lecho secundario de broza, el que atraviesa la vena más grande o perpendicular. Una de estas, llamada veta azul, está aparentemente conformada con la estratificación, como un lecho interpuesto entre dos capas de arenisca, mientras la otra, la veta principal es perpendicular. Todas las grietas de las montañas y, en consecuencia

los mantos de broza en este mineral, corren de Norte a Sur, excepto la veta azul.

Explicar las causas de estas grietas, a través de las cuales los metales preciosos se han escurrido hacia la superficie desde los lagos de lava metálica del interior de la tierra, es labor para los geólogos profesionales. ¿Se elevaron en forma de vapor para condensarse luego en las paredes de las grietas? ¿Se disolvieron en agua hirviendo más allá de la temperatura del calor-blanco del hierro y que la presión de las sólidas millas de roca encima impidió que se evaporara? ¿Fueron hechas las grietas por antiguos terremotos causados por la comba de la tierra mientras ésta se enfriaba? ¿Se elevaron los metales derretidos en forma de lava? Una cosa está fuera de duda y es que las causas, cualesquiera que hayan sido, penetraron en una ancha extensión de territorio y quedaron profundamente asentadas en la tierra. En esta región es muy raro que las minas de plata se agoten. El trabajo en ellas se suspende por largos períodos, por razones políticas o por otras, pero las vetas, cuando se vuelven a explotar, rinden en proporción a la energía y a los medios pecuniarios del dueño. Varían de anchura, pero continúan indefinidamente. Su producto es inextinguible.

Mientras examinaba el interior de la mina del Gatal, observé más cuidadosamente cómo se apuntala el techo de las excavaciones. Dondequiera que la superficie superior es movediza o de piedra suelta, se ponen gruesas piezas de madera sin desbistar —se prefiere el roble— como soportes. Estos no se colocan con la regularidad ni con la precisión con que se hace en las minas europeas donde este trabajo es científico. Ciertas regulaciones, sin embargo, se establecieron en las Ordenanzas de Minería, observadas durante el predominio de España en toda Hispano América, y que todavía se observan rigidamente en Honduras, en los cuales hay provisiones sobre el amaderamiento para los socavones y las galerías anchas y altas.

El peso del techo, presionando insensiblemente y lentamente hacia abajo, algunas veces dobla estas columnas como si fueran cañas. Continuamente caen fragmentos de los techos de las galerías, pero los mineros están acostumbrados a estos peligros. Mientras se hallaba parado en una de las cuevas que dejan las excavaciones, vi sobre mi cabeza un monitón de varias toneladas de peso colgando en la grieta y listo para caer de un momento a otro. Aparentemente, la vibración de la voz o el sonido de un martillazo puede hacerlo caer. Uno de los mineros me tocó en el hombro sin hablar y me señaló la roca. Salí calladamente de donde estaba con una sensación de vértigo.

Una campana no es asunto de tanto peligro como pueda imaginarse. Antes de venirse abajo el techo, más particularmente cuando los estratos de arriba son horizontales, o moderadamente inclinados, la mina emite un sonido tremulante y quejumbroso; cada puntal de madera se acerca a su compañero y empieza a quejarse y a luchar contra el techo como un hércules fatigado. El derrumbe ocurre lentamente. Un viento sale de la mina; los mineros corren a refugiarse a la galería principal, que siempre es segura, y el sonido se oye por unos pocos minutos, no fuerte, pero sí pregonando claramente la magnitud de las fuerzas puestas en juego.

Después de la salida de la familia de los Rosas en 1823, el Gatal fue descuidado y las galerías decayeron, pero recientemente han sido limpiadas y se está trabajando con bastante buenos resultados. La boca de la mina está a varios cientos de pies sobre la meseta de la región. Mucho más abajo y penetrando en el flanco de la montaña hay un conducto subterráneo o desagüe, llamado taladro. Por él escurren las aguas propias de la mina y las que han caído durante la estación de las lluvias. El desagüe penetra horizontalmente y hacia arriba hasta las galerías, con las cuales se comunica por medio de pozos perforados en el remoto interior. Se estima este taladro costó a los Rosas... \$ 30.000.00 cuando la mano de obra, bajo un gobierno arbitrario, era mucho menos costosa que al presente. Los mineros norteamericanos hubieran incurrido en un gasto mucho más grande para hacer este túnel, y sin él, el Gatal casi no tendría valor, pues el drenaje se efectuaría por el único medio conocido de los viejos españoles y por los del presente, es decir, llevando el agua en fanates de cuero lenta y laboriosamente hasta la superficie. Solo hay tres minas en el mineral de Santa Lucía que tienen taladros, que en los viejos tiempos eran el gasto mayor en la explotación de las minas de plata y, con vista a su construcción, después de descubrirse una veta se abrían en una altura, si posible para dar oportunidad al drenaje subterráneo. Más lejos al Norte, en la cumbre de la colina está una lumbrera o agujero de ventilación, que ha de haber sido igualmente costosa, porque penetra hasta las más bajas galerías.

Mientras andábamos por la región, vi muchos lugares donde se habían descubierto vetas de plata; hay sin duda alguna una red de metal que penetra por todas las montañas de este distrito. Será siempre imposible estimar la cantidad de plata que existe en estas colinas, pero no es exagerar si se afirma que el desperdicio y desgaste actuales de la plata en el arte y el comercio podría ser sacados de ellas.

Habiendo llenado un saco con la broza del Gatal, regresamos a casa. A los lados del camino y en un declive vi donde habían sido echadas no menos de mil toneladas de desperdicio de broza mezclada con respalde, considerada pobre para ser transportada a lomo de mula hasta el molino. Esta broza desperdiciada podría producir un ingreso remunerativo si se la beneficiara con buena maquinaria y puede conseguirse gratis con solo pedirla. El señor Ferrari me aseguró que él no levantaba del Gatal más de una tonelada de broza al día, empleando varios trabajadores. Esta tonelada diaria da empleo ocasional a su molino, y produce un promedio de doce y medio marcos, igual a cien onzas de plata. Un marco vale nueve dólares de la buena moneda acuñada en Tegucigalpa. Escasamente hay una mina en el distrito de Santa Lucía que no promete un marco por quintal de cien libras, aún con el burdo método de trabajo que ahora se emplea.

Los mineros activos que no tienen empleo rondan las viejas minas, y con un procedimiento burdo de fundición en vasijas de barro, obtienen tejos de plata cruda, que valen intrínsecamente un poco menos de un dólar la onza. Estos tejos son traídos todos los días a Tegucigalpa donde se cambian con un gran descuento en las tiendas por artículos de primera necesidad. Esta es una de las fuentes de la plata que se exporta de Belice y de San Miguel hacia Londres. El mayordomo del Gatal me dijo que él estimaba el rendimiento de la broza de esta mina y la de San Martín en un promedio de diez onzas de plata por arroba. Esto creo que es una exageración porque equivaldría a una producción por tonelada que, aunque algunas pocas minas de Honduras la exceden, ni la de Santa Lucía ni las de cualquier otra sección de aquella vecindad se acercan a ella.

Después de cargar mis muestras en una mula que llevé para ese efecto, dijimos adiós al mayordomo y a su pequeña grey de desnudos trabajadores y regresamos a Santa Lucía. Poco más o menos a una milla hacia el Sur se destacaban los dos picos de Santa Lucía sobre las serranías vecinas y, teniendo aún tiempo para una caminata, le propuse a don José que subiéramos y coronáramos las aventuras del día con un vistazo desde la cima. Rió de mi idea y dijo que nadie, a no ser los salvajes de los viejos tiempos habían ido allá, pero pronto lo convencí y aceptó, y volviendo nuestras mulas hacia la cuesta las aprontamos a subir.

El camino nos condujo entre pinares, pero pronto se perdió en una maraña de arbores y malezas y tuvimos que mandar un hombre adelante para que con su machete hiciera una abra y, dejando al otro para que

cuidara de las bestias, seguimos a pie. El viejo gruñía por este modo de proceder pero luchando y a intervalos apelando a la bota. Lila del estimulante usual en Centro América, pronto llegamos a la cumbre.

Difícil es describir el magnífico panorama que se ofreció ante nosotros. A una altura no menor de 5.000 pies y no muy por debajo del pico más alto de la cordillera de Lepaterique, permanecemos gozando de la más extensa perspectiva. La vista estaba limitada por el Sur y Oeste por la cordillera de Lepaterique, que forma el lado Este del valle de Comayagua. Más lejos aún, el horizonte aparecía tras una depresión en estas montañas, precisamente el pico de Comayagua antes mencionado. Al Este, desde donde venía un viento fuerte y helado, había aparentemente un laberinto interminable de montañas que se perdían en la distancia y todo aparecía alfombrado de verde. Al Norte, la vista todavía se encontraba con cerros y valles, como las olas de un mar agitado, pero bañado en la luz brillante del sol. Hacia Olancho se veían los conos del Guaimaca y de Teupasenti. Hasta don José cesó de quejarse de sus piernas y se divirtió haciendo vanos esfuerzos por distinguir su casa entre la masa de edificios de Tegucigalpa, que se miraba con sus iglesias blancas y con las verdes palmeras diseminadas como en un mapa a miles de pies abajo.

El estampido de un trueno nos avisó que una tormenta se estaba formando en la serranía más cercana y nos apresuramos a volver a nuestras mulas. Estaba obscuro y llovía cuando volvimos a la ciudad y con mutuas "Buenas Noches", cada quien se despidió en la calle en busca de su casa.

En otra ocasión, con el señor Lardizábal visité el mineral de Villanueva, situado como a seis millas de Tegucigalpa. El objeto de este viaje era el de ver la Mina de la Peña, llamada así por la extrema dureza de su broza, que es una combinación de sulfuros y sustancias ferruginosas que le da apariencia de una piedra de arenisca roja.

El propietario ha conservado la posesión de esta mina por varios años y después de hacer los primeros gastos se encontró con que le faltaron recursos para continuar trabajándola, y, simplemente laboraba lo necesario para asegurar sus derechos de propiedad, desde entonces, como Mr. Micawber, ha estado esperando que "aparezca" alguien en la forma de un extranjero especulador, con recursos y voluntad suficientes para proseguir los trabajos.

Un pequeño río conocido con el nombre de Quebrada de Jacaleapa desemboca en otro más grande y proporciona toda el agua

necesaria para los trabajos. Una burda pieza de maquinaria, diseñada para ser movida por bueyes está cerca de la entrada de la mina. Todavía existen señales de viejos trabajos en gran escala que fueron llevados a una profundidad de cuarenta pies, por cinco o seis escaleras. La veta corre de Norte a Sur y ha sido abierta en tres direcciones: un túnel bien construido corre a treinta yardas bajo la colina y sirve el doble propósito de taladro y de camino. Cuando el señor Larizábal reabrió y denunció la Mina de la Peña, estaba parcialmente llena de desperdicios y piedras desde hacía muchísimos años y muy dentro de las excavaciones se encontraron implementos de los trabajadores, como si hubieran sido dejados allí por personas que tuvieron que escapar con gran premura. El propietario estaba ansioso por suscribir un contrato conmigo, y, finalmente lo hizo, bajo la creencia de que los americanos y también él harían fortuna al año de haber comenzado los trabajos. La broza que se ensayó en San Francisco dio una tasa de \$ 32.75 por tonelada y el valor de la mina está más bien en el gran tamaño de la veta y en la abundancia de la broza, que en su intrínseca riqueza.

Cerca de esta mina están abandonadas dos o tres más antiguas. La de La Zopilota es punto de reunión de los que necesitan de dinero para jugarlo al monte y se afanan en los viejos trabajos teniendo siempre éxito en sacar algo de los muros de piedra como remuneración a su labor. Estos rebuscos son, por lo general, en los días domingos. Un grupo de indígenas estaba trabajando aquí cuando pasamos. Era una caverna lóbrega, abierta en la ladera de una colina poblada de añosos árboles. Una vieja, con un par de chiquillos desnudos, se hallaba hirviendo agua en una marmita sobre un fuego de ocote. El padre de la familia, con una barra de hierro en las manos, permanecía a la entrada esperando a que pasásemos y cerca vi varios montones de broza.

Deseando ver en acción a este primitivo metalurgista, desmonté y permanecí por un momento a la sombra, observando el procedimiento. Unos pocos pesos de cobre y una o dos palabras de estímulo le indujeron a recomenzar su labor. Entró en el socavón arrastrándose y pronto los golpes sordos de la barra anunciaban que estaba trabajando en la masa de broza, a la luz crepuscular de la mina. En media hora o menos salió arrastrando consigo un saco como con veinte libras de broza. El hombre y la mujer seleccionaron una piedra plana y poco a poco redujeron la broza a un polvo cascajoso. El fuego, mientras tanto, era avivado por los chicos. Una vasija más pequeña conteniendo un poco de broza fue colocada en un lecho de brasas. La madera fue amontonán-

dose sobre ella, escapándose vapores sulfurosos, y cuando todo se había quemado y convertido en cenizas, nuestro hijo de Tu balcaín sacó la vasija, y volcó en la tierra su contenido, que era una masa de escoria gris, negra y roja, y cenizas de la cual yo aparté con la punta de su palo, un tejo de plata caliente, que pesaba tal vez una onza. Se la compré por un poco más de la mitad de su valor en el mercado de Tegucigalpa. Estos mineros ambulantes forman una parte considerable de la población campesina de los minerales, su ocupación les da una magra subsistencia. Sólo ellos, se dice, conocen la ubicación de muchas minas ricas, a las que van en ciertas épocas, trasmitiendo su secreto de generación en generación. Por cierto que sólo las mejores brozas son las que pueden tratarse con los procedimientos tan primitivos que usan, siendo, por consiguiente, considerables las pérdidas.

La riqueza de Tegucigalpa no se limita a sus metales preciosos. El plomo en forma de sulfuro es casi tan común que no atrae la atención, especialmente en el mineral de El Plomo, cuyas brozas son una combinación de plomo y plata y el primero es tan abundante en proporción que las hace incosteables por los métodos nativos de explotación.

La colina denominada "El Chimbo" a pocas leguas al Suroeste de Tegucigalpa, es una curiosa mezcla de polvo de cobre y tierra. La superficie debió haber sido antaño una sólida roca de piritas cuprosas, ahora deteriorada y convertida en tripoli. Al revolver las masas de tierra cuprosa —parecida a la arcilla de los alfareros— se revela el cobre. De una cantidad de este barro, que había sido molido y extraído siguiéndose el método de lavar oro, quedó en el fondo un buen número de chispas brillantes de puro cobre. Miles de toneladas de este material pueden ser fácilmente obtenidas y la cercanía de un riachuelo permanente facilitaría, asimismo, los trabajos.

Unas pocas semanas antes de dejar Tegucigalpa, fui presentado al Capitán Moore, quien mandó hace tiempo una fragata pero estaba ahora retirado a media paga, y por catorce años se había dedicado al trabajo de minas de plata en Centro América. Sus ojos azules y brillantes y sus facciones enérgicas, patentizaban una actividad y una salud que no podían esperarse de su edad avanzada y de sus cabellos y barba blancos. Recientemente había importado de Inglaterra una máquina a vapor bastante costosa, que compró con el producto de sus actividades mineras en la vecindad de Yuscarán, donde tenía empleados cincuenta hombres con un salario de un real por día y, al fin, estaba realizando una rápida fortuna. Los nativos, entre quienes él es muy popular, le llaman El Ca-

pitán Morey. Me dijo que había gastado dos meses en procurarse los documentos necesarios para importar su maquinaria, y por algún error, corrió el riesgo inminente de que se la confiscara el Gobierno. El Capitán Moore hablaba de Dunlop, el autor de "Travels in Central America", con quien tuvo agradables entrevistas en 1846. Dunlop se refiere a él como el único extranjero que había intentado trabajar modernamente las minas de plata en Centro América. Sobre las minas se cuentan las más maravillosas historias, algunas de las cuales forman la base de leyendas similares a las relacionadas con el famoso Lago de Parima, "El Dorado", o sea la búsqueda de la ciudad de oro. Las más célebres minas del Estado, la mayor parte de las cuales han venido a menos, son las de Guayabillas, Malacate, Mairena, Goloal, Tabanco, Gatal, El Plomo, Opatoca, Cuyal, San Martín, Caridad y El Corpus. De la última mencionada que está situada en el departamento de Tegucigalpa dice Juarros: "El Corpus era la mina más rica del reino. Producía oro en tal cantidad que excitaba la sospecha en cuanto a que fuera realmente oro, y se nombró un tesorero en aquel lugar con el solo propósito de recibir el quinto del rey" (1). Estas doce minas, son brillantes ejemplos de la riqueza minera del Estado, y cada una de ellas es tema de relatos sin cuento para cuya transcripción se requeriría un volumen de gran tamaño.

De las viejas tradiciones mineras, la que menos participa de lo fabuloso es tal vez la célebre mina de Guayabillas, todavía considerada por las viejas gentes como la mina de plata más rica que se ha conocido en todo Centro América. Mi amigo el señor Lozano, que tenía predilección por su confortable hamaca y por su buen oyente, se refirió a menudo a esta mina y de él oí relatos que corroboraban lo dicho por muchos otros.

Esta mina está situada dentro del área del mineral de Yuscarán y fue descubierta en 1771 por un "vaquero" Juan Calvo, quien, subiendo una pendiente rocosa, hizo desprenderse una gran peña que, rodando estrepitosamente montaña abajo aró la tierra revelando, para su estupor, filamentos de plata regados entre los intersticios de las rocas, como delicadas raíces fibrosas. Tuvo el suficiente discernimiento para pensar que nada le aprovecharía el hacer público tal descubrimiento aunque hubiera hecho un denuncia, e informándose del método usado entonces por los propietarios de minas de plata, en una olla de hierro derritió grandes cantidades del metal sin importarle seguir la veta dentro de la montaña. "Pero", dijo el na-

rrador, "esta prosperidad súbita era demasiado para Juan Calvo". La vanidad pudo más que su prudencia y un día en una fiesta dejó ir ciertas palabras, provocando la atención de sus compañeros, que desde hacía algún tiempo estaban celosos al verle vistosamente trajeado, con aires enfatuados y con mucho dinero para jugar. Le siguieron y el secreto se descubrió. Pronto pasó la propiedad por compra o de otra manera a manos de la rica familia Argeñal, que inmediatamente comenzó a trabajarla. Que inmensas cantidades de plata se sacaron de esta mina por muchos años sucesivos, lo testifican la tradición y la rápida población de su vecindad inmediatamente después de su descubrimiento, pero que "\$ 12.000 000.00 se sacaron en cincuenta años" es difícil de creer. No obstante, la historia posterior y las vastas sumas que se sabe han sido extraídas después de que se trabajó la segunda vez, casi garantizan la veracidad del relato aunque éste sea prodigioso.

Se asegura que los Argeñal, después de la independencia regresaron con otras familias leales a España y que sus propiedades, una vez confiscadas, se dejaron perder. La revolución, no obstante, fue incruenta en Centro América y no había razón para que aquellas familias que eran leales a la corona temieran la violencia del pueblo. No fue sino hasta 1838 que el Sr. Bennett, capitalista inglés, tuvo éxito con sus socios al adquirir la posesión parcial de la mina de Guayabillas. En aquel tiempo las galerías y socavos estaban casi obstruidos con tierra y ripio, para remover los cuales fue necesario hacer grandes desembolsos. La empresa fue dirigida bajo un plan adecuado a la conocida riqueza de la mina.

De Cornwall se trajo un grupo de mineros, cuyos descendientes aún viven en Honduras; se aprovecharon los servicios de sabios y la mina se reabrió, después de un año de trabajo no remunerativo, bajo los auspicios de nativos y extranjeros. Difícil es estimar, desde aquel período, la extraordinaria producción de la mina. Cerca de veinte personas viven ahora en Tegucigalpa que son propietarias de pequeñas participaciones en la empresa y por ellos supe de los dividendos semanales de la producción. La broza de esta mina, que se dice ser la más rica en Honduras, se halló cubierta con plata virgen cuando fue descubierta hace más de medio siglo. La fundición se hacía en inmensos hornos contruidos cerca de los trabajos. El Gobierno, parcialmente interesado en la empresa, favoreció las operaciones. Los socios, tanto nativos como foráneos, se hicieron ricos. Los relatos de "los buenos tiempos de Guayabillas" todavía circulan en Honduras y su antigua reputación, calificada como fabulosa, fue nuevamente ganada. Se exporta

(1) "El Corpus, mineral el más famoso que ha tenido el Reyno: produjo tanto oro, que se llegó a dudar si lo era, y sólo para el cobro de los quinientos se estableció caxa Real en este lugar" Juarros, Historia de Guatemala, p. 38.

ron, vía Belice, grandes cantidades a Inglaterra, donde la fama de la mina fue pronto conocida. A los trabajadores se les pagaba haciendo éstos largas filas y se ocupaba del mediodía hasta la tarde todos los sábados para hacerlo. He aquí una ilustración de peso de lo que vale el capital, la labor y la técnica extranjeros en Honduras. "Pero", continuó mi informante, "la fatalidad del país no podía tolerar tal anomalía en la historia de Honduras. Ferrara, instrumento cruel del partido aristócrata, ascendió por fraude a la Presidencia; la propiedad fue confiscada; los ricos fueron asesinados o extrañados, toda la gente respetable y honesta fue proscrita; y todos los negocios trastocados y arruinados.

Al morir en Guatemala uno de los más fuertes propietarios de Guayabillas, la propiedad cayó en manos de su hermano, un abogado marrullero de la más baja índole en el partido de Ferrara. Hasta aquí la mina de Guayabillas había estado relativamente exenta de los desafueros del partido servil, gracias a la influencia de los extranjeros, especialmente de los ingleses y de algunos miembros del citado partido interesados en la propiedad. El abogado de Guatemala, Don Felipe Jáuregui, defraudó a los herederos de su hermano; y sabiendo que a la terminación de la administración de Ferrara sería compelido a devolver la propiedad, resolvió sacar mientras tanto las mayores ventajas.

Una de las secciones de las Ordenanzas de Minería prohibía la remoción de las columnas naturales de roca y broza que soportan los techos y arcos de las minas. En la de Guayabillas se encontraron y tal como las dejaron los viejos propietarios, formadas por sólida broza y de un inmenso valor. Un soborno del rico Jáuregui indujo a Ferrara y a la mayoría de las Cámaras a que se derogaran estas Ordenanzas, de tiempos inmemoriales. Otros dueños, convencidos por los argumentos aparentemente plausibles del astuto abogado, estuvieron de acuerdo; los pilares se echaron abajo y en cuatro meses, se me dijo, produjo medio millón en plata pura, pero en la siguiente época de lluvias los techos cayeron y la mina quedó arruinada. Las grandes galerías quedaron obstruidas con piedras, maderos y lodo; la maquinaria se destruyó y los propietarios extranjeros, después de disputar en vano con Ferrara, tuvieron que abandonar la empresa, desalentados. Para reabrir la mina de Guayabillas se hubieran requerido unos diez mil dólares y se juzga que la inversión hubiera sido buena ya que la mina estaba dando buena producción cuando fue destruida por el rapaz Jáuregui.

La llegada de mis documentos, largamente esperados, con lisonjeras cartas del

Presidente Cabañas y del señor Cacho, permitió ultimar mis preparativos. Después de un formal "Adiós" a mis amigos, que me encaminaron fuera de la ciudad hasta el pie de las montañas de Lepaterique, seguí el camino real que sobre las cordilleras va hacia el Pacífico y con las usuales demoras y peculiares aventuras de un viaje en Centro América, llegue a Choluteca. De aquí, después de detenerme por cuatro días y diciéndole adiós a mi fiel Roberto, que me rogó encarecidamente que lo llevara conmigo al Norte, arribé a Amapala donde renové una intimidad cordial con mi gentil amigo el señor Dárdano.

El rumor de que Walker (1) pensaba alistarse con unos pocos partidarios en la causa de Castellón, había creado aquí cierta ansiedad. Mr. Byron Cole, mi compañero desde San Francisco hasta León, llegó al siguiente día y nos referimos mutuamente nuestras respectivas aventuras. Ninguno había sabido del otro desde que nos separamos en León, el año anterior. Todas las cartas se extraviaron y no estando acostumbrado mi enérgico amigo a la vida ociosa de Nicaragua, unió sus simpatías a los demócratas, regresó a San Francisco con sus contratos debidamente firmados y sellados por el Gobierno a fin de que consiguiera la cooperación del segundo Miranda; había regresado a Nicaragua y se hallaba ahora tranquilamente esperando que estallara lo que tan diestramente había proyectado.

Mientras tanto Chamorro, sólidamente sitiado en Granada, todavía se sostenía frente a las fuerzas de Castellón, al mismo tiempo que el pueblo, cansado con la prolongación de la guerra, estaba listo a tomar el bando de cualquier partido que pareciera poder darle fin. Masaya, Managua y Rivas y todo el Sur de Nicaragua habían vuelto a ser tomadas por los Legitimistas o partidarios de Chamorro. Honduras, atacada por Guatemala, había retirado sus tropas de Nicaragua para proteger su frontera Oeste. El Salvador y Costa Rica actuaban temporalmente como pacificadores; y Guatemala, simpatizadora de la causa de Chamorro, ocupada con sus usuales invasiones a Honduras, se había contentado con tener espías en León, otorgándole secretamente toda ayuda a los serviles. Tal era el panorama político de Centro América en el verano de 1855.

El único medio de comunicación entre la bahía de Fonseca y la costa Sur eran unas pocas lanchas anticuadas dignificadas con el nombre de goletas y que sólo ofrecían la oportunidad de ir por mar de puerto a puer-

(1) Wells no esconde su franca simpatía y su entusiasmo por las empresas nefandas de Walker en Nicaragua, al grado que parece que pretende compararlo con el precursor de la independencia sudamericana Gral. Francisco Miranda

to dos veces al mes. Se anunció al fin que un bote descubierto y con una vela en estado lamentable y muy usada, saldría hacia San Juan del Sur, pidiendo su dueño la "moderada" suma de \$ 50.00 adelantados por pasaje. Levamos ancla a la caída del sol aprovechando la nueva marea, nos deslizamos velozmente del puerto, pasamos por Meanguera y los grandes promontorios de Conchagua y Cosigüina que, como las Columnas de Hércules, guardan la entrada del mejor puerto en la costa del Pacífico Norte. Una luna brillante iluminaba los picos distantes, y plateaba la marea que se rompía en los farallones solitarios. El viento de la tierra nos empujó lejos hacia el Sur y al amanecer sólo los picos de los volcanes más altos estaban a la vista. El Tigré, por cuyas inclinadas faldas subimos hasta la propia cima-meseta de lava y mantillo cubierta de exuberantes yerbas, aparecía ahora borrosa en el horizonte, irguiéndose a tres mil pies sobre el océano, como atalaya que para el marinero es un rasgo sobresaliente desde el mar. Durante tres días luchamos contra un viento del Suroeste y el viejo barco comenzó a hacer agua en tal magnitud que el patrón (marinero de bongo que hacía su primer viaje por mar) se pegó al timón y viró hacia El Realejo, en donde durante dos días estuvo haciéndole reparaciones. En este punto mi tripulación me informó seriamente que el bote no era para navegar en el mar y que, en consecuencia, aquí terminaría mi viaje. Siguió una disputa, que fue finalmente llevada al Comandante del puerto, quien primero averiguó cuál era mi credo político aduciendo que fuertemente me inclinaba a favor de Castellón. Esta declaración mía, reforzada por un cuarto de doblón, decidió el caso a mi favor y Pedro fue obligado a que me devolviera tres cuartas partes del dinero que le había pagado por el pasaje.

Se consiguió otra lancha, y por la noche, en la buena lancha "Live Yankee", proseguimos el viaje con el Capitán "Sam". Bregamos por dos días más en la costa nicaragüense y en un viraje perdimos todo lo que habíamos ganado en otra, hasta que un viento favorable nos dio de sesgo y pudimos llegar al fondeadero de San Juan del Sur. Bordaábamos un promontorio cuando se nos presentó el espectáculo alentador de un vapor de altura el "Uncle Sam", desplegando la bandera norteamericana, surto y con sus calderas listas, recibiendo los últimos de los pasajeros de Nueva York antes de levar anclas

rumbo a San Francisco. Me pregunto si alguna vez contemplé con mayor alegría los colores rojo, azul y blanco!

Otra hora más y estaba cómodamente a bordo, con el cortés Capitán Blethen, dándome noticias. Los últimos periódicos míos de Nueva York tenían cinco meses de atraso, Los del vapor sólo catorce días. Pronto la pesada máquina empezó a moverse y con un disparo de partida, enrumbamos hacia el mar.

De nuevo, entre viejos amigos, con genuina nostalgia evoqué las imágenes de un pueblo extraño y decadente y de un país de bellezas raras pero aún desconocidas. La delicada trama de lianas y parásitas, el esplendor y variedad de los paisajes, el aire vigorizante de las altas mesetas, los cielos de un azul inmaculado y los ocasos imperiales, todo vino en ensoñación mientras bogábamos pasando frente a las montañas purpúreas y las fajas oscuras de la selva. Aventuras cerriles y cómicas, delicadas fantasías, sibarítica pereza y meditaciones somnolentes a través de una serie de siestas y de cigarrillos y tazas de aromático chocolate, pronto iban esfumándose como visiones de un pasado cuando nos abríamos paso hacia el Norte vigoroso y progresista.

La actividad desplegada en cada departamento a bordo del vapor no se puede apreciar bien sino cuando súbitamente sale uno de un país hispanoamericano, en donde pensar, hablar y moverse activamente es una excepción a la regla de letargo y marasmo incurables. Hay algo inspirador en la actividad de los sirvientes y en la activa rutina de las obligaciones de cada hora. Pasar de Centro América a un barco norteamericano es como despertar de un largo sueño. Aquí todo era vida y acción. Los hombres disputaban con energía y reían fuerte. Parecía haber más inteligencia a mi alrededor que en toda la raza en medio de la cual había estado últimamente.

En menos tiempos del que había yo gastado en conseguir mulas en Nacaome para hacer un viaje de treinta leguas, había recorrido mil seiscientas millas de océano y entrábamos ahora al espléndido puerto de San Francisco, pasando por Punta Lobos, a través de la Puerta de Oro, atracando con toda seguridad en los muelles. Estaba otra vez en mi suelo patrio!

FIN

STAND Nº. 1
EN
LA FERIA DE GRANADA
JULIO Y LORENZO LACAYO & CIA. LTDA.
EXHIBIENDO

TRACTORES
DAVID BROWN

ARADOS **SEMBRADORAS** **GRADAS**
CULTIVADORAS **ARADOS SUBSUELADORES**
FERTILIZADORAS
LELY

CHAPODADORAS
CORSICANA

TRAILERS DE 1 TON.
WESSEX

TRAILERS DE 7 TON.
CALHOUM

FUMIGADORAS DE MOCHILA
DORMAN

EXTENSO SURTIDO DE REPUESTOS GARANTIZAN NUESTROS PRODUCTOS

LIBROS DE CALIDAD AL ALCANCE DE TODOS

Por 3 Córdoba

Como Piensa y Actúa
el Presidente Kennedy

La Democracia en Marcha
Las Dimensiones de la Libertad

Autobiografía, B Franklin
Autobiografía, T Jefferson

Por 4 Córdoba

La Vida del Hombre
en el Espacio
Auge y Prosperidad
sin Inflación

Fomento, el Desarrollo Económico
de Puerto Rico

Las Máquinas que Forjaron
una Nación
El Desarrollo Económico y
Comercio Internacional

GRATIS!!

1 LIBRO POR CADA 6 CUPONES

OBTENGA SUS CUPONES AL COMPRAR ESTAS Y OTRAS OBRAS

De venta en los siguientes lugares:

Librería En Marcha
Librería La Guadalupeana
Librería Lempira
Librería Cordillo
Librería Ramiro Ramírez V.
Librería Rincón de Libros

Librería El Estudiante
Librería Recalde
Librería Colón
Librería Siglo XX
Librería Selva
Editorial Krüger

Farmacia La F6
Farmacia San Antonio
Botica Santa Marta
Supermercado Kilocho
Bar - Palacio de Comunicaciones
Sorbetería La Hormiga de Oro

Botica Loyola
Farmacia Trébol
Cafetería La India
Daysi Fonseca
Alvaro Bagnarello Mora
Cafetín Sara S. de Roeder

DISTRIBUIDORES

Editorial "El Carmen"
Calle Colón No 904
Teléfono: No 72434

Editorial "San Judas"
Calle Central Este
Contiguo Edif CERNA

MANAGUA

LIBROS DE CALIDAD AL ALCANCE DE TODOS

Publicidad de Nicaragua

UNION RADIO

675 Kcs.

LA ONDA MUSICAL Y DEPORTIVA

LA MAS PODEROSA DE NICARAGUA

*Todo un Señor
de la elegancia Inglesa.*



ROVER



*Qué se puede decir del Carro ROVER, si
es el carro Inglés por excelencia? ROVER,
el carro reconocido y preferido en todo el
mundo por las personas distinguidas. Visite
a CASA CROSS, y disfrute un rato
conduciendo un ROVER el carro más fino.*

EN

LANICA

LAS COMIDAS Y LAS BEBIDAS

SON

ABSOLUTAMENTE

«GRATIS»

ESTA ES UNA DE LAS MUCHAS VENTAJAS DE VIAJAR

AL ESTILO DE *LANICA*

DONDE CADA PASAJERO ES UN HUESPED DE "HONOR"

66 LIBRAS DE EQUIPAJE, SIN RECARGO
ATENCION ESMERADA.

RADAR Y RADIO DE ALTA FRECUENCIA
VUELO DIRECTO, SIN ESCALAS
MAS VUELOS A LA SEMANA.

VUELE A MIAMI AL ESTILO DE *LANICA*

En *LANICA* solo hay una clase: PRIMERA

Consulte a su Agencia de Viajes preferida o a los Tels.: 2451 y 2452

Banco Nacional de Nicaragua



ANUNCIA SU NUEVA Y MUY IMPORTANTE REALIZACION

REFERENTE A LA EMISION DE

BONOS HIPOTECARIOS

SIENDO ESTA OPERACION LA PRIMERA QUE EFECTUA

EN SU GENERO LA INSTITUCION

EL MONTO TOTAL DE LA EMISION ES POR C\$ 20,000,000.00

COMPUESTA POR 2 SERIES CON VALOR DE C\$ 10,000,000.00 CADA UNA

Y CUYOS FONDOS OBTENIDOS DE LA VENTA

SE DESTINARAN A FINANCIAR UNA PARTE DEL

**PROGRAMA NACIONAL
PARA EL DESARROLLO DE LA GANADERIA**

PRINCIPALES VENTAJAS

- * DEVENGAN EL 5% DE INTERES ANUAL.**
- * SE ACEPTARAN COMO GARANTIAS PARA CREDITOS.**
- * SE ACEPTARAN PARA ABONOS O LA CANCELACION DE CREDITOS.**
- * SON TRANSFERIBLES.**
- * SUS TRASPASOS, SU REDENCION Y SUS INTERESES ESTARAN EXENTOS DE TODA CLASE DE IMPUESTOS Y DERECHOS FISCALES.**

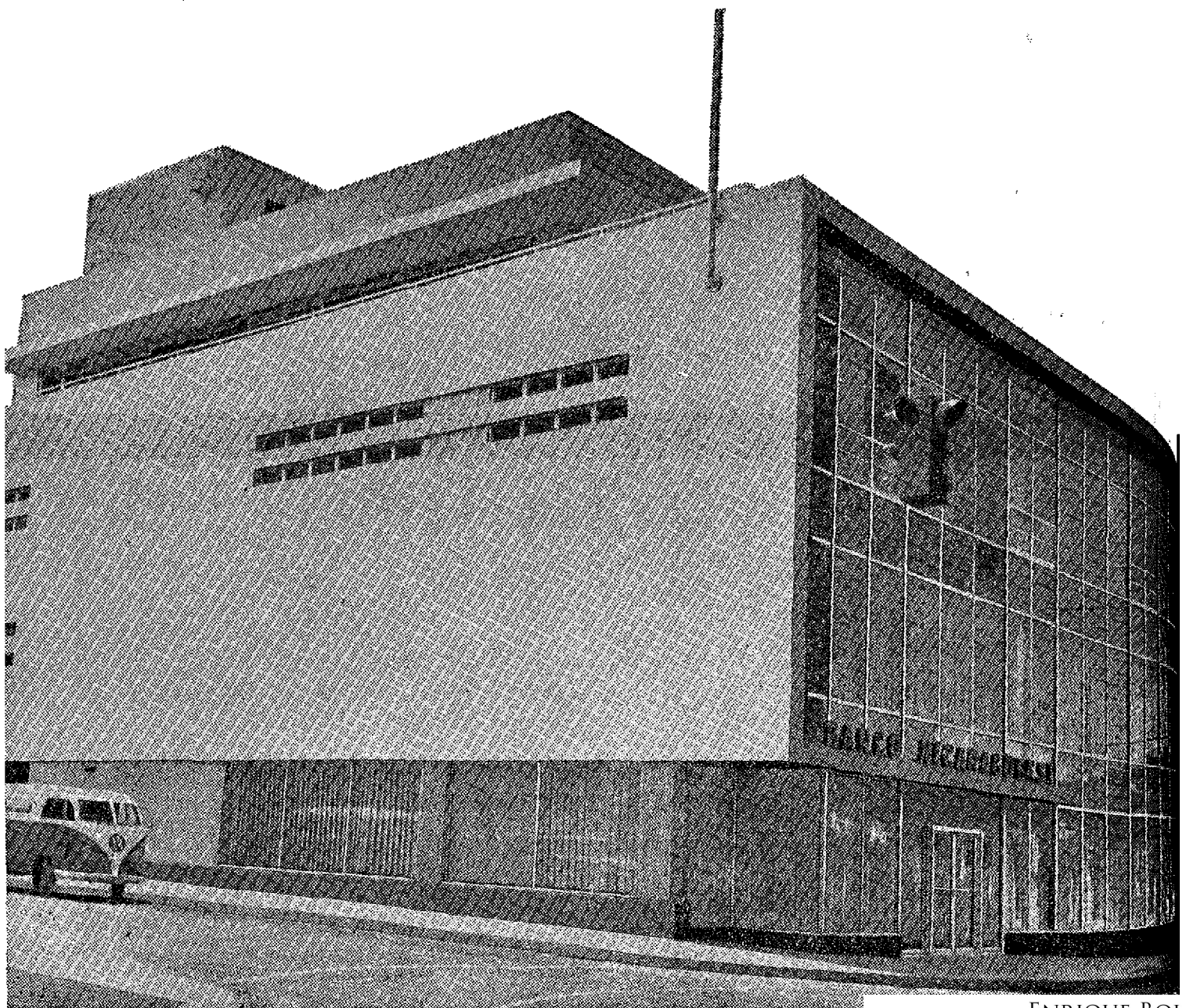
**DESARROLLAMOS NICARAGUA FINANCIANDO PROYECTOS
ESENCIALES A SU ECONOMIA**

BANCO NICARAGUENSE

PRIMER BANCO PRIVADO NACIONAL ESTABLECIDO EN EL PAIS

OFICINA PRINCIPAL
MANAGUA

SUCURSALES
LEON - CHINANDEGA - JINOTEPE - RIVAS - ESTELI





CASI

CIEN MILLONES DE CORDOBAS

en préstamos otorgados
desde su fundación
hasta nuestros días

RESPALDAN LA PALABRA DE LA INMOBILIARIA

En todo Nicaragua lo mejor para:

Compra de terrenos

Compra de casas

Construcción de casas

Reparación de casas

Liberación de gravámenes:

¡Es un contrato de ahorro y
préstamo de la INMOBILIARIA!

Llame a los Teléfonos:
2291 - 2292 y 2849 y solicite un
Consultor Profesional.

Inmobiliaria.

Sólo ventajas con *Novedades*

Novedades es el aliado del hombre de negocios, al proporcionarle la mejor información antes que los otros diarios, sobre los adelantos más importantes en los campos de la agricultura, la industria, la banca y el comercio.



**MEJOR INFORMACION NACIONAL Y EXTRANJERA:
POLITICA, COMERCIAL Y DEPORTIVA**

**MODERNO EQUIPO DE TELETIPO Y TELEFOTO
SERVICIO DE UNITED PRESS INTERNATIONAL**

**TIRAS COMICAS, CRUCIGRAMAS
Y SERVICIOS ILUSTRATIVOS**

**DEPARTAMENTO DE ANUNCIOS Y SUSCRIPCIONES
¡A SUS ORDENES!**

Novedades le ilustra

21 Ventajas del Contrato de "Financiadora Nacional, S. A."

- P** — or la experiencia en organización y dirección de empresas de nuestro fundador don ROLANDO D. LACAYO.
- O** — bra del prestigiado actuario de fama internacional DOCTOR JUAN HORACIO BUELINK son las bases técnicas.
- R** — ápidamente permite MEJORAR EL NIVEL DE VIDA de todos los nicaragüenses.

- U** — n efecto beneficioso para el comercio organizado en general por el FOMENTO AL MAYOR CONSUMO.
- N** — ingún producto, mercancía o servicio deja de ser comprable a través del FINANCIAMIENTO CORPORATIVO COMERCIAL.

- M** — antiénese la CUOTA DE PRIMA UNIFORME durante todo el período sin ningún otro recargo.
- E** — l interés a favor del suscriptor es el del TRES POR CIENTO ANUAL sobre los depósitos hasta el retiro efectivo de su dinero.
- J** — usto A LA MITAD DEL PLAZO se entrega el valor nominal.
- O** — frece planes que COMIENZAN A LOS 15 Y TERMINAN A LOS 75 MESES con intermedio de 25, 35, 45, 55 y 65 meses.
- R** — edistribución de los valores nominales para todas las estratas sociales, contratos desde \$ 500.00 HASTA \$ 50.000.00, incluyendo todos sus múltiplos.

- N** — o debe ser esperado todo el plazo de integración para obtener el valor nominal con el sistema de PRIMAS UNICAS
- I** — ndiscriminadamente PUEDE ESCOGER para sus compras el establecimiento de su predilección
- V** — ariante novedosa, menores costos judiciales por ser la garantía básica PRENDA INDUSTRIAL
- E** — ntrega en efectivo de una suma igual al valor nominal en los SORTEOS ORDINARIOS y EXTRAORDINARIOS mensuales.
- L** — a PREVIA DECLARACION JUDICIAL, es necesaria para la caída en mora por la falta de pago de 3 cuotas consecutivas.

- D** — e las utilidades líquidas de la empresa salen los SORTEOS SUPEREXTRAORDINARIOS GRATUITOS de Semana Santa.
- E** — ntre cada MIL SUSCRIPTORES uno debe salir favorecido.

- V** — arias veces, tantas cuantos sorteos se verifiquen en un mismo día PUEDE SALIR FAVORECIDO un mismo SUScriptor.
- I** — mpuestos ni descuento ALGUNO SE APLICAN A LOS PREMIOS de los sorteos.

- D** — esde la PRIMERA CUOTA DE PRIMA UNIFORME los valores son garantizados

- A** — cepta el transferimiento del contrato LIBREMENTE.

**DIOS
ORDEN
JUSTICIA**